

OBRAS REUNIDAS

ENSAYOS

23

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dr. Adrián Curiel Rivera
Director del CEPHCIS
Coordinador de la serie

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Obras reunidas

VICENTE CALERO QUINTANA

MANUEL SOL

(EDICIÓN E INTRODUCCIÓN)



Universidad Nacional Autónoma de México
Mérida, 2019

Calero, Vicente, 1817-1853, autor. | Sol, Manuel, editor, prologuista.

Obras reunidas / Vicente Calero Quintana ; Manuel Sol (edición e introducción).

Primera edición. | Mérida : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro
Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2019. | Serie: Ensayos ; 23.

LIBRUNAM 2039362 | ISBN 9786073016759.

LCC PQ7297.C2425 2019 | DDC 863.65—dc23

Primera edición: 2019

Fecha de término de edición: 10 de abril de 2019

D.R. © 2019, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C.P. 04510, Ciudad de México.

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., col. Industrial
Mérida, Yucatán. C.P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
<http://www.cephcis.unam.mx>

© de la fotografía de portada Fondo Reservado Rodolfo Ruz Menéndez

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-30-1675-9

Impreso y hecho en México

Índice

INTRODUCCIÓN

Semblanza literaria de Vicente Calero Quintana Manuel Sol.	13
---	----

ARTÍCULOS

<i>El Museo Yucateco</i> . Introducción	43
Anuncio bibliográfico. Poesías de don Wenceslao Alpuche, con una noticia biográfica y algunas observaciones.	47
Noticia biográfica. [Sobre la vida y obra de Wenceslao Alpuche].	51
Introducción a <i>El Registro Yucateco</i>	67
Literatura. Artículo I. Reflexiones sobre la novela	75
Literatura. Artículo II. Reflexiones sobre el teatro	83
Literatura. Artículo III. La novela, el teatro y el cristianismo	91
Washington Irving.	99
El conde Van Horn. [Traducción]	100

Gerónimo de Aguilar	115
Sucesos notables en la época de don Diego de Santillán	137
Don Diego de Cárdenas (1621)	147
Gonzalo Guerrero	149
Aguilar y la Malinche	153
Carta dirigida a los redactores de la <i>Revista Científica y Literaria de México</i>	161
Ensayos poéticos de don José María de Salas y Quiroga	163
El amor cantado por Salomón	171
La sonrisa	175
Don Lorenzo de Zavala. Breve noticia biográfica	181
¿Cuál era la literatura de los indios?	185
A los lectores.	189
El carnaval	191
Yalajau	197
La Cuaresma.	199
Juan Venturate.	203
La Biblia y la literatura contemporánea	205
Misterios de una almohada (fragmento histórico).	213
Ruinas de Chichén. Las Monjas	221
Don José Martínez de la Pedrera.	225
Fray Estanislao Carrillo	229

Don Juan de Vargas	231
Introducción [a <i>El duende de Valladolid. Romances</i> , de Antonio García Gutiérrez]	241
Papeles sueltos del padre Carrillo	249
El gran elemento de la conquista. La religión	251
Don Juan de Dios Enríquez	259
La ciega	261
Visita a lady Ester Stanhope. [Traducción]	263
Don Fernando Cortés	285
El canto del gallo.	291
Historia contemporánea. Breve noticia biográfica de Eugenio Sue	297
Don Cristóbal Colón	305
Introducción al <i>Mosaico</i>	311
Doña Robustiana Armiño	321
La religión y las sociedades. Discurso leído en sesión extraordinaria de la Academia en 13 de enero del presente año por su autor, socio nato, el señor don Vicente Calero	331
Estudios literarios	341

LEYENDAS

La peruana.	347
Tuxtulxiu y Cocom	355
Agravio y venganza.	361
La carta misteriosa.	375

MEMORIAS

Libro de memorias [I]. Los metodistas	397
Libro de memorias [II]. Algunos fragmentos de mis viajes	403
Libro de memorias [III]. Algunos fragmentos de mis viajes	407
Libro de memorias [IV]. Algunos fragmentos de mis viajes. Visita a la penitenciaría de Filadelfia	427

POESÍA

A un árbol en invierno.	447
A un suspiro	449
A mi hijo.	451
A la Luna	453
La noche	457
La plegaria del dolor	461
¡Castillo y convento!	463
En la muerte del señor provisor don Manuel Jiménez	469
En la muerte del señor don José María Loria	471
A un joven. En la primera página de una biblia	473
La vida en la muerte	475
Mi deseo	477
A la niña Felisa García y Quintana, en su cumpleaños	479

La vuelta a la patria	481
Todo es mentira	483
Ley de Israel	485
Referencias de los textos de Vicente Calero	487

INTRODUCCIÓN

Semblanza literaria de Vicente Calero Quintana

MANUEL SOL

El nombre de don Vicente Calero Quintana asociado al del célebre doctor Sierra es un nombre que no debe morir, es un nombre que deben de pronunciar llenos de gratitud y sentimiento todos los yucatecos; porque en don Vicente Calero Quintana se reunían al saber y la virtud, la amabilidad y el desprendimiento, de la misma manera que en el señor Sierra.

Francisco Sosa. *Manual de biografía yucateca*. Mérida: Imprenta de J. D. Espinosa e Hijos, 1866

A finales de la segunda mitad del siglo XIX se inició en la península yucateca un florecimiento en la literatura y en las humanidades gracias a la publicación de varias revistas o periódicos, dirigidos por Justo Sierra O'Reilly.

Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), después de obtener el título de Bachiller en Cánones en el Seminario de la ciudad de Mérida, se trasladó a México en 1837 y en 1838 terminó los estudios en Jurisprudencia en el Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso (Martínez 1906, 166; Abreu 1934, 94). Aunque no hay testimonios fehacientes, resulta imposible dudar que el joven Justo Sierra O'Reilly se interesó en la vida cultural de la ciudad: el 25 de septiembre de este año asistió a la inhumación de los restos de don

Agustín de Iturbide (*El Fénix* 1850, 2) y con toda seguridad tuvo noticia de las actividades que se llevaban a cabo en la Academia de San Juan de Letrán, con las que, según Fernando Tola de Habich, se inició la literatura mexicana, por lo menos en su etapa republicana (Tola 1996, XIX), y cuyos trabajos se recogieron en los cuatro *Año Nuevo*, que tenían como subtítulo *Presente Amistoso*, publicados entre 1837 y 1840, y en *El Recreo de las Familias* (1837-1838), ambas revistas preparadas por Ignacio Rodríguez Galván y editadas en las prensas de su tío Mariano Galván Rivera.

Al regresar Sierra O'Reilly a Yucatán, después de detenerse algunos días en Veracruz, cuando la ciudad estaba sitiada y era bombardeada por la flota del almirante Charles Baudin a propósito de lo que en manuales de historia se conoce como Guerra de los Pasteles, empezó a participar en la vida política de la península y entre sus proyectos culturales decidió fundar, junto con Vicente Calero, *El Museo Yucateco*. El primer volumen de *El Museo Yucateco* se publicó, en Campeche, en 1841 y el segundo en 1842. En ellos colaboraron, aunque la mayor parte de los trabajos no registraban el nombre del autor, y en el mejor de los casos aparecían sus siglas, Guillermo Prieto, José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván, Isidro Rafael Gondra, José de Espronceda, José Zorrilla, Antonio García Gutiérrez y, sobre todo, algunos yucatecos entre los que habría que citar a Pedro Sánchez de Aguilar, Pablo Moreno, Wenceslao Alpuche, José Nicolás de Lara y, claro está, Justo Sierra O'Reilly (que firmaba con su nombre, con sus iniciales y con los pseudónimos J. Tomás Isurre y Ara y José Turrisa) y Vicente Calero. *El Museo Yucateco*, dice Juan Francisco Molina Solís:

Es el primer periódico, la primera revista puramente literaria que se publica en Yucatán, y esta circunstancia es suficiente para crearle una atmósfera de favor, de afecto y predilección... Quisieron que fuese puramente literario, histórico y arqueológico; pero los asuntos fueron tratados con tal maestría, con tal elevación de alma y discreción de miras, que la publicación despertó vivo interés en la sociedad, y lo que es más admirable y plausible, creo, arraigó en la raza yucateca el amor a la historia y a la arqueología del país (Molina 1898, 86).

En 1845, Sierra O'Reilly fundó en Mérida, con la colaboración de Vicente Calero, *El Registro Yucateco*, revista de la que aparecieron cuatro volúmenes, entre 1845 y 1846, aunque en el cuarto volumen sólo aparecieron algunos cuadernillos y 1846 y los restantes se imprimieron en 1849, ya no en Mérida, sino en Campeche, debido al inicio del conflicto armado conocido como Guerra de Castas y por el viaje que tuvo que hacer Sierra O'Reilly a los Estados Unidos. El objetivo de *El Registro Yucateco* era muy semejante al de *El Museo*, según se decía al final de la "Introducción": "Contendrá artículos acerca de la historia antigua del país, noticias curiosas, biografías, leyendas, poesías, y todo cuanto contribuya a hacerlo ameno y útil al mismo tiempo. Preferiremos siempre las obras originales, sin que por esto no demos alguna vez lugar a los excelentes opúsculos que se den a luz en otros periódicos literarios" (*Registro* 1845, 8).¹ En *El Registro Yucateco*, Vicente Calero incluyó también sus colaboraciones, en mayor número y calidad respecto a las que vieron la luz en *El Museo Yucateco*, y sobre todo desempeñó en él un papel más importante en la edición de la revista, incluso, podría asignársele el papel de codirector, pues en muchas ocasiones él era quien seleccionaba el material debido a que el "director" se encontraba muy ocupado escribiendo su novela, que no era otra que *Un año en el hospital de San Lázaro* y que aquí apareció completa por primera vez en varias entregas (*Registro* 1845, 297-298).

Vicente Calero nació en la ciudad de Mérida, el 19 de mayo de 1817, y fueron sus padres don Francisco Calero, natural de Tenerife, Islas canarias, y doña María Guadalupe Quintana, hermana de don Andrés Quintana Roo (Ferriol 1854, 4). A los seis años se encomendó su educación al profesor don Miguel Moco-roa para que le enseñase las primeras letras. Más tarde ingresó al Seminario Conciliar de la ciudad de Mérida, en donde estudió gramática latina, filosofía (con Higinio Castillo, el vicerrector y

¹ En *El Museo Yucateco* se incluyeron artículos que habían sido publicados antes en otros periódicos o revistas como los *Año Nuevo*, revista de la Academia de San Juan de Letrán; *El Recreo de las Familias*; *El Zurriago* del Conde de la Cortina, etcétera.

más tarde con José María Loría), lógica, metafísica y física. Al terminar sus estudios en el Seminario resultó el “primer comaestro” de don Leandro Rodríguez de la Gala, entonces canónigo y más tarde obispo de la diócesis de Yucatán. En 1835 se dirigió a la ciudad de México con el fin de estudiar medicina. Se debió haber embarcado en Campeche o Sisal para trasladarse al puerto de Veracruz, y de aquí en diligencia hasta la ciudad de México. En su libro de memorias, del que sólo conocemos algunos fragmentos publicados en *El Museo Yucateco* y en *El Registro Yucateco*, nos cuenta:

El día 28 de mayo de 1835, me apeaba de una no muy buena litera que me había conducido de Veracruz para Jalapa. Era la primera vez que la vista del campo producía en mi espíritu una sensación tan profunda como encantadora. Jalapa es un paraíso. El olor de sus variadas y abundantes flores, sus bosquecillos, sus cortas llanadas, sus cerros, sus quebradas; todo es tan pintoresco, tan bello, que cualquiera descripción aunque se trazara sobre tan admirable original, no sería nunca una copia más o menos exacta, sino una parodia de lo que sólo la naturaleza es capaz de producir, y que el entendimiento humano no debe más que contemplar. No deseaba haber nacido allí, pues amo muchísimo mi patria, pero si suspiraba porque su suelo estéril, pedregoso y su temperatura de fuego, no podían convertirse en aquellos fértiles terrenos, y en ese benigno y saludable clima. Todo aquel día lo emplee en recorrer la desigual ciudad con sus calles estrechas o anchas, altas o bajas, pero esta misma desigualdad contribuye a dar más hermosura, más gracia a tan romanesca población. Si a esto se añade que sus habitantes pacíficos, amables, honrados, se distinguen por un carácter que se parece al de los yucatecos, y las agraciadas jalapeñas, sobre todo, de una belleza como la de las flores de sus eternos jardines, de una ternura angélica, haciendo resonar en el arpa armonías que sólo pueden compararse con la[s] que se escuchan del sinnúmero de pájaros que vienen a habitar a esa perpetua primavera, [entonces] se tendrá una débil idea de lo que es un día en Jalapa... un minuto de vida... ¡un instante del cielo! (*Registro* 1845, 390-391).

En la ciudad de México fue recibido, por una parte, por su paisano el doctor Salvador Rendón que se hallaba encargado del

hospital de San Andrés, en donde inició sus estudios de química y anatomía; y por otra, por su tío el señor magistrado don Andrés Quintana Roo, en cuya biblioteca pudo continuar la lectura de los clásicos y de los escritores contemporáneos. Don Andrés Quintana Roo lo relacionó con algunas de las personas más representativas de la cultura en la ciudad de México. Es muy probable que a partir de entonces se le haya despertado la afición y el gusto por las letras, pues algunas de estas obras datan de aquella época. Hizo amistad con algunos escritores, entre otros, con José María de Heredia, José Joaquín Pesado y Guillermo Prieto (recordemos que Guillermo Prieto, según él mismo cuenta en sus *Memorias*, era protegido de don Andrés Quintana Roo: Prieto 1906, 63 y ss). Pero a causa de la inestabilidad política y de asuntos familiares tuvo que regresar a Mérida. Después de una corta estancia en esta ciudad, decidió en 1839 hacer un viaje a los Estados Unidos y estuvo, a finales de este año e inicios de 1840, entre otras ciudades, en Washington, Baltimore, Filadelfia y Nueva York. Perfeccionó su inglés y además, dice su biógrafo y compañero, Pedro Ferriol, también estudió italiano y francés. En Nueva York se alojó en un hotel español de Fulton Street, conoció a Washington Irving e hizo amistad con John L. Stephens (Stephens 2003, 48), el arqueólogo que dio a conocer las ruinas de varias ciudades mayas en los Estados Unidos y en Europa, pues antes de su libro solamente se hablaba de Copán, Uxmal y Palenque.

De vuelta en Mérida, el 10 de octubre de 1840, pocas horas antes de la memorable ejecución de los reos que alevosamente habían asesinado al venerable guardián del convento de la Mejorada, fray Laureano Loría, pronunció un discurso en el que proponía las reformas y cambios que debían introducirse en los reglamentos carcelarios, pues en su reciente viaje por los Estados Unidos había tenido oportunidad de visitar la prisión de Filadelfia. Dice su biógrafo Pedro Ferriol que hacia esta época se dieron algunos cambios en su carácter, pues, después de haber sido un joven taciturno y solitario, que casi huía de la sociedad, se convirtió en un joven alegre y popular, de finos modales, sin afectación y de un trato dulce y afable (Ferriol 1854, 6-7).

En 1841 se embarca en Sisal y hace un viaje a lo largo de la costa de la península hasta el establecimiento británico de Belice, pasando por Yalahau frente a la isla de Holbox.

De vuelta a la ciudad de Mérida, se casa con Susana Galera Encalada, el 30 de junio 1841 y establece una tienda comercial en la que se dedicaba a la venta de telas. Pero bien pronto encomendó este comercio de lencería al cuidado de su esposa. Hacia esta época fundó un periódico sobre temas agrarios y más tarde se convirtió en uno de los principales colaboradores de Justo Sierra O'Reilly en su empresa periodística.

En 1847 fue electo diputado al Congreso estatal. Años antes había ya sido elegido como representante de Yucatán en el Congreso Federal, pero no llegó a ocupar su puesto debido a que se anularon las elecciones en los estados por asuntos de carácter político. Terminadas sus funciones como legislador, se le nombró consejero de gobierno.

En 6 de mayo de 1849, Alonso Aznar Pérez y Julián González Gutiérrez fundaron la Academia de Ciencias y Literatura, y crearon una revista para difundir sus trabajos, a la que le dieron el nombre de *El Mosaico*; asimismo, le encomendaron a Vicente Calero que escribiera la "Introducción". En ella, partiendo de distintas fuentes, particularmente de datos proporcionados por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Calero analiza la situación política y económica de la República mexicana y afirma que se encuentran en ella las condiciones necesarias para su prosperidad económica, política, educativa y social, siempre y cuando los mexicanos olviden "el fuego de la discordia, que atiza la ambición de los partidos" (*Mosaico* 1849, 9).

En 1851 desempeñaba el puesto de senador en la Legislatura local, período que concluyó a finales de marzo de ese mismo año (*El Siglo Diez y Nueve* 1851, núm. 106, 1; núm. 119, 4). En ese mismo año pronunció un discurso en las casas consistoriales para celebrar el aniversario de la Independencia (Calero 1851).

Resuelto a continuar en la política, aceptó su candidatura como diputado al Congreso Federal, y el 6 de octubre de 1851 *El Siglo Diez y Nueve* daba la lista de los nuevos diputados que

representarían al estado de Yucatán; entre estos se encontraban Vicente Calero, Justo Sierra O'Reilly, Joaquín García Rejón, Pedro Elizalde Escudero y Alonso Aznar y Pérez (*El Siglo Diez y Nueve* 1851, núm. 199, 4).

Llegó a la ciudad de México, precisamente cuando resurgían las actividades literarias de El Liceo Hidalgo y cuando Francisco Zarco (1829-1869) se hacía cargo de su dirección. Zarco era entonces un joven de ideas liberales y progresistas que, acorde con las exigencias de su tiempo, supo orientar la cultura mexicana, después de la expoliación estadounidense de 1847. *La Ilustración Mexicana* era la revista en la que se publicaban los trabajos de los miembros de El Liceo Hidalgo. Entre los escritores mexicanos que en ella colaboraron se podría citar a los hermanos Fernando y Manuel Orozco y Berra, Marcos Arróniz, Francisco Granados Maldonado, Joaquín Téllez, Luis G. Ortiz, Félix María Escalante, José Tomás de Cuéllar, Dolores Guerrero, Pantaleón Tovar, José María Esteva, Francisco González Bocanegra y obviamente a Francisco Zarco. En ella, Vicente Calero publicó varios poemas como "Vida en la muerte", "A un joven", "A un árbol de invierno", "Mi deseo", "A Felisa García y Quintana en su cumpleaños" y "La vuelta de la patria", y dos colaboraciones en prosa, "La peruana" y "El canto del gallo".

También fue invitado por Manuel Orozco y Berra a colaborar en esa monumental obra que es el *Diccionario universal de historia y geografía*. El nombre de Vicente Calero aparece entre los colaboradores del tomo II, pero sus colaboraciones sólo se encuentran en el tomo décimo del *Diccionario*, esto es, en el tercer volumen del *Apéndice*, dedicado en su totalidad a la República Mexicana. Aquí se reprodujeron algunos trabajos suyos, que habían sido publicados en *El Registro Yucateco*: unas notas biográficas sobre don Lorenzo de Zavala; un relato histórico, titulado "Juan Venturate", en el que se narra la toma de Campeche por el pirata Guillermo Parque, en 1597, y una descripción de la aldea de Yalahau, un pequeño puerto frente a la isla de Holbox, famoso por su ojo de agua y por ser asilo de filibusteros (Calero 1856).

Mientras residía en México, el 23 de abril de 1852, murió el licenciado Alonso Aznar Pérez. Durante su enfermedad, tanto Vicente Calero como Justo Sierra O'Reilly lo asistieron, pues los dos eran grandes amigos suyos. Alonso Aznar Pérez, como hemos visto, tres años antes había invitado a Vicente Calero para que escribiera la introducción de *El Mosaico*, y Justo Sierra O'Reilly, dos años antes, le había dedicado el primer tomo de las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, dedicatoria a la que había correspondido Aznar Pérez con una carta de agradecimiento que Sierra O'Reilly incluyó al principio del segundo tomo (Sierra 1850).

Unos meses después, Vicente Calero enfermó de colitis y, con el fin también de arreglar algunos asuntos domésticos, solicitó permiso en la cámara para que se le permitiera regresar a Yucatán. Permaneció en Mérida por algunas semanas y, aunque todavía no se encontraba restablecido, decidió volver a México con la finalidad de cumplir con sus obligaciones como diputado.

El 13 de septiembre de 1852, se proclamó en Guadalajara el llamado Plan de Jalisco, acaudillado por José María Blancarte, y cuyas bases más importantes consistían en desconocer los poderes públicos que hubieran desmerecido o desmerecieran la confianza de la nación; organizar “un poder ejecutivo depositado en una persona investida de todas las facultades [...] y cuyo ejercicio tendría por objeto restablecer el orden y la justicia”, e invitar “al general Antonio López de Santa Anna —que había permanecido en Turbaco, Colombia, después de dos años de exilio—, para que regresara al territorio de la república”. El presidente Mariano Arista no pudo sofocar los distintos grupos que surgieron en el país y tuvo que presentar su renuncia el 31 de diciembre de 1852 (Muría 1981, 90-92).²

Entre los resultados más inmediatos que tuvo esta llamada revolución, habría que mencionar la disolución del Congreso Federal, el 20 de enero de 1853, razón por la cual Vicente Calero

² Las bases del plan pueden verse en un artículo publicado por *El Monitor Republicano* y que reprodujo *El Siglo Diez y Nueve* de Mérida, el 15 de octubre de 1852 (núm. 361, 2-3).

tuvo que regresar a la península, y la vuelta al poder de Antonio López de Santa Anna, quien desembarcó en Veracruz el primero de abril de ese mismo año.

Con motivo de esa situación política, en la península de Yucatán, el Ayuntamiento de Mérida y algunos militares tomaron partido a favor del plan de Jalisco, y otros, en contra, como los coroneles Sebastián Molas y Manuel Cepeda Peraza. El 15 de septiembre se inició la rebelión en Tizimín y al otro día en Valladolid. Sebastián Molas permaneció unos días más en el Oriente con la finalidad de hacerse de más partidarios y organizar las tropas. Cepeda Peraza en cinco días se desplazó de Valladolid a Motul y de aquí avanzó hacia la ciudad de Mérida, a la que llegó el 27 de septiembre de 1853. Ya en compañía de Sebastián Molas, atacaron las tropas del gobierno situadas en la Ciudadela de San Benito y en la Plaza Principal, al mando de Rómulo Díaz de la Vega, Sebastián López de Llergo y Manuel Irastorza. Poco a poco se apoderaron de la plaza de la Mejorada, los barrios de Santa Ana, San Cristóbal y San Juan. A partir de entonces se dieron sangrientos combates, pero finalmente los insurrectos tuvieron que retirarse hacia el oriente. Fue entonces cuando varias secciones de las tropas del gobierno y los habitantes de la ciudad fueron constatando la desolación y muerte que habían dejado los combates:

¡Cadáveres y destrucción era nada más lo que se veía! Las banquetas habían sido arrancadas para formar trincheras; las calles estaban sucias y lóbregas; las plazas hacinadas de enfermos y muertos; la mejorada y Cuartel de Dragones presentaban un espectáculo horrible, con los heridos, las inmundicias, los restos de todo el ganado que había servido a los pronunciados para sus ranchos, y en fin, con los demás destrozos consiguientes de la guerra.

En medio de todo esto había un grito que llenaba de pavor a los que en aquellos momentos esperaban entregarse al regocijo natural de haber sobrellevado los sufrimientos del sitio. ¡El cólera! ¡El cólera morbo!, exclamaban de todas partes. Y en efecto, esta epidemia desoladora, importada por las huestes orientales que la habían contraído en sus relaciones con los viveros de la costa, había

estallado y hecho sus estragos entre ellos mismos primero, y después entre las familias. ¡Qué sucesos, qué momentos aquellos para Mérida! Cuerpos de tropas, conduciendo enfermos para el hospital, y prisioneros a la Ciudadela; carros cargados de cadáveres para el cementerio (Baqueiro 1871, 196).

Notorios fueron los excesos —dice Pedro Ferriol— que cometieron los rebeldes “hachando las puertas de varias casas, introduciéndose en ellas para saquearlas o destrozar sus muebles... ¡Y una de esas casas fue la de la señora doña Guadalupe Quintana, madre de Calero” (Ferriol 1854, 11-12).

Entre los enfermos del cólera *morbus*, se encontraba Andrés, hijo de Vicente Calero, y al cuidar el padre del hijo, se contagió de la enfermedad. Y mientras el hijo sanaba, el padre se agravaba cada vez más e invocaba, en medio del delirio, al supuesto hijo muerto y nadie pudo convencerlo de lo contrario. Finalmente Vicente Calero murió a las diez de la noche del día 10 de octubre de 1853, a la edad de 36 años.

Justo Sierra O'Reilly, en el discurso que pronunció el 1o de enero de 1860, su última intervención pública, a propósito del reinicio de actividades de la Academia de Ciencias y Literatura en el local que actualmente ocupa el edificio central de la Universidad Autónoma de Yucatán, después de referirse a varios de los benefactores e intelectuales de Yucatán, desaparecidos recientemente como Alonso Aznar Pérez, Gregorio Cantón, Ignacio Vado, Julián Gutiérrez Estrada y Mariano Trujillo, dice de Vicente Calero: “nuestro Vicente [era] una alma noble, ardiente y apasionada, corazón de oro, y de un gusto delicadísimo para la crítica literaria. Han muerto, ¡ay!, pero no ha sido inútil para nuestra sociedad su breve aparición en la tierra” (Sierra 1860, 11).

Sobre la obra literaria de Vicente Calero se han emitido diversos pareceres, pero la mayoría de ellos coinciden en que sus mejores logros se dieron en la prosa, particularmente en sus artículos, ensayos y prólogos, esto es, en su labor de crítico literario, como ya lo había señalado Justo Sierra O'Reilly y lo confirma el historiador de la literatura yucateca José Esquivel Pren: “Calero

hizo de la crítica una verdadera creación entre nosotros” y en este sentido no puede más que afirmarse que fue “una auténtica notabilidad” (1957, 146).

La obra literaria en general de Vicente Calero podría dividirse en cuatro secciones: 1) artículos, 2) leyendas, 3) memorias y 4) poesía.

Como ensayista, escribió sobre los más diversos temas: literarios, históricos y costumbristas. Entre los primeros ocupan un lugar privilegiado los de crítica literaria, en particular, su estudio de la poesía de Wenceslao Alpuche, en el que después de una semblanza biográfica, se ocupa ni más ni menos en defender al poeta de las críticas de que había sido objeto por parte de don José Gómez de la Cortina, más conocido como el Conde la Cortina, quien desde una perspectiva neoclásica, casticista y académica se había ensañado la más veces sin razón con algunos poetas románticos. Una crítica que en muchos aspectos recuerda muy de cerca la de don Antonio de Valbuena (Miguel de Encalada) en sus *Ripios* de la más diversa clase (*Aristocráticos*, *Académicos*, *Ultramarinos*, etcétera).

Hazaña loable la de Vicente Calero, y no era para menos, enfrentarse a un crítico que gozaba de una fama inigualable en materias tanto humanísticas como científicas, que dominaba varias lenguas modernas, que sabía a la perfección la lengua latina, que conocía a los clásicos españoles y europeos tanto del presente, como de los siglos pasados, y que por otra parte poseía sólidos conocimientos de las ciencias exactas, así como de geografía, numismática, arqueología e historia.

Grande era la erudición de don José Gómez de la Cortina, pero juzgó la joven poesía romántica mexicana desde la perspectiva de las poéticas neoclásicas, que es como estudiar el arte de la Edad Media bajo los cánones del arte griego. Históricamente es justificable su punto de vista, pues él sentía particular predilección por las obras literarias del siglo XVIII y no puede olvidarse que aún muy entrado el siglo XIX seguía dándose el enfrentamiento entre la estética neoclásica y la romántica; pero de ninguna manera desde una crítica constructiva, didáctica y positiva.

La aparición de *El Año Nuevo de 1837. Presente amistoso* (Librería de Galván, México) dio ocasión al Conde de la Cortina para escribir el folleto *Examen crítico de algunas de las piezas literarias contenidas en el libro titulado El Año Nuevo, 1837*, en el que sometió a su severa crítica con un “tono magistral” y como quien tenía “el conocimiento de una ciencia indisputable” —afirma don Francisco Sosa— la poesía de varios poetas jóvenes de la naciente Academia de San Juan de Letrán,

cebándose con inusitada crueldad en desgarrar con el escalpelo de su severísima crítica, los ensayos de una juventud que necesitaba estímulo para continuar en el camino que más tarde había de conducirle a una fama que será más duradera y más brillante que la de aquellos que pretenden desalentarla con sus agrios reproches. Detúvose el Aristarco con nimia escrupulosidad en señalar no ya digo las faltas ortográficas, prosódicas e ideológicas de las poesías del *Año Nuevo*, sino que no conforme, avanzó sobre aquellas que visiblemente provenían de errores tipográficos [...] Sin remontarse a más elevadas consideraciones con Hermosilla en una mano y con la intolerancia más refinada en el corazón, trituró el conde la mayor parte de las poesías (Sosa 1873, 79-80).

Entre estos poemas se encontraba el “Moctezuma” de Wenceslao Alpuche (1842, 12-14), que recibió las más violentas diatribas del Conde. Vicente Calero desde un principio afirma que el poema no era malo *naturae ratione* como pretende el Conde; y para demostrarlo dice que va a copiar cada una de sus observaciones “para después contestarle aquellos puntos en que creemos que el crítico no ha salido airoso” (1842, XXI). Y poco a poco va examinando cada anotación para probar que don José Gómez no tenía razón, aduciendo ejemplos de poetas como Tomás de Iriarte, Juan Nicasio Gallego, Francisco Martínez de la Rosa, Nicasio Álvarez de Cienfuegos, Leandro Fernández de Moratín y Alberto Lista. Todo esto pone en claro que Calero no se limitaba a defender el poema “Moctezuma” de Wenceslao Alpuche, porque su autor había sido su amigo o porque era yucateco, sino porque creía que el poema, aunque no estaba exento de defec-

tos, en general, era una buena obra que obedecía a una estética distinta de la que había esgrimido el crítico. Los argumentos de Calero se encuentran en el estudio preliminar de las *Poesías de don Wenceslao Alpuche*, y el lector interesado puede sopesarlos detenidamente y dictaminar sobre quién de los dos tiene la razón: el Conde de la Cortina o Vicente Calero.

Las “Reflexiones sobre la novela”, las “Reflexiones sobre el teatro” y “La novela, el teatro y el cristianismo”, ensayos que publicó bajo título general de “Literatura”, son, el primero y segundo, dos panoramas de estos géneros desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIX. No tienen ninguna pretensión erudita sino simplemente, en el caso del primero, la intención de hacer algunas consideraciones sobre los orígenes, desarrollo y características de la novela, desde Madame de Lafayette, Balzac, Walter Scott, Dumas, Soulié y Eugenio Sue, pasando por el Decameron y el Gil Blas. Le parece que “la hora feliz de la novela no se oyó tocar, sino hasta que apareció en la escena, con formas atléticas, el admirable Walter Scott” (*Registro* 1845, 68), y que con Eugenio Sue “se ha enriquecido con cierto tinte de gravedad filosófica, que la ha elevado a un grado tan sublime, que raya hoy en religioso”. Para probarlo hace algunas consideraciones sobre el carácter de Rodolfo, el gran duque de Gerolstein, uno de los personajes centrales de *Los misterios de París*, que disfrazado de obrero se echa a andar por los barrios bajos de la ciudad “socorriendo las necesidades del pobre [...] castigando el vicio, y descubriendo y premiando también la virtud”. Cree que *Los misterios de París* es antes que nada una novela “eminente-mente moral”, y que “las costumbres, al encontrarse retratadas como son, y al proponerles el ejemplo de lo que debían ser” (69) contribuyen al mejoramiento de la sociedad. Por otra parte, no deja de referirse a la narración en México, particularmente a la publicada por los miembros de la Academia de Letrán, como José María Lacunza, Ignacio Rodríguez Galván y José Joaquín Pesado. Termina diciendo que Yucatán no ha dejado de contribuir con algunas narraciones, pues esta península ofrece un material interesantísimo a la novela como son los recuerdos,

tradiciones y noticias sobre las incursiones de los piratas. Como ejemplo cita las cartas que está publicando su amigo y compañero de redacción, Justo Sierra O'Reilly, en *El Registro Yucateco* sobre este tema y que no son más que los primeros capítulos de *Un año en el hospital de San Lázaro*, la primera novela romántica publicada en México.

En el segundo ensayo hace una serie de observaciones sobre los orígenes, función en la sociedad y desarrollo del teatro tanto en la antigüedad, como en la época contemporánea. Al ocuparse de Shakespeare dice que él “es el maestro del actual romanticismo. Esta escuela moderna —sigue diciendo— bella, exagerada si se quiere, pero que ha puesto en escena objetos tan dignos de la admiración del buen gusto, ha sido juzgada con grandes aplausos por sus apasionados, y pintada con horribles colores por sus adversarios” (*Registro* 1845, 137). Para demostrar esto último, cita fragmentos de una conferencia dada por don Javier de Burgos, autor de una de las más afamadas traducciones de Horacio, en donde condena el romanticismo por sus impulsos excéntricos y contradictorios, por tratar de instaurar el caos, por pretender ser un reflejo de la sociedad, lo cual le parece completamente falso, pues “el teatro francés de Hugo y Dumas no sólo no es la expresión del estado de la sociedad francesa, sino de ninguna sociedad europea, y acaso de ninguna sociedad posible, y pasmaría que muchos de nuestros autores procurasen imitar a aquellos extranjeros, si del desconcierto producido por los trastornos políticos, no fuese el desconcierto literario una consecuencia casi inevitable”. A lo que contesta Vicente Calero que si en algunos aspectos son respetables las ideas de don Javier de Burgos, por otra parte, es bastante claro que por ser un “clásico”, no juzga con imparcialidad las obras románticas, pues señala sus defectos, pero nunca habla de los grandes aciertos de esta escuela. Ciertamente los escritores románticos —afirma Vicente Calero— no retratan fielmente la sociedad, exageran sus vicios y sus virtudes, “pero en esas creaciones fantásticas, ¡qué valentía de imágenes! ¡Qué belleza de pensamientos! ¡Qué variedad en las escenas! ¡Qué profundidad en los afectos!” (138).

Cierra su ensayo con algunas referencias al teatro en México: Juan Ruiz de Alarcón, Manuel Eduardo de Gorostiza, Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván. En cuanto a Yucatán aclara que no ha faltado la literatura dramática y que si bien es cierto que no ha sido valorada, no ha sido ciertamente por carecer de mérito, sino porque en la América española no hay estímulo literario de ninguna especie.

En el tercero y último ensayo de la serie “Literatura”, “La novela, el teatro y el cristianismo”, retoma algunas ideas apuntadas en los dos ensayos anteriores e insiste en la influencia que ha ejercido el cristianismo en estos dos géneros:

La novela mientras no tenga por objeto un fin moral, ni ha llenado la noble idea que debe proponerse, ni puede inspirar a los lectores el verdadero interés que se encuentra no más que en la clara demostración de la virtud y del vicio, y en el sencillo descubrimiento de la línea que deja ver los límites de lo bueno y de lo malo. El drama, cuando no es además de una imagen de la sociedad, una lección severa que reprende y enseña al mismo tiempo, no puede producir el buen resultado que debía esperarse de tan importante escuela (*Registro* 1845, 242).

Dentro de este mismo tema se encuentra el de los “Estudios literarios”, publicado en *El Mosaico*, en el que a la manera del Renacimiento y del Barroco se le da una amplia significación a la palabra “literarios” (véase el “Discurso sobre las armas y las letras”, de Don Quijote), pues se incluyen no solamente los estudios poéticos, sino también los históricos, arqueológicos, filosóficos, políticos, jurídicos y, aún más, “todos los que se dirigen a la perfección del espíritu” (*Mosaico* 1850, 191), ya sean científicos o artísticos. En otros artículos se ocupa de un solo autor o tema como los comentarios que hace de la poesía del escritor cubano José María de Salas y Quiroga, poeta realmente menor, cuya reseña parece más bien obra de compromiso (*Registro* 1845, 409-412). Pero cuando se ocupa de la novela de Eugenio Sue (*Los misterios de París*, *El judío errante*) y de las poesías de Antonio García Gutiérrez (*El duende de Valladolid*) lo hace

realmente con gran entusiasmo. En general, sobre la novela de Eugenio Sue afirma que se trata de una obra social y filosófica, y a propósito de *Los Misterios de París* afirma que “Desde los primeros capítulos sorprendió, arrebató, y las miradas de todas las clases de la sociedad se fijaron en esa obra eminentemente social. Las prensas en todos los idiomas conocidos se apresuraron a dar al mundo tan importante producción, y a esa misma hora el nombre de su autor se elevó al primer lugar en la escogida galería de los grandes escritores de la época” (*Registro* 1846, 236). Y cuando se ocupa de *El duende de Valladolid*, del dramaturgo y poeta español Antonio García Gutiérrez, ya para entonces autor de *El trovador* y *Simón Bocanegra*, hace un breve estudio sobre los orígenes y evolución del romance en la literatura española; afirma que esta poesía es eminentemente “popular” y que “si alguna poesía hay legítimamente española, es, sin duda, la de los romances, en que sin imitar nada de los antiguos modelos, campea libre la imaginación, y se viste de telas propias para aparecer más bella que con ajenos atavíos” (1846, IX). Pasa después a hacer referencia al doctor don Pedro Sánchez de Aguilar, autor de la obra *Contra idolorum cultores*, de donde Diego López Cogolludo tomó la leyenda para incluirla en su *Historia de Yucatán*, y concluye que esta edición en libro de los romances de *El duende de Valladolid*, que antes había visto la luz en varias entregas de *El Registro Yucateco*, ya “aumentados y corregidos por su autor” (VI) servirán sobre todo como un ejemplo para que vea la juventud cómo se puede “explotar el rico tesoro de nuestra poesía” (XX).

Siguiendo el prospecto de *El Museo Yucateco* y de *El Registro Yucateco* de dar a conocer las tradiciones y la historia antigua de Yucatán, otra buena parte de la obra ensayística de Vicente Calero se refiere a la arqueología maya, al descubrimiento de la península de Yucatán, a Gonzalo Guerrero, Gerónimo de Aguilar, Hernán Cortés, la Malinche; no faltan los temas coloniales como las noticias sobre don Diego de Santillán, don Juan de Vargas, Juan Venturate, don José Martínez de la Pedrera, etc. De sus contemporáneos yucatecos sólo se ocupa de don Lorenzo

de Zavala, don Juan de Dios Enríquez, fray Estanislao Carrillo, Juan Pío Pérez, y de estos dos últimos respectivamente por sus estudios arqueológicos y lingüísticos.

En su ensayo “El gran elemento de la conquista. La religión”, como su título lo indica, desarrolla la idea de que el “grande objeto de la conquista” no era otro que “la propagación de la religión cristiana” (*Registro* 1846, 26), y para probarlo alude a varios pasajes de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, como la destrucción de los ídolos en la isla de Cozumel y en Cempoala; recuerda que el estandarte de Cortés era una cruz roja en campo blanco y azul, con una inscripción latina que decía: “Amigos: sigamos la cruz, y siuviésemos fe, con esta señal venceremos” (24); e incluso llega a afirmar que “no con otra intención se establecieron los repartimientos, pues teniendo cada encomendero cierto número de neófitos, debía instruirles en las verdades del cristianismo” (26). Sobre el amor de Cortés a los indios, cita aquel pasaje en donde don Hernando reprende a los soldados de Pedro de Alvarado, por haber maltratado a dos indios y una india y haberles robado alrededor de cuarenta gallinas en la isla de Cozumel: Cortés mandó soltar a los indios, traerlos a su presencia, ofrecerles disculpas e invitar a sus caciques “para asegurarles las buenas intenciones que traía e inmediatamente mandó ‘pagar las gallinas con rescates’”, y a Alvarado le dijo: “que no se habían de pacificar las tierras de aquella manera, ni tomando a los naturales su hacienda” (22). Sin embargo, en la “Introducción” al primer tomo de *El Registro Yucateco*, escrita por los redactores, esto es, por Justo Sierra O’Reilly y él, parece imponerse el juicio y la autoridad del maestro, pues allí leemos:

El Nuevo Mundo, descubierto y conquistado por la nación española, no tuvo más suerte en la época de su dominación, que la de ver extraer de su fecundo seno las inagotables riquezas con que la ha colmado la naturaleza. El deseo de adquirirlas fue, se puede decir, la única o más predominante idea de los conquistadores, que nunca pensaron en los adelantos de sus conquistados: se redujeron

a concederles una paz como la de los sepulcros, la paz del absolutismo" (*Registro* 1845, 5).³

La hispanofilia y, en particular, la exaltación de la figura de Cortés en la obra de Calero se explican porque una de sus fuentes eran las *Disertaciones sobre la República Mexicana* de don Lucas Alamán, cuyos dos primeros tomos habían aparecido en 1844 (José Mariano de Lara, México), quien abrigaba grandes prejuicios contra los pueblos indígenas y aunque no calla los abusos, injusticias y crímenes de Cortés, también es cierto que la mayoría de las veces trata de justificarlos en atención a las circunstancias.

Sus artículos titulados "La sonrisa", "La Ciega", quizá puedan clasificarse dentro de un género muy socorrido en el siglo xix, que se solía conocer como "estudios morales"; mientras que "El carnaval" y "La cuaresma" podrían incluirse dentro de la literatura costumbrista con sus evidentes propósitos didácticos y moralizantes.

Las leyendas fueron muy populares en el siglo xix, tanto en prosa como en verso, en España, en México y en la literatura peninsular yucateca, algunas veces de carácter anónimo y otras como patrimonio de un escritor conocido. Bastaría echarle una ojeada a la bibliografía que registra Vicente García de Diego para comprobar que la mayoría de sus recopilaciones y estudios, se hicieron durante dicho siglo (García de Diego 1958, 148-156). En cuanto a la llamada leyenda literaria, es decir, aquella que ha sido pura invención de un escritor o con más frecuencia resultado de una invención relativa, podrían citarse en España, limitándo-

³ Ya que Vicente Calero conocía la *Historia de la conquista de México* de William Prescott también podría haber recordado aquella anécdota, que se encuentra en otros cronistas, cuando Teuhtlile, gobernador de Moctezuma en Cotaxtla, se muestra muy sorprendido cuando observa a un soldado que llevaba un reluciente yelmo dorado, el cual dijo se parecía a otro que llevaba en México el dios Quetzalcóatl, y al manifestar su deseo de que lo conociera Moctezuma, Cortés le contestó que bien podía llevarlo con la condición de que se lo regresara lleno de oro del que producía el país para poder comparar su calidad con la del suyo: "Dijo además al noble indio, según asegura su capellán, que los españoles adolecían de una enfermedad de corazón, para la cual el oro era un remedio específico" (Prescott 1844, 176-177).

nos al siglo XIX, los nombres de José Zorrilla, el Duque de Rivas y Gustavo Adolfo Bécquer; en México, los de Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, José María Roa Bárcena, y en la península yucateca, los de Rafael Carvajal, Crescencio Carrillo y Ancona, Gerónimo Castillo, Justo Sierra O'Reilly, Vicente Calero, etcétera.

Las leyendas de Vicente Calero, todas ellas en prosa, versan, a excepción de "La peruana", sobre temas yucatecos, y sus fuentes habría que buscarlas en la *Historia de Yucatán* de Diego López Cogolludo, la cual, como decía Justo Sierra O'Reilly, independientemente de que daba cabida a "relaciones fabulosas de milagros ridículos" (*Registro* 1846, 242), era "una mina inagotable, que puede explotar el poeta y el romancero, el historiador y el filósofo" (243-244); y sobre todo en los *Manuscritos inéditos* del doctor José Nicolás de Lara, que habían aparecido en diversas entregas de *El Museo Yucateco*. Estos *Manuscritos inéditos*, que parece habérselos facilitado a Justo Sierra O'Reilly don Pedro Escudero y Echánove, nos dan con mucha frecuencia una visión novelesca de la historia colonial yucateca y en muchas ocasiones es obvio que estaban más cerca de la leyenda que de la historia. Sin embargo, varios historiadores como Francisco Molina Solís y Eligio Ancona los han utilizado como fuente para sus respectivas historias.

Todas las leyendas de Vicente Calero están perfectamente logradas, pero un lugar especial ocupan "Agravio y venganza" y "La carta misteriosa". La primera transcurre a finales de la segunda mitad del siglo XVII y narra la conspiración que organiza el cabildo meridano contra el gobierno de don Diego Zapata de Cárdenas, más conocido como el marqués de Santo Floro, en cuya trama desempeñan, por una parte, un papel medular los amorios de don Francisco de Azcoitia con doña María de Arriola, esposa de don Fernando de Castro, y, por otra, la rivalidad y astucia de don Alonso de la Cerda y su mujer, doña Juana de Zanabria, quien secretamente se traslada a México para entrevistarse con el virrey e informarle de todos los abusos e injusticias de que eran objeto los habitantes de la península. Y quien

tenga oportunidad de leer los *Manuscritos inéditos* de don José Nicolás de Lara en *El Museo Yucateco* respecto a la administración del marqués de Santo Floro, podrá constatar que aquí se encuentra el germen de la leyenda e incluso expresiones que se repiten literalmente: “Yo pensé que estuviésemos toda la noche en disponer el modo de acabar con este tirano, pero ya estaba masticado todo; el perverso gobernador entiende que no estamos hechos aquí a comer marquesotes; mañana a las diez le verás con sus calcetas vizcaínas y así estará hasta que se le haga la sumaria y vaya con ellas a México” (1841, 143-144). Sin embargo, median grandes diferencias entre el texto de los *Manuscritos inéditos* y el de la leyenda de Vicente Calero, y que pueden reducirse a las diferencias que existen entre un texto histórico abreviado y una obra literaria. En “Agravio y venganza” el tiempo fluye de una manera gradual según los motivos dinámicos que van impulsando la acción de la leyenda hacia su desenlace; los personajes, aunque carecen de profundidad psicológica, están hábilmente delineados como puede apreciarse en la descripción de sus caracteres y en la de sus conductas antagónicas; el ambiente es el que corresponde a una leyenda romántica en el que se apunta el misterio desde el principio, cuando se vislumbra la figura de dos embozados que no sabemos qué cosa es lo que tramán. Las descripciones de los espacios en los que se sitúa la acción, aunque breves, son altamente significativas, pues hay escenas que transcurren en recintos oficiales y otras en la intimidad de los hogares de los protagonistas.

Algo semejante ocurre con “La carta misteriosa”, aunque aquí la incógnita del desenlace desempeña una función central, pues el lector no se explica el porqué de las acciones de los personajes, sino hasta el final de la leyenda cuando se enterá que toda la confabulación para impedir el casamiento de Isabel y Melchor obedecía a los ocultos designios del tutor de Isabel, el escribano mayor de Gobernación, don Fernando de Castro Polanco, quien pretendía casarla con un sobrino suyo, ya que el rey le había asignado a Isabel una pensión de por vida en agradecimiento a que era hija de don Alonso de Benavides y éste a su vez de Francisco

de Benavides, quien había realizado grandes proezas en la conquista y pacificación de Perú.

De sus *Memorias* Vicente Calero desafortunadamente apenas publicó algunos fragmentos, pues hubiera sido muy interesante conocer las impresiones de su estancia en México cuando fue estudiante de medicina en el Hospital de San Andrés, de sus amistades literarias cuando vivía con su tío don Andrés Quintana Roo o cuando volvió a México como diputado en 1851 y Francisco Zarco dirigía *La Ilustración Mexicana*. De ellas sólo conocemos la narración de su viaje de Xalapa a Perote en 1835, en la que cuenta las aventuras amorosas de un joven inglés que había conocido en la diligencia, y algunas noticias del viaje que hizo a los Estados Unidos a finales de 1839 y durante casi todo el año de 1840: las ceremonias de los metodistas en Nueva York y la descripción de la cárcel de Filadelfia, así como sus observaciones sobre el sistema penitenciario en la Unión Americana. Es una lástima que no nos haya narrado sus impresiones cuando conoció a Washington Irving y su amistad con *monsieur* John L. Stephens.

Finalmente en cuanto a su poesía, en la crítica sigue privando la opinión hecha por Manuel Sánchez Mármol y Alonso de Regil y Peón en su antología los *Poetas yucatecos y tabasqueños*, publicada por primera vez en 1861 (Mérida, Sociedad Tipográfica), quienes afirman que la obra poética de Calero, a diferencia de su prosa *admirable*, ocupa un segundo lugar, pues la consideran falta de inspiración, plagada de *ideas vulgares* e *inarmónica* en la dicción. Punto de vista que repite Sánchez Mármol en sus *Letras patrias*, con algunas diferencias cuando asevera que Vicente Calero adquirió gran renombre como prosista, pues hizo del estudio “asunto de seria ocupación, gobernado por un criterio exento de falaces influencias o de opiniones preconcebidas”. En cuanto a su poesía, agrega: “Su inspiración no rompió ningún dique, y se distinguió por lo sencilla y discreta” (2011, 155). Por su parte, José Esquivel Pren coincide con las palabras de Sánchez Mármol cuando afirma que “Calero Quintana no fue un poeta de primera magnitud” y como “mejor hizo brillar su talento fue

en el cultivo de la prosa” (1946, 384), y que si llegó a ocupar un lugar destacado en la literatura peninsular se debió a la influencia que ejerció sobre él su maestro Justo Sierra O'Reilly. De estas opiniones, particularmente sobre la de Sánchez Mármol, habría que aclarar que la poesía no se hace con ideas (vulgares o no), sino con palabras, y que si bien es cierto que se puede señalar inarmonía en su dicción, en otras ocasiones muestra tener un excelente oído para el verso como cuando se detiene a examinar la poesía de Wenceslao Alpuche o cuando examina la musicalidad de algunos versos de los *Ensayos poéticos* de José María de Salas y Quiroga. En cuanto a la influencia que ejerció Justo Sierra O'Reilly sobre Vicente Calero habría que aclarar que no sólo él puede considerarse como su discípulo, sino toda la generación de jóvenes que publicaron en *El Museo Yucateco* y en *El Registro Yucateco*, y aun muchos de sus contemporáneos, o bien, novelistas o escritores que empezaron a dar a conocer sus obras por aquellos tiempos, como Rafael Carvajal, Gerónimo Castillo, Pantaleón Barrera, Fabián Carrillo Suaste, José Antonio Cisneros, Crescencio Carrillo y Ancona, Manuel Sánchez Mármol y Eligio Ancona. El poeta y dramaturgo español Antonio García Gutiérrez escribió *El duende de Valladolid* y *Los alcaldes de Valladolid* gracias a la sugerencia de Justo Sierra O'Reilly, y estas obras no desmerecen en ningún momento por este simple hecho, ni aun incluso por haber escrito Sierra O'Reilly las leyendas *Los bandos de Valladolid* y *El secreto del ajusticiado* que versan sobre el mismo tema.

Por otra parte, también se equivoca Esquivel Pren cuando en su afán de señalar la impronta de Sierra O'Reilly en Vicente Calero nos dice que éste era un “satélite”, un hombre que no tenía “luz propia”, que profesaba un culto tal al maestro que para seguir sus pasos había emprendido un viaje a los Estados Unidos (1946, 633). Nosotros ya lo sabemos: Vicente Calero viajó a ese país a finales de 1839 y prolongó su viaje durante varios meses de 1840; Sierra O'Reilly visitó los Estados Unidos, una sola vez, en 1847, cuando intentó cumplir una misión oficial de obtener ayuda en la lucha entre la “raza blanca” y los indios mayas que se habían sublevado en el mes de julio de 1847.

La obra de Vicente Calero ciertamente no tiene la importancia histórica y literaria de los grandes escritores peninsulares del siglo XIX como Justo Sierra O'Reilly, Eligio Ancona o José Peón Contreras. Pero inició la crítica literaria en Yucatán; escribió algunas leyendas, nada desdeñables en la tradición de este género en la literatura yucateca, e incursionó en la poesía romántica a la manera de los poetas de la Academia de San Juan de Letrán.

Sus afinidades están, como se habrá visto, con la literatura romántica; en cuanto ideas es un hombre respetuoso de las tradiciones, y en cuanto a religión, un católico a machamartillo, como tantos militantes del partido conservador o liberal en el México del siglo XIX. Sobre su filiación literaria e ideológica dice don Juan Francisco Molina Solís que “La influencia de Chateaubriand se ve bien marcada” en sus escritos, “todos de tendencias morales, filosóficas y religiosas. De estilo natural y correcto, de prosa elegante, campea en él siempre la razón severa y la moderación agradable y apacible”. Dicen que era Calero de espíritu noble, mirada viva y penetrante, modestia sin afectación, humildad sencilla y natural que rechazaba aun la sombra de la vanidad y del orgullo (Molina 1898, 89). Y Roldán Peniche Barrera y Gaspar Gómez Chacón, en su *Diccionario de escritores de Yucatán*, escriben: “Puede considerársele, junto con don Pablo Moreno, como el iniciador de la crítica literaria en Yucatán así como el primer ensayista de la península” (2003).

Nota: Se toma como texto base la primera publicación de las obras de Vicente Calero Quintana, salvo en aquellos casos en los que las volvió a publicar e introdujo algunos cambios.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA DIRECTA

El Museo Yucateco

- 1841-1842 2 vols. Campeche: José María Peralta [edición facsímil: Introducción de Arturo Taracena Arriola. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán-Secretaría de la Cultura y las Artes-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014].
- 1842 *Poesías de D. Wenceslao Alpuche con una noticia biográfica y algunas observaciones.* Mérida: Imprenta de L. Seguí, III-XXXII.

El Registro Yucateco

- 1845-1849 4 vols. Mérida-Campeche: Imprenta de Castillo y Compañía.

El Fénix

- 1848-1851 Campeche: Pedro Méndez Echazarreta.

Mosaico. Periódico de la Academia de Ciencias y literatura

- 1849-1851 Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza.
- 1851 *Discurso pronunciado el diez y seis de septiembre de 1851 en las galerías bajas de la casa consistorial de esta Capital por el ciudadano Vicente Calero Quintana e impreso por disposición del R. Ayuntamiento.* Mérida: Tipografía de Rafael Pedrera.

La Ilustración Mexicana

- 1851, 1854 Tomos II, IV. México: Ignacio Cumplido.
- 1856 *Apéndice al Diccionario universal de Historia y Geografía.* III, vol. X. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.
- 1861 *Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores composiciones.* Eds. Manuel Sánchez Mármol y Alonso de Regil y Peón. Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica [edición facsímil: prólogo de Rubén Reyes Ramírez. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán/Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2005].

El Siglo Diez y Nueve

- 1851-1852 Mérida: Imprenta de Rafael Pedrera.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA INDIRECTA

Abreu Gómez, Ermilo

1934 *Clásicos románticos, modernos*. México: Ediciones Botas.

Ah-Kin-Pech [Carlos J. Sierra]

1958 "El Registro Yucateco (1845-1849)". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (135): 4-5.

Ancona, Eligio

1880 *Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días*. T. IV. Mérida: Manuel Heredia Argüelles.

Baqueiro Preve, Serapio

1871 *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864*. T. IV. Mérida: UADY.

Casares G. Cantón, Raúl et al.

1999 *Yucatán en el tiempo*. México: Inversiones Cares (edición en CD).

Esquivel Pren, José

1946 "Historia de la poesía, la novela, el humorismo, el costumbrismo, la oratoria, la crítica y el ensayo". En *Enciclopedia yucatanense*. T. V, 384-385, 631-633, 763-766, 826-827. México: Gobierno de Yucatán.

1957 *Historia de la literatura en Yucatán. Los poetas del siglo XIX*. T. I. México: Asociación Zamná, 141-147.

1975 *Historia de la literatura en Yucatán*. T. VIII. México: Universidad de Yucatán, 77-80.

Estrada, José T.

1968 "Periódicos y escritores del siglo XIX. El Museo Yucateco. (1841-1842)". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (383): 16.

1968 "Periódicos y escritores del siglo XIX. El Registro Yucateco". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (397): 17-18.

1968 "Periódicos y escritores del siglo XIX. El Registro Yucateco". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (398): 17-18.

Estrada, José T.

- 1968 "Periódicos y escritores del siglo XIX. *El Registro Yucateco*". *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (399): 16.

Ferriol, Pedro

- 1854 *Noticia biográfica de D. Vicente Calero Quintana*. Mérida: Rafael Pedrera.

García de Diego, Vicente

- 1958 *Antología de leyendas de la literatura universal*. T. I. Barcelona: Labor, 148-156.

López Cogolludo, Diego

- 1955 *Historia de Yucatán*. 3 vols. Campeche: Talleres Gráficos del Gobierno del Estado.

Martínez Alomía, Gustavo

- 1906 *Historiadores de Yucatán. Apuntes biográficos y bibliográficos de los historiadores de esta península desde su descubrimiento hasta fines del siglo XIX*. Campeche: Tipografía El Fénix.

Menéndez, Carlos R.

- 1931 *La evolución de la prensa en la península de Yucatán a través de los últimos cien años*. Mérida: Talleres de la Compañía Tipográfica Yucateca.
- 1937 *Noventa años de historia de Yucatán. 1821-1910*. Mérida: Compañía Tipográfica Yucateca.

Molina Solís, Juan Francisco

- 1898 "Las sociedades literarias en Yucatán, desde 1810 a 1870". *Salón Literario* (3): 81-97.
- 1904 *Historia de Yucatán durante la dominación española*. T. I. Mérida: Imprenta de la Lotería del Estado.
- 1910 *Historia de Yucatán durante la dominación española*. T. II. Mérida: Imprenta de la Lotería del Estado.

Muriá, José María (ed.)

- 1981 *Historia de Jalisco*. III. Gobierno de Jalisco.

Peniche Barrera, Roldán y Gaspar Gómez Chacón

2003 “Vicente Calero”. En *Diccionario de escritores de Yucatán*, Instituto de Cultura de Yucatán. Mérida: CEPESA Editorial.

Prieto, Guillermo

1906 *Memorias de mis tiempos, 1828-1840*. París-México: Bouret.

Prescott, Guillermo

1844 *Historia de la conquista de Méjico*. México: Imprenta de V. G. Torres, 176-177.

Rosado Avilés, Celia

1999 “El Registro Yucateco: canon y propuesta de la literatura yucateca”. Tesis de maestría en Literatura Mexicana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana.

Sánchez Mármol, Manuel

2011 *Obras Completas*. Vol. III. México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Sánchez Mármol, Manuel y Alonso de Regil y Peón (eds.)

1861 *Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores composiciones*. Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica [edición facsímil: prólogo de Rubén Reyes Ramírez. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2005].

Sierra O'Reilly, Justo

1850 *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*. Tt. I y II. Campeche: Gregorio Buenfil.

1860 *Discursos pronunciados el 1o de enero de 1860 en la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida*. Mérida: Imprenta de Rafael Pedrera, 11 [manuscrito autógrafo. Biblioteca Campeche en San Francisco de Campeche].

Sosa, Francisco

1866 *Manual de biografía yucateca*. Mérida: Imprenta de J. D. Espinosa e hijos.

1873 *Ensayo biográfico y crítico de don Wenceslao Alpuche*. México: Imprenta del Comercio de Nabor Chávez, 79-80.

Stephens, John Lloyd

2003 *Viaje a Yucatán*. México: FCE.

Suárez Turriza, Tatiana

2008 “Estudio e índice de *El Museo Yucateco*”. Tesis de maestría en Literatura Mexicana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana.

Taracena, Arriola, Arturo

2008 “Lo político en el periodismo literario. La visión regionalista en *El Museo Yucateco* y en *El Registro Yucateco*, 1841-1849”. En *Yucatán en la ruta del liberalismo mexicano, siglo XIX*, edición de Sergio Quezada e Inés Ortiz Yam, 219-243. México: Universidad Autónoma de Yucatán.

2014 “*El Museo Yucateco* y el surgimiento de la prensa literaria en la península de Yucatán. La apuesta por una identidad nacional”. Introducción a la edición facsímil de *El Museo Yucateco*, ix-xxiv. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán-Secretaría de la Cultura y las Artes-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Tola de Habich, Fernando

1996 “Diálogo sobre los *Año Nuevo* y la Academia de Letrán”. En *El Año Nuevo de 1837*. México: UNAM.

ARTÍCULOS

El Museo Yucateco.

Introducción

El deseo de animar a nuestros compatriotas a la afición, al estudio de las materias literarias, nos ha impulsado a presentar este imperfecto ensayo con la esperanza de abrir el camino que debe perfeccionar el tiempo y el buen gusto. Y aunque para adquirir éste sea necesaria una constante dedicación, la lectura asidua de los buenos escritores y también algunas circunstancias que más se deben a la naturaleza que al arte, hemos creído oportuno excitar la emulación de la juventud yucateca, a fin de ir sembrando paso a paso en sus almas ardientes las semillas que producen al cabo tan preciosos frutos. Espíritus demasiado miserables, por cierto, miran con un desdén punible todo lo que pertenece al ameno y bellissimo campo de la literatura, niegan su importancia y creen que es perder tiempo pararse un tanto en la contemplación de objetos frívolos que no dejan ninguna clase de utilidad material. Si el arreglo de nuestras ideas y la buena manera de expresar nuestros pensamientos fuese una cosa de poquísima importancia, nosotros convendríamos en ello, y hasta en que se desterrasen los principios, los deseos y la marcha que se notan en una sociedad culta; pero no es así; pues los mismos que con más ardor atacan a la literatura, porque no conocen su mérito, se esfuerzan con mucha necedad en mostrarse correctos en su estilo, elocuentes en sus discursos, pero entonces lo que hacen es dar una prueba de su orgullo ridículo y manifestar la obligación en que se hallan de aprender

las materias que detestan para pensar con orden y precisión y hablar con juicio y con acierto. En el estado de progreso en que hoy se encuentran la ciencia y las artes es indispensable seguir una marcha diferente que aún no estaba trazada a los primeros genios que aparecieron en el mundo, o mejor dicho, esa marcha que ellos trazaron después de contemplar con detención a la naturaleza y el corazón humano. Homero no tuvo necesidad de las reglas de Aristóteles para ser un gran poeta, ni Cicerón de los principios de Quintiliano para ser el maestro de la oratoria universal. Mas ahora preciso es que el estudio de las obras clásicas, así antiguas como modernas, se una a la meditación de las costumbres de la época, porque al fin cada uno piensa según el siglo en que vive. Sin esta constante dedicación serán inútiles otros cualquiera esfuerzos que se hagan por adelantar en la carrera de las letras.

Nosotros convencidos de estas verdades, y con la intención de contribuir a la mejora de la escasa colocación que aquí puede darse a los jóvenes, nos hemos propuesto publicar este periódico, aunque después de todo no nos anime una consoladora esperanza. Hemos oído decir cuando apenas circulaba el prospecto que nuestro cuaderno no puede sostenerse, que no hay gusto en el país para esta especie de tratados, y que entre poco los editores se retirarían por no gravarse más el bolsillo. Así sea enhorabuena: siempre será, sin embargo, glorioso para nosotros poner los medios y si no se consigue el objeto no será la culpa de los que quisieron hacer un servicio glorioso a su patria; lo será sin duda de todos los que no conspiren a ayudar las importantes miras que han puesto la pluma en nuestras manos.

Ni una palabra de política: tal es la oferta que ya hemos hecho a nuestros conciudadanos y esperamos que por esto no sean condenadas al desprecio nuestras tareas. Acostumbrados los ánimos a chismes, reyertas y personalidades, no quieren alimentarse con substancias más nobles y sólidas. A pesar de esto puede suceder que pasando algún tiempo adquiera cierta popularidad nuestro periódico, pues siendo las producciones que contenga en su mayor parte de varios amigos que se han

propuesto acompañarnos y tratándose además de asuntos que despierten el orgullo patrio no dudamos obtener prósperos resultados.

[Justo Sierra O'Reilly y Vicente Calero]

[*El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 1-2].

Anuncio bibliográfico. Poesías de don Wenceslao Alpuche, con una noticia biográfica y algunas observaciones

Las pocas y excelentes composiciones poéticas que nos ha dejado nuestro célebre compatriota don Wenceslao Alpuche van a ser el objeto de una obra que hoy tenemos el placer de anunciar. Sus editores han empleado las más activas diligencias para reunir todo lo que se conserva escrito de su mano, y que uno u otro amigo del autor mantenía guardado como un inestimable tesoro. El deseo de que no se olviden estos brillantes rasgos de nuestra naciente literatura impulsa ahora a los que se han propuesto dar una prueba satisfactoria de la amistad y consideración que les merecía el poeta; y esto también puede servir de estímulo a los que, poseídos de cierta ambición noble, aspiren a que su memoria exista más allá de las orillas del sepulcro. Éste es el premio que el talento y la ilustración deben conseguir en el mundo.

La noticia biográfica que ofrecemos será escrita con los mejores datos que nos ha proporcionado un condiscípulo, un compañero del señor Alpuche, que en relaciones con él desde niño las robusteció en su juventud, y jamás fueron interrumpidas hasta el grado de que el bello epitafio que se halla escrito sobre la losa de su sepulcro es debido a las emociones de la verdadera amistad, con que la persona de que hablamos consagra sus recuerdos sublimes al poeta difunto. ¡Ojalá que los que ahora han pensado publicar su vida y sus escritos hubiesen tenido la melancólica fortuna de encontrarse próximos al lecho de la muerte para recibir su último adiós, sus últimos suspiros, y para que con lágrimas humedeciesen su cadáver!

Las observaciones que también ofrecemos deben ser un juicio de las poesías que se impriman. Muchos y muy honoríficos son los que se han hecho lejos de Yucatán por quienes no conociendo, ni de vista, al personaje que juzgaban, no pueden ser tachados de parcialidad. Entre varios que poseemos, uno del acreditado don José María Heredia acerca del poema "A Hidalgo", elogia mucho y manifiesta las bellezas de la obra de nuestro compatriota. Sin duda por las alabanzas del crítico y por el mérito indisputable del poema, debió éste leerse con agrado en México, y obtener después lugar en una hermosa colección de *Poesías mejicanas* que se han impreso últimamente en París. Y es de advertir que la referida composición fue una de las primeras que el autor se atrevió a publicar, y no bajo su nombre. Decididos, pues, como lo estamos a dar a luz todo lo que contribuya a su buena reputación literaria, no perdonaremos diligencia por aumentar las especies que sean necesarias para la consecución de nuestro objeto.

Tal vez al empeño que se ha tenido en indagar y recoger las producciones del señor Alpuche, se habrán ocultado algunas de las que, sin duda, ocuparían un lugar preferente en la colección que va a imprimirse. Si este anuncio llega a poder de persona que tenga o sepa de ellas, le suplicamos encarecidamente que nos facilite cualquier documento o noticia, contando para siempre con nuestra verdadera gratitud por este servicio al nombre ilustre de un amigo, que tanto distinguimos en vida, y cuya temprana muerte nos ha causado un profundísimo sentimiento. Movidos por él, nos hemos creído obligados a colocar sobre el cerro, en que fue sepultado su cuerpo, una flor entre tantas otras que le han dedicado, una corona entre las mil que deben ofrecerle sus amigos, y un monumento digno de su nombre y de su gloria.

Todo lo que se quiera comunicar a los editores se remitirá:

En Mérida: a la imprenta en que se publica el presente prospecto¹ en donde se halla abierta la suscripción al precio de un peso por cada ejemplar, que se pagará al acto de la entrega.

¹ *La del Boletín comercial.*

En Campeche: Bajo estas condiciones recibe la misma suscripción don Justo Sierra.

En Tekax: Don José Domingo Sosa.

En Peto: Don Francisco Suárez.

[*El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 203-204].

Noticia biográfica.
[Sobre la vida y obra de Wenceslao Alpuche]

Escribir la vida de los hombres no es asunto tan fácil como a primera vista parece, porque es preciso examinarlos bajo un aspecto moral, político o literario; y cualquiera que sea el lado a que se inclinen, no faltan inconvenientes que vencer y escollos en que peligra la imparcialidad más severa. La parte moral de un individuo se ha de comprobar con hechos públicos, ya que de la conducta privada no es dado a nadie manifestar su juicio; y esta sola circunstancia presenta un campo inmenso a la malicia, y excelente materia para la mordacidad y la calumnia: las acciones en política, la heroicidad como suele llamarse, está más expuesta a las imputaciones, al odio de grandes adversarios; y entre los encomios de los de un bando es frecuente escuchar las voces de la enemistad exaltada: el mérito literario viene a disputarlo tal vez la envidia, y no es raro ver que con críticas, o más bien con diatribas, se pretenda hacer olvidar las alabanzas con fascinadoras razones de desprecio. Sin embargo, la importancia y utilidad de este género de escritos influyen mucho para dispensar sus faltas. Porque la historia obtiene aclaraciones, y para referir la vida del hombre célebre hay que hacer frecuente alusión a su época, a las costumbres, a otros individuos y a mil circunstancias tomadas, por decirlo así, del espíritu de la misma historia, con el fin de enriquecer la noticia oportuna de los sucesos y recuerdos del país. Plutarco ha cavado como nadie esta mina, y ha puesto en descubierto sus ventajas. *La fisonomía fiera y proporciones colosales* de sus héroes, la pintura vivísima de las virtudes y de los vicios,

y el profundo conocimiento que el biógrafo tuvo del corazón humano, todo le da un verdadero interés a la soberbia galería de los personajes que retrata.

Pero es muy diferente referir los grandes hechos de un general, o los diversos acontecimientos que han ocurrido para formar un hombre de estado: ni es uno mismo el teatro en que ellos aparecen, ni la gloria literaria puede compararse con su gloria. Más tranquila la una, no recoge, como la otra, laureles manchados con sangre; la una se apoya en los progresos de la fuerza moral, la otra en los de la física: es la gloria de Alejandro junto a la de Homero, es la de Napoleón junto a la de Milton. Para juzgar al héroe, para referir su vida, basta conformarse con las ideas que el público hubiese adquirido acerca de él: no sucede otro tanto con el literato; el mérito se ha de buscar en sus escritos, y ya se ve cuánto se necesita a fin de acertar en materia tan delicada. No tienen tal presunción los que publican la presente obrita, ni se creen con las circunstancias precisas para ello; por eso se han reducido a dar una breve noticia del hombre cuyas producciones dan a luz, y después algunas advertencias, con las que no intentan conseguir el título de literatos, pero sí el de buenos amigos, que han contribuido con todos sus esfuerzos a la sólida gloria de un compatriota, que tan prematuramente ha descendido al sepulcro.

Cuando el reverendo y muy respetable obispo don Pedro Agustín de Estévez visitaba su diócesis en 1804, nació en el pueblo de Tihosuco el 28 de septiembre don Wenceslao Alpuche, hijo legítimo de don Miguel y de doña Francisca Gorozica. Muy niño aún murió su padre, y habiéndose casado de nuevo la viuda, el joven que prometía las más lisonjeras esperanzas fue dirigido a esta capital para que se diese principio a su educación. Así se hizo en efecto, y tanta era la constante aplicación del discípulo, y tanto el talento que desarrollaba, que pronto se vio en aptitud de pasar al colegio, con objeto de estudiar la gramática latina. Rápidos fueron también los progresos que hizo en aprendizaje tan árido, y en poco tiempo se encontró capaz de ser examinado, para empezar lo que se llama aún en nuestra Universidad un

curso de filosofía. Y si bien lo que lleva aquí este nombre, ni tiene la perfección que han dado a la lógica las obras de Condillac, Dumarsais, Destutt-Tracy, ni lo que ha adelantado la moral tratada por Holbach, ni lo que ha ganado la física en estas últimas épocas entre franceses y alemanes; sin embargo, no hay duda que contribuye a despertar el entendimiento, a mejorar el ingenio, y en medio del calor de las disputas escolásticas, se ven lucir muchas veces los destellos de una disposición brillante. La de Alpuche lo era, y obtuvo un lugar preferente entre sus compañeros de estudio.

En este tiempo comenzó a descubrir la afición más decidida a toda clase de obras poéticas: hizo algunos ensayos en el divino arte, y las fuerzas gigantescas de su imaginación colosal empezaron a desplegarse. Entonces leyó varias comedias de Calderón, de Lope y de Moreto, y el poeta sentía allí en su interior vehementes impulsos por imitarlos: el deseo de la gloria chispeaba ya en su fantasía. Una composición de este género fue la primera a que se dedicó, sin creer todavía quizá que su fama no debía ser nunca dramática: la poesía lírica es totalmente diversa, y hasta un literato tan célebre como don Juan Meléndez [Valdés] no acertó a poner en *Las bodas de Camacho* aquella gracia, perfección y hermosura con que supo adornar sus romances, sus églogas y sus odas. Hay pocos ingenios como el de Lope de Vega, que *desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dejó señales de desolación y talento*. Por más esfuerzos que hemos hecho para adquirir ese primero y único ensayo dramático de nuestro paisano no se ha conseguido, y nuestras diligencias han sido burladas; pero Alpuche no estaría muy satisfecho de una producción que no conservaba en su poder, que nunca habló bien de ella, y que después no intentó ocuparse de nuevo en composiciones de esa especie.

Entre los libros que arrebataron su fogosa imaginación, el principal era el de las poesías de don Manuel José Quintana, que le sirvió como de modelo y de guía. Dígase lo que se quiera, el mérito de este literato español es incuestionable; y más de una

vez oímos a don José María Heredia asegurar que el entusiasmo de sus producciones, si es que alguno tenían, lo había bebido en los admirables raptos de Quintana: el cubano siguió sus huellas, el yucateco hizo lo mismo sin saberlo, y ambos fueron poetas. Hasta el metro de silva, con que el vate castellano compuso sus obras, fue imitado en muchas por Alpuche, sobre todo en las patrióticas, que manifiestan su genio sublime en las figuras y en la expresión. Como aún por esta época no hubiese podido proporcionarse por sí otro linaje de conocimientos que los mezquinos que pueden adquirirse en nuestras escuelas, no conocía una sola línea de literatura extranjera: la española no era de lo más floreciente, ni en el género dramático, ni en el lírico: seguíanse todavía los pasos de Montiano y de Luzán, llevados a mayor perfección por los esfuerzos de Jovellanos, Moratín y Meléndez, pero enteramente pervertidos en poder de Cienfuegos, *a quien con todo le ha cabido la suerte de tener muchos prosélitos, como los tuvo el gongorismo en su tiempo*. Por otra parte, aquí no se traían las obras didácticas de la materia, pues en los largos años de la dominación española en América, poco se pensó sobre los progresos de sus colonias, de modo que lo que se sabía, lo que se adelantaba era debido exclusivamente al ingenio de los que aquí se esforzaban por salir de esa abyección mental, que empezó a sacudirse con el filosofismo del siglo dieciocho.

La primera composición lírica que dio celebridad al nombre de Alpuche en Yucatán, fue una que, dirigida contra persona pública, se imprimió cuando ésta no tenía prestigio alguno entre el bando que dominaba, o mejor dicho, se le aborrecía, como siempre sucede en parcialidades contrarias, ya sean de política o de cualquier género. Alpuche no se atrevió a firmar esta pieza, que la mayor parte de los lectores conocían por suya, y este conocimiento y la valentía de la obra, y las noticias que de ella corrían de boca en boca, todo contribuyó para que el periódico en que se hallaba fuese buscado con ansia. Lo peor es que en la tal producción verdaderamente poética, se mientan individuos que como Alpuche han bajado a la tumba; y esta reflexión, unida a la imparcialidad con que debe verse una obra quizá de circunstan-

cias, tal vez de prevenciones personales o de otros sentimientos poco dignos de immortalizarse, ha movido a los que dan a luz este libro en su memoria, a desnudarla de toda idea que contribuya a hacer odioso el nombre de otro. Si la poesía que contiene debe conservarse para siempre, las personalidades de que abundaba era preciso condenarlas al desprecio. Así lo hemos hecho, y nos parece haber obrado en justicia: de este modo la composición pasará hasta a las más remotas generaciones como una sátira sobre los delitos de un funcionario, como una sátira menos correcta tal vez que alguna de los Argensolas, pero tan enérgica y vigorosa como las de estos grandes maestros.

Como quiera que sea, la popularidad adquirida entonces le alentó en mucho para continuar su carrera por el sublime camino de las inspiraciones. El poema "A Hidalgo", el de "Heloísa" y otras bellísimas obritas fueron apareciendo en seguida, aunque no muy continuadas, pues Alpuche no era hombre tan laborioso, como debía haberlo sido, para dejar una buena colección literaria en prosa y verso. Varias veces en conversaciones particulares con él nos ofreció escribir una novela como las de Walter Scott, pero de asunto exclusivamente nuestro, porque, sea dicho de paso, el poeta nunca dejó de amar a su país, y hasta habíamos convenido en la historia que podía referir y adornar con todas las galas de su lozana fantasía; el libro debía titularse *El señor Gálvez*. Pero después de su sensible fallecimiento nada hemos encontrado en sus papeles, a pesar del empeño laudable que su albacea don Francisco Suárez ha tomado en registrarlos; y ni sus amigos de la ciudad de Tekax, de que también debemos hacer particular mención, nos han proporcionado sobre esto noticia alguna. De aquí es que Alpuche no trabajaba mucho, y varias causas podían contribuir a esta punible apatía. La primera es, que por su ocupación de agricultor se veía precisado a vivir en el campo, y todo el mundo sabe que sin emulación el talento duerme, y ésta no puede encontrarse en el desierto. Otra cosa: el poeta tenía un corazón volcánico, dominado por una pasión que tocaba al frenesí, la del amor; de modo que agregado a esto el ansia indispensable para buscar dinero, se tendrán los moti-

vos que apoyan el adormecimiento de su pluma, pues ya desde los tiempos de Horacio se miraron como contrarios al genio *los excesivos placeres de los sentidos, y el anhelo exclusivamente consagrado al aumento o conservación de los bienes de fortuna*. No es esto decir que Alpuche tenía esa sed de oro tan generalizada en el siglo *positivo* en que vivimos: ni la conoció, ni fue más que lo contrario, demasiadamente pródigo.

Agréguese también a lo anterior la circunstancia de que empezó a figurar en un nuevo teatro, en el de la política, y nosotros tenemos como ciertísima la opinión del célebre don Alberto Lista al afirmar *que nada es más propio que la política para adormecer la imaginación y secar la fuente de los afectos*. Alpuche dio principio a su marcha en este diverso terreno, con un discurso que pronunció aquí en Mérida ante un numeroso pueblo en memoria de los primeros héroes de nuestra independencia, discurso que su autor no quiso publicar, pero que fue muy aplaudido por cuantos lo oyeron, y con justicia, pues revestido de toda la majestad de la verdadera elocuencia, tenía también aquellas vivas y sublimes imágenes que el genio solamente puede inspirar a los poetas. Dado a conocer más con este importante incidente, se hizo de mayor séquito su nombre, y poco después fue electo representante para la legislatura del estado, y al cabo de algunos años lo fue igualmente para el Congreso General. Alpuche en México sintió la necesidad de otras ideas y conocimientos, y se dedicó a un estudio constante. La literatura francesa más rica, pero no más sólida, digámoslo así, que la inglesa, llamó su atención, y los hombres grandes del siglo de Luis XIV eran bien recibidos en su gabinete, en donde no encontraban rivales. Pero poco a poco las relaciones contraídas con Heredia, Pesado, Prieto, y tantos jóvenes afectos a las bellas letras, le animaron para estudiar a Victor Hugo, Lamartine y otros menos sobresalientes, pero más románticos, en eso de correr sin objeto y sin guía. No por esto Alpuche contrajo aquel mal gusto que es el regalo que la literatura transpirenaica ha hecho siempre a la España; pues con la lectura de fray Luis de León, de Garcilaso y de otros modelos que desde su niñez sabía de memoria, no

pudo contagiarse de esa fiebre que ha dado tan malos ratos a las musas castellanas.

En los momentos del descanso de sus ocupaciones parlamentarias, compuso algunas piecitas graciosas y bellísimas, y que le atrajeron el aprecio de varias personas interesadas en los progresos de la literatura en México. El ardor con que los jóvenes de allí abrazaron el estudio hizo nacer la idea de una academia, que llegó a establecerse y a producir buenos resultados. El primer ensayo que, como prueba lisonjera de los deseos que animaban a la juventud, se imprimió el 1o de enero de 1837 con el título de *Año Nuevo* se vio expuesto a las injustas críticas de la envidia, que no por eso opacó la gloria de sus autores. Alpuche, miembro de la Academia, y muy apreciado de sus compañeros, se creyó obligado a contribuir a la colección de que se componía el libro, sin prever que iba a recibir la más tremenda diatriba que se ha escrito desde que hay plumas atrevidas en el mundo. Contestó el poeta, replicó el crítico, y la razón no estaba ni por uno ni por otro. La composición no es de lo mejor, pero no es pésima, y aunque así fuera, con esta sola muestra no podía calificarse el mérito de su ingenio que, ejercitado en otros objetos, tanto o más sublimes, había sabido lucir con acierto. Ni la disposición de la fantasía es una misma siempre, ni todas las materias presentan igual número de imágenes: esto lo sabe bien el crítico, de quien trataremos con alguna más prolijidad en las observaciones que se pondrán a continuación de esta noticia biográfica.

Pero las críticas, por severas e injustas que sean en eso de achaques literarios, traen una ventaja, y es la de que el criticado se encuentra en la necesidad de aumentar el caudal de sus luces para entrar en la polémica a que se le provoca. Ya sea por esto, ya sea por el frecuente trato con sujetos inteligentes, ya sea por emulación, lo cierto es que Alpuche adelantó, y así se advierte en sus obritas de este tiempo, y en las pocas que le sucedieron. Mucho sin duda contribuyó para encender y perfeccionar su genio la leyenda [*El moro expósito*] de don Ángel Saavedra que recién publicada había justamente llamado la atención general

porque daba principio a una nueva era en el parnaso de Castilla. Nuestro compatriota se embebía en la continua lectura de este soberbio poema, que era más de su gusto que cuanto leyó de versos en su vida, pues su carácter era más propio para las obras de Osián que para las de Homero. Tan luego como terminó su misión legislativa, el poeta se puso en camino para su patria, por la que siempre suspiró, y a la que tuvo siempre presente consagrándole los más fervientes recuerdos en sus poesías. Llegó aquí para continuar su ejercicio de agricultor, dejando el bullicio social de la corte por la soledad salvaje del campo, y allí se conservó hasta que otra vez fue nombrado diputado para la legislatura que después de nuestra última revolución debía fijar constitucionalmente la suerte del estado. Alpuche cumplió con los deberes que le impuso su posición, e hizo renuncia del sueldo que le correspondía, dando con esto una prueba indudable del desinterés con que obraba en obsequio de su patria. Así que terminó el servicio a que lo había llamado el afecto de sus compatriotas y amigos, volvió a los mismos lugares en donde la muerte le acechaba para arrebatarlo.

Don Wenceslao Alpuche tuvo una memoria asombrosa, una imaginación ardiente y fecunda y un talento grande; fue franco y generoso con todos, tierno y oficioso con sus amigos; pero también fue de natural independiente, fácil a los accesos de la cólera, algún tanto presuntuoso y no siempre fiel y constante en sus amores y amistades. El mismo temple de su espíritu vigoroso le ponía en peligro de contraer esas calenturas que no son raras en nuestros campos, y que a él varias veces lo habían puesto a las orillas del sepulcro. Pero llegó el momento en que iban a romperse las cuerdas de su lira, momento en que la patria iba a exhalar un gemido, los amigos del poeta a llorar sobre su tumba y la literatura a perder su más privilegiado sostenedor. Después de un ataque continuo de treinta y un días en que no le desamparó una calentura fuerte, se dirigió a la ciudad de Tekax para ver si asistido facultativamente acertaba a escaparse de las garras de la muerte. Mas fue en vano: Alpuche iba a morir; de hora se agravaba, y los últimos minutos de su existencia venían siguiendo los

instantes. Amaneció el día 2 de septiembre de 1841, y las esperanzas de sus amigos terminaron con la vida del poeta. Corrió la triste noticia por toda la ciudad, y un sentimiento unánime fue el eco que correspondió a tan desgraciado suceso. Su entierro fue una concurrencia general, y su cuerpo fue sepultado en la cima del cerro de San Diego, donde jamás tendrá cabida la indiferencia, porque Alpuche merece hoy las lágrimas de sus amigos, y ahora y después y siempre será acreedor a los recuerdos de su patria. ¡Ojalá que con una hermosa pirámide o un magnífico mausoleo se indicase el lugar en que yace el grande hombre cuyo genio ha inmortalizado sus obras!

ALGUNAS OBSERVACIONES

El objeto de estas breves advertencias en que vamos a expresar nuestras opiniones queda ya indicado en la “Noticia” que precede. No es el de ostentar conocimientos literarios que no poseemos; es solamente el deseo de hacer en justicia, según nos parece, el elogio del poeta; es también un medio de defenderlo en parte de las críticas que sin merecerlo le han atribuido defectos que no tenía, y es por último coyuntura muy a propósito para dar a luz los juicios favorables que algunos han hecho de nuestro compatriota.

Respecto de las poesías patrióticas tenemos el sentimiento de avisar al público que el juicio de don José María Heredia sobre el poema “A Hidalgo”, que ofrecimos en el prospecto y que tanto honraba la memoria de Alpuche se nos ha extraviado, y por más que hemos hecho para hallar otro ejemplar, no han sido sino infructuosos nuestros esfuerzos. Lo bueno es que la composición se recomienda por sí sola como una de las mejores que salieron de su pluma; bien que todas las patrióticas son buenas y parecen más adecuadas al genio del poeta. El “Moctezuma” no más es la producción que por la nimia rigidez de don José G[ómez] de la Cortina, es mala *naturæ ratione* según *se atreve* a asegurarlo. Pero nosotros que no pensamos del mismo modo, copiamos en seguida lo que sobre ella ha dicho, para después

contestarle aquellos puntos en que creemos que el crítico no ha salido airoso. Así se expresa:

Esta composición que parece una oda lírica, pertenece al género descriptivo; pero si su artificio métrico es sumamente defectuoso, lo es mucho más el uso que en ella se hace de la lengua castellana. Sería necesario detenerse mucho para notar todas las faltas que se echan de ver en esta pieza, aun sin examinarla con el rigor que exigen las producciones literarias, cuando se intenta determinar con todo fundamento el mérito que pueden tener. Por lo mismo me limitaré a examinar muy por encima las dos primeras estrofas.

Cuando un autor se propone componer una pieza descriptiva, debe figurarse que un pintor va a ejecutar con los colores lo que el poeta pinta con palabras. Si la pintura que resulta es *natural* y por consiguiente *propia*, la composición poética es buena; si resulta lo contrario, la composición es mala. Vamos a ver como aparece la composición descriptiva de que ahora se trata.

“Herida la frente adusta”.

Aquí se habla de Moctezuma; se le elogia, se le atribuyen los caracteres de un héroe, y por consiguiente las aplicaciones, las alusiones y los epítetos deben ser propios de un héroe. Ahora bien, el adjetivo “adusto” en buen castellano, se aplica únicamente a la persona de genio melancólico y poco tratable, refiriéndose al carácter y no a las facciones del rostro; pero aun cuando así fuese, ¿convendrá a un héroe la idea que inspira la palabra *adusto*...? ¿Por qué no se empleó el adjetivo “augusta” que conviene perfectamente a la idea, a la persona, y parece que la está pidiendo el mismo verso?

“sangriento el rostro feroz”.

Este verso será, si se quiere, una consecuencia del primero, pues si la frente está herida, el rostro debe estar ensangrentado: no había necesidad de expresar esta consecuencia, porque es una de las muchas que deduce natural y espontáneamente nuestra imaginación; pero ya que se puso, convengamos en que ese adjetivo “feroz” es inadmisibile; primeramente porque la idea de *ferocidad* que inspira, convendrá a un tirano o a un bandido, pero de ningún modo

a un héroe valeroso y magnánimo, cual se intenta pintar a Moctezuma en esta composición: en segundo lugar, si la frente era *adusta*, ya era *adusto* el rostro, y éste no podía ser *feroz*, porque no podía ser a un mismo tiempo dos cosas distintas. El pintor debería hallarse en este caso algo embarazado.

“su destino maldiciendo”.

Esta idea es baja, o a lo menos poco digna del personaje a quien se aplica. Puede haber dignidad en lamentarse de una suerte adversa, pero nunca la habrá en maldecir al destino. Esto no es propio de una alma grande.

“con violenta imprecación”.

Aquí se nota una falta de coherencia y de propiedad muy considerable: se *maldice* con *maldiciones*, no con *increpaciones* que son cosa distinta: con éstas se *increpa*, y el verbo “increpar” vale lo mismo que *reprender con dureza y severidad*; no tiene otra significación; por consiguiente está muy mal usado en este caso.

“clamando al cielo venganza”.

He aquí otra falta gramatical de gran tamaño. El verbo “clamar” es neutro; no rige acusativo paciente, y por lo mismo no puede decirse *clamar venganza*, sino *clamar por venganza*. Si fuera activo podría formar su pasiva de este modo: *Moctezuma clamaba venganza*; pasiva: *La venganza era clamada por Moctezuma*. ¿Sería esto castellano?

“el indomable caudillo
del Anáhuac espiró”.

“Caudillo del Anáhuac” es lo mismo que si se dijera “general de la Francia” o “comandante de la Puerta Otomana”, porque en castellano la palabra “caudillo” significa el que como cabeza y superior, guía y manda solamente la gente de guerra, no a todos, los individuos de una nación: por consiguiente no puede aplicarse esta palabra a un monarca, así como tampoco puede decirse que éste *acaudilla* a su imperio o reino. La voz “caudillo” supone mando militar y con objeto determinado.

“quien fue de Anáhuac vengador y escudo”.¹

Otra falta de coherencia y de propiedad, pues vemos unidas para expresar una sola y misma idea, las palabras “vengador” y “escudo”, aquélla en sentido recto, y ésta en sentido figurado. Para que hubiese propiedad, debería decir “quien fue de Anáhuac venganza y escudo” (lo cual sería un disparate), o “quien fue de Anáhuac *vengador y escudador*”, lo que todavía sería mayor desatino; pero esto resulta de no haber puesto las dos palabras en un mismo sentido, o conteniendo igual metáfora.

“¡Cuántas veces a su aspecto
el enemigo tembló!
Rápido él le destrozaba
como rayo vengador”.

Creo que este “rápido” estará puesto en vez del adverbio “rápidamente”: si así es, la sustitución es violentísima, y si no es así, difícilmente podrá concebirse la idea de un *hombre rápido*. El relativo “él” está de más, pues no se necesita para el buen sentido de la oración, y además causa cacofonía con el “le” siguiente. El adjetivo “vengador”, que se aplica a “rayo”, está mal aplicado, porque le da al *rayo* una cualidad particular, ajena e impropia de la comparación en que se emplea. Mejor sería decir:

como rayo asolador.

porque no sólo el rayo *vengador* destruye y destroza; todos hacen lo mismo.

“Ni el bosque ocultó al cobarde
que huyó con planta veloz,
ni al que rendido le implora
consigue su salvación”.

Prescindiendo de esta “salvación”, y de aquel “le implora”, la falta más notable que se advierte en este cuarteto es que en el verso sép-

¹ Así debió imprimirse este verso en la composición, donde por un error se lee sin acento la palabra Anáhuac, cuando este acento es tan principal, que sin él no hay medida.

timo [de la segunda estrofa] se dice “al” en lugar de “el”, puesto que es el nominativo de los verbos “implora” y “consigue”.

Aunque solamente me propuse hablar algo de las dos primeras estrofas, no puedo menos de indicar de paso que en la estrofa quinta dice el autor:

“y en los ya apagados ojos
es fama que divisó,
sed de venganza insaciable
y el más profundo rencor”.

“Divisar”, en castellano es ver, o percibir confusamente un objeto o lo lejos. ¿Conviene aquí este verbo? ¿No estaría mejor dicho

es fama que descubrió?

Pero además, ¿se descubre *sed* en los ojos...? Luego la metáfora no es buena. Si se descubrió *sed insaciable de venganza*, necesariamente debía haber *profundo rencor*, pues sin rencor no hay deseo de venganza personal. Ésta es efecto de aquel. Luego el último verso de esta estrofa es un pleonasma inútil que debilita la idea anterior.

En una palabra, toda esta composición es mala *naturæ ratione*, puesto que no hay en ella ideología, ni lógica, ni gramática, ni mucho menos invención. Los pensamientos que contiene son triviales, las metáforas violentas o impropias y la versificación floja y monótona. Sin embargo, su autor podrá en adelante ponerse en estado de evitar estos inconvenientes, siempre que dedique algunos momentos al estudio, principalmente de la lengua castellana, y de los clásicos que han escrito en ella. Sin este estudio serán inútiles todos sus esfuerzos.

No es esto lo que se llama crítica, que anime, que estimule y corrija; todo lo contrario, exaspera, desalienta, y lo peor es que si alguna especie útil se halla vertida en este linaje de escritos, tiene que parecer condenada al desprecio público. El célebre don Tomás Iriarte, ante cuya reputación bien merecida nada vale el señor Cortina, cuando pretendió echar por tierra el mérito de *Batilo*, lo hizo con muchas razones, con nombradía grande y con otras mil circunstancias de que carece y carecerá el crítico mexi-

cano; y sin embargo, la égloga de Meléndez es leída con gusto, y nadie pregunta por la crítica de Iriarte. Dejemos esto, y vamos al punto.

“su destino maldiciendo”.

El señor Cortina dice que es baja la idea de maldecir el destino, fundándose en que se habla de un monarca, pero es preciso advertir que no siempre están obligados los poetas a expresar cosas que ajusten, por decirlo así, a los objetos; muy de otra manera, deben pintar con fidelidad cuando se refieren a pasajes históricos, acomodándose a la época y a las circunstancias respectivas. En este caso, Moctezuma no era un monarca europeo, ni tenía las ideas de religión que pudiesen impedirle la maldición del destino; en una palabra no tenía la ilustración capaz de hacerle pensar conforme al elevado puesto en que se hallaba.

“clamando al cielo venganza”.

El crítico asegura que es falta de gramática la supresión de la preposición “por” que pide el verbo clamar. No es lo mismo el lenguaje poético que el prosaico, y ni en prosa hay tanto escrúpulo como piensa el señor Cortina. El lenguaje poético, como no negará ninguno que esté medianamente versado en esta materia, goza de ciertas licencias, así con respecto al engrandecimiento de las ideas como con respecto al modo de expresarlas y a la medida del verso. Don Juan Nicasio Gallego dice en la magnífica elegía a “El dos de mayo”: “Venganza y guerra claman Turia y Duero”.

“Rápido él le destrozaba”.

Dice el señor Gómez de la Cortina que difícilmente se concebirá la idea de un hombre rápido. Este adjetivo es lo mismo que “veloz”, “pronto”, “impetuoso” y como “arrebataado”, y así lo juzgó Martínez de la Rosa, cuando dijo: “Rápido se veía/correr, volar el dios, vibrar la flecha”.

“como rayo vengador”.

Dice que “rayo vengador” tampoco es propio, por atribuirle al rayo una cualidad que no tiene; pero insistimos en que no es lo mismo el lenguaje poético que el prosaico, que los poetas pueden muy bien atribuir alma, movimiento, a los objetos que en realidad no los tienen, y que en esto precisamente consiste el mayor mérito del lenguaje figurado. Además, la autoridad del célebre y nunca bien ponderado [Leandro Fernández del] Moratín, acalla los aullidos de ciertos críticos fanáticos. En los “Padres del Limbo”, cántico primero, voz segunda:

Las puertas del Averno
cederán a su voz omnipotente;
quebrantará las bóvedas oscuras
huyendo el monstruo que se esconde en ellas,
abrasada la frente
con rayo vengador...

Y ¿se atreverá el señor Cortina a afirmar que los ejemplos traídos de Gallego, de Martínez de la Rosa y Moratín son de ningún peso, y que éstos saben menos castellano que su señoría? No creemos que llegue a tanto su amor propio, sin embargo de que muy exaltado lo manifiesta en sus críticas, que deben ser moderadas como la carta de [José] Musso y Valiente, que le quitó de la cabeza la tentación de ser poeta, o que debió quitarle, pues que todavía escribe sus romancitos y quintillas, a pesar de todo lo que dijo al publicar la referida carta. En lo demás nos parecen arregladas las observaciones del crítico.

Las poesías eróticas y las de diferentes géneros tienen un mérito grande, y sentimos no poder hacer de todas ellas un juicio extenso: concluimos, pues, con insertar lo que puso al poeta en una carta la persona a quien dedicó la “Heloísa”:

He recibido con sumo aprecio el bellissimo poemita que se ha servido usted dedicarme: “Heloísa” hace a usted el mismo honor que sus anteriores composiciones poéticas, que lei con admiración el

año pasado, envaneciéndome como yucateco de ver que en nuestra patria un joven sin más auxilios que los del talento, se elevaba a la altura de los más celebrados profesores de México. No desmaye usted en la carrera: y reciba las gracias que le tributo por haber asociado mi oscuro nombre a su gloria poética.

[*Poesías de don Wenceslao Alpuche, con una noticia biográfica y algunas observaciones* (Mérida: Imprenta de L. Seguí, 1842), III-XXXII].

Introducción a *El Registro Yucateco*

Y a la verdad, si los hombres pusiesen tanto esmero en las cosas útiles, como ponen en procurar las que no les tocan, ni pueden serles de provecho, y aun aquellas que le son muy perjudiciales; no serían ellos los gobernados, sino antes bien gobernarían los humanos acaecimientos; y llegarían a tal punto de grandeza, que en vez de mortales que son, se harían inmortales por su fama.

Del tomo 2 de las *Obras* de Salustio, traducción del infante D. Gabriel

Al tomar de nuevo la pluma los antiguos redactores del *Museo Yucateco*, no pueden olvidar la generosa complacencia con que fueron recibidas sus producciones por todos sus compatriotas; hoy, con iguales deseos de agradar con mayores elementos, y con el auxilio de varios ilustrados amigos, se proponen llegar hasta donde queden satisfechas sus esperanzas. Y tan grandes son éstas, que si por fortunas conseguimos llevarlas al cabo, *El Registro* será un periódico digno de una sociedad que sigue, sin perder de vista, el rápido progreso del entendimiento humano, cuya completa perfectibilidad se está procurando con tan asidua constancia en nuestro siglo. Uno de los medios que, con bastante fundamento, se han puesto en práctica para obtenerla, es el de la circulación de periódicos, en quedándose a luz los adelantos de las ciencias y de las artes, y pudiendo cualquiera

proporcionárselos por la comodidad del precio, vayan así difundiendo los conocimientos, que de otra manera no podrían adquirirse sino en minuciosos libros, que ni pueden publicarse con tanta brevedad, ni por su costo son tan fáciles de adquirirse. Por otra parte, las ventajas positivas que la prensa periódica suministra de día en día están acreditadas con el sabio e irrecusable testimonio de la experiencia que ofrecen las naciones cultas de Europa; porque, no hay que dudarlo, ellas consideran la imprenta como el elemento primordial, único, de la marcha que tiene por objeto la perfección moral de las sociedades y el enriquecimiento de las ciencias.

Los periódicos, puede asegurarse que en los ciento setenta y nueve años que hace se comenzaron a dar a luz, han recorrido una vasta carrera ya en el camino de la política, ya en el de las ciencias, ya en la de la literatura y artes. Por cual de estas sendas hayan hecho más beneficios o causado más daños, ni acertaría a decirse con fijeza, ni sería esta dilatada materia propia para tratarse en las cortas líneas del presente artículo. Lo que sí puede afirmarse, sin temor de equivocación, es que cuando la pluma, libre de la sangrienta acrimonia de los partidos políticos, se deja deslizar suavemente por entre las bellezas de la literatura, el lector está seguro entonces de hallar en escritos tan amenos y pacíficos un descanso para los tormentos de la vida, y una sustancia sólida que agrada y alimenta y robustece al mismo tiempo nuestro espíritu. Convencidos, pues, de esta verdad, hemos escogido por fin de nuestras tareas el de ocuparnos en asuntos de este género; y ¡felices nosotros si al satisfacer la afición a estudios tan favoritos del alma, logramos agradar y escribir algo útil, y que contribuya a la gloria del país!

La literatura, fuente de lo bello y de lo sublime, ha sido en otros tiempos vista como una de esas joyas de poco valor, aunque de mucho brillo, y que no merece se fije mucho en ella la atención. Tan desatinada idea ha desaparecido, aun de los entendimientos medianos, y hoy ya se le considera con todo su mérito, y con la poderosa influencia que ejerce en los ramos del saber humano. Influencia muy grata e importante, pues sin ella el

desarrollo de la inteligencia no hubiera llegado al punto en que ahora se encuentra, según el acertadísimo juicio de escritores inteligentes, que han probado hasta la evidencia la exactitud de este raciocinio. Y tan cierto es esto, que al paso que las naciones avanzan en civilización, deja de tenerse la literatura como un asunto trivial, propio para ocupar los ratos de ocio de la gente rica; su estudio es ya necesario, y los literatos de la época presente no mendigan, como el inmortal autor del *Quijote*, que no recogió en vida ni una sola de las flores con que después se ha tejido la gloriosa corona inmarchitable, que la posteridad ha consagrado a su nombre. La Europa en el siglo diecinueve, llena de saber por luengos años que cuenta de vida, está dando, bajo este respecto, un ejemplo que imitar y una lección interesante que aprender. Pero la América, que es un mundo de ayer, no está todavía en disposición de conocer y de apreciar las obras literarias que aparezcan en sus regiones. Veamos ligeramente las causas de un hecho tan notable.

El Nuevo Mundo, descubierto y conquistado por la nación española, no tuvo más suerte en la época de su dominación, que la de ver extraer de su fecundo seno las inagotables riquezas con que la ha colmado la naturaleza. El deseo de adquirirlas fue, se puede decir, la única o más predominante idea de los conquistadores, que nunca pensaron en los adelantos de sus conquistados: se redujeron a concederles una paz como la de los sepulcros, la paz del absolutismo. Tres siglos pasaron así sobre la América que dominó España, y después han venido con la independencia todos los males que acompañan las discordias civiles; de modo que realizándose lo que dice Salustio, y nos ha servido de texto, *no se ha puesto en las cosas útiles el esmero que se pone en procurar las que de nada tocan, y aun aquellas que son realmente perjudiciales*. He aquí la causa del atraso de la América española. Pero por una coincidencia particular, la nación que, exenta de las calamidades que han afligido a las repúblicas vecinas, se encuentra en medio de ellas como un faro en medio del océano, la nación *cuyo sistema es el descubrimiento más precioso de los tiempos modernos*,¹ esa nación

¹ Chateaubriand. "Nota sobre la Grecia".

que es la patria de Washington y el asombro de la Europa, progresa, es verdad; mas sus adelantos, como pueblo manufacturero y mercantil no van conformes con sus tardíos y débiles pasos en el estudio de las ciencias y la literatura. Doblemente ocupados en la agricultura, colonización, mejora de caminos, construcción de buques, y otros ramos que enriquecen el país, no pueden dedicarse a objetos menos materiales que éstos. En el Viejo Mundo todo está hecho hace tiempo, y tiempo ha también que se procura la perfección mental del hombre. Allí se adquiere gloria, honores y dignidades por el saber, y es un teatro espléndido en que puede campea y enorgullecerse el genio. Allí se conoce el mérito de las obras que se presentan al criterio público, porque las juzga quien sabe juzgarlas; y los que no tienen capacidad para opinar por sí, oyen y creen con docilidad lo que aseguran los *votos de calidad* y a propósito diremos que en América es un escollo horrible para la literatura ese magisterio intruso, que muchas personas sin saber por qué, ostentan cuando se trata de las producciones más delicadas. Esta prueba innegable de crasa ignorancia no desaparecerá mientras no se vaya sembrando paso a paso la semilla de la educación pública, única que puede combatir y curar de raíz la grave y contagiosa dolencia de esos ilustrados a la violeta. A pesar de esto, el siglo camina con precipitación, las letras humanas siguen en pos de él, y no hay cuidado de que el triunfo sea inseguro. El porvenir de la literatura será al cabo magnífico, como lo ha comprobado en un excelente discurso uno de los más sabios y apreciables literatos de México,² con cuyas razones tendremos el placer de concluir esta introducción acaso ya demasiado larga para su objeto.

En ninguna de las épocas del mundo civilizado, dice, se ha cultivado la literatura con más generalidad que en la presente. La historia, la biografía, la crítica, la novela, la poesía dramática, la lírica, todos los ramos de bellas letras, se enriquecen diariamente de una manera asombrosa, aun en los pueblos en que hace medio siglo estaba como adormecida la inteligencia humana; y el que quisiera

² El señor don Francisco Ortega ["El porvenir de la literatura". *El Ateneo Mexicano*, t. I. (México: Imprenta de Vicente G. Torres, 1844), 109].

no ya analizar, sino leer solamente, todas las obras literarias de alguna de las naciones cultas de Europa, que han salido a luz desde la Revolución francesa, se impondría un cargo a cuyo peso tendría que sucumbir. Un literato podía vanagloriarse antes de tener en una reducida biblioteca las producciones más notables del ingenio; hoy apenas bastaría una biblioteca pública para contenerlas. El empleo de escritor no era un oficio, porque no era muy grande el número de las personas que se ocupaban en la lectura; mas a proporción de que este ha ido creciendo, se ha aumentado el gremio de los poetas, historiadores y romancistas, sucediendo con las obras literarias, lo que con algunos artículos de comercio, como el café, la azúcar y el tabaco, que siendo al principio efectos de puro lujo, se han convertido después en objetos de necesidad, y aumentándose su demanda se ha aumentado igualmente su producción.

La literatura, es verdad, modesta en sus pretensiones, aún después de haber abandonado los claustros, y de haberse dedicado a su estudio una clase numerosa de entre los seculares, era profesada por hombres que se contentaban con tributarle un culto pacífico y silencioso, atraído sólo por el amor de lo bello; y si abrigaban alguna ambición, era principalmente la de obtener los sufragios del público, por haber logrado pintarlo y trasladar sus agradables impresiones al espíritu de sus lectores. Si esto les acreaba alguna protección de los grandes o del gobierno, la una se reducía ordinariamente a admitirlos en su sociedad, haciéndolos partícipes de sus placeres, aunque manteniéndolos a cierta distancia; y la otra a confiarles el cuidado de los museos y bibliotecas públicas, la enseñanza de la juventud, o a incorporarlos en las asambleas académicas instituidas por los soberanos amigos de las luces. Obtener un lugar en la academia francesa era el mayor honor al que podía aspirar en Francia un literato en el siglo pasado; sin embargo, los emolumentos anexos a este honor no pasaban de trescientos pesos anuales, y esta módica gratificación dejaba ampliamente satisfecho a un sabio que reemplazaba en un sillón académico a Buffón o a Montesquieu, a Fenelón o a Bossuet. En España sucedió con corta diferencia lo mismo, pudiéndose decir otro tanto de las demás naciones cultas, en las

cuales se cultivaba la literatura, mas bien por el honor que resultaba de profesarla y por la honesta recreación que proporciona al espíritu, que por las ventajas pecuniarias, o por la elevación a los puestos públicos que solía procurar de cuando en cuando a los que en su noble y agradable ejercicio se distinguían.

Pero estaba en la naturaleza de las cosas que fuera creciendo la importancia literaria, y a proporción también el número de los que aspirasen a adquirirla, viéndose alentados con estímulos más poderosos que el simple honor de distinguirse en la sociedad culta, o las dulzuras que las letras derraman en el ánimo de los que las cultivan. En todos tiempos ha sido apreciado y respetado el saber; pero debía serlo más particularmente después que la imprenta lo difundió, haciéndolo árbitro de las suertes de las naciones. Al desempeñar esta misión sublime, la literatura le ha prestado sus bellas formas; y cuando él las ha desdeñado, ha sido menos feliz el éxito de sus empresas.

Así es que, las ciencias y la literatura, haciendo causa común, han marchado unidas por las innumerables sendas que abrió la imprenta a las mejoras sociales, llenando de este modo los deseos del hombre, que no halla completa satisfacción sino en la unión de lo útil y lo bello.

La literatura a su vez, cuando ha ejercido la parte principal en la obra de la civilización, ha perdido a la ciencia sus verdades, sin las cuales habría sido un cuerpo sin alma, un ídolo vano, indigno del culto que se le profesa; y de esta manera es como ha logrado dividirse con el saber el imperio de la sociedad; y en esta división le ha tocado, si no la mayor parte de influencia, la suficiente al menos para que el número de sus adeptos se aumentase prodigiosamente. Con facilidad se comprenderá que nos referimos aquí, no a las obras de imaginación, sino a las de sentimiento, y en especial a las ciencias morales, de no menor importancia para la felicidad humana que las exactas y las físicas, y las cuales forman principalmente el campo inmenso de la literatura. El estar en ellas fundada la gran ciencia del gobierno, y el no ser susceptibles de demostraciones tan claras como las que se apoyan en el cálculo y en el análisis de los cuerpos, hace

más extenso su dominio, más numerosos sus sistemas y variables al infinito las formas agradables bajo las cuales el poeta y el orador enuncian sus principios. Ha sido, pues, una consecuencia natural, el que a medida que la sociedad ha ido adelantando, se haya ensanchado más la esfera de la literatura, y que en sus dolencias morales le haya pedido la humanidad socorros, así como en sus días de calma y serenidad se ha recreado con el aspecto encantador de las flores que sabe derramar; y el perfume delicioso con que las embalsama. Lo ha sido también el que la carrera de la letras se haya ido elevando hasta llegar a ser una profesión, como lo es hoy en Europa, que o bien asegure los medios de subsistir, colocando en una feliz independencia a los escritores; o bien les forme una reputación que los encamine a los puestos públicos, a que antes eran llamados con preferencia el nacimiento o la fortuna.

Si ha sido fiel este rápido bosquejo de los progresos literarios y si no hay razón para dudar que sigan esta misma marcha progresiva, creemos que hay ya lo bastante para juzgar favorablemente de su estado actual, y para conjeturar de la misma suerte sobre su porvenir.

Dos palabras, por último, sobre el plan de nuestro periódico. Contendrá artículos acerca de la historia antigua del país, noticias curiosas, biografías, leyendas, poesías, y todo cuanto contribuya a hacerlo ameno y útil al mismo tiempo. Preferiremos siempre las obras originales, sin que por esto no demos alguna vez lugar a los excelentes opúsculos que se den a luz en otros periódicos literarios. Con el poderoso auxilio que estimamos en mucho, y que nos prestarán, sin duda, los señores que tienen la bondad de ser nuestros colaboradores, la redacción procurará escoger las materias, para dar más interés a la lectura del *Registro*. La impresión será limpia y correcta, pues no debe esperarse otra cosa del cuidado e inteligencia del director de esta imprenta. Sólo esperamos que el público, mirando con agrado nuestros esfuerzos, y ayudando a sostener las ideas que nos hemos propuesto, nos aliente a continuar e ir mejorando el periódico, hasta un grado que sea digno de cualquiera nación

ilustrada, que satisfaga nuestros deseos, y que sea un verdadero título de gloria, no ya para sus redactores sino para nuestra patria querida.

Redactores
[Justo Sierra O'Reilly y Vicente Calero]

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 3-9].

Literatura. Artículo I. Reflexiones sobre la novela

Cuando se leen, se estudian y meditan las primeras páginas de la historia del mundo, se advierte que la vida de las naciones fue al principio exclusivamente heroica y mitológica. La epopeya de Homero es la novela de la antigüedad. El hombre, ayudado apenas por una industria naciente, al tener que luchar con la naturaleza, y no reconociendo entonces en sí mismo la fuerza necesaria para vencerla, tuvo que crearse un vasto círculo de monstruosos dioses, para echar mano de ellos, al referir los sucesos más notables y sublimes. Minerva, Marte, Apolo, eran el escudo de su debilidad, presidían los campos de batalla, y se hallaban en los palacios de los reyes y en el altar de los sacrificios. El vicio y la virtud, las pasiones y las costumbres, eran una emanación de la voluntad irresistible de estos seres sobrenaturales. Y si el hombre, por la noble magnanimidad de sus acciones, por su valor extraordinario o por su alta sabiduría, llegaba a atraer sobre sí las admiradoras miradas de sus semejantes, era ese el momento en que se le veía elevado a una esfera superior, desde la cual pasaba fácilmente a sentarse a otra más encumbrada hasta que viniese, por fin, a ocupar uno de los majestuosos sillones colocados en la galería de los dioses.

Nació después la sociedad política, y ni en Grecia, ni en Roma, podía aparecer la novela; porque absorbiéndolo todo la vida civil, nadie era en particular orador, poeta, historiador o jurisconsulto: allí no había más que ciudadanos. El hogar doméstico era el asilo de las necesidades más vulgares, y la existencia de las mujeres, sin esplendor ni brillo, estaba reducida a las

paredes interiores de la casa, y a cuidar la primera educación de los niños. Mientras más sencillez o grandeza tenga este modo de considerar la civilización, más se aleja del tipo bellísimo que debe producir la novela, porque las costumbres privadas, apareciendo demasiado pueriles para ser objeto, como son hoy, de la meditación más filosófica y profunda, no quedaba más campo que el de la vida pública, única fuente que exaltaba la imaginación de los poetas y los llevaba al grado de introducir en sus cantos a dioses y semidioses, que, llenando el mundo de gloria e inmortalidad, nada tenían que ver con las penas y goces del hombre, ni menos con la observación delicada de sus pasiones; pues que todo esto desaparecía en la grande agitación de los ánimos, y de los negocios. Sin embargo, dice uno de los más célebres literatos franceses: “los progresos del lujo fueron extinguiendo poco a poco el ardor patriótico, que animaba a la sociedad, y se anunció la novela, cuando empezaba a desaparecer la vida civil de las sociedades antiguas”.¹ Y en efecto, los asiáticos, en sus fábulas milesias, cuentan las aventuras de amantes infelices, ya separados, ya reunidos por la fortuna. Petronio, que parece haber escrito en la época de los Antoninos, y no bajo el azote de Nerón, se divierte bosquejando las escenas de una vida torpe y disoluta, con la ingenuidad del vicio y la elegancia de un cortesano. “El platónico Apuleyo, en una alegoría, mezclada con narraciones de las costumbres populares, y cuyo fondo pertenece a los griegos, se burla de los hechiceros y sacerdotes gentiles”.² Cuando florecía Licurgo, tronaba Demóstenes y atendía Roma a la elocuencia de Cicerón: ¿quién habría puesto cuidado en esas ficciones ingeniosas? Así es que los primeros ensayos de la novela sólo pudieron robustecerse y continuar su espléndida carrera, cuando ya cansados los pueblos de la vida pública, al mirar por tierra su existencia social, abandonaron la causa de la libertad y de la patria, y huyeron de la opresión al seno de las familias.

Pero cuando apareció el cristianismo, estableciendo la igualdad entre el hombre y la mujer, al mismo tiempo que ella entraba

¹ La Harpe.

² Saint Lambert. *Memorias literarias*.

en las relaciones sociales más importantes, objeto unas veces de las más dulces emociones, causa otras de los más amargos pesares, y compañera siempre del hombre, desde la cuna hasta el sepulcro; la mujer debía mostrarse con tan bellas formas, que se hizo preciso estudiarla para desenterrar de su corazón el secreto curso de las más ardientes pasiones. La luz del cristianismo colocó a las mujeres en el verdadero camino que debían recorrer en el mundo; y cuando allí les asaltó la obscuridad del sistema feudal, se encontraron en un caos, que no carecía de grandeza, y en cuya noche lóbrega brillaron, con asombro, magníficas virtudes. El conocimiento moral del hombre fue más difícil, curioso e interesante; del propio modo que una materia compleja y heterogénea lo es para los experimentos del químico. El feudalismo, pues, cuna de tantos horrores, y de tantas bellezas, contribuyó poderosísimamente al desarrollo de todas las dulzuras de la vida doméstica; y de ese aislamiento, de ese orgullo, de esa pasión del amor, fuerte, vigorosa, poética, como la describe Tácito de los pueblos germanos, se formó el admirable hacinamiento de partes muy diversas, pero que, unidas unas a otras, han venido bamboleanando en el espacio de los siglos, y que sin ellas, según el juicio del profundo *monsieur* Guizot, la civilización actual no descubriera la robusta lozanía, que tan sólida la hace aparecer a nuestros ojos.

No deben pasarse en silencio dos épocas de gran precio para la historia de la novela: la de las Cruzadas y la de la Caballería. La una excitaba al más alto punto el valor, uniendo voluntades opuestas, descubriendo lejanas tierras con nuevas costumbres; y todo esto amalgamado con un espíritu sublime de religión, grave, decidido, impetuoso; la otra, como dice muy bien don Diego Clemencín,

presenta una imagen halagüeña y recomendable, pues en aquel tiempo la inocencia y la debilidad, privadas de la protección del gobierno, encontraron amparo en las personas que, embrazando su escudo y empuñando su lanza, se dedicaban a correr el mundo, buscando ocasiones en que ofrecer su esfuerzo y su sangre, en defensa del menesteroso y del débil. Tal es el fundamento del interés de que

es capaz el género de los libros caballerescos; fundamento sólido, porque se apoya en sentimientos virtuosos, que son los únicos que pueden inspirar interés duradero y constante.

Las Cruzadas y la Caballería dieron, por de contado, asuntos amenísimos para que la imaginación del poeta o del romancista, se elevaran al punto de observación, en que se descubriesen los más hondos afectos del alma. La Edad Media, en que ellas pasaron, fue un teatro de tan raros acontecimientos que el espíritu se acobarda ante sus recuerdos; la Edad Media empezó cimentando el despotismo, haciendo desaparecer las antiguas ideas de griegos y romanos sobre gobiernos populares; la Edad Media fue un sueño, una tregua, en que la naturaleza humana se tomó un descanso, para levantarse con más brío y echar por el suelo la misma opresión que arrulló en su cuna. Y así fue; despertó de ese sueño, y se le ve insinuar un movimiento apenas perceptible: se fundan universidades y algunas otras escuelas, se descubre el papel, se hace la pólvora, se inventa la brújula, y aparece, como un gigante, la imprenta. Entonces el sacudimiento fue extraordinario: el hombre pudo tomar el más rápido vuelo, la sociedad cobró una base fija, y la literatura miró nacer la serena aurora, que anunciaba la clara luz que hoy la ilumina. De ese estado de cosas, muchas ventajas acertó a conseguir la novela, pues describiendo las flaquezas y pasiones humanas, salió naturalmente del seno de la sociedad oprimida.

La novela apareció tal como debía, aunque imperfecta y acaso, inverosímil, en la fecunda y voluptuosa Italia, que por el siglo dieciséis dio a luz el *Decamerón* de Bocaccio, colección de cuentos y novelas que, traducidos a varios idiomas, empezaron a introducir la afición a esta lectura de apacible entretenimiento y de verdadera utilidad; pues en la formación de este género de obras, debió, como ha sucedido, observarse el ya tan usado, pero importante consejo de Horacio de mezclar lo agradable con lo provechoso. Al paso que la civilización iba adelantando, que se recogían tradiciones antiguas para escribir la historia, que se sacaba de los monasterios, de los góticos castillos, lo que había podido

salvar el cristianismo, se explotaba, al mismo tiempo, una mina de curiosas noticias y consejos populares, que se han vuelto hoy la inagotable y preciosa fuente de los novelistas y poetas. Mas como en todo se había fijado la atención, menos en el hombre mismo, la obligación más sagrada que las luces tuvieron que cumplir, en su marcha primitiva, fue la de penetrar en el corazón humano; y madama de Lafayette fue la primera que intentó analizarlo, ofreciendo una ficción, sin otros móviles que las gradaciones y contrastes del amor. Entonces nació la novela, que tiene por objeto la vida privada, cuyo asunto ha sabido tratar bien, en nuestro siglo, el metafísico Balzac, que ha demostrado las profundas bellezas que pueden sacarse de él, en beneficio de la moral. Se extendió también el campo de la novela (quien sabe si por pluma francesa o española), cuando se reprodujo, en el célebre *Gil Blas*, una ficción de la sociedad entera. El autor, cualquiera que haya sido, ingenuo por la fuerza y franqueza de su talento, variado como la vida humana, instructivo como la experiencia, fue, cual ella, a la vez, triste y agradable.

Cuando esto pasaba, había en Europa un sin número de novelistas, de más o menos nota; distinguiéndose entre todos los países la Alemania, cuna del romanticismo moderno. Los alemanes, por su carácter, inclinados a los asuntos graves, poseyendo entendimiento sólido, corazones ardientes, y un idioma que se presta con facilidad a las pinturas melancólicas, sus obras, embellecidas con la referencia de tan antiguas, como poéticas tradiciones, han sido verdaderamente filosóficas. Sin embargo, la hora feliz de la novela no se oyó tocar, sino hasta que apareció en la escena, con formas atléticas, el admirable Walter Scott. Comenzó su carrera literaria, por escribir algunas producciones poéticas; pero abandonó esta idea, tan luego como pudo leer las primeras composiciones de Lord Byron. Desde ese instante, la novela fue el objeto exclusivo de sus trabajos, y nadie ignora la gloria que con justicia ha adquirido su nombre por los escritos de este género; gloria que ha heredado su feliz imitador, el norteamericano Fenimore Cooper, único que, en el Nuevo Mundo, ha publicado novelas dignas del aprecio de América y Europa.

Parecía que esta especie de estudios literarios, no era ya susceptible de mejora; pero en estos últimos años, se ha advertido que en poder de Soulié, de Dumas, y, más que nadie, de Eugenio Sue, la novela se ha enriquecido con cierto tinte de gravedad filosófica, que la ha elevado a un grado tan sublime, que raya hoy en religioso. Veámoslo, si no, en los *Misterios de París*, cuya lectura está ahora tan de moda, por la justa nombradía de su autor. Rodolfo es una providencia, que pasa socorriendo las necesidades del pobre, librando al matrimonio de un abismo de crímenes, descubriendo y castigando el vicio, y descubriendo y premiando también la virtud. Considerada la novela en esta brillante posición, su estudio es eminentemente moral, y las costumbres, al encontrarse retratadas como son, y al proponerles el ejemplo de lo que debían ser, es claro, indudable, que gana mucho en lo público y en lo privado el arreglo de las sociedades. No han faltado, por cierto, quienes más rígidos casuistas, que inteligentes observadores, hayan propagado la alarmante especie de que plumas tan caracterizadas no han escrito, sino pinturas vivísimas de inmoralidad, y hasta cierto punto inverosímiles. Aserción sofística que no carece, al parecer, de fundamento, pues como el colorido de los cuadros está, en efecto, distribuido en cantidad abundante, han creído que la intención es retratar el vicio, y aún preconizarlo, cuando si contemplaran el reverso de la medalla, verían también la virtud contrastando admirablemente el crimen. Si éste se presenta alguna vez sin el castigo correspondiente, no es, a la verdad, porque hubiese quedado triunfante: muy al contrario, se dejará siempre entrever una pena más terrible, en la hora en que, puestas las acciones humanas en la balanza de la eternidad, se inclinen ellas al lado de la reprobación. Por este motivo yo nunca he creído, como el célebre doctor Johnson, que se han confundido los colores de lo justo y de lo injusto; de otra manera, pienso que, al menos, para la novela, se han fijado ya sus verdaderos límites.

Tal ha sido el curso que ha seguido este linaje de producciones literarias. Hoy, el *romanticismo* ha hecho notable unas, y ridículas otras; pero cuando termina la reñida contienda entre los pre-

ceptistas y sus enemigos, la madurez de la reflexión producirá todavía frutos más sazonados y agradables.

No quiero terminar este artículo, sin poner algunas líneas sobre la historia de la novela en México. Pero ¿qué podré decir, si la literatura ahora es cuando allí nace y se cultiva con ahínco? En este género de obras, nada hay en lo pasado que pueda servir de un título glorioso para el nombre de sus autores. Sin embargo, las esperanzas que hoy se vislumbran, son grandísimas; y los felices y cortos ensayos, que se han dado a luz, prometen lisonjeros adelantos. Yo no he olvidado jamás que en una colección (que dejó de publicarse, como sucede siempre entre nosotros el Año Nuevo), se imprimieron algunos del señor Lacunza, del malogrado y apreciable Rodríguez [Galván], del Lamartine mexicano don Joaquín Pesado, y de otros varios, a cuyos nombres ofrece la patria un aprecio justamente merecido para mientras vivan, y una corona inmarcesible para colocar sobre sus tumbas.

Yucatán, participando de las glorias de la república, así como de las frecuentes oscilaciones políticas, que tanto impiden los progresos de la literatura, no ha dejado también de contribuir con algunas pequeñas muestras, ya en el *Museo*, ya en otros periódicos. Poco o mucho, el mérito de estas obras es el de abrir un campo vasto, nuevo e interesante. Esta península puede poner material bellísimo para la formación de la novela, porque en las incursiones de los piratas hay recuerdos y tradiciones y noticias acreedoras a conservarse. Ya se ha tocado, apenas, esta tecla por mi apreciable amigo y compañero de redacción; y espero que continuará sus trabajos por el mismo camino, luego que concluya las interesantes cartas, que están publicándose en las columnas del *Registro*, y cuya lectura tengo la satisfacción de recomendar a mis compatriotas.

Mérida, enero 26 de 1845

[El *Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 64-70].

Literatura. Artículo II.

Reflexiones sobre el teatro

No ha sido la del teatro, igual a la suerte de la novela. Ésta, según manifesté en el artículo anterior, es el resultado postrero de la civilización; aquél es de un origen tan antiguo como el de la misma sociedad, y nació, se puede decir, con el primitivo lenguaje de los hombres: rudo, áspero, en efecto, pero bello y poético como la naturaleza. Demasiado ridículo sería aplicar al nacimiento del drama, los principios y reglas de que se ha valido en su mayor edad, por la sencilla razón de que los actos de un niño no deben juzgarse como los de un hombre; más cualquiera que conozca la historia literaria del mundo no podrá dudar de su existencia desde los tiempos más remotos. En el gran libro que comienza por el *Génesis* y termina en el *Apocalipsis*: en ese libro divino que debiera hallarse en las manos de todos los que afortunadamente pertenecemos al vasto círculo de hombres, que profesan las creencias más santas, verdaderas y sublimes; en ese libro, repito, se encuentra una producción que, por la manera con que está concebida y ejecutada, no es otra cosa que un excelente drama: *El cantar de los cantares* de Salomón. Este poema se ha visto por aspectos diferentes, pero no han faltado quienes, examinando con detención su argumento, la clase de dramas que podía concebir un pueblo agrícola y pastor, se ha decidido por calificarlo como composición de esta especie. Norabuena que se le considere como una colección de idilios, o como dividido en siete partes, en representación de los siete días que dedicaban los hebreos a solemnizar los casamientos;

siempre, sin embargo, habrá coros, personas diversas, escenas y una acción principal, que es lo que constituye el drama. Por eso nuestro célebre compatriota don José Joaquín Pesado, que ha dado a luz una de las mejores versiones, no ha omitido opinar que la historia de las bodas de Salomón con la hija del rey de Egipto “es la obra más acabada que nos ha dejado la antigüedad en ese género”.

Como la poesía fue, ha sido, el primer idioma de los pueblos, cuando se reunió la sociedad; de ella se valieron para expresar sus pensamientos, y aun para promulgar sus leyes; la sociedad produjo esos seres notables en valor, en saber; y la heroicidad elevada dignamente al templo de los dioses dio origen a la tragedia. Así es que la literatura griega tan elogiada, tan clásica, no es, como muchos han creído, una creación sorprendente que revela la inteligencia más profunda y el conocimiento más completo de las condiciones del arte. La tragedia griega, como nunca perdió su origen lírico, como se representaba en sitio público, y se hacían pasar a vista de testigos los lances de acciones que requieren más soledad y secreto, como tenía coros, hablaban el pastor, la nodriza y el esclavo en un estilo casi tan culto y noble como el héroe y el monarca, es claro que todos estos contrarios elementos, nacidos algunos, quizá, de la disposición material de los escenarios antiguos, no podían formar una obra que, con justicia, se llame modelo precioso, inimitable, sin defecto ni imperfección alguna. Por otra parte, el drama en Grecia, lo mismo que en todo lugar y en todos tiempos, no ha sido más que el retrato de la época, de los hechos, de las preocupaciones, de los vicios y virtudes de los hombres que se han tenido presentes. Píndaro elevando al cielo los vencedores de los juegos olímpicos, expresaba en efecto el entusiasmo que inspiraban a sus compatriotas, ya la destreza o la pujanza manifestadas en los ejercicios gimnásticos, ya la elevación del ingenio, de cuyas producciones se hacía igualmente alarde en aquel espectáculo nacional. Alceo exhalando en versos magníficos su odio contra los tiranos; Demóstenes, lanzando contra un rey, desde la tribuna popular, sus cáusticas y elocuentes filípicas,

rendían homenaje solemne al régimen político bajo que vivían. Rendíalo Sófocles a las creencias religiosas, presentando en el teatro a Edipo como víctima condenada por el inapelable fallo del destino. Rendíalo, en fin, Aristófanes a las costumbres de su siglo, halagando las pasiones de un pueblo suspicaz, movedizo y turbulento, que en el teatro gustaba de que se calumniase a Sócrates, y en las asambleas populares condenaba a Aristides al ostracismo.

Y es verdad; tal ha sido la misión del ingenio en todas las edades. La literatura francesa, durante el largo reinado de Luis XIV; la italiana, durante la larga influencia de los Médicis; la española, durante la dominación de la dinastía austriaca, tenían asimismo un carácter propio o peculiar de la época y del país. En Francia, Fenelón procuraba formar príncipes, mientras Molière combatía hipócritas, porque, como dice Voltaire: “los hipócritas abundaban tanto entonces, como era de temer que escaseasen los buenos príncipes”. En Italia, Tasso ensalzaba la religión de su país, inmortalizando a los paladines que habían ido a restablecerla en los lugares mismos que guardaban el sepulcro de su divino autor. En España, fray Luis de León cantaba, en versos suaves, los prodigios y los beneficios de aquella religión misma, en cuya defensa desenvainara su gloriosa espada el héroe de Lepanto, ensalzado a la par por Fernando de Herrera.

La literatura francesa, italiana y española fue, en las épocas que voy recorriendo, la expresión de su estado social respectivo; porque aquellas sociedades obedecían a un impulso regular, estaban sometidas a las mismas leyes, profesaban las mismas creencias, e infiltradas unas y otras en las costumbres, se habían convertido en hábitos uniformes, de cuya influencia no podían eximirse ninguno de los asociados.

No es mi ánimo, ni cabe en los estrechos límites del presente artículo, hacer una minuciosa referencia del teatro, desde su nacimiento hasta nuestros días; basta para mi objeto una ligera reseña. Basta saber que en Grecia, el drama vino unido a la creencia y culto religioso; que en Italia, hubo toscas representaciones teatrales, que se celebraban en las iglesias, y que pro-

hibió el papa Inocencio III; que en Francia, vemos igualmente empezar el drama *por relaciones de peregrinos de la tierra santa, y por representaciones de misterios*; que hallamos, desde fines del siglo XIV, establecido ya en París, un teatro para representarlos; y, casi al mismo tiempo, introducirse esa clase de espectáculos en Alemania e Inglaterra. Después fue extendiéndose la Ilustración, salió la Europa de la obscuridad de la Edad Media, y la escuela clásica, con sus preceptos de Aristóteles, con sus *unidades*, invadió los teatros, y su dominación ha durado hasta hace pocos años. Verdad es que en algunas ciudades importantes por su cultura, nunca llegó a adquirir gran prestigio; y aun antes que Voltaire, Corneille, Racine, Alfieri, hubo también un Shakespeare, que se puede decir es el maestro del actual romanticismo. Esta escuela moderna, bella, exagerada si se quiere, pero que ha puesto en escena objetos tan dignos de la admiración del buen gusto, ha sido juzgada con grandes aplausos por sus apasionados, y pintada con horribles colores por sus adversarios. Don Javier de Burgos, el insigne traductor de Horacio, en un discurso que ha pronunciado hace poco en el Liceo de Granada, se explica, con la elocuencia y corrección que acostumbra, de la manera que pasan a ver los lectores. Asegura primero, como ya he manifestado, que la literatura, bajo todos sus ramos, no es más que el eco del tiempo, de las preocupaciones o progresos del entendimiento humano; y después, refiriéndose al movimiento y revolución presente, habla en estos precisos términos:

Cuando las bases sociales se conmueven, o se desquician; cuando la sociedad, alterando sus leyes, resfriando sus creencias, rompiendo el lazo de sus viejos hábitos, se abandona a impulsos excéntricos, accidentales, contradictorios; es un caos la sociedad, y la literatura no puede ser su expresión, porque no tiene expresión el caos. Revolviéndose ella en un vacío inmenso, vaga a la verdad sin dirección, y parece arrastrada por el torbellino que envuelve o arrastra a la sociedad misma; pero ni aun así es la expresión del estado de *tal* o *tal* sociedad sino de *toda* sociedad a quien trabaje el mismo desorden; es la expresión general del desconcierto, no la del desconcierto de un determinado país. ¿Representan acaso los dramas de Víctor

Hugo o de Alejandro Dumas, el estado de la sociedad francesa? No seguramente; arguyen, tan sólo, que en Francia hubo una revolución política, por consecuencia de la cual se conmovieron o desquiciaron también las creencias literarias. En la marcha política se reestableció el orden, porque sin él ninguna sociedad puede vivir; en la literatura, y sobre todo en la dramática, no se restableció aún, porque ni hay intereses en dictar leyes sobre esta materia, puesto que el orden político es compatible con el desorden literario; ni éste puede corregirse por otros medios, que por la acción lenta del tiempo, y los igualmente lentos progresos de la razón pública. Entre tanto, el teatro francés de Hugo y Dumas, no sólo no es la expresión del estado de la sociedad francesa, sino de ninguna sociedad europea, y acaso de ninguna sociedad posible, y pasmaría que muchos de nuestros autores procurasen imitar a aquellos extranjeros, si del desconcierto producido por los trastornos políticos, no fuese el desconcierto literario una consecuencia casi inevitable.

Así se explica el autor que, por su erudición literaria y científica, le he mirado yo siempre como a un gran maestro. Pero respetando la autoridad de sus opiniones, hasta donde es lícito respetarla, necesario es, a la verdad, no convenir del todo con ella. Si se considera que el que habla es un *clásico*; si se mira que él busca en los dramas modernos los defectos y no dice nada de sus innumerables bellezas; si se atiende al gusto literario reinante, entonces preciso es persuadirse que don Javier de Burgos no es imparcial para juzgar a los *románticos*. Éstos acaso no retratan, en efecto, las costumbres de ninguna sociedad, y exageran extremadamente el vicio y la virtud; pero en esas creaciones fantásticas, ¡qué valentía de imágenes!, ¡qué belleza de pensamientos!, ¡qué variedad en las escenas!, ¡qué profundidad en los afectos!

En el siguiente artículo expondré, a mi simple modo, la marcha que sigue el teatro en este siglo; por ahora diré que creo una equivocación asegurar, que no siendo los dramas modernos retratos de nuestra sociedad, no hay sociedad posible a que puedan aplicárselo; algo más: en esos dramas si, como he dicho, se pinta con colores recargadísimos la maldad y el heroísmo,

no faltan, a pesar de esto, escenas que dan al espectador vivos ejemplos de lo que está pasando actualmente en el mundo, y aun si queda el delito sin castigo, algunas veces, y sin premio las buenas acciones, así sucede por desgracia entre los hombres, que siempre injustos, siempre temerarios, se dejan arrastrar por la corriente de perversidad que ha inundado todas las edades, según el irrecusable testimonio de la historia, desde la más antigua hasta la presente.

No creo oportuno concluir este artículo sin hacer, como en el anterior, un recuerdo nacional de nuestros hombres célebres en la literatura dramática. México ha tenido la gloria de contar entre sus hijos a un Ruiz de Alarcón, cuyas obras, a par con las de Lope, Calderón y Moreto, se leen, se estudian y meditan; siendo más de notar que en las producciones de nuestro compatriota se advierte más fluidez y corrección en el verso, y mayor cuidado en el manejo de la lengua. Su fama es europea, y después de ella, no se encuentra otra de tal tamaño en el dilatado espacio de tiempo que ha transcurrido del fallecimiento de Alarcón hasta hoy; sin embargo, no debe pasarse en silencio la que justamente goza el autor del *Amigo íntimo* y del *Don Dieguito*, porque el nombre de Gorostiza no es un nombre oscuro: es el de un verdadero autor dramático, cuyos triunfos en la escena han asegurado el verdadero mérito de sus obras. Hay también otro nombre, entre los contemporáneos, digno de los mayores elogios: el de don Fernando Calderón; y hay igualmente que recordar, con la más profunda amargura, y con las más tiernas lágrimas, la pérdida de don Ignacio Rodríguez [Galván], que nos ha dejado en sus primeras composiciones la memoria de su talento, y un bosquejo de las grandes esperanzas que prometía su genio.

En Yucatán no ha faltado uno que otro ensayo, que si bien no han obtenido el aprecio a que son acreedores, no ha sido ciertamente por carecer de mérito, sino por la grave razón ya insinuada otra vez: que en la América española no hay estímulo literario, pero de ninguna especie. En Europa basta que se perciba en el individuo que salta a la arena, una sola chispa de inge-

nio, para que encuentre protección, y el poderoso aliciente del aprecio público y de las alabanzas que se le prodigan. ¡Todavía no ha llegado este tiempo para la América!

Mérida, febrero 17 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 134-139].

Literatura. Artículo III.

La novela, el teatro y el cristianismo

En los dos artículos anteriores he procurado recorrer brevemente la historia de la novela y del drama; en este tercero, y último, voy a manifestar las íntimas relaciones que ambos tienen con el cristianismo, o, mejor dicho, el influjo que éste ha ejercido sobre el desenvolvimiento de la belleza y utilidad de aquéllos. La novela, mientras no tenga por objeto un fin moral, ni ha llenado la noble idea que debe proponerse, ni puede inspirar a los lectores el verdadero interés que se encuentra no más que en la clara demostración de la virtud y del vicio, y en el sencillo descubrimiento de la línea que deja ver los límites de lo bueno y de lo malo. El drama, cuando no es además de una imagen de la sociedad, una lección severa que reprende y enseña al mismo tiempo, no puede producir el buen resultado que debía esperarse de tan importante escuela. Pero si están ahora descubiertas las fuentes cristalinas de la gracia y hermosura del drama, si ya no cabe duda en cuanto al mérito de las escenas, si el ánimo de los espectadores queda satisfecho, entonces no hay que vacilar al decir que este género de producciones literarias, si no ha llegado a su absoluta perfección, no está muy lejos de alcanzarla.

La aparición del cristianismo produjo en el mundo literario, lo mismo que en el moral, un sacudimiento extraordinario; su voz se hizo escuchar por todas partes, y el rayo vivísimo de su luz hirió el corazón, para derramar en él nuevo e inagotable germen de halagüeñas y sublimes sensaciones. La influencia que de pronto comenzó a ejercer en la conducta pública y privada de

los individuos, y aun en sus ideas, no ha debido contribuir poco al poder magistral, que emana de él, y se descubre en las bellezas, magnitud, propiedad y elegancia de la elocuencia religiosa. Como varió el origen de la virtud y el vicio, el cristianismo y todas sus primorosas y gratas consecuencias no pueden confundirse con las creencias de los antiguos. Para ellos la humildad era baja y ruin, y el orgullo y la soberbia atributos grandes y nobles; ¿quién había de pensar entonces que Jesucristo vendría a enseñar con sus elocuentes palabras, y más que todo con su ejemplo, que la humildad es la primera de todas las virtudes y el orgullo el primero de todos los vicios? Con sola esta lección, tan severa como importante, cayeron por tierra los consejos absurdos en que se apoyaban los que no sabían perdonar a sus enemigos.

La literatura, compañera inseparable del hombre desde su estado salvaje hasta el más alto punto de civilización y cultura, se vistió, como era preciso, con el magnífico y suntuoso traje cortado en la rica tela de las verdades cristianas, y matizada con los vivos colores de las esperanzas ya tristes, ya consoladoras, de una vida que principia más allá de las puertas del sepulcro.

Engalanadas las ciencias literarias con los apreciables dones que recibían de la religión, emprendieron su marcha por las hermosas sendas en que se fecundiza el ingenio, y se recogen los sazonzados frutos de la verdadera sabiduría. La religión cristiana, no porque buscó su abrigo únicamente en el corazón, entiéndase que vino a destruir sus ilusiones. No por cierto; todas las cosas tienen su naturaleza propia, y el pensamiento tiene también la suya, que no es fácil analizar y comprender; el vano intento de profundizarlo, prueba ignorancia y no ciencia. Así el cristianismo sólo ha desplegado el velo lo necesario, para que podamos ver nuestro camino, pero dejando que permanezcan las sombras y la duda en las cosas inútiles a nuestras impertinentes indagaciones. El corazón humano tiene sus abismos impenetrables, tiene sus secretos misteriosos como los del antiguo Egipto, que cualquiera que intentaba descubrirlos, súbitamente era herido de muerte. La literatura jamás ha pretendido desnudar al hombre de ideas nobles, graves y misteriosamente envueltas en creencias

tan piadosas como sublimes. Quédese esto para el necio orgullo de las que se llaman *ciencias exactas*, que, como pide el vizconde Chateaubriand, desecan el corazón, desencantan la naturaleza y conducen a los espíritus corrompidos al ateísmo, y desde el ateísmo a todos los delitos; así como por el contrario, las bellas artes nos proporcionan días alegres, enternecen nuestras almas, nos llenan de fe hacia la divinidad, y nos conducen por medio de la religión a la práctica de todas las virtudes.

Sentados todos estos antecedentes, hablaré brevemente de la novela, tal como debe considerarse al presente.

La crítica, imagen animada de los hechos, ha prestado a la novela sus gracias encantadoras, y ya se sabe ¡cuán buenos resultados es capaz de producir! Sin ella el genio de Cervantes no hubiera echado por el suelo la afición a los libros caballerescos. La filosofía no es la que anda en boca de todos y nadie comprende, sino esa filosofía que dicta preceptos para obrar bien, acompaña igualmente a la novela, y le inspira en los colores de sus cuadros, los rasgos admirables que elevan al cielo la virtud, y abaten hasta los abismos la corrupción y el vicio. La religión, fuente única en que se bebe el agua purísima de la sólida moral, unida también a esa filosofía, ha acabado de echar el sello a la perfección de la novela. Pues ésta no puede menos que ser una obra acabada, completa y utilísima, si llena el objeto que la crítica, la filosofía y la religión se proponen para el progreso moral de las sociedades. No han faltado escritores de nombradía que, comprendiendo la ambición de la novela, desenvuelven con acierto el origen de sus bellezas, del interés que inspira su lectura, y de las profundas impresiones que deja en el ánimo. El mismo Chateaubriand ya citado, con esa elocuencia grave y majestuosa de su pluma altamente religiosa, ha presentado muestras bellísimas de este género de producciones literarias. La novela en manos de este grande escritor es una mina de profundísimas sensaciones, y no se lee el *René* ni la *Atala*, sin que vivamente llame la atención esa mezcla de pasiones ardientes y de religiosidad grande y encantadora. En la relación de *René*, todos los afectos humanos, desde los más nobles hasta los más envilecidos, desde el amor

y la caridad hasta el odio y la soberbia, toda la escala que es capaz de andar el hombre en su tormentosa vida, se recorre con paso firme por entre las valientes pinturas y descripciones de bulto que están puestas a los ojos del lector. En *Atala*, todo es tiernísimo y sublime: el amor, la tempestad, el juramento de una madre, los remordimientos de su hija, los sentimientos de un salvaje en los que se haya retratada la naturaleza, la sabiduría de un penitente religioso, todo es bello; las escenas son interesantes, hermosas, y debidas a la majestad del cristianismo, que se deja ver desde que la historia da principio hasta que la protagonista, *ya consoladora, ya consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre la cama de la muerte.*

Si no con la misma idea religiosa que el célebre personaje referido, los demás novelistas, aunque se hayan propuesto otro giro en sus descripciones y referencias, sin embargo, el tinte religioso que imprime la majestuosa gravedad que requiere la leyenda nunca deja de notarse; por eso ni en Walter Scott ni en su imitador Cooper, ni en todas las plumas francesas de la literatura contemporánea, falta esa tendencia moral, filosófica y religiosa que ha inspirado el cristianismo. Donde más ella luce, es en los casos en que el escritor tiene que hacer alguna descripción de los objetos de la naturaleza. Entonces la dulzura de las imágenes es, se puede asegurar, hija de la religión. Sin ella, ni la noche nos traería tantos atractivos, ni la luna luciría melancólica en los cementerios, ni las tempestades dejarían oír su gemido sublime, ni el océano fuera más que un abismo. Todo esto es tan cierto, que no hay más que abrir un libro, no sólo de las llamadas novelas (permítaseme esta pequeña digresión), sino aún de historia, y ver que las descripciones más bellas son debidas al cristianismo. Véase en el célebre naturalista Buffón, que ostentándose irreligioso en su sistema de formación del mundo y del hombre, quizá no advertía que la belleza de sus pinturas tomó su origen de la brillante luz de las verdades divinas.

La influencia, pues, del cristianismo en la novela, es indudable. Voy a manifestar la que ha ejercido, y está ejerciendo en el teatro.

Sin que vayamos a buscar en los *autos sacramentales*, absurda mezcla de religión e inmoralidad, la prueba que sirva de apoyo al influjo del cristianismo en el teatro, serán sin embargo una demostración de que si la cultura y progresos del entendimiento humano no habían siquiera nacido, la barbarie de entonces no se atrevió a rechazar las impresiones que, aunque absurdamente expresadas, venían directamente de la única fuente de las sensaciones humanas. Muchísimos años antes de que ingenios como los de Lope, Calderón y Cervantes, se ocupasen en la composición de semejantes *autos*, porque eran del gusto del pueblo, había también un género de representaciones que se hacían en los templos, y llamábanse “religiosas”, y otras satíricas, a las cuales los eclesiásticos no tenían permiso de asistir, y se apellidaban “juegos de escarnios”. La autoridad por su parte, y los adelantos del entendimiento humano por otra, acabaron de destruir, después de una lucha de algunos siglos, la afición del pueblo a esta especie de monstruosidades literarias. Los *autos sacramentales* fueron haciéndose también despreciables, y según la ilustración iba creciendo, sus representaciones eran menos frecuentes, y hasta llegó el caso de que las autoridades civil y religiosa prohibiesen en los pueblos pequeños su ejecución, haciéndose extensiva esta orden para la América, en el reinado de Carlos III. No por esta prohibición dejaron de ser permitidos algunos, que subsisten en varios pueblos y villas de este continente; entre nosotros, por ejemplo, se hace todavía cada año lo que se llaman “pastores”, que no es otra cosa que un verdadero *auto sacramental*.

Pero para conocer cuánto han adelantado los conocimientos literarios, para persuadirse de la influencia grande que el cristianismo ha ejercido en ellos, basta ser medianamente instruido en el manejo de sus bellezas. Si se compara la *Fedra* de Eurípides y de Séneca con la de Racine, desde luego se advierte que el lenguaje, las sensaciones, todo está vaciado en el mismo molde religioso que dio toda su admirable belleza a la encantadora Atalía.

Yo creo que nuestro siglo, en que no se toman las armas para pelear por opiniones de conciencia, que el entendimiento ha roto las cadenas, y campea libre y señor de la prensa y de toda mejora

social, se ha fijado ya la senda por donde va a caminar el drama. La religión nunca ha estado más defendida y menos atacada, pues mientras más se difundan las luces, los hombres han de hacerse necesariamente más religiosos. El autor dramático más aventajado de nuestra época, y que por lo mismo se ha visto más expuesto a la crítica y a la envidia, el inmortal Alejandro Dumas, convencido de que el verdadero espíritu del siglo está en expresar sentimientos de religión y de moral, se ha aprovechado de él en casi todas sus obras; pero yo pondré por ejemplo un rasgo del hermoso drama que ha visto por dos veces el público de esta capital titulado *Pablo el marino*, y que aplaudió con tanta justicia:

Vuela Pablo a ver al anciano Achard, que está en los últimos momentos de su vida; no puede ir a buscar a un sacerdote porque llegaría tarde; el anciano le pide que le hable de Dios; y después que le descubre que a veces ha dudado de la existencia de este ente supremo, Pablo le replica que ha tenido esta misma duda, pero que en el mundo ha encontrado las pruebas para convencerse de lo contrario; con este motivo le hace la magnífica descripción que sigue:

Busquemos a Dios, me dije entonces, en su misma obra. Desde aquel momento empecé para mí esta vida errante, que será siempre un misterio entre el cielo, la mar y yo. Ella me extravió en las soledades de la América; porque pensaba que un mundo más nuevo debía estar más cerca de su Dios. Y allí en sus bosques vírgenes, en que acaso había yo entrado el primero de todos los hombres, sin otro abrigo que el cielo, sin más lecho que la tierra, abismado en un solo pensamiento, escuché cien mil ruidos diversos de la naturaleza que se duerme, o del mundo que se despierta... Mucho tiempo estuve aún sin comprender aquel lenguaje desconocido que forman, mezclándose, el murmullo de los ríos, el vapor de los lagos, el eco de los bosques, y el perfume de las flores... En fin, poco a poco desapareció el velo que cubría mis ojos, y el peso que oprimía mi corazón, y empecé a creer que aquellos rumores de la tarde, y aquellos ruidos del crepúsculo, no eran otra cosa que un himno universal, por el cual todas las cosas creadas dan gracias a su Creador... Entonces busqué en el océano el resto de convicción que la tierra me rehusaba. La tierra no es más que el espacio: ¡el océano

es la inmensidad! El océano es lo más grande, lo más fuerte, y lo más poderoso después de Dios... Yo le he oído rugir como un león irritado... después, a la voz de su Señor, tenderse a sus pies como un lebel sumiso. Le he sentido levantarse como un gigante que quiere escalar el cielo... y enseguida, bajo el látigo de la tempestad, quejarse como un niño que llora. Le he visto cruzar sus olas enrojecidas con el relámpago, tratando de apagar el rayo con su espuma, y aplanarse después limpio y terso como un espejo, y reflejar en su fondo hasta la última estrella del cielo. En la tierra reconocí la existencia. En el océano reconocí el poder. En la soledad oí la voz del Señor; pero en la tempestad le vi pasar tal como lo describe el profeta Ezequiel... Desde entonces huyó la duda de mi corazón: creí y oré...

Esta magnífica descripción es hija exclusiva del cristianismo. Y si produce en el ánimo de los espectadores impresiones profundas, si agrada al buen gusto, si es capaz de llenar el objeto moral que debe proponerse el drama, es claro que ya está descubierta la senda luminosa por donde caminará una escuela que se proponga llenar cumplidamente los preceptos de la razón y la conciencia.

Concluiré, pues, para no hacer más largo y fastidioso este artículo, con asegurar que ni el drama ni la novela, si están bien desempeñados por el autor, son perjudiciales, como han opinado algunos pobres casuistas, a la moral, sino que por el contrario son su mejor apoyo, su mejor escuela, pues queda probado que el buen gusto de la literatura contemporánea marcha unido con la sabia doctrina consignada en la moral del Evangelio.

Mérida, marzo 26 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 241-247].

Washington Irving

Hay un escritor en los Estados Unidos del Norte de América que se ha hecho digno del aprecio público por sus producciones literarias; su nombre es bien conocido: Washington Irving, tan buena pluma para describir la vida, genio y empresas del almirante Colón, lo es también para pintar las poéticas bellezas de la Alhambra. Yo, que tengo el honor de conocerle personalmente, le estimo mucho no tan sólo por la justa celebridad de sus obras, sino también por la amabilidad de su carácter, y cortesanía de sus modales. En algunos periódicos de New York he visto impresos y firmados por él varios artículos, en que se refieren curiosos acontecimientos históricos, de hombres que han figurado en el círculo de la alta sociedad. Washington Irving tiene tal acopio de noticias que nunca pueden agotársele, y sabe expresarse con tal encanto, que sus artículos son buscados y leídos con ansia. Uno de éstos he traducido para las columnas del *Registro*, y estoy seguro que por su amenidad será del gusto de los lectores. Se impondrán de unas noticias históricas aunque extrajeras, ya que por ahora no se dan exclusivamente en el país, pues mi apreciable y laborioso compañero anda distraído, con justicia, entre sus buenos amigos, sin acordarse de la redacción, y dejando a mi cuidado el trabajo de escoger unos, de escribir otros, y de reformar varios de los muchos artículos que se dan a luz. Quizá por encontrarse en las agradables recreaciones de su paseo, no ha continuado la hermosa novela, que, leída cuidadosamente, nadie dudará de su mérito, como producción de género a que pertenece.

Mérida, abril 15 de 1845

EL CONDE VAN HORN. [TRADUCCIÓN]

Durante la menor edad de Luis XV, mientras el duque de Orleáns era regente de Francia, un noble joven flamenco, el conde Antonio José Van Horn, se apareció de repente en París; y por su carácter, conducta y funestos desastres en que después encontrase envuelto, causó una gran sensación en el alto círculo de la orgullosa aristocracia. Sería de cerca de veintidós años de edad, alto, bien formado, de una palidez romántica, y de unos ojos de señalada brillantez y viveza.

Descendía de la línea de los príncipes de Horn y Overique, condes soberanos de Hautekerke, herederos del gran jefe del imperio, y reputados como una de las más antiguas y altamente estimadas familias de la nobleza europea.

La familia tomó este nombre de la pequeña ciudad y señorío de Horn en Brabante, y fue conocida, aun antes de la undécima centuria, entre las pequeñas razas de los Países Bajos, y desde entonces acá, por una larga línea de ilustres generaciones. En la paz de Utrech, cuando los Países Bajos quedaron sujetos al Austria, la casa de Van Horn vino al poder del emperador, y éste es el tiempo de que vamos a ocuparnos. Dos ramos de esta antigua familia habían desaparecido, y el tercero y único que quedaba era representado por el príncipe reinante Maximiliano y Manuel Van Horn, de edad de veinticuatro años, que residía, con su hermoso y elegante estilo, en sus heredados dominios de Baussigny en Netherlands, con su hermano el conde Antonio José, que va a ser el objeto de este recuerdo.

La antigua casa de Van Horn, por los mutuos matrimonios de sus varios ramos con las nobles familias del continente, había venido a tener relaciones muy extensas con la alta aristocracia de Europa. Por esta causa, el conde Antonio podía alegar parentesco con muchos de los orgullosos nombres de París. En efecto, él era nieto, por parte de madre, del príncipe de Ligni, y aún podía vanagloriarse de la afinidad con el mismo regente (el duque de Orleáns). Había, sin embargo, circunstancias relacionadas con su repentina aparición en París, y con su vida anterior, que lo colocaron en lo que se llama una *falsa posición*, que

es una palabra de funesto significado en el vocabulario de moda en Francia.

El joven conde había sido capitán en el servicio de Austria, pero fue privado de su empleo por su irregular conducta, y poco respeto hacia el príncipe Luis de Baden, comandante en jefe. Para reprenderlo en su áspera carrera, y conducirlo a la reflexión, su hermano el príncipe le hizo arrestar, y lo mandó al viejo castillo de Van Wert en los dominios de Horn. Éste era el mismo castillo que en tiempos pasados Juan Van Horn Stadtholder de Gueldres había arrestado a su padre, y fue este el objeto que suministró a Rembrandt una admirable pintura. El gobernador del castillo era un tal Van Wert hijo del famoso Juan Van Wert héroe de muchas leyendas y cantos populares. La intención del príncipe, su hermano, fue que se le mantuviese en una cómoda situación, pues su idea era solamente subordinarlo y corregirlo, y no castigarlo ni afligirle. Pero Van Wert era un hombre áspero, severo y de pasiones violentas: él trató al joven del mismo modo que a los prisioneros que caían, tiempos atrás, en las poderosas presas de los ladrones condes de Alemania. Fue metido en un calabozo y castigado de un modo tan bárbaro e indigno, que el humor irritable del joven conde le mantenía en un continuo furor, que al cabo vino a terminar en locura. Seis meses pasó el desgraciado joven en este horrible estado, sin que su hermano el príncipe estuviera informado de su triste situación, y del cruel tratamiento a que estaba sujeto. Un día, por fin, el conde en uno de sus frenéticos arrebatos, derribando dos de sus carceleros, se escapó del castillo, se burló de todas las persecuciones, y después de caminar por varias partes en un miserable estado de distracción, se dirigió a Baussigny, y se presentó como un espectro delante de su hermano.

El príncipe se sobresaltó al ver su infeliz, melancólico y débil aspecto, y más que todo al conocer la lamentable fatalidad de su enajenación mental. Lo recibió con la más tierna compasión, le alojó en su mismo cuarto, le puso tres criados que lo atendiesen de día y de noche, y trató de recompensar los actos de crueldad que él mismo había reprobado, pero en los que

no dejaba de tener alguna parte, con el más asiduo, lisonjero, fraternal y atencioso cuidado. Cuando él supo el modo con que había sido tratado su desgraciado hermano en el castillo, y la sucesión de brutalidades inauditas que lo habían conducido a su enfermedad mental, se llenó de justa indignación. Su primer paso fue remover a Van Wert del mando de la fortaleza; este hombre violento desafió al príncipe, y trató de mantenerse en el puesto que ocupaba, moviendo a los campesinos de muchas leguas del contorno para revolucionar. Su insurrección hubiera sido formidable contra el poder de un pequeño príncipe, pero sabiéndose su plan oportunamente, fue puesto bajo las juntas del imperio, y visto como un prisionero de estado. La memoria de su célebre abuelo, el siempre repetido en los cantos, Juan Van Wert, fue bastante para librarlo de la horca; mas se le condenó a ir arrestado a la gran torre de Horn-op-Zee; allí permaneció hasta que tuvo ochenta y dos años, siempre salvaje, violento y orgulloso, pues se asegura y afirma que él jamás dejó de estar dispuesto a pelear, mientras pudo cerrar un puño o empuñar un garrote.

A este tiempo, la continuación de atentos y tiernos tratamientos y saludable régimen, y sobre todo, la tierna y afectuosa asiduidad de su hermano el príncipe, producía los más favorables efectos sobre el conde Antonio. Gradualmente recobró su razón; pero un grado de violencia parecía siempre aparecer en el fondo de su carácter, y requería ser tratado con la más grande cautela y dulzura, porque la más pequeña contradicción lo desesperaba.

En este estado de convalecencia mental, comenzó a tener como insufribles la vigilancia y restricciones del afecto de su hermano, de modo que se resolvió dejar furtivamente los Países Bajos, y se dirigió a París, donde, en efecto, se decía había sido llamado por motivos de interés, a hacer arreglos tocantes a un importante estado que él heredó de su parienta la princesa de Epinay.

A su llegada a París, se dirigió a casa del marqués de Crequi, y de otros de la alta nobleza con quienes él estaba relacionado; fue recibido con mucha cortesía, pero como no traía carta de su

hermano mayor el príncipe, y como varias circunstancias de su historia anterior se habían traslucido, no lo recibieron entre sus familias, ni lo presentaron a sus señoras. Sin embargo, le festejaban como a hombre solo, le daban alegres y elegantes cenas en sus departamentos separados, y le llevaban a sus palcos en los teatros.

Se le veía también con frecuencia en las puertas de las iglesias más concurridas, y tomaba su lugar entre los jóvenes de moda. En este tiempo su cuerpo, elegante figura, pálido pero hermoso semblante, y sus brillantes ojos, lo distinguían entre todos; y las jóvenes declaraban que era casi imposible contemplar con indiferencia sus ardientes miradas.

El conde no se afligió mucho de su limitación en el fastidioso círculo de la alta sociedad: a él le gustaba la compañía de una gente más turbulenta, y menos ceremoniosa; y encontrándose con compañeros perdidos, de su gusto, pronto recorría los licenciosos periodos de todos los excesos de la populosa ciudad. Se dice que en el curso de su desenfrenada carrera, él había tenido una intriga con una señora de calidad, una favorita del regente; que fue sorprendido por este príncipe en una de sus entrevistas; que hubo agudas palabras entre los dos; y que los celos y la venganza, levantados de este modo, se creyó que sólo terminarían con su vida.

Por este tiempo el famoso proyecto de Law del Mississippi estaba en boga, o más bien empezaba a amenazar desastrosas catástrofes, que conmoverían todo el mundo financiero; muchos esfuerzos se hicieron para calmar el volcán que se inflamaba. El vagamundo populacho de Francia era cogido por las calles de noche, y transportado a Havre de Gracia, a ser embarcado para las proyectadas colonias; aun gentes trabajadoras y artesanos, fueron así cogidos, y llevados. Como el conde Antonio tenía la costumbre de salir por la noche, disfrazado, en busca de placeres, estuvo cerca de ser conducido por una cuadrilla de soldados. Parece, en efecto, que ellos estaban convenidos en esperarlo, pues que tuvo que experimentar muy mal tratamiento de sus manos; quejose de este acontecimiento su pariente el buen

marqués de Crequi, que tomó interés por el joven, y trataba de defenderlo; pero a la vez recibió misteriosamente una intimación de no intervenir en el asunto, y que le aconsejara al conde dejase a París inmediatamente; si se detiene, le dijeron, es perdido. Un hecho como éste se mira y cita como prueba de que la venganza estaba preparada para el desgraciado joven, y de que sólo se esperaba una oportunidad para destruirlo.

Esta oportunidad ocurrió, y demasiado pronto: entre los perdidos compañeros con quienes el conde tenía adquirida estrecha intimidad, había dos que habitaban en la misma posada que él. El uno era un joven solamente de veinte años, que se hacía pasar como el *Chevalier d'Etamps*, pero su verdadero nombre era Lestang, el hijo pródigo de un banquero flamenco. El otro llamado Laurent de Mille, piamontés, era un capitán destituido y ahora un caballero del servicio de la disoluta princesa de Caniguan, que tenía mesas de juego en su castillo. Es probable que la propensión al juego hubiese reunido a estos jóvenes, y que sus pérdidas les obligasen a tomar medidas desesperadas. Lo cierto es que todo París fue repentinamente sorprendido con un asesinato, que se decía habían cometido ellos. Un judío, corredor de fondos públicos, que tenía una gran parte en el banco de Law, fundado para el negocio del Mississippi, fue la víctima. La historia de su muerte fue referida de diferentes modos: de las confusas relaciones resulta que el judío fue inducido por estos jóvenes a entrar a una oscura taberna, con el objeto de negociar por acciones de banco la suma de cien mil coronas que tenía en su cartera. Lestang se quedó de centinela en la escalera; el conde y De Mille entraron con un judío en un cuarto; a poco rato se oyeron gritos y esfuerzos de entre ellos; un sirviente, que pasaba por el cuarto, dirigió su vista adentro, y vio al judío revolcándose en su sangre, cerró con llave la puerta, y dando muchas y repetidas voces, alarmó inmediatamente la casa. Lestang se precipitó, escaleras abajo, dirigiéndose a su habitación, aseguró sus más útiles efectos, y dejó el país; el conde y De Mille trataron de escaparse por la ventana, pero ambos fueron cogidos y conducidos a la prisión.

Ésta era una circunstancia ocurrida en la parte de la historia del conde, que parecía condenarlo como a un hombre destinado a sufrir. Su madre y su hermano, el príncipe de Van Horn, habían recibido algún tiempo antes noticia de la vida disoluta que llevaba el conde en París, y de sus pérdidas al juego; ellos encargaron a un caballero de la casa del príncipe, ir a París, pagar las deudas del conde, y persuadirlo a que volviera a Flandes; o si él lo rehusaba, conseguir una orden del regente para que dejase la capital. Desgraciadamente el caballero no llegó a París, sino hasta el día siguiente al asesinato.

La noticia del arresto y prisión del conde, con el cargo de tan atroz delito, causó una violenta sensación entre la elevada aristocracia; todos los que estaban relacionados con él, y que lo habían tratado hasta ahora con indiferencia, encontraban su dignidad profundamente ligada con la cuestión de su culpa o inocencia. Se hizo, pues, una reunión general de todos los parientes y aliados con la familia de Horn, en la casa del conde Crequi. Ésta fue una asamblea de los más orgullosos y aristócratas personajes de París: se intentaron averiguaciones sobre las circunstancias del negocio; estaba acreditado, sin duda alguna, que el judío estaba muerto, y que había sido asesinado con muchos golpes de un puñal. Se decía que el conde, al escaparse por la ventana, había caído, y fue cogido inmediatamente, pero que De Mille había atravesado las calles seguido del populacho, y arrestado a alguna distancia del lugar del asesinato; que el conde se declaraba inocente de la muerte del judío, y que había arriesgado su vida por tratar de protegerlo; pero que De Mille, trayéndolo otra vez a la taberna, había confesado de plano el asesinato del corredor, y el robo que se le había hecho de su cartera, y que él culpaba al conde de la horrible perpetración de tan negro crimen.

La historia se refería también de este otro modo: que el conde Van Horn había depositado en manos del corredor la suma de ochenta y ocho mil libras; que él lo había buscado en esa taberna, que era uno de sus lugares favoritos, y que le había pedido la referida suma; que el judío le había negado el depósito; que una pendencia se había levantado, en el curso de la cual el

judío había puesto las manos en la cara del conde, y éste transportado de furor, había tomado un cuchillo de la mesa, y herido al judío en el hombro; y que al instante De Mille, que estaba presente, y que también había sido defraudado por el judío, se arrojó a él, y lo había despachado con golpes de un puñal, y se había arrojado sobre su cartera; que él había ofrecido dividir su contenido con el conde a *prorrata* de lo que el usurero les había defraudado; que el conde había rehusado la proposición con desdén; y que al ruido de las personas que se aproximaban, ambos habían tratado de escaparse de la referida casa, pero que habían sido cogidos.

De cualquier modo que se viese la cuestión, las apariencias eran terribles contra el conde, y la noble asamblea estaba en una gran consternación. ¿Qué se había de hacer para evitar tan gran desgracia, y salvar sus ilustres escudos de esta mancha de derramamiento de sangre? El primer intento fue estorbar que el negocio se llevase a prueba, y de que fuese presentado ante un juzgado criminal con tan horrible y degradante cargo. Los nobles, sin embargo, se dirigieron al regente, para implorar la intervención de su poder. Le decían que lo que el conde había hecho no era otra cosa más que un efecto de su enferma y débil imaginación, y por cuya causa debía encerrársele en una casa de locos. El regente se hizo sordo a esta solicitud, y fríamente contestó que si el conde estaba loco, nadie podía librarse muy pronto de quien como él estaba furioso en su locura; que el crimen era demasiado público y atroz para ser callado u ocultado. La justicia, pues, se hizo cargo del negocio.

Viendo que no se podía evitar que el humillante suceso fuese a un juicio público, los muchos parientes del conde trataron de predisponer los ánimos de los magistrados ante quienes iba a ser acusado. De acuerdo en esto, hicieron prontas y elocuentes representaciones de la alta descendencia, nobleza y poder de las relaciones del conde; haciendo valer las circunstancias de su pasada historia, de su enfermedad mental, de la irritación nerviosa que padecía, y la extrema sensibilidad para los insultos o contradicciones. Por estos medios trataron de preparar a los jueces, para

que así se interpretasen todas las cosas en favor del conde, y aun si se probase que él había dado el golpe mortal al usurero, atribuirlo a exceso de locura, provocado por insultos. Para obtener favorables efectos de estas representaciones, el noble cónclave determinó traer sobre los jueces los deslumbrantes rayos de toda la aristocracia reunida; resueltos a ello, el día que en el juzgado debía verse el asunto, los parientes del conde, en número de cincuenta y siete personas de ambos sexos y del más alto rango, reunidos en un cuerpo en el palacio de justicia, se colocaron en un largo corredor que conducía a la sala de la corte. Por allí tenían que pasar los jueces una revista en el batallón de amables y nobles personajes, quienes lo saludaban triste y significativamente cuando pasaban. Ninguno que no esté instruido acerca del sublime orgullo y celosa dignidad de los franceses en aquella época puede imaginarse el último punto de sensible esfuerzo que produjo este propio abatimiento; sin embargo, reservadamente presumían los nobles suplicantes, que habiendo una vez tomado sus medidas, su influencia sobre el tribunal sería irresistible. No obstante, una señora se hallaba presente, madama de Beauffremont, quien por sus melancólicas dolencias, era una completa visionaria, y refería tan espantosas y funestas apariciones como que habían pasado delante de sí misma, que muchas de sus compañeras se llenaron de tristes presentimientos.

Desgraciadamente para el conde, había otro interés mucho más poderoso aún que la mayor aristocracia. El infame, pero muy poderoso abate Dubois, gran favorito y consejero privado del regente, estaba muy interesado en el designio de Law, y en la prosperidad de su banco, y por supuesto en la seguridad de los corredores de fondo. Ciertamente se decía que el regente mismo estaba muy interesado en el proyecto del Mississippi. Por esta razón Dubois y Law se esforzaban, cuanto les era posible, para que este asunto trágico se llevase con todo el rigor de la ley, y que el asesino del corredor fuese castigado del modo más notable y espantoso. Cierto es que la causa no era larga ni intrincada. El conde y su compañero en la prisión eran igualmente culpables en el crimen, y ambos fueron condenados a la muerte más terri-

ble e ignominiosa: *la de ser quebrantados sus huesos en una rueda hasta morir.*

Tan pronto como se hizo pública la sentencia del juzgado, todos los nobles que tenían algún parentesco con la casa de Van Horn se vistieron de luto. Se reunió otra grande asamblea aristocrática y se hizo una petición al regente en favor del conde, y se le entregó al marqués de Crequi para que recogiese las firmas. En ellas se hacía presente la locura anterior del conde, y se hacía ver que ésta era una enfermedad hereditaria en su familia. Se alegaban varias circunstancias que mitigaban la ofensa, e imploraban que su sentencia se conmutase con la de prisión perpetua.

Más de cincuenta nombres de la clase más distinguida, empezando con el príncipe de Ligni, e incluyendo cardenales, arzobispos, duques, marqueses, etc., juntos con los de señores de igual rango, se hallaban firmados en esta petición. Por uno de los caprichos del orgullo y de la vanidad de este mundo, se hizo objeto de ambición hallarse entre los ilustres que suplicaban; era esto una especie de testimonio de sangre noble ¡probar parentesco con un asesino! El marqués de Crequi estaba continuamente rodeado de personas que querían firmar, y tuvo que consultar con el príncipe de Ligni, abuelo del conde, sobre el derecho que tenían a este honor singular. Muchos a quienes no se les permitió firmar se incomodaron en extremo, y esto causó numerosas discordias; aún más, la afrenta que de este modo recibió el orgullo mórbido de algunas familias aristocráticas se transmitió de generación en generación, pues cincuenta años después, la duquesa de Mazarin se quejó de un desprecio que su padre había recibido del marqués de Crequi, lo que probaba que esto tenía alguna conexión con la firma de aquella petición.

Concluido ya este documento importante, el ilustre cuerpo de suplicantes de ambos sexos pasó en la tarde del sábado, víspera de domingo de ramos, al palacio real, residencia del regente, y con gran ceremonia, pero con mucho silencio, lo introdujeron a su sala de consejo. Cuatro de ellos habían sido nombrados diputados para presentar la petición, a saber: el cardenal de Rouan, el duque de Havre, el príncipe de Ligni y el marqués de Crequi.

A poco tiempo después de haber entrado, llamaron a los diputados para que pasasen al gabinete del regente. Entraron, dejando a los suplicantes reunidos en la mayor ansia. Como el tiempo pasaba con lentitud, y la noche entraba, la tristeza de esta compañía se aumentaba. Algunas de las señoras oraban devotamente, y la buena princesa de Armagnac rezó un rosario.

El regente recibió la petición con un aspecto muy poco favorable. “Al pedir el perdón del criminal” —dijo— “demuestran ustedes más celo por la casa del Van Horn, que por el servicio del rey”. Los nobles diputados apoyaron la petición con todos los argumentos que estaban a su alcance. Suplicaron al regente que tomase en consideración que el castigo en cuestión era infame, y no permanecería solamente en la persona del condenado, o en la casa de Van Horn, sino que pasaría a las genealogías de familias distinguidas e ilustres, en cuyas ramificaciones, de tan diversos escudos de armas, se encontraría cabida a este nombre deshonorado.

“Señores” —replicó el regente—, “me parece que la deshonra está en el crimen, más bien que en el castigo”.

El príncipe de Ligni habló con calor: “Tengo en mi insignia genealógica” —dijo— “cuatro escudos de Van Horn, y de consiguiente cuatro son mis antepasados de aquella casa. Los haré quitar, y habrá otros tantos espacios blancos, como agujeros, en mis insignias genealógicas. No hay una sola familia soberana, que no sufra por el rigor de vuestra alteza real; aun más, todo el mundo sabe que en las treinta y dos divisiones de madama vuestra madre, hay un escudo de Van Horn”.

“Muy bien, señores” —replicó el regente—, “yo llevaré la deshonra con vosotros”.

Viendo que no podía obtenerse el perdón, el cardenal de Rouan y el marqués de Crequi se salieron del gabinete; pero el príncipe de Ligni y el duque de Havre se quedaron atrás. El honor de sus casas, más que la vida del desgraciado conde, era el gran objeto de su solicitud.

Ahora se esforzaban por conseguir una gracia menor. Representaron que en Netherlands y en Alemania existía una dife-

rencia importante en el público, en cuanto al modo de ejecutar la pena de muerte en personas de rango. Que la decapitación no influía en la fortuna de la familia del ejecutado; pero que la pena de la rueda traía consigo tanta infamia, que los tíos, tías, hermanos y hermanas del criminal, y toda su familia por tres generaciones consecutivas, quedaban excluidos de toda asamblea de nobles, abadías de príncipes, obispados soberanos, y aun de las residencias teutónicas de la orden de Malta. Demostraron cuánto obraría esto inmediatamente contra la fortuna de una hermana del conde, que estaba al recibirse de canonesa en uno de los capítulos nobles.

Cuando se representaba esta escena en el gabinete del regente, la asamblea ilustre de suplicantes permanecía en la sala del consejo, en el estado más triste de suspensión. La salida del gabinete del cardenal de Rouan y del marqués de Crequi, con caras pálidas y afligidas, había atemorizado a todos. Sin embargo, aquí se estuvieron hasta media noche para saber el resultado de sus súplicas. Por fin se concluyó la conferencia del gabinete. Salió el regente y saludó cortésmente a los altos personajes de la asamblea. Besó la mejilla de una señora anciana de rango, madama de Guyon, a quien había conocido en su infancia, y la llamó “su buena tía”. Hizo un saludo muy ceremonial a la augusta marquesa de Crequi, diciéndole que se complacía mucho de verla en el palacio real. “Cumplimiento fue” —decía la marquesa— “a muy mal tiempo, considerando la circunstancia que me había conducido allí”. Entonces llevó a las señoras a la puerta del segundo salón, donde se despidió de ellas con una política acompañada de muchas ceremonias.

La súplica del príncipe de Ligni y del duque de Havre para que cambiasen el modo del castigo, tuvo, con muchas dificultades, buen resultado. El regente les había ofrecido solemnemente enviar al procurador general una orden de comunicación el domingo de resurrección, 25 de marzo, a las cinco de la mañana. Según la misma oferta, se arreglaría un cadalso en el claustro de la conserjería o prisión, donde decapitarían al conde la misma mañana, inmediatamente después de haber recibido

la absolución. Esta mitigación en la forma del castigo consoló muy poco al gran cuerpo de suplicantes, quienes deseaban con ansia el perdón del joven. Sin embargo, el príncipe de Ligni, que, como antes se ha observado, estaba sumamente interesado por la dignidad de su familia, miraba esto como de la mayor importancia.

El obispo de Bayona y el marqués de Crequi visitaron al desgraciado joven en su prisión. Acababa de recibir la comunión en la capilla de la conserjería, y estaba hincado ante el altar oyendo una misa por los difuntos, que se decía por súplica suya. Protestaba su inocencia en haber tenido intención de asesinar al judío, pero no se indemnizaba de la acusación del robo. Hizo que el obispo y el marqués le ofreciesen ver al príncipe su hermano, y que le informasen de ésta su aseveración a la hora de la muerte.

Otros dos parientes suyos, el príncipe Rebecq-Montmorency y el mariscal Van Isenghien, le visitaron secretamente y le ofrecieron veneno, como el medio de evadirse de la deshonor de una ejecución pública. Habiendo rehusado tomarlo, se salieron muy indignados, y dijeron: “Hombre miserable, solamente sirves para perecer a manos del verdugo”.

El marqués de Crequi buscó al verdugo de París, para tratar con él de una muerte fácil y decente para el desgraciado joven. “No le hagáis sufrir” —le dijo—, “no le descubráis más que el cuello, y que su cuerpo se ponga en un ataúd antes de que lo entreguéis a su familia”. El verdugo le ofreció todo lo que le suplía, pero se negó a recibir un regalo de cien luises de oro que el marqués le quería dar. “El rey me paga para que yo cumpla con mi deber” —contestó—, y añadió que ya se había negado a recibir igual cantidad que le ofrecía otro pariente del marqués.

El marqués de Crequi regresó a su casa sumamente afligido. Allí encontró una carta del duque de Saint Simon, amigo íntimo del regente, en que se repetían las ofertas de aquel príncipe, de que la pena de la rueda se conmutaría con la de decapitación.

“Imaginaos —dice la marquesa de Crequi, quien en sus memorias da una razón circunstanciada de este suceso—, imaginaos

lo que experimentaríamos, y lo que nos asombraríamos; imaginamos nuestro llanto e indignación cuando el martes 26 de marzo, una hora después del mediodía, nos dijeron que el conde Van Horn había sido manifestado al público en la rueda en la plaza de Grève, desde las seis y media de la mañana, en el mismo cadalso en que el piemontés De Mille, y que lo habían atormentado antes de la ejecución”.

Una escena más de orgullo aristocrático cerró este trágico suceso. El marqués de Crequi, al recibir esta espantosa noticia, se vistió inmediatamente con el uniforme de oficial general con el cordón de nobleza en la casaca. Mandó que seis criados, vestidos de gran librea, le acompañasen, y que se sacasen dos de sus carruajes con seis caballos en cada uno. En este estado suntuoso se dirigió a la plaza de Grève, a donde le habían precedido los príncipes de Ligni, de Rouan, de Crouy, y el duque de Havre.

El conde Van Horn estaba ya muerto, y se creía que el verdugo había tenido la caridad de darle el golpe de muerte a las ocho de la mañana. A las cinco de la tarde, cuando el juez comisario dejó su lugar en el hotel de Ville, estos nobles, con sus propias manos, ayudaron a desatar los mutilados restos de su pariente; el marqués de Crequi los colocó en uno de sus carruajes, y los llevó a su casa para que recibiesen las últimas tristes exequias.

La conducta del regente en este asunto excitó la indignación general. Su demasiada severidad fue, por algunos, atribuida a celos vengativos, y por otros a constantes maquinaciones de Law y del abate Dubois. La casa de Van Horn y la alta nobleza de Flandes y de Alemania se consideraban notoriamente ultrajadas; se habló de muchos proyectos de venganza, y se creó un aborrecimiento al regente, que le siguió toda la vida, y duró enérgicamente contra su memoria, aún después de su muerte.

Se dice que la siguiente carta fue escrita al regente por el príncipe Van Horn, a quien aquél había confiscado algunos bienes del conde:

“No me quejo, señor, de la muerte de mi hermano; pero me quejo de que vuestra alteza real ha violado en su persona los derechos del reino, de la nobleza y de la nación. Le agradezco la

confiscación de sus bienes; pero me consideraría tan deshonrado como él, si aceptara favor alguno de vuestras manos. *Espero que Dios y el rey hagan a usted tanta justicia, como la que usted hizo al desgraciado de mi hermano*".

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 297-310].

Gerónimo de Aguilar

Y Cortés le preguntó por la tierra y pueblos,
y el Aguilar dijo que como le tenían por
esclavo, que no sabía sino traer leña y agua.

Bernal Díaz

Las costas del Nuevo Mundo eran todavía un misterio. La gigantesca empresa de Colón, intentada por el deseo de buscar otro camino para la India, produjo el asombroso resultado del descubrimiento de las vastas y opulentas regiones de América. El genio del grande hombre se estremeció, su corazón inundose de alegría, y las esperanzas de una gloria inmarcesible orearon su frente volcánica. Los sentimientos particulares de Colón fueron después la sensación general de la Europa; dudose del aserto del descubridor; conmoviéronse las naciones; España se llenó de gloria; y todos los demás pueblos, con las riquezas de los países que acababan de conocerse, soñaron en una felicidad que para obtenerla, el espíritu caballeresco de aquella época multiplicó los héroes, y se hizo fácil la realización de uno de los más notables sucesos de la historia.

No hubo para esa edad, en que el hombre se enorgullecía de llevar al cabo los más dificultosos proyectos, uno que más satisficiese las elevadas miras de esas almas vigorosas y ardientes, que aquel que traía consigo una fortuna, un venturoso porvenir, con las mágicas ilusiones de tantos tesoros como era ya de creer, se ocultasen en los lugares recientemente aparecidos. De suerte que no había más que un deseo: el de volar a su conquista; no había

más que una esperanza: la de arrebatarse sus riquezas. Pero de ese deseo y de esas esperanzas, que si se quiere no tenían mucho de laudable, nacieron las acciones nobles, los esfuerzos heroicos, las altas virtudes que adornaron a los célebres capitanes que se cuentan en la magnífica galería en que figuran Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Almagro, Alvarado, Montejó y otros varios, que sería largo enumerar.

Mas no se figure el lector que la persona cuyo cautiverio va a dar materia a este artículo fue del número de los que venían a la Nueva España a pelear, a gobernar, a enriquecerse. Gerónimo de Aguilar, más por novedad que por otro interés, se resolvió a ser compañero de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, que fueron a un mismo tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y gobernar la costa firme de América. Vino, pues, a ser testigo de las desagradables y funestas reyertas entre Enciso, Nicuesa y Balboa: esas perjudiciales reyertas que acaso no eran por otro motivo que el de quitarse unos a otros la dirección de los negocios, y abrogarse al mando absoluto. Balboa, capaz de concebir y ejecutar ideas grandes, se elevó sobre sus compañeros, se sobrepuso a todos; y la autoridad de Nicuesa, cuando apenas empezaba a ejercerla, vino a tierra con una revolución que lo dejó aislado. “Pusiéronle preso, y después le metieron en un bergantín con orden que saliese de allí al instante, y se presentase en la corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometían; insistió en la legitimidad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fue en vano: embarcado en el navichuelo más ruin que allí había, mal provisto de víveres, y acompañado de sólo dieciocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia”.¹

Entre los que se embarcaron con Nicuesa en la más miserable de las carabelas que se hallaban en el Darién, fue uno Gerónimo de Aguilar, que cansado de las penalidades, agitación continua y ambiciosas aspiraciones que se desarrollaban, con mayor encarnecimiento cada día, determinó regresar a Écija, su patria, y seguir la carrera de la iglesia, en la que ya

¹ Don Manuel José Quintana. *Vidas de españoles*.

había dado aventajados pasos, pues estaba ya por aquel tiempo ordenado de evangelio. Pero era cuando dieron la vela el 1o de marzo de 1511, y si bien la mar tranquila, el cielo sereno y una aura suave y deliciosa, no permitían presagiar desgracia alguna, la estación no era, sin embargo, de las más seguras, y el equinoccio de primavera, que por momentos debía aguardarse, no podía ser a propósito para concebir felices esperanzas, principalmente que como ha insinuado el biógrafo de Balboa, el barco, además de viejo, desprovisto de cuanto puede juzgarse necesario al hombre en las largas travesías, tenía por otra parte la condición de ser tan ruin, que apenas cabían en él las dieciocho personas que traía a su bordo. Comenzaron su marcha con ánimo firme; y como quien sale de un peligro para meterse en otro, quizá mayor, se resolvieron a sufrir los males que pudiesen sobrevenirle. Caminaban contentos, compartiendo gustosos sus privaciones, dividiendo fraternalmente sus escasos alimentos, sin abrigo del sol por el día, cantando por la noche; e imbuidos en un gozo franco e ingenuo, tal vez nadie notaba que el desdichado Nicuesa, que según sus tristes aventuras no había nacido más que para padecer y llorar, mustio, solitario, pensativo, preveía una catástrofe que pretendía ahogar entre su pecho, con la idea de no turbar el placer de sus amigos, pero que, a pesar de sus esfuerzos, se traslucía en su semblante melancólica sombra de algún fúnebre pensamiento.

Y sus ocultos presagios, sus temores horribles, iban casi a desaparecer, encontrándose inmediatos, como en efecto se acercaban mucho, a las costas de Santo Domingo donde, o permanecerían, o tomando descanso, proveyéndose mejor, y esperando pasar el equinoccio, continuarían para España. Mas las cosas estaban dispuestas de otro modo, y el corazón de Nicuesa le había inspirado verdaderos presentimientos del trágico fin que les aguardaba. Se presentó el huracán con la más espantosa furia: alzábanse montañas de espumantes olas; la pequeña carabela se hundía cuando el monte de agua se levantaba, y así que se veía subir y bajar una y otra oleada, el barquichuelo infeliz o tocaba luego a los cielos, o se sumergía pronto en un abismo. Luchaba con la tormenta...

¡pobre barco! Sin resistencia siquiera para mantenerse sobre las aguas en horas bonancibles ¿cómo resistiría al combate tenaz, poderoso, de una deshecha borrasca? ¡Sublime espectáculo es el de ver al hombre en medio del océano embravecido, vagar en una tabla débil, que es entonces tan ligera como la pluma que vuela por el viento! Yo que he admirado en el Atlántico una noche, de esas lóbregas que desalientan al marinero, de esas que vienen a traer sólo la luz del relámpago, el estallido del rayo, el silbar de los vientos, y la ronca y majestuosa voz que desde el profundo seno del mar sale repitiendo con eco aterrador las palabras de destrucción y de muerte, yo, repito, que he contemplado sobrecogido de mil afectos contrarios una escena tan grandiosa, creo que el que no haya visto una noche tal no puede figurarse la penosa situación de los navegantes que con Nicuesa se encontraban en trance tan duro y amargo, que el entendimiento apenas puede concebir, y la pluma no es capaz de expresar.

La tempestad se mantuvo constantemente fuerte por muchos días: no se veía el sol, y la oscuridad de la noche era la del caos. Una tarde divisaron tierra, dirigieron el rumbo hacia ella, y casi la tocaban con la mano, cuando un viento en contra, en oposición abierta con su ansiedad mortal, les hizo perderla de vista en lo absoluto, y hallarse de nuevo quien sabe dónde, sin dirección, en costas desconocidas, sin poder observar, y no concibiendo cuándo terminaría tan violenta oposición. Lo que sucedería no era difícil de prever, y aunque todos lo tenían como seguro, nadie se atrevía a hablar de un naufragio. Sin embargo, la hora de la imponderable desgracia sonó en el infalible reloj de la eternidad: dio la carabela en un bajo; abrióse de medio a medio y... ¡hundiéronse con ella los infelices pasajeros! ¡Cuántos esfuerzos por salvarse! Esta escena terrible, fúnebre, pasaba de noche. Los desventurados náufragos procuraban juntarse unos a otros, cuando el relámpago los iluminaba; las olas enfurecidas les llevaban y volvían; asidos de tablas, prorrumpiendo en amarguísimos gemidos, en elocuentes y sublimes plegarias, permanecieron sobre las aguas casi milagrosamente hasta que la opaca luz de un día nebuloso les vino a acompañar en su desamparo. Las corrientes,

el viento, los habían ido llevando a una misma dirección, y su sorpresa, su gozo, fueron inexplicables, cuando percibieron clara y distintamente que se acercaban a una costa benéfica, que iba a salvarles la vida. Llegaron a ella y dieron gracias a la divina Providencia, que tan señalado beneficio se servía dispensarles.

Pero la tierra que pisaban, que de lejos habían creído fuese la de la isla de Santo Domingo, era desconocida, desierta por esas orillas; y aunque no dejaban de sospechar que en el interior hubiese habitantes, sin duda éstos serían salvajes, y viéndose tan cortos en número, pues de los dieciocho sólo habían podido salvarse diez, viéndose tan débiles, sin recursos de defensa, se consideraban expuestos a perecer en sus manos, cuya fundada reflexión se presentó luego a acibarar la efímera alegría que los alentó por un instante. ¡Tan pronto se suceden en este mundo el dolor al placer, el llanto a la sonrisa!

Conformes los historiadores Solís, Herrera, Bernal Díaz y Gómara, aseguran que la carabela de Nicuesa naufragó en el bajo de los Alacranes; pero por la relación de Aguilar, por los lugares en que estuvo cautivo, y por observaciones más o menos fundadas que ocurren siempre a los que se dedican a estudiar y comparar los hechos, yo creo que el naufragio acaeció a las inmediaciones de la isla de Cozumel, pues en lo que no me cabe duda es en que desembarcaron por la costa de esta península entre los sitios conocidos con los nombres de Tancah y de Tulum, a donde ciertamente no habrían podido llegar si la catástrofe hubiese ocurrido en el bajo mencionado.

Digna era de lástima, a la verdad, la suerte de unos hombres que saliendo expulsos, sin qué comer, los arrojan al mar en el peor barquillo que quieren darles, que pasan por todas las angustias de una tormenta, que naufragan, que batallan por conservar la existencia, y que cuando lo consiguen se hayan en nuevos peligros de perderla. Y así fue: mantuviéronse en la playa algunos días, hasta que los sorprendieron unos indios que, reunidos en número considerable, con algazara y certeros tiros de flechas, cayeron sobre ellos haciéndolos prisioneros. Para término de aquella cadena de fatalidades, se ofreció ésta, la mayor y más

terrible de todas. Los indios arrebataron la buena presa, y en el primer festín sacrificaron al desdichado Nicuesa y siete españoles más, librándose únicamente Gerónimo de Aguilar y otro marino, acerca de quien acaso podría escribir después otro artículo. El presente se reducirá sólo a hacer una breve narración de la cautividad de Aguilar, tal como él la referiría y como la cuentan los notables autores que he citado.

Había un pueblo a dos jornadas del lugar que he marcado en la costa, y que ha desaparecido hasta su nombre. Para allí fue conducido Aguilar, no con objeto de no sacrificarle como a sus infelices compañeros, sino con el de esperar que se reparase un tanto de la extenuación de que venía agobiado. Encerrado en una jaula por el cruel cacique, de cuyo nombre tampoco nadie hace mención, se acercaba por instantes la hora en que debía ser descuartizado, y medio cocido al fuego, para servir de alimento a esos antropófagos; pero sacando fuerzas, más de la desesperación que del valor, pudo romper las rejas que lo aprisionaban, y ponerse en fuga sin saber a dónde. Afortunadamente llegó a los dominios de otro poderoso cacique² que, enemigo mortal de su amo anterior, quiso ostentar más humanidad, y aseguró la vida al esclavo. Mas al que ha nacido para el infortunio, la dicha le dura poco, y si dicha puede llamarse la de Aguilar, terminó con la repentina muerte del cacique. Pasó en seguida a poder del nuevo electo, que parece llamábase Tahmay, el que continuó sujetando el pobre Gerónimo a todo el linaje de duros trabajos, llegándose el caso de tener a veces que dejar la comida por mandársele luego a cortar leña, lo que hacía él muy gustoso, y tanto que empezó a llamar la atención de su señor la humildad, afecto y firmeza con que ejecutaba las órdenes que se le prescribían.

La virtud que más sobresalía en Aguilar era la de poder resistir a las impresiones del amor, era la de demostrar la mayor indiferencia ante la vista de las hermosas jóvenes que vivían en el palacio del cacique. Éste, admirado de la fortaleza del español

² El pueblo que gobernaba debe ser aquel de que aún hoy se ven las ruinas cerca de Tulum. Se hace una descripción de ellas en la obra de *monsieur* Stephens.

contra una tentación tan natural, y que se le presentaba por todos lados, se propuso hacer experiencias que le descubriesen a fondo el carácter de Gerónimo: para esto le puso en *esas ocasiones* de que dice el cronista Solís “que son menos decentes en la narración que admirables en la continencia”. Pero la que él más recordaba, asegurando que no sabía cómo hubiese salido bien de ella, fue una que su mismo amo dispuso de esta manera. Entre las bellas jóvenes que éste más distinguía por sus gracias, por su talento, por su coquetería (la coquetería aquí, como en todas partes, llegó con las primeras pobladoras: era vieja ya cuando la conquista), entre esas jóvenes, repito, descollaba una, no en una sola dote, sino en todas las dotes juntas. Ésta fue la escogida para llevar al cabo el plan del cacique. Llamola, le informó de lo que quería que hiciese, dejó a su cargo la ejecución del proyecto, y Aguilar recibió orden de acompañarla a la playa, pasar allí la noche en unión suya, y al otro día levantarse muy temprano a pescar. Gerónimo no sabía lo que le esperaba: él emprendió su marcha con la amable compañera hacia la orilla, que estaba inmediata, y como por entonces ya conocía bastante la lengua maya, y se expresaba con alguna facilidad, hicieron su viaje entre el placer de una grata conversación.

—Se me hace muy extraño, extranjero querido, que habiendo transcurrido bastante tiempo de residencia entre nosotros, no ames a nadie, no fijas la vista, no vuelvas siquiera los ojos a ninguna de nosotras. ¿Te son tan indiferentes las mujeres que aquí nacimos? ¿Cómo son las de tu país? ¿Qué hacen para agradar a los hombres?

—No me son indiferentes, señora —replicó Aguilar, tratando con el respeto que se debe a una favorita de un salvaje mandarín, que no se pararía en los medios de venganza—, no me son indiferentes, y advierto y admiro en ellas gracia, amabilidad, franqueza, y me complazco en servirles como lo saben todas las que viven con el cacique.

—Es verdad, pero hay en esos servicios un respeto frío, más bien que un afecto ardiente: ellos son obra de un entendimiento medroso, y no de un corazón apasionado.

—Yo tengo respeto, que no se parece al miedo; tengo afecto, pero no pasión.

—¿Y si la pasión de que careces, amable compañero, la has inspirado a una joven que se desvele por tus miradas, que suspire en tu ausencia, que desee oír tus palabras, vivir contigo... y tú indiferente ni la busques?, ¿qué digo?, ¿huyas cuando se te acerque?

—No sé yo que nadie me quiera: ¡es tan extraño querer a un esclavo! Sólo ambiciono la amistad de mi amo, y la sonrisa de sus labios es para mí como la aurora del más hermoso día.

—¿Y la tierna, apacible sonrisa de los labios de una joven que por ti no respire más que amor desesperado, profundo, te será indiferente, te atreverás a mirarla sin conmoverte, te atreverás a huir los ojos por no verla?

—Hubo un tiempo, querida, en que mi corazón, este corazón que hoy frío, helado, no pronuncia más que palabras de desamor... ¡qué tiempo aquel, Dios mío!, arrebatado por mis ilusiones, vivía en los ojos, en las palabras, en las caricias de mi amante... ¡qué apasionada ternura!, ¡qué dicha!, y... hoy ¡qué recuerdos!, ¡qué tristes recuerdos!, su memoria grata... aquí... grabada... firme... indeleble.

Cuando pronunciaba estas frases el pobre Aguilar, lloraba amargamente, ponía las manos sobre su oprimido pecho, temblaba todo su cuerpo, le ahogaban los sollozos, y no podía continuar el camino. Párase a respirar un tanto, la joven india lo oye, lo admira, y si bien ella enamora a Gerónimo porque se le ha mandado que ponga a peligrosa prueba las virtudes del español, ya que lo escucha, ya que le ve de cerca, ya que conoce el mérito de sus razonamientos, tiene que esforzarse poco para descubrir unas sensaciones que no serán un mero fingimiento, un ardid, sucediendo esta vez lo que otras muchas, en que el que piensa ser vencedor queda vencido.

—Pues, según tus primeras respuestas, amigo mío, creí que eras incapaz de amar, creí...

—¡Ay! ¡Ojalá y lo hubiera sido...! Pero no: mis dolores son profundos, me vivifican; no los cambio con la mayor dicha de otro;

¡yo no ambicionaba más que la mujer que perdí, y este hueco sólo puede ocuparlo el martirizante recuerdo de esta misma pérdida! Solo...

—Permite que te interrumpa: ¿y qué, esa ingrata te abandonó olvidando una pasión tan viva y ardiente, para entregarse infame en brazos de un rival?

—¡Mejor hubiera sido...! No, no mejor, dije mal... ¡aquel su amor de fuego, único, celestial; aquellas gracias seductoras, divinas...!

—¿En dónde, dónde se hallan?

—¡Hundidas para siempre en el sepulcro...!

Y al decir esto el bueno de Gerónimo, entre los suspiros más hondos y las lágrimas más amargas, ni veía, ni advertía, ni sospechaba que su amable compañera, profundamente impresionada con las tristes memorias que había escuchado, unía los sentimientos más tiernos a las angustias del infortunado amante.

—No hay más que un consuelo para mí —continuó Aguilar—, consuelo grande, y sólo proporcionado al tamaño del infortunio: esa mujer no ha muerto, ha desaparecido; yo me iré a unir a ella; éstas son las esperanzas que compensan en la balanza de mi desgracia el peso del grave mal que he sufrido. Ves ese cielo, donde nace el sol, brillan las estrellas y se pasea la luna, allí, adentro, en sus palacios magníficos está mi amor... y sí, yo me uniré a ella.

No menos asombrada la joven india con un razonamiento en que se descubrían ideas religiosas, de que ella no tenía ni aun noticia, admiraba más la agradable conversación del esclavo, y éste con el comedimiento que requería su posición, pero valiéndose de la confianza con que le brindaba su linda compañera, hablaron entrambos, luego que hubo calmado la viva pena de las anteriores referencias, de ciertos principios de la religión cristiana, de sus bellezas, de su evidencia.

Así el corto camino que tenían que andar hízoseles más breve. Era la hora del crepúsculo, y estaban ya frente al mar, que reflejaba los últimos rayos de un sol que parecía iba a guardarse entre sus ondas. La noche debió ser bella, como escogida a propósito

para dar más encanto a la voluptuosidad de las escenas que en ella debían representarse. La luna apareció espléndida, y no se figure el lector que la pintura que voy a hacer es como todas las de estilo en estos casos, que, o han de ser las noches muy oscuras, lúgubres y tempestuosas, o muy claras, adornadas de estrellas, de hermosa luna, de auras apacibles; no, señores, la noche de que voy hablando fue como Dios la hizo, como del tiempo, como del mes de enero, fresca, sin nubes, sin celajes, aire puro, el campo verde, fragante, y todo lo que sabemos que hay por estas tierras de Yucatán en una noche de enero. Aguilar había venido cargando una ligera provisión de alimentos que iban a servirles de cena, y la hamaca en que debía acostarse la joven india; el esclavo dormiría en el suelo. Por más que ella le instó para que cenasen juntos, él se resistía tenazmente, y sólo tomó alguna cosa después que la afectuosa compañera hubo comido. Aseguró la hamaca en dos robustos árboles, y retiróse a escoger el sitio más plano para acostar su cansado cuerpo, para buscar una piedra que le sirviese de almohada, para dedicarse a sus solitarias contemplaciones.

Los recuerdos de la patria son un tesoro para el viajero, un tormento para el expulso, y un martirio inexplicable para el que, como el pobre Gerónimo de Aguilar, no tenía la más remota esperanza de volver a ella. No podía olvidar la fertilidad y delicias de los campos de Écija, de Sevilla, en donde se había criado, de toda la Andalucía, ídolo de su corazón y tierno objeto de sus memorias. Antes de entregarse a ellas oyó la conocida voz de su compañera de viaje.

—¿Y por qué, pues, te retiras, amigo?

—Porque no quiero interrumpir tu reposo; estaré bien; no me pondré muy lejos y si se te ofrece algo en que pueda servirte, llámame, que estoy dispuesto a ocurrir inmediatamente.

—¿Pero te es tan fastidiosa mi compañía, que la abandonas por estar solo?

—No; quiero que descanses para que mañana nos levantemos contentos a pescar.

—Aún es temprano para dormir; acércate, continuaremos nuestro diálogo; ¡me son tan dulces tus palabras!

—Estimo mucho, mucho tu afecto; yo también me recreo en escucharte.

—Pues bien, acércate, ven, aquí donde yo te vea, donde yo te oiga mejor; allí acostado por entre esas plantas; a tanta distancia no me acomoda, no es mi voluntad; mira esta pequeña llanura que convida; vaya, ven a disfrutarla.

—Obedezco.

Y Aguilar se puso a muy corta distancia de la agraciada india, que ya se había resuelto por naturales impulsos, por nuevas causas, a comenzar el desempeño de su importante comisión.

—Eso que me has contado de tu amante es tan bello, tan interesante; ¡cómo me enternece! yo he unido mis lágrimas a las tuyas; sí, las he unido, acaso tú ni lo has notado, y quiero descubrirte que me has comunicado tus penas.

—¡Mucho me consuela esa especie! Repítemela: ¡es tan dulce encontrar un corazón que sienta como uno siente!

—Sí, desde hoy ¡cómo he de distinguirte! Háblame, tu voz es más dulce que el canto de las aves, y nuestros dioses te protegen; ellos han salvado tu vida porque eres digno de amor y de veneración. ¿Y tú me distinguirás también?

—¡Distinciones de un infeliz! ¿Qué quieres de mí? Respeto, lo tendrás; y mi afecto, sí, mi afecto ¿no es verdad que te conmueve el recuerdo de que te hice mención?

—¡Ay, amigo! Ciertó, ciertísimo es que me conmueve, y tanto que mi corazón está herido como el tuyo: sentimos juntos la desventura, y no tengo más que un deseo, una viva ansiedad.

—¿Cuál?

—Desatino; yo no debo decirlo, ni aunque lo dijera haría otra cosa que aumentar el peso de tu desventura, de la mía...

—¿Y por qué? ¿Qué es? No retardes...

—¡Ay, extranjero! No, no pretendas, es un secreto.

—Sí, vida mía, descúbremelo; piensas algo para aliviarme, para doblar mis angustias, dilo luego; yo te escucharé complacido, pronto, apresúrate.

—Y sí... pero... no.

—¿Tú vacilas... tú tiembles? ¿Qué podrá...?

—¡Amigo! Yo también tengo una pena cruel, terrible; nadie la sabe, ninguno me ha dicho: “yo te compadezco”, a nadie la he descubierto, a nadie pienso descubrirla, sí, a nadie.

—A mí sí, a mí que te he abierto el pecho, como espero me abrirás el tuyo; y yo te acompañaré en tu dolor, como me has acompañado en el mío.

—Mi dolor es agudo, no lo niego, pero no es como el que te martiriza, incurable; es intenso, y su agudez e intensidad pueden convertirse en dicha, en sueños encantadores, en...

—Bien; ¡feliz yo si logro, como anhelo, consolar esa pena que te aflige!

—Dime; ¿es verdad que lo anhelas?

—Te lo juro por la luz del sol.

—¡Ay! Sábetelo que tú no más puedes consolarme, tú únicamente curarás la profunda herida que hay en mi corazón... mas ¡qué digo! Yo no debo exponer mi secreto, ¿acertarás, por ventura, a comprenderme? ¿A adivinar?

—¡Qué! ¿No te inspiro confianza, no me crees? Me hablas de tus cuitas sin descubrirlas; si espero oírlas para compartir contigo la angustia, si te he asegurado que correspondo con placer infinito a tus simpatías, ¿por qué temes?, ¿por qué no hablas?

—Porque no puedo aunque quisiera, porque estoy frenética, porque mi entendimiento se confunde, mi pecho es una hoguera, porque... lo sabrás, sí, porque te amo... te amo; y éste es el misterio, ésta la pena, que sólo tú, amigo queridísimo, me has causado, sólo tú puedes convertirla de una desdicha en una próspera fortuna.

El ánimo de Aguilar se sintió profundamente conmovido. Nunca pensó escuchar una confesión tan franca y sincera, y que lo colocase en lance más crítico. Él era vehemente en sus pasiones: había llamado la atención de toda Sevilla, por la constancia de su amor; muerta desgraciadamente su amante, se determinó a seguir la carrera de la iglesia, pues estaba seguro de que no volvería nunca a pensar en otra mujer. Mas la ocasión en que entonces se encontraba, era difícil, peligrosa: él no sabía lo que pudiera hacer; no sabía qué pensar. La compasión que la

amable muchacha dispensó al triste relato de su antigua pasión, frustrada, sus halagüeñas palabras, su hermosura, la hora, el sitio, la soledad, todo parece que contribuía a ejercer un influjo siniestro en el firme carácter de Gerónimo. Después de un breve silencio, sólo interrumpido con algunos suspiros de la apasionada, y amiga del cacique, continuó ella misma diciendo:

—Me avergüenzo de haberte dicho, me avergüenzo de haberte descubierto mis sentimientos; caeré en tu desprecio, y harás comparaciones entre la mujer que perdiste y yo, y de esas comparaciones resultará, ¿qué ha de resultar? ¡Pobre de mí!; que me manifiestes ser imposible que yo llene el vacío que ella dejó en tu corazón.

—No, amiga, imposible no.

—¿Es verdad? ¿No será imposible? ¿No me desprecias? Dime, habla.

—¡Despreciarte, compañera, no! Pero si ese afecto que ahora me aseguras llegase a saberse por mi amo, tú y yo seríamos perdidos, perdidos sin remedio; su venganza no tiene límites, y nos sacrificaría a su implacable odiosidad.

—No, no la temas; huiremos de ella; a mi cuidado deja conducirte a donde su poder no aceptará a alcanzarte, a donde serás distinguido, a donde no te obligarán a hacer los actos más bajos de esclavitud, y a donde tus servicios consagrados a objetos más nobles serán dignamente premiados.

—¡Ay! Yo no dudo de la verdad de tus promesas, pero mi amo... ¡la gratitud! Y... ¡mis votos! ¡Dios mío! No, no debo ni aun escucharte.

—¿Qué, has hecho promesa de no amar a otra?

—Solemne... ¡Sobre la tumba de mi amada!

Y un silencio lúgubre como esa promesa, solemne como ella, selló los labios de ambos interlocutores.

Mientras este diálogo, la joven había estado recostada en su hamaca, y Aguilar sentado sobre una peña. Levantose la bella americana llorando, y fue a sentarse junto al dueño de su amor. El español no era tan insensible, no era tan escrupuloso, que no se atreviese a enjugárselas, y cada instante sentía impresiones

más vivas, más ardientes hacia la hermosa compañera, y se desesperaba al mismo tiempo en su interior exclamando: ¡yo traidor al que me conserva la vida! ¡Yo traidor a mis recuerdos, a la memoria de ella!

—Si tú, amigo, precioso tesoro de mi dicha, mi encanto, mi consuelo, te decidieras a vivir con esta mujer que suspira por tu amor, ¡ay!, yo nunca, jamás me apartaría de tu lado, y si la muerte te me arrebatara, me arrojaría a una hoguera para que mis cenizas volasen a encontrarte.

—No, no, sepárate por lo que más ames; no me hables de tu cariño, déjame; me voy a ocultar entre esas yerbas, voy a reclinarme mi cabeza, que está ardiendo... tócala... voy a buscar algún descanso... no sé... ¡tal vez no lo hallaré! ¡Yo estoy enfermo! Déjame... la luz de la aurora nos indicará que es la hora de pescar, y entonces nos juntaremos; yo vendré a buscarte, para tomar nuestra canoa; acuéstate, déjame... déjame.

Continuó un diálogo animadísimo en que la yucateca enamorada instaba al español a huirse con ella, en que le suplicaba que no se retirase de aquel sitio, en que lo convidó afectuosa con su hamaca, y en fin en que empleó tantos atractivos, que el virtuoso Aguilar iba a entregarse loco, frenético, en sus brazos, cuando comenzó a aparecer el alba, que llegó a salvarle de caer en tan complicada y halagüeña red. Él mismo aseguraba, al hacer mención de esta noche de peligros, que tuvo que recurrir a los recuerdos de su antiguo amor, a los preceptos de la religión, a los temores de la infalible y pronta muerte que podía aplicarle el cacique, para evitar abrasarse en una llama que lo envolvería en muchas desgracias, a más de las que pesaban sobre su angustiado corazón.

Metiéronse en su barquilla; la mañana era hermosa; pescaron más de lo que habían creído, y emprendieron enseguida su regreso. Antes del medio día estaba Gerónimo de Aguilar ante la presencia de su señor.

Interrogada minuciosamente la joven, delante de los más notables personajes de aquella corte, aseguró que la virtud de

Aguilar era extraordinaria, que a pesar de haber sido ella misma la que descubrió francamente un afecto decidido (siquiera adoptaran las mujeres una costumbre tan plausible), que a pesar de su empeño, el extranjero se había manejado con una prudencia sin límites, con un decoro admirable. Satisfecho el cacique de la buena conducta de su esclavo, no se cuidó de averiguar, o mejor dicho por ventura no sospechó que las escenas que pasaron en la playa, y de que por inteligentes espías estaba bien informado, fueron obra de la coquetería, o del amor de la favorita, o de su liviandad, o de su fingimiento. La tradición no dice nada de esto: yo he descrito lo que ocurrió, y cada cual pensará como quiera. Lo cierto es que convencido de las buenas prendas del que había cerca de tres años permanecía llorando a sus solas su triste cautividad, se decidió a aliviarle las pesadas cargas con que le abrumaban, y libertarlo de muchos trabajos penosos y difíciles.

Otra ocasión ocurrió que habiendo amarrado un perro hasta lo más elevado de un árbol, en el patio principal del palacio del cacique, se divertían en asestarle sus flechas, y como Aguilar estaba presente, le dijo:

—¿Qué opinas? Mira que tiros tan acertados, que dan precisamente al lugar al que se dirigen: ¿qué te parece? ¿Faltaría contigo el acierto si te pusieran en lugar de ese perrillo?

—Esclavo soy de vos, señor, y podéis de mí disponer según vuestra voluntad, pero no pienso que quepa en la bondad de vuestro corazón, querer perder un esclavo, que con tan firme voluntad se sacrificaría en todo lo que le ordenasen.

Tahmay no había dicho tal cosa con otro objeto a Gerónimo, que con el de probar su humildad; quedó muy contento con la respuesta, y le amó más. Pero lo que acabó de hacerle dueño de la voluntad del cacique, y le hizo aparecer con influjo en el gabinete, con el afecto del pueblo después, y con todos los honores y distinciones que acompañan a los que aparecen en el teatro de la política, fue que se ofreció una guerra con un cacique vecino, enemigo encarnizado de Tahmay, a quien Aguilar defendió tan bien, que huyeron despavoridas las huestes contrarias. Enton-

ces la desesperación unida a la perversidad, inspiró al jefe del ejército opuesto la idea de divulgar entre la tribu que pretendía invadir, que los dioses, realmente irritados por el influjo que dejaban tomar un extranjero, distinto en lengua, en país y en religión, iban a hacer caer sobre sus cabezas el peso de su terrible venganza. De pronto alucinó esta abultada especie, y ya sea por envidia, ya por algún otro temerario designio, el infeliz Gerónimo se encontraba rodeado de quienes no apetecían más que verle sacrificado. Justo es, sin embargo, recordar que el cacique era uno de los que pensaban de diversa manera, y decía que sin duda el Dios de Aguilar debía ser bueno, pues que confiado en él su esclavo, le había favorecido para defender la justicia con que sostenía aquella guerra; y *así se vio* —añade nuestro historiador Cogolludo—, *que la fidelidad en el servicio, aun entre estos bárbaros, mereció este reconocimiento, que a Gerónimo de Aguilar le salvó la vida.*

La fraguada maldad era con todo demasiado grave para que pasase sin advertirla los enemigos de Gerónimo, esos enemigos envidiosos que jamás faltan a los que van adquiriendo por su propio mérito influencia en los negocios. Nada tiene esto de extraño, pues si los que alcanzan honores y fortunas por los bajos y reprobados medios de la adulación, del crimen, encuentran quienes los quisieran derrocar, aunque fuese con las propias armas viles, por sólo conseguir lo que ellos poseen, ¡cuántos más serán los que hagan la guerra a hombres que, como Aguilar, no se elevan más que por sus únicos y nobles esfuerzos! De manera fue que los que pretendían quitarle el afecto que ya le demostraba el cacique, asíéronse de la especie como de un arma segura para echarlo por tierra, como de una tabla que librara al favor que ellos gozaban del próximo naufragio que veían ya venir, si el español conseguía todo el dominio en la voluntad del jefe supremo. Levantaron esto que se llama opinión pública, que a veces no es otra cosa que la grito fascinadora de unos pocos; y en medio de esta tormenta política, la vida de Aguilar estaba tan en riesgo como lo estuvo cuando la tempestad entre las olas del océano. Tahmay no pensó recurso más eficaz para acallar aquel

infundado clamor que el de reunir a todos los nobles, a todos los jefes, a todas las cabezas de partido, y que en junta solemne, en asamblea plena, a la que concurría también el extranjero, se resolviese sobre los destinos del pueblo. Abrióse aquella sesión importante bajo la presidencia del cacique, quien después de manifestar en un extenso y bien explicado discurso su opinión sobre la conducta de su vasallo, se apoyó principalmente en la fundadísima razón de que si en efecto los dioses estuviesen irritados, no les hubiera dado el triunfo que había conseguido sobre sus adversarios. Mas desoyendo cualquier excusa en que se fijase la defensa de Aguilar, sus contrarios gritaban que la guerra era por él, que quien la hacía juraba deponer las armas tan luego como se le sacrificase, y que no era justo que se perdiesen mil vidas en defensa de una sola.

La discusión fue acalorada, y allí mismo el blanco de tantos injustos tiros habría sido hecho pedazos, si la presencia del cacique no le defendiese de algún violento atentado. Gerónimo de Aguilar no buscaba el peligro; pero ya en él su serenidad era admirable, y no se acobardaba ante ningún obstáculo por mayor que fuese. Pidió se le concediese hablar; sus adversarios se oponían; aseguraban que la voluntad de sus dioses era que ni se oyesen sus razonamientos, que se le echase fuera de aquella junta. Y así habría sido, si el carácter duro, áspero, de Tahmay no hubiese impuesto silencio a tan absurdas pretensiones. Aguilar habló con esa entereza que es el fruto del bien obrar, con esa fuerza de convencimiento que sólo se encuentra en el resultado de nuestras acciones. Las de él eran tan notorias, tan favorables, que luego que terminó su discurso, sus enemigos, con el semblante bajo y abatido, no hallaron qué replicar. El cacique se valió de esta favorable coyuntura para decir que era más honroso a un pueblo pelear para vencer, que matar a un hombre por no pelear; y que él aseguraba el triunfo si el extranjero ponía el plan de la batalla. Gerónimo, que no vio en estas palabras más que uno de esos grandes golpes que el talento de su amo daba para aniquilar a los que opinasen en contra, se pone en pie, habla con entusiasmo, describe los recursos de que se valdrían

para obtener la victoria, se ofrece él mismo a ponerse a la cabeza del ejército y... ¡extraña mutación de las ideas del hombre! No se oyen más que aclamaciones, alabanzas, consagradas a quien poco antes hubiera querido despedazar. ¡Tan en breve cambian de un extremo a otro las oleadas de la opinión pública!

Llegó, pues, el momento de abrirse la terrible lucha, y Aguilar descubrió tal actividad y penetración, que los miserables enemigos tuvieron que fugarse con la vergüenza de una derrota. Atacan de nuevo, y de nuevo reciben otra severa lección de escarmiento que los puso en la cruel necesidad de confesar la superioridad de su adversario, y de prometer que no intentarían en lo sucesivo turbar la tranquilidad de unos vecinos, que tenían en su apoyo los conocimientos de tan buen jefe. Todos los que, con diferencia de algunos días, opinaban por que se quemase al español, eran ya sus más adictos amigos; y como advirtiesen que con estos actos ganaban mucho en el afecto del cacique, siquiera por respeto o adulación, le consideraban y aplaudían. Respetos y aplausos que no son a la persona sino al lugar que ocupa, y que se convierten en desprecios e insultos cuando ya no le obtiene. Gerónimo, que no dejaba de conocer las debilidades del corazón humano, sabía apreciar estas demostraciones en su genuino valor; y como en efecto, él por sus importantes servicios era mirado con la distinción a que se había hecho acreedor, asegurada su suerte por tan laudable camino, no temía que sus sufrimientos y trabajos le fuesen inútiles.

Y a la verdad que no lo fueron. El cacique le habló después de ambas victorias, para decirle que supuesto que el triunfo se había obtenido por sus consejos, era él únicamente quien debía recibir la corona de gloria. Aguilar le replicó que todos sus esfuerzos habían sido inútiles, si los brazos de sus fieles vasallos no le hubieran ayudado, y que a ellos solos pertenecía la inmortalidad del vencimiento. Después de mil cumplimientos por parte del amo y del esclavo, Tahmay le ofreció su protección, o, más claro, le hizo promesa solemne de sujetarse a su dictamen, le dio a reconocer como individuo de su casa y familia, y pasó desde las ocupaciones más bajas hasta el rango de la nobleza, desde el

último de todos los hombres hasta ser el primero en la dirección del poder y de los negocios.

El influjo que Aguilar ejercía sobre el cacique, obra de sus muchas y muy notables acciones, lo conservó e iba en aumento cada día, pues a sus excelentes prendas para gobernar se debió el arreglo en todos los ramos, y la paz de que gozaban los dominios a cuya vigilancia se consagró decidida y afectuosamente. Más de cuatro años ocupó esta ventajosa posición, que nadie podía disputarle; ni nadie pensaba más que en obedecerle, convencidos, como lo estaban por una larga experiencia, de sus sanas intenciones.

A fines de febrero del año de 1519, once buques llegan a la costa de la isla de Cozumel. Conducen sólo quinientos hombres, que llevan por objeto la conquista de México, y ¡quién lo creyera!, cuando se contemplan sus proezas, es preciso confesar que cada uno es digno de un poema. Pero ¿qué hay de admirable? Veamos: el que viene al frente es aquel hombre

que por su trato afable, que por su familiaridad con el soldado, por el ejemplo que daba de ser el primero en las fatigas, el primero en los peligros, se consiguió el respeto y la obediencia de una reunión de voluntarios, que todos se creían con los mismos derechos y tenían iguales pretensiones. En todos los acontecimientos humanos, la dirección que se les da contribuye muy poderosamente a su éxito, pero en lo general se cuenta siempre con medios de ejecución adecuados al objeto. En la conquista de México todo es obra de Cortés: la dirección y los medios, el plan y la ejecución, el intento y la obra.³

Cortés oyó mal pronunciar en Cozumel la palabra *Castilla*, y tomando informes, supo que había prisionero un español, que desde luego se propuso libertar. Con este fin comisionó a Diego de Ordaz para que se acercase a la inmediata costa, y conduciendo a unos indios de la isla que sabían el lugar de la residencia del cautivo, los dirigiese con una carta y algunas bagatelas que podrían servirle para su rescate. Así se hizo, y Gerónimo de Agui-

³ Don Lucas Alamán. *Disertaciones sobre la historia de México*.

lar recibió luego la carta de Hernán Cortés. “El valimiento que tenía de su amo” —según refiere el cronista Solís antes citado—, y “la veneración de todos, le daban tanta autoridad, que cuando llegó la carta de Cortés, pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva las preseas que se le enviaron para su rescate”.

Llevaba Ordaz ocho días de término para aguardarlo; se detuvo uno más, y Aguilar no pareció; regresose a la isla, en donde Cortés le reclamó agriamente por no haber traído al compatriota; pero como la armada no debía detenerse más tiempo, dieron la vela luego que volvió Ordaz.

La pena de Aguilar fue grandísima; llegó a la playa cuando el buque ya se había ido, y tuvo que volver a participar al cacique esta noticia para Gerónimo tan funesta, tan terrible, que desde aquel instante se le vio dejar de comer, dormir, y probablemente hubiera perecido, si la Providencia, que tenía dispuestas las cosas de la manera conveniente al prisionero, no hubiese determinado el pronto regreso de Cortés a Cozumel. Empezó uno de los navíos a hacer agua: se iba a pique; Cortés hizo señal de volver al punto de partida, y se le obedeció.

Gerónimo de Aguilar sabe esto porque no falta quien le quiera, y hasta sus enemigos, por librarse de quien tanto poder les quitaba, desean su marcha, y le avisan de lo ocurrido. Vuela, llega a Cozumel, abraza a Cortés y a sus compañeros, y se une a los esforzados héroes que se dirigen a Veracruz.

Tal es la historia del cautiverio de Aguilar; pero antes de concluir quiero aclarar una que tal vez parecerá contradicción al que lea este artículo. Como se ve por las palabras del ingenuo Bernal Díaz, que me han servido de texto, Aguilar no sabía nada de la *tierra y pueblos*, y daba por razón su esclavitud: mas como yo describo dos épocas, que en efecto pasó en su destierro, no faltaría tal vez quien me alegase que como no había de saber dar minuciosos datos al que así ejercía influjo tan vasto en el ánimo del cacique. A esto replico que Gerónimo jamás se movió del lado de Tahmay, ni dio tampoco su parecer sino sobre aquellas cosas que querían poner bajo su inspección. Algo pudiera él referir, sin

embargo; pero no con la minuciosidad que exigía Cortés, pues ni había andado el país, ni conocía a sus vecinos; y como todo estaba dividido en pequeñas fracciones, en tribus más o menos extensas, él no podía hablar más que de la que gobernaba su antiguo señor.

Por fin tendré el placer de referir aquí una de mis memorias más gratas. Cuando llegué por casualidad, en el año de 1841, a la desierta isla de Cozumel, no pude menos que sentir una impresión indefinible al poner el pie sobre el mismo suelo en que el célebre Hernán Cortés pasó revista a su ejército. Me senté junto a una de esas elegantes palmas que descuellan en las costas de esta península, me abismé en mil contemplaciones de esa época, de esos hombres, de sus hechos extraordinarios, y tuve la satisfacción de saludar, con el humilde homenaje de mis recuerdos, la ilustre gloria del grande hombre que supo echar por tierra el imperio de Moctezuma.

Mérida, 7 de mayo de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 329-347].

Sucesos notables en la época de don Diego de Santillán

De espíritu tan ardiente como noble y desinteresado, don Diego de Santillán fue uno de los más célebres capitanes que en la conquista del Perú, y particularmente en la de Chile, descubrió, con gran gloria su valor y su pericia, por cuyos importantes servicios, justamente atendidos de su majestad, el rey don Felipe II, se le nombró para el gobierno de la isla de Cuba, que no llegó jamás a ejercer, porque meditando después sobre la conveniencia que resultaría de unirlo al de la Florida, fue escogido para gobernar ambos puntos el adelantado don Pedro Meléndez. Mas como era ya tiempo de proveer sucesor a don Luis Céspedes, que había gobernado cuatro años en esta península, fue don Diego de Santillán el destinado para llenar su hueco, y aun para examinar sus actos. Así consta en su real despacho de fecha 27 de diciembre de 1569, y que no fue presentado en la contratación de Sevilla, sino hasta el 29 de agosto del año siguiente. Sin duda allí permaneció el agraciado algunos meses, pues vino a llegar a esta ciudad de Mérida el día 12 de marzo de 1571.

Quizá por los fundados temores que entonces tenían de las armadas que se preparaban para robar en estas costas, quizá por premiar sus servicios, su valor y su capacidad, él fue el primer gobernador que trajo título de capitán general. Hombre de actividad extraordinaria, luego que llegó aquí hizo cortar los más robustos árboles que se encontraron a inmediaciones de la playa, con objeto de preparar la construcción de piraguas de guerra, que resistiesen los ataques del enemigo. Salíó prontamente a visitar

muchos pueblos, dictó providencias acertadísimas, y tomada la residencia a su antecesor, procuró mejorar, en cuanto le fue posible, la instrucción, conversión y buen tratamiento de los indios. Entre una de sus mejores disposiciones, atendiendo al estado de inseguridad en que estaba el país, amagado varias veces por quienes no venían nada más que a saquear, debe tenerse la de los guardacostas, que fue él quien primero los estableció. Y aunque esta medida no produjo, por de pronto, los ventajosos resultados que pudieran esperarse, como se verá enseguida, a lo menos descubre un entendimiento previsivo, una intención noble y un plan bien combinado y digno ciertamente de alabanza.

Ni los cálculos ni los temores de Santillán sobre un ataque repentino a nuestras playas quedaron burlados, pues oportunamente recibió carta del rey en que, refiriéndose noticias fidedignas comunicadas por el embajador Álaba, se decía de muchos barcos que en Francia se alistaban para dirigirse a estos rumbos. Con aquella presteza que tan grande nueva requería, don Diego se dispuso a recorrer todos los puertos, y tomar las medidas que juzgó oportunas para librar a los habitantes de este suelo de las desgracias que debían sobrevenirles, si los malvados enemigos lograban un golpe.

Pero hay acontecimientos que por más que se prevén, por más que se les ve llegar y se tomen las precauciones necesarias para impedir los funestos efectos que pudieran ocasionar, no parece sino que todo contribuye a sorprender el celo más cuidadoso, y a burlar la vigilancia más perspicaz cuando don Diego de Santillán descansaba tranquilo en la actividad y acierto de sus operaciones, en una de las noches más claras y serenas del mes de mayo del mismo año de 1571, llegaron a Sisal *unos franceses herejes*, así los mienta nuestra historia, quienes, no encontrando resistencia, saltaron ejecutivamente en tierra. Los pocos vecinos que por esas inmediaciones habitaban entonces, pobres indígenas los más y alguno que otro español, ni eran suficientes para un lance en que obraba más la sorpresa y el atrevimiento que la prudencia y el valor, ni aunque pensaran unir sus fuerzas, contaban con el tiempo y medios necesarios; de modo que ya en tierra los piratas,

seguros de la impunidad de sus crímenes y atentados, se resolvieron a internarse, siendo así que en el puerto no encontraron los tesoros que buscaban para cebar su ambición. Pensarlo y ponerlo en ejecución fue cosa del momento.

El pueblo de Hunucmá es uno de los más antiguos de la provincia y su población era considerable, aun en estos años tan cercanos a la conquista, puesto que habitantes más dóciles, más industriosos se sujetaron con más facilidad al suave dominio de los frailes, que entonces sabios, virtuosos y penitentes los más, atraían sobre sí la atención de los sencillos indios, sembraban en su corazón las semillas de la religión cristiana y con sus palabras consoladoras y sus servicios, casi les cerraban los ojos para no ver el azote que amenazaba sus cabezas, y estaba pendiente de las mismas manos que dirigían las riendas del gobierno civil y militar. Hunucmá, que por ser el punto medio entre la capital y el puerto de Sisal, tenía otros recursos con que muchos pueblos no contaban por carecer de esta circunstancia. Hunucmá con buena iglesia, con imágenes adornadas, si no con riqueza a menos con decencia y algunas alhajas de oro y plata, vasos sagrados de estos metales y ornamentos dignos de la santidad de los ministros que celebraban las solemnes funciones; Hunucmá fue el lugar destinado por los *franceses herejes* para ser el teatro de sus memorables hazañas. A las doce de la noche habían hecho su desembarco; al amanecer entraban el pueblo con sus armas, matando a los pocos que mataron al paso, e infundiendo terror en cuantos miraban sus manos ensangrentadas y su vista torva y amenazadora. Rodearon la plaza, pusieron guardias a sus entradas, se metieron en el convento y en la iglesia, en cuyo lugar respetable y sagrado cometieron las mayores irreverencias y escándalos, echaron por tierra las imágenes, burlándose de ellas y desnudándolas de cuanto tenían y podía valer algo, robaron los candeleros, los ornamentos, los vasos sagrados, y ya contentos con este botín, pensaron en regresarse a sus buques. El pueblo, como era natural, se puso en movimiento, ocurrió a la plaza, y tal vez se habría trabado una peligrosa lid en que los ladrones recibieran sin duda un digno castigo, si ellos más osados no hubieran arrebatado

para llevarse violentamente consigo al cacique y otros indios principales.

No hacía muchas horas que los vecinos de la ciudad de Mérida, que eran nada menos que conquistadores o hijos suyos, se habían levantado con la primera luz de la mañana, después de pasar una noche en la que ni siquiera habían soñado que una noticia tan importante llegaría a sorprenderlos. La alarmante nueva se dejó escuchar como todas las de su género: se dijo cuanto se quiso, menos la verdad. En estos casos se toma por base un hecho cierto, pero los incidentes, las circunstancias, la manera abultada de referir, son siempre atavíos de la mentira. “Entraron los piratas por Sisal, así se contaba, vencieron la corta resistencia que pudo hacérseles, se han venido a Hunucmá, han pasado a degüello a todo el pueblo, y están en marcha para Mérida”. Miedosos hubo que ya los creían a un tiro de flecha, y otros aseguraban que muy cerca se mantenían ocultos para dar el asalto en la noche. Las mujeres ya se sabe que toman gran parte en estas fatigas, si no para aliviarlas a lo menos para empeorarlas: creyeron lo que se dijo sin tomarse el cuidado de examinar, y las familias en medio de la mayor confusión, se pusieron en movimiento, y dispuestas a salir al campo cuanto antes. Dejémoslas, y vamos los que dispone el señor gobernador y capitán general.

Sin perder aquella serenidad que manifestó en cuantos peligrosos trances le ocurrieron en su vida, don Diego de Santillán desplegó un celo vivísimo por calmar la ansiedad de los vecinos de Mérida, y con este fin despachó al valiente capitán Juan Arévalo de Loaiza, encomendero de indios, con una compañía de soldados, los que saliendo al encuentro de los piratas, les darían probablemente un merecido escarmiento. Arévalo marchó luego luego, y poco después del medio día llegó a Hunucmá, donde supo circunstanciadamente el robo y demás desacatos de los franceses, y que se habían regresado a Sisal. No bien oyó con exactitud estas noticias, cuando cobrando más brío e infundiendo resolución en su tropa, continuó su camino en persecución de aquellos infames aventureros. Al ponerse el sol entraba con su gente en el puerto de Sisal, y se admiró de encontrarlo desierto, y

de que los perversos enemigos estuviesen en sus barcos anclados a la vista. Todo lo puso en conocimiento del señor gobernador, quien le previno permaneciese allí, para evitar alguna nueva tentativa; mas viendo Arévalo que se pasaban ocho, diez y doce días sin que los enemigos pensaran levar anclas, dio aviso de esta extraña conducta, que no dejó a la verdad de llamar la atención de don Diego. Con este motivo dispuso que el capitán Juan Garzón con su tropa se encaminasen al pueblo, y unidas ambas fuerzas tomasen dos piraguas y atacasen con decisión y con empeño. Así habría sido, pero los piratas tan luego como observaron en tierra más gente, dieron velas al viento.

La isla de Cozumel muy poblada antes de la conquista, y de mucha celebridad entre los naturales, por su templo y sus dioses que allí se veneraban con gran séquito, y a cuyas solemnes funciones concurrían casi todos los habitantes de Yucatán; la isla de Cozumel que por su posición fue uno de los primeros lugares que visitaron los españoles, y que estuvo, por consiguiente, más expuesta al furor con que éstos destruían los antiguos monumentos de los indios; la isla de Cozumel, quizá por esta causa, quedó desierta desde los primeros años en que aparecieron por estas costas bajeles extranjeros. Los piratas que desampararon el fondeadero de Sisal, se dirigieron allí para combinar tal vez un nuevo plan de ataque. El vigilante don Diego, que no se dormía en sus medidas, y que andaba pesquisando por todas partes, acertó a saber que tranquilos en la isla de Cozumel, se hallaban los enemigos sin temor de que nadie perturbase su reposo. Se engañaron en este juicio, pues el gobernador ordenó que el capitán Gómez de Castrillo, conquistador, se dirigiese en busca de ellos para batirlos, vencerlos y traerlos prisioneros. “Era este capitán, dice nuestra historia, persona de mucho valor, y fue con toda brevedad a la isla, entrando en ella con tal disposición, que cuando los enemigos vieron a los nuestros, queriendo retirarse a la mar, no pudieron, y así hubieron de valerse de las armas. Peleose varonilmente por ambas partes; pero habiendo muerto muchos de los franceses, los restantes se dieron a prisión, vispera de la festividad del corpus de aquel año”.

Gómez de Castrillo, satisfecho del buen éxito de su acción, regresó trayendo a los prisioneros y cuanto habían robado en el pueblo de Hunucmá. El día que llegó a Mérida, fue recibido en triunfo, y con señales de un gozo inexplicable; y si los piratas inspiraban terror cuando vinieron atropellando y saqueando, ya que los ven amarrados nadie se acobarda, y hasta las mujeres mudan sus impresiones de espanto, en las de la cólera, y aseguran que serían muy capaces de dar su merecido a esos pícaros, justamente atados de pies y manos. Sólo don Diego de Santillán imperturbable, medita para sí la determinación más acertada. Después de entregar al cacique y a los otros indios que los franceses se habían llevado a Cozumel, lo que pertenecía a la iglesia y convento de Hunucmá, resolvió que a los prisioneros se les enviase a México. Así se hizo en efecto con la actividad que el negocio exigía, y cuando llegaron a esa ciudad, fueron puestos luego a las órdenes del *santo* tribunal de la Inquisición. A poco tiempo se celebró un lucidísimo auto de fe, en el que se les condenó a ser quemados como luteranos. Tal fue el fin de los piratas que invadieron nuestras costas en el gobierno de Santillán; pase-mos a otros acontecimientos.

Viniendo este mismo año de 1571, por el mes de septiembre, los navíos de la flota, un temporal deshecho hizo vagar sin dirección a unos y a otros perderse en los bajos o arrecifes que abundan en las playas del seno mexicano. Cuatro de ellos vinieron a parar dismantelados y casi al irse al pique de la costa de Tabasco. El alcalde de allí, que lo era Juan de Villafranca, avisó a don Diego de Santillán, quien poniéndose inmediatamente en camino para aquel punto, logró salvar las mercancías de seda, algodón y lino, los azogues del rey, y cuanto venía a bordo de los navíos. Puso depositarios y guardas, a fin de que nada se perdiese, y cuando todos estaban muy contentos con la prontitud y el tino de sus determinaciones, vino de México un alcalde de corte con la comisión de atender al reparo y demás actos que demandaban las naves perdidas. Disgustáronse todos porque el enviado era rígido con los pasajeros, a quienes detenía con notable molestia en un paraje estrecho, tardándose muchísimo en

el despacho, y aun se quejaban del gobernador por haber admitido semejante autoridad en su gobernación. Mas él, obediente a la orden superior, habiendo permanecido cerca de un mes en Tabasco, dejó en manos del oidor el cuidado de los buques. Se aprovechó de este viaje para examinar el estado de la caja real y no encontrando arregladas las cuentas del tesorero Tolosa, nombró otro, e hizo dar nuevas fianzas que aseguraron las cantidades que estaban en gran riesgo de perderse.

Luego que llegó a Mérida se puso a agitar sobremanera la continuación de la fábrica de la Santa Iglesia Catedral, que hacía algunos años estaba paralizada, y consiguió que vinieran de México operarios inteligentes, con lo que este edificio adelantó más en su tiempo que todo lo que habían hecho en cuádruple número de años sus antecesores.

Pero en lo que, con mayor empeño, descubrió no sólo su celo por el trabajo, sino la bondad de su corazón, fue en una grande escasez de maíz que vino a afligir en extremo a los habitantes de varios pueblos de la Península; y los más raro era, que la tal escasez provenía no de esterilidad del terreno, ni de falta de lluvias, sino de la considerable extracción que se hizo de este grano para Tabasco, Veracruz y otros puntos. Temiose con tal motivo que esta ciudad sufriría gran ruina, y para repararla se informó el gobernador de los puntos de la provincia en que había más maíz, y por mar y tierra hizo traer lo preciso para abastecerla. Mandó formar un registro de los españoles e indios pobres, y personalmente asistía a que se diese a cada uno, a precio cómodo, lo que necesitase con arreglo a la familia que tenía: “¡singular beneficio, exclama el padre Cogolludo, que aunque he visto algunas necesidades como aquella, no he oído decir lo haya hecho alguno en espacio de veintidós años que ha vine de España a esta tierra!”.

Don Diego de Santillán, infatigable en sus procedimientos, con los deseos más positivos de mejorar la condición de los indígenas, de proteger a los honrados españoles, y de perseguir la avaricia, recorrió muchos lugares que agradecieron sus siempre provechosas visitas. En el territorio de Campeche contó y tasó los pueblos que tenía la corona real y los encomenderos, con

objeto de que no diesen más tributos que aquellos que cómodamente pudiesen pagar, pues se quejaban de que se sentían gravados, y su intención era la de aliviarlos, y hacer las cargas necesarias más sufribles y llevaderas. Su conducta franca y leal le trajo viles enemigos, que nunca faltan a los que saben cumplir con sus obligaciones; y aunque su conciencia tranquila no le acusaba de ningún acto injusto de su gobierno, ese mismo sentimiento noble que inspira el bien obrar se encontró herido en lo más vivo por la tenaz ojeriza de sus adversarios, y escribió a su majestad renunciando los empleos que obtenía. En la corte, tan lejos de la pobre América, se escuchaba siempre más la voz de la lisonja y del favor que la del verdadero mérito, y la renuncia de Santillán fue admitida. Al retirarse de Yucatán no se iba como otros, que, gastando en juegos y desperdicios, se llevaban cien mil pesos; él después de socorrer al necesitado, y de vivir y manejarse honradamente, salió debiendo cuatro mil pesos a un rico vecino de esta capital, cuyo crédito pagó después con la puntualidad que había ofrecido.

No debe pasarse en silencio que en el propio año en que llegó el primer capitán, entraron los piratas, se sufrió la escasez de maíz, y naufragaron los navíos de la flota, se estableció por el mes de diciembre en esta ciudad de Mérida el muy memorable y *santo* tribunal de la Inquisición. Por ventura dio origen a ello el haber tenido que mandar a los *herejes* a México para ser juzgados, aunque en siempre causas tan graves como la de estos malvados, se dirigía para allí al reo con sus correspondientes informaciones.

Don Diego gobernó en esta península cerca de tres años, sin que ocurriesen otros acontecimientos que los referidos: aglomerados todos en un solo año, el de 1571, pasó lo de más del tiempo, hasta que fue admitida su renuncia, en abrir caminos, disponer el mejor régimen de los pueblos y en hacer cuando bueno estuvo a sus alcances.

Como lo he descrito, con la imparcialidad que emana del tiempo y de los sucesos, este ilustre conquistador se manejó en el gobierno y capitania general de Yucatán; nuestra historia le

debe un recuerdo honroso, y yo tengo el gusto de tributárselo con más extensión de lo que se ha hecho hasta ahora. En España persuadidos, sin duda de sus virtudes, de la nobleza de su alma y de los grandes servicios que había prestado al rey y al nombre de su patria, se le miró con particular distinción cuando dejó esta península para aparecerse allí. Viendo su miserable estado, se le nombró por cuatro años gobernador de San Miguel del Tucumán, hermosa y fértil provincia perteneciente entonces al Perú, y hoy a la Confederación del Río de la Plata.

Julio 17 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 52-59].

Don Diego de Cárdenas (1621)

Si no tan notable, no menos digno de alabanza que el gobierno de Santillán, el de don Diego Cárdenas, caballero de la orden de Santiago y hermano del excelentísimo señor conde de la Puebla, conmemorable y dejó gratos recuerdos entre los españoles y los naturales; cosa rara ciertamente en esa época en que luchando la ambición con todas la buenas prendas opacaba éstas para sobresalir ellas solas. Veamos nuevamente como describe nuestra historia la época de su mando:

El gobierno de este caballero fue muy apacible, y en su tiempo gozó esta tierra de mucha paz y tranquilidad. Fue muy amado de todos los vecinos de ella, porque hizo cuantos bienes pudo a todos. Favoreció mucho la necesidad de doncellas nobles y virtuosas, pobres descendientes de conquistadores, dándoles de la renta que vacaban de los indios, con que se casaban honradamente, y demás de esto a muchas ayudó con limosnas considerables que para el mismo objeto les daba de su hacienda.

Tuvo gran caridad con pobres hermosas honradas que por vergüenza no pedían limosna a la puerta de los vecinos. Tanta había sido su caridad con los pobres, que la noche antes que salió de esta ciudad para volverse a España, se juntaron muchos en su casa, a despedirse de él, con notable sentimiento de la falta que les habían de hacer sus limosnas. Consoló a todos, y dioles cuanto dinero le había quedado en los bolsillos, y no alcanzando, se quitó una cadena de oro que tenía al cuello de más de trescientos pesos de valor, y con su daga la fue cortando en pedazos de a cinco o seis pesos de valor

cada uno, y eran tantos los pobres, que no le quedó eslabón en las manos repartiéndola toda.

Vino el sucesor de don Diego de Cárdenas, de quien nos ocuparemos en artículo separado, el año 1627.

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 116-117].

Gonzalo Guerrero

Cuando escribí la historia del cautiverio de Gerónimo de Aguilar, no sólo pensé, sino aun ofrecí en aquel artículo trazar, aunque con más brevedad, la de su compañero Gonzalo Guerrero que se salvó del naufragio, de que también hice particular mención. No se piense que Gonzalo pudiera compararse con Aguilar, ni en capacidad, ni en conocimientos adquiridos por el estudio, pues un pobre marinero natural de Palos, sin educación culta y de pobre nacimiento, no podía hombrar con quien había abrazado la carrera de las letras, y pensaba ser un ministro útil del cristianismo en la elevada categoría del sacerdocio. Sin embargo, los sucesos de la vida de Guerrero en su cautividad de Yucatán no son tan de poca consideración que no merezcan un recuerdo.

Luego que pisaron Aguilar y Guerrero las playas de esta península, luego que a poco fueron hechos prisioneros, cada uno se propuso seguir opuestas costumbres. Ya he bosquejado las que adoptó el primero; voy a referir el plan que se propuso y llevó al cabo el segundo.

Hombre menos escrupuloso o más positivo, como se dice en el vocabulario moderno, se determinó a lo que se llama gozar de la vida, y a echarse todos los males a la espalda. Dio principio por imitar a los indios tan en lo absoluto, que tan pronto como pudo medio conocer su idioma, adoró sus dioses, y se hizo un panegirista y sostenedor entusiasta de sus errores, o mejor dicho, como nada sabía, creyó que lo mejor era acomodarse al refrán castellano, que si en su tiempo no existía en esta frase “en la tierra a la que fueres haz lo que vieres”, a lo menos la sustancia

de esta verdad la tomó él, como suele decirse, con tierra y todo, y dejó a su conciencia a un lado, aunque yo dudo que los marineros tengan conciencia, y si la tienen está sepultada entre aquella sangre fría, entre aquel inmenso material de palabras bruscas y grotescas con que están acostumbrados a hablar al océano y a la tempestad. Del número de éstos de alma atravesada, era el Gonzalo de quien me ocupó, hombre rollizo, de tez morena y de carácter firme y soberbio.

El lugar de su residencia fue a las inmediaciones de Bacalar, y allí se puede decir que disfrutó de verdaderas comodidades, porque así que los indios se persuadieron de la firmeza con que seguía sus creencias, del placer con que imitaba sus trabajos, y de la facilidad con que se acomodó a sus maneras y hábitos, no le consideraron como enemigo sino como compañero y aun paisano, de suerte que lo tenían como a igual, y aún más, lo distinguían, porque por poco que supiese tenía más ideas que ellos.

Gran cantor de versillos alegres y decididor de chistes y cuentos, Gonzalo era tan enamorado como casto Aguilar, y a buen seguro que si él se hubiera encontrado en aquella ocasión de marras... pero vamos. Guerrero era el ídolo de muchas mujeres que se desvivían porque las obsequiase, y no fueron pocas sus campañas, que si bien no es propio referir, no añadieron escaso mérito a su brillante hoja de servicios. Una, sin embargo, no me parece conveniente callarla porque fue tal que lo expuso en un instante a perder las conveniencias que disfrutaba, y encarnizándose más las cosas se hubo de encontrar en gran peligro hasta su misma vida.

Una de las jóvenes indias más distinguidas por su hermosura, y por ser hija de uno de los más valientes capitanes de la tribu a que pertenecía, vio a Gonzalo, y sin duda no le disgustó; ella y él, pues, se entendieron lo bastante para comenzar unas secretas relaciones, que estaba muy ajeno de sospechar su cuidadoso padre, que la reservaba para el hijo de un antiguo compañero y amigo de su infancia, con quien ya había pactado muy de antemano el enlace de las familias. Gonzalo, poco cauteloso y algo presumidillo, por los frutos que había recogido en

varias tentativas, supuso que la bella hija del campeón añadiría un nombre más al catálogo de sus enamoradas, y una nueva flor a la corona de sus triunfos. Pero una noche que más distraído el español con su querida pasaban las horas en lo más apartado de un solar, y junto al cerco de piedra que lo rodeaba, su padre, que se había ausentado aquella misma tarde, regresa más pronto de lo que se le espera, y sorprende en su amada hija cierta inquietud y sospechosos pasos, que hacen temer al pundonoroso padre que ella pone los medios de inutilizar sus antiguos proyectos. Creyó a pesar de esto, que la moderación y la prudencia conseguirían mejores resultados que la aspereza y el rigor, y así se propuso investigar quien fuese el amante que de este modo perturbaba la tranquilidad de su hija. De pronto no pudo saberlo, pero se le ocurrió disponer otro viaje, y sin salir del pueblo observar al enamorado; puso en obra este pensamiento secretamente, y aunque ni por la primera ni por la segunda vez sacó ningún fruto, a la tercera sorprendió a Gonzalo en amorosas pláticas con su hija. Entonces su cólera fue infinita: la fama no muy buena del español le hizo sospechar de sus intenciones, y sin pararse mucho a meditar, asentó sobre las mejillas de Guerrero dos ruidosas bofetadas que él no quiso dejar sin respuesta, trabándose en aquel mismo momento una furiosa lid de golpes y porrazos, en que consiguió el triunfo Gonzalo, como más robusto y fuerte que su adversario. Por esta circunstancia el español se encontró en una posición difícil: el influjo del capitán indio le estaba haciendo prever una venganza segura y terrible. Y en efecto fue así: le acusó como traidor al jefe de la tribu, y que se había ligado con un poderoso vecino primera autoridad de la tribu contraria; trajo testigos de ser un espía, y fue condenado el pobre Guerrero a ser quemado vivo. En esta triste y apurada situación, su querida, como Atala, como Pocahontas, le salvó del riesgo, y él no teniendo camino que tomar, se fugó solo al lugar en que mandaba el desconocido jefe, con quien le habían atribuido relaciones secretas. Con la noticia de sus persecuciones fue muy bien recibido y él, ya más escarmentado de sus travesuras y amoríos, se resolvió a casarse

cuanto antes. Lo consiguió en verdad, enlazándose con una de las casas más poderosas e influyentes de aquellos pueblos.

Como adoptó Guerrero sus costumbres, sus creencias, errores y preocupaciones, era su vida tranquila y pacífica, disfrutaba de aquellos goces que eran comunes a los naturales, y aun le tenían en grande estimación para cuando se ofrecía alguna batalla. En estos casos él era el general en jefe, el que trazaba el plan y el que cuidaba de su ejecución. No falta historiador que asegure que él fue el motor de la resistencia que hicieron los indios de esta península al ataque de Francisco Hernández de Córdova.

Cuando Aguilar recibió la carta de Cortés, fue en busca de Gonzalo, se la enseñó y le dijo lo que pasaba. “Hermano Aguilar —le contestó él—, yo soy casado y tengo tres hijos: tiénenme por capitán cuando hay guerras, la cara tengo labrada y horadadas las orejas: ¿qué dirán de mí esos españoles si me ven ir de este modo?” La mujer con quien estaba casado, que sospechó de la conversación de Aguilar, se enojó con él tan extraordinariamente, que éste tuvo que regresarse sin haber conseguido su objeto. Al referir a Cortés Gerónimo de Aguilar la vida y hechos de su compañero de naufragio, dijo este célebre general: “En verdad que le querría haber a las manos porque jamás será bueno dejárseles”. Y no se engañó, pues vivía cuando después vinieron a la conquista de este país, y hallaron a los indios más aguerridos y esforzados de lo que podía esperarse: todo debido sin duda a sus lecciones, a su ejemplo y consejos.

Mérida, agosto 13 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 117-120].

Aguilar y la Malinche

Si bien el pensamiento de Cortés, al solicitar a los españoles cautivos en Yucatán, no fue el otro que el de libertarlos de las duras penas de una esclavitud tanto más cruel a ellos, cuanto que no percibían ni esperanzas remotas de un término feliz que los sacase de aquella violenta y triste situación, semejante acto recomendable aun bajo este solo aspecto produjo consecuencias de incalculables ventajas para las altas miras del conquistador. La incorporación de Aguilar entre los amigos y capitanes que rodeaban al genio ilustre que iba a consumir una de las empresas más arduas, más heroicas y más célebres en la historia del mundo, no tuvo al principio más fruto que el de esparcir en todos los ánimos una sincera alegría que debía tenerse como un venturoso presagio, pues las acciones nobles jamás dejan de obtener la recompensa grata que les destina el cielo.

Después de aquellas preguntas que Cortés juzgó necesarias para la ejecución de su vasto plan; después de que Gerónimo de Aguilar descansó y adquirió relaciones con sus bizarros compañeros, el distinguido jefe lo tuvo ya como amigo a quien se estima más por sus desgracias que por otro interés. El valiente capitán no podía aún prever los acontecimientos que se preparaban: él se dirigía a un punto, pero los incidentes, las ocurrencias del viaje no podían estar a su alcance.

Las impresiones del que acababa de librarse de los tormentos de un destierro fueron de pronto tan halagüeñas, que animaron su melancólico espíritu con esperanzas de gozo y de tranquilidad;

pero ¡ay! Aguilar abandonando a España por espíritu de novela-
ría, por interés quizá; Aguilar sufriendo los trabajos de penosos
viajes por tierras extrañas, pantanosas, cercadas de precipicios,
y sus estrechas veredas vigiladas por enemigos astutos, crueles y
que defendían la justa causa de la defensa de su patria; Aguilar
huyendo del medio de las azarosas contiendas que la ambición
promovió en las cosas del Darién, embárcase, naufraga y sufre
ocho años de inexplicables angustias; este hombre que había
humedecido su pan con lágrimas del corazón no deseaba otra
cosa que volver al suelo en que había nacido, porque nunca la
patria inspira recuerdos más sublimes que cuando se ha sufrido
en suelo extranjero la dura miseria y la ausencia de todos los
objetos más caros.

A muy pocos días de haberse juntado Aguilar con Hernán
Cortés, volvieron a embarcarse reparando los buques de los
daños que la tempestad les había ocasionado, y según queda
referido en el artículo que escribí sobre la cautividad de aquél.
No quiso Cortés que Aguilar navegase en otra vela que en la
que hacía de capitana, así por tenerlo en su compañía para
darle mejor tratamiento, como para estar oyendo de su boca la
minuciosa descripción de las costumbres, tradiciones, hábitos y
religión de los indios yucatecos que había conocido. Las exactas
noticias que recorría el talento grande de este admirable soldado,
y más admirable político, no le fueron inútiles. Cortés buscaba
a cada momento a Aguilar, y sentados de noche, de día sobre la
cubierta de la pequeña carabela, no cesaba de preguntar el uno
y de contestar con más o menos propiedad el otro. Las ideas que
sus explicaciones infundían en el alma de Cortés avivaban más
el ansia de gloria que rebozaba en su corazón, y que debía muy
pronto cubrir su elevada y rugosa frente con una corona inmor-
tal y apenas digna de sus singulares servicios.

Muy de otra manera el espíritu de Aguilar, cansado, abatido
por el infortunio, no se deleitaba en ensueños de gloria y de gran-
deza; sin ambición, sin genio más bien y contento con haberse
librado de una posición en la que creía morir, no aspiraba a otra
cosa que a regresar a España para ser sepultado junto a los res-

tos de sus mayores. Cuando se veía en medio del océano, y con recursos para conseguir sus risueñas esperanzas, suspiraba tristemente; pero ¡ay!, obligado a disimular sus vehementes deseos, veía navegar a rumbo opuesto el bajel que le conduciría quizá a sufrir mayores trabajos que aquéllos de que acababa afortunadamente de escaparse.

Cortés recorría costas que ya antes había visitado Juan de Grijalva, y si éste fue bien recibido en Tabasco, no fue así aquél, pues “halló a todo el país alarmado, y habiendo desembarcado sus tropas, ganó una espléndida victoria y difundió por todas aquellas regiones el terror de sus armas”.¹ Como premio de este triunfo tan asombrosamente adquirido, sus mismos enemigos se le presentaron haciéndole varios regalos. Fue uno de ellos y sin duda el de más estimable importancia, el de la célebre doña Marina, que vino entre veinte esclavas que le dieron para hacer tortillas. Esta mujer, conocida vulgarmente con el nombre de la Malinche, fue una de las personas que más ayudaron a Cortés en la grande obra de la conquista.

Tan luego como se le presentaron a Cortés las mujeres del regalo, las repartió entre los capitanes y personas principales, sin tomar entonces ninguna para sí. No conoció a primera vista la importancia de una compañera que, como la Malinche, reunía a su disposición y talento un genio y valor no comunes. Así fue que en la distribución le cupo a Alonso Fernández Portocarrero.

Natural de la provincia Guazacoalcos al confín sur oriente del imperio mexicano, esta mujer extraordinaria en cuyo ánimo varonil, según expresión de Bernal Díaz, jamás había tenido cabida la flaqueza, fue hija de un poderoso cacique que murió siendo ella pequeña. Por haber contraído la madre nuevas nupcias, por haber tenido de este segundo matrimonio un hijo varón, y por hacerlo a él heredero de lo que legítimamente pertenecía a la Malinche, hizo correr la especie de que ésta había muerto, se hicieron funerales de la hija de una esclava que a la sazón había fallecido, y fue sepultada con gran pompa representando el noble nacimiento de la difunta, y secretamente la regaló

¹ Don Lucas Alamán.

a unos mercaderes de Jicalango. Tales son los pormenores que se recogen en la obra del historiador que es citado, que conoció a la madre, y presencié el trato franco y generoso con que su hija correspondió a sus desnaturalizados sentimientos. Los mercaderes la vendieron al cacique de Tabasco.

Como había nacido en el territorio azteca, conocía esta lengua, y aun se dice que la hablaba con perfección y elegancia, y como había residido en Tabasco, y aun hecho sus incursiones por estas tierras, no desconocía la lengua maya. Ignorada esta circunstancia tan propicia para el curso de la empresa, la Malinche los primeros días de su permanencia entre los españoles no gozaba de más prerrogativas y distinciones que aquellas que se conseguían a todas. Para tan luego como una ocasión imprevista hizo que Aguilar y ella se entendiesen, Cortés, aunque por este rodeo, pudo comenzar el extenso plan en cuya combinación no entró por cierto casualidad tan feliz. Este encuentro de Aguilar y la Malinche inspiró señales de indecible gozo en el ánimo del esforzado guerrero, no causó menos conmoción en el alma de una mujer que no había nacido para oscurecerse entre un puñado de esclavas, sus compañeras en hermosura y gracia, pero no en talento ni en ardientes deseos, ni en resolución para ejecutarlo. Veamos como describe este encuentro el célebre canto épico de don Nicolás Moratín:

Admira tan lúcida cabalgada
y espectáculo tal, doña Marina,
india noble al caudillo presentada,
de fortuna y belleza peregrina,
de la injuria del clima reservada
y del color del alba matutina.

Con despejado espíritu y viveza
gira la vista en el concurso mudo;
rico manto de extrema sutileza
con chapas de oro autorizarla pudo;
prendido con bizarra gentileza
sobre los pechos en airoso nudo,

reina parece de la indiana zona,
varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
de tanta pompa y tanta gallardía,
y ansiosa no queriendo dudar nada
informarse de todo pretendía;
el paso adelantó determinada
hacia el casto Aguilar que allí venía,
primero haciendo en muestras de obediencia
a Cortés su señor la reverencia;

y inquieta dice “¡oh noble compañero,
a mí por tus desgracias semejante,
cuéntame de este ejército guerrero,
quién son aquellos que se ven delante,
que aún no a todos conozco y yo no quiero,
ignorar ni su nombre ni semblante:
dí, acaba:” y Aguilar se sonreía
de ella, y con la alta permisión decía:

Al descubrir Hernán Cortés la coyuntura feliz que le proporcionaba los medios de comunicación para con los naturales, se atrajo a doña Marina, que muy pronto dejó a Portocarrero, pues ella no deseaba otra cosa que la elevada posición en que pudieran brillar sus talentos. Ella y Aguilar se juraron desde ese instante verdadera amistad, franca y desinteresada, porque en el ánimo noble del español no cabía otra impresión, y en el de la mexicana, ardiente, apasionado, impetuoso, ya se podía asegurar que sus miradas se fijaron en el grande hombre que descollaba entre todos. Cortés no sólo por miras de interés y conveniencia, sino por esa inclinación natural con que se aprecian las almas extraordinarias, no era indiferente ni a los atractivos de doña Marina, ni a su feliz ingenio, dispuesto a salvar los lances más complicados. Los dos se conocieron lo suficiente para amarse, y este mismo amor favoreció o más bien hizo que llegasen a su realización las sublimes y bellas esperanzas de Hernán Cortés.

Gerónimo de Aguilar fue el primer maestro de la Malinche, y muy luego la discípula supo más que él. La lengua castellana, su primer estudio “la aprendió con tanta más facilidad”, dice el célebre Prescott, cuanto que “es la lengua del amor”.

Cortés —añade la misma pluma—, que desde el principio conoció la importancia de sus servicios, la hizo primero su intérprete, después su secretaria, y por último, cautivado de sus encantos, su querida. Marina estaba entonces en la mañana de su vida. Dicen que tenía gran belleza personal, y que su fisonomía abierta y expresiva indicaba el temple generoso de su alma. Fue siempre fiel a sus compatriotas adoptivos, a los cuales sacó más de una vez de angustiadas y peligrosas situaciones, aprovechándose de sus conocimientos en la lengua, en las costumbres y aun muchas veces en los designios de los naturales. Tuvo errores, pero deben atribuirse a los defectos de su primera educación, y al mal influjo de aquel a quien ella, con candorosa confianza, eligió en medio de la oscuridad de su entendimiento para que la alumbrase y guiase. Todos convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades; los importantes servicios que prestó a los españoles han hecho su memoria dignamente querida entre ellos, mientras que por otra parte el nombre de la Malinche, con el cual es conocida todavía en México, es pronunciado con afecto por las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró vivas e invariables simpatías.

Cortés siguió a poco tiempo su marcha por la costa del seno mexicano; vino a hacer descanso hasta el sitio donde se halla la ciudad de Veracruz. Allí vinieron a visitarle de parte de Moctezuma unos embajadores, con quienes pudo muy bien entenderse con el auxilio de los dos inteligentes intérpretes. Desde entonces comenzose a correr la voz de que los españoles traían en su compañía a una mujer que como diosa entendía su idioma, y de aquí el respeto y veneración con que la miraban.

Aguilar y la Malinche primero, y poco después ella sola, fueron, pues, los medios de que Hernán Cortés se valió para poner en juego y movimiento la más segura combinación de sus esperanzas. A ella deben atribuirse las ventajas que pudieron conseguirse de Moctezuma, cuando prisionero en el mismo centro de

su imperial ciudad por unos pocos españoles, éstos acertaron a extraer a sus súbditos por orden suya cuantiosos tesoros.

De los amores del conquistador con doña Marina resultó que tuviesen un hijo conocido con el nombre de don Martín Cortés, que fue después comendador de la orden militar de Santiago, y es menos notable por su cuna que por sus inmerecidas persecuciones.

Fue mujer de ánimo tan fuerte y tan dispuesto a vencer los peligros, que ella acompañó a Hernán Cortés en su viaje a las Hibueras, en cuya larga y penosa travesía manifestando el temple robusto de su alma, contribuyó no sólo a consolar a su valiente compañero, sino también a salvarlo de los multiplicados riesgos que le rodeaban.

Me reservo para otro artículo la relación circunstanciada de la vida que cada uno de estos personajes, Aguilar y la Malinche, pasó en México, y cuál fue la suerte que les cupo, con cuyo motivo espero datos minuciosos que se están registrando en los archivos antiguos de la capital de la república, porque no es de poca importancia la historia, el conocimiento hasta de las más minuciosas acciones de los que tanto contribuyeron a la grande empresa de Hernán Cortés.

Mérida, septiembre 19 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 207-213].

Carta dirigida a los redactores de la *Revista Científica y Literaria de México*

Señores redactores de la *Revista Científica y Literaria de México*.
Mérida, diciembre 6 de 1845.

Mis muy apreciados amigos.

En el prospecto que han circulado, se anuncian ustedes como antiguos redactores del *Museo* y como a tales creo que hay a todo tiempo buen derecho para hacerles cargos. El que ahora me he propuesto no es con otro objeto que con el de recordarles un compromiso que contrajeron con la literatura mexicana, compromiso en que mi patria está muy interesada, pues se trata nada menos que de uno de sus hijos más esclarecidos: se trata de nuestro amigo don Wenceslao Alpuche.

En la página 24 del tomo 2º se leen tres renglones en que ustedes dicen: “*Poesías de don Wenceslao Alpuche*, impresas en Mérida de Yucatán. Nos ocuparemos de su análisis en uno de los números siguientes”. Este análisis que debía de ser sin duda, imparcial y perfecto en todas sus partes, como que iba a ser trazado por quienes tienen, además de los conocimientos necesarios para juzgar con acierto, un corazón que sabe sentir, aún no se ha publicado. Yo espero, por tanto, que cumpliendo ustedes con lo que ofrecieron, se sirvan hacerlo cuando antes.

Interesados, como lo estoy convencido de que lo están ustedes, por los sólidos y verdaderos progresos de la literatura en México, no deben olvidar que nuestro mal logrado amigo, cuando estuvo en esa capital, tomó grande empeño por que se fomentara su

estudio. Esa época (la del año de 1835), que ninguno de nosotros puede dejar de tener presente, fue en la que se dio principio a los útiles trabajos que han dado a luz los más acreditados periódicos, que han propagado un espíritu noble de dedicación a estos ramos, espíritu que dio vida al *Año Nuevo*, que ha formado después *El Ateneo*, y que ha arreglado hoy una imprenta que con el modesto título de “Sociedad Literaria” enriquecerá con sus producciones la prensa mexicana.

No dudo, pues, que teniendo en consideración lo que han ofrecido, y dispensándome la franqueza con que les recuerdo su compromiso, que sin duda por involuntario olvido no han llenado hasta hoy, dedicarán algunas de sus páginas a tan digno objeto.

Queda de ustedes, señores redactores, su más atento amigo que besa sus manos.

Vicente Calero

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 406-407].

Ensayos poéticos de don José María de Salas y Quiroga

Extraordinario es al presente el rápido movimiento de la prensa. Se puede asegurar que no hay ya ningún pueblo, medianamente ilustrado, que no cuente con sus escritores. Ciertamente es que la abundancia de éstos prueba la ilimitada libertad que tiene cada uno de publicar sus pensamientos; pero no prueba que haya en esta época más hombres de genio que en otra cualquiera; siempre los talentos de primera marca han sido y serán raros; ellos son un don que el cielo concede a la tierra, y los dones no se prodigan. Sea de esto lo que fuere, ninguno se atreverá a negar, a dudar siquiera que este movimiento no sea útil bajo todos aspectos, y no a otra causa se deben los adelantos en las ciencias y en las artes. Pues así como nunca más que ahora se escribe sobre tantas materias, tampoco en ningún siglo la crítica ha estado mejor manejada; y de en medio de los escritos de los unos, y de los ataques de la otra, se ha sacado la verdad que este siglo inminentemente observador y filosófico ha recogido, y aún seguirá recogiendo con fruto.

Ahora que tiene el que suscribe el presente artículo un delicado deber que cumplir, no lo hará sin hacer antes una breve advertencia: la de su insuficiencia por una parte, y la del corto tiempo que se puede uno tomar para trazar un artículo de periódico. Pero habiendo llegado a sus manos un libro titulado *Ensayos poéticos de D. José M. de Salas y Quiroga*, que acaba de publicarse en la Habana, le ha parecido conveniente darlo a conocer a los lectores del *Registro*. Hermano de don Jacinto, cuyo nombre no es

oscuro en la literatura española, don José María ha cultivado también ese género de estudios, en que más que la ciencia toma parte el corazón: la poesía. Aunque si se ha de decir verdad, ninguna ciencia es más importante que la que se ocupa de la descripción de nuestras impresiones, de nuestras pasiones, de la virtud y de los vicios; y ya se sabe que la poesía moderna, eco de los progresos del entendimiento humano por una parte, y por otra del principio religioso que domina, está cumpliendo con acierto la sublime misión que tiene señalada. Van a ponerse a continuación algunas muestras de su versificación. El siguiente soneto es una de las mejores composiciones que contiene la obra:

A Cristo Crucificado

¡Oh sangre del cordero sin mancilla
en la cruz por mis culpas derramada!
¡Carne inocente con dolor llagada
a impulsos de mi bárbara cuchilla!

¡Perdón, Señor! mi vanidad humilla:
yo escarnecí tu suerte mal hadada;
yo al calvario guié con mano airada
de tus verdugos la fatal cuadrilla!

¡Perdón! ¡perdona tan atroz delito,
que hizo al sol de tenerse horrorizado,
y llenó cielo y tierra de conflicto!

Podrá tal crimen ¡ay! ser perdonado!
mas ya te oigo decir, ¡Jesús bendito!
perdónalos, Señor, se han engañado.

En la composición titulada “Lamento de un pecador arrepentido”, hay algunas estrofas que marcan a las claras el profundo espíritu de la época; tales son las tres siguientes:

Pobre de mí que entre la turba impía,
por medio de peñascos escarpados,

huyendo de la luz del claro día
buscaba los senderos ignorados.

Y el horrisono son del crudo viento
que bramaba continuo entre las rocas,
me impedía, ¡oh mi Dios! oír tu acento
blando murmurio con que al alma tocas.

Cuando la voz de la pasión nos ciega
y oprime el pecho con su férrea mano
¡ay! que del alma nos arranca y siega
el dulce fruto de tu amor temprano.

En la composición denominada “La muerte del Condestable”, hay algunas octavas que pueden presentarse por modelo: se copiará una en comprobación de este aserto:

Impávido el de Luna no se aterra,
calla la plebe, lloran sus amigos,
y él descendiendo de la mula en tierra,
sube al suplicio y tiemblan los testigos,
aquellos mismos que sangrienta guerra
le hicieron siempre, viles enemigos,
al ver su crimen consumado agora
lloran ya su maldad ruin y traidora.

En la composición “A una mariposa”, escrita en romance de siete sílabas asonantado, se expresan pensamientos sublimes; véanse los siguientes:

Una espina, bien mío,
bastara con rigores
a desgarrar tu pecho,
a destruir mis goces.

¡Y, ¡ay! cuántas espinas
con dardos punzadores
bajo corola nítida
la flor más bella esconde!

No hay placeres, mi vida
que el alma no emponzoñe,
ni flores olorosas
que entre espinas no brote.

Hay otras producciones, como la dirigida "A...", "En un álbum", "A J. C.", "A unos ojos divinos", en que se ven en hermosísimos versos expresar las más encantadoras pasiones del alma, y sería preciso trasladarlas íntegras, porque tal es su mérito que ni pueden tomarse de ellas algunos fragmentos más notables.

El libro del señor Salas está dividido en dos partes: "Composiciones serias", y "Composiciones satíricas". Las muestras que van puestas antes pertenecen a la primera; veamos las de la segunda. En ésta se nota aquella fluidez y gracia propia de esta especie de producciones. Así habla de su *genio*:

Soy con humildes, humilde,
con los altivos, altivo,
y del método en que vivo
jamás cedo ni una tilde.

Mi bilis ruda se exhala;
si alguien me insulta, le pesa,
que aunque sea una duquesa
la envío yo en noramala.

Si esto me dices que es
descortesía, concedo;
pero ocultarte no puedo
que es moda ser descortés.

Tampoco de su virtud
Salas te responderá,
porque has de saber que está
en moda la ingratitud.

Pues aunque soy tan pacato,
aún es muy posible, sí,

que algunos hallen en mí
la horma de su zapato.

La “Defensa del bello sexo” está escrita con una gracia inimitable: se pondrán en prueba de ello las estrofas con que concluye:

En mí tendría el sexo hermoso,
si no un bello serafín,
al menos un paladín
que lo defienda brioso.

La mujer, no hay que dudarle,
es *débil*, tal se pregona,
y al *débil* toda persona
debe siempre respetarlo.

Por *débiles* son sus faltas,
por *débiles* son arpías,
por *débiles* las falsías
de las chicas y las altas.

Porque era muy *débil* Blasa
a su marido enterró,
y por *débil* saqueó
Anselma su propia casa.

Por ser muy *débil* Elena
entretiene a un regimiento,
por *débil* ¡es mucho cuento!
vive Antonia a costa ajena.

Por *débil* a su querido
en cueros dejó Bibiana,
y por *débil* pone Juana,
por tercero a su marido.

Por *débil* con cuatro amantes,
trata la inocente Inés,
por *débil* en medio mes
arruinó Petra a Collantes.

Por *débil* mil infelices
hizo la infame Tomasa,
y por *débil* Nicolasa,
tiene continuos deslices.

Estas son puras verdades,
pero sólo, a más traer,
nos prueban que la mujer
es toda *debilidades*.

Mas no hay duda que a guirnaldas
de laurel tiene en derecho,
que en ellas todo es bien hecho...
sólo porque tienen faldas.

Entre los epigramas hay algunos muy felices, tales como los dos siguientes:

¡La faja de general
sin nunca haberse batido!
—Se dice que la ha debido
a una prima *carnal*.

Robole a don Juan, Ginés,
la mujer y un gran caudal,
en dinero, con lo cual
puso en polvorosa pies.
Supo don Juan desde Francia
todo el caso, y dijo entero:
“Aunque se lleva el dinero,
no le arriendo la ganancia”.

La leyenda histórica con que concluye sus ensayos el señor Salas y Quiroga es muy interesante, la diversidad de metros oportuna, los personajes bien delineados, y digna en fin de ocupar lugar en tan interesante colección.

No faltan sin embargo al señor Salas y Quiroga algunos defectos de estilo, se nota uno que otro galicismo, y hay también algunos versos duros; tal es:

Bálsamo es que endulza mi destierro

Cuando con haberlo puesto de este modo hubiera quedado más fácil y sonoro:

Es bálsamo que endulza mi destierro

Este otro:

Sube un ángel proclamando su unión

Es igualmente durísimo.

Pero estos lunares ni quitan el mérito que tienen en sí las poesías del señor Salas, ni provienen quizá de otra causa que de la premura con que el autor las ha publicado. *El Registro* las recomienda.

Mérida, diciembre 8 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 409-412].

El amor cantado por Salomón

Si en el gran libro que nos refiere la creación del mundo, la suerte de los primeros pueblos, la historia de sus crímenes, de sus virtudes, la época de su poderío y la de su decadencia; si en ese libro sublime en que hoy que la luz del saber se difunde por todas partes, se ha encontrado la verdadera, la única fuente de la moral y la sólida base de la felicidad individual y de la pública; si en ese libro, repito, que todos conocemos y respetamos, faltasen entre las referencias de lo pasado y las predicciones más ciertas, unos bellos cantares en que se pintase al amor, la pasión más noble del corazón humano, con todo el fuego y entusiasmo que inspira, podría entonces asegurarse que en obra tan maestra había un vacío, un defecto, que nadie será capaz de atribuir a la Biblia. Como que en ella todo está escrito con el estilo, con las bellezas propias del asunto de que se trata, no debe parecer extraño que la voz que sale de lo más profundo del pecho humano haga resonar toda su armonía.

El amor, pues, que se expresa en el *Cantar de los cantares* es el verdadero amor, es aquella pasión pura, entusiasta, que vive sólo para el objeto que ha grabado las más profundas impresiones. La manera con que este amor se descubre es sencilla e ingenua, porque la falsedad y brillo del arte no empaña jamás la naturalidad de los verdaderos sentimientos del hombre. Cuando éste se encuentra en esas posiciones difíciles que no ha buscado, pero que le rodean, que lo oprimen, que lo arrastran, y que en sus tormentos halla dicha, en sus placeres una eternidad de gloria, en

sus recuerdos una mina de ilusiones gratas, y en sus esperanzas un inmenso tesoro, un verdadero cielo, entonces su sonrisa no es fingida, sus lágrimas son puras, y sus cantos salen de lo más hondo de su alma.

En el *Cantar de los cantares*, es donde deben estudiarse las verdaderas sensaciones del alma apasionada, pues ella sola en ese estado de delicioso arrobamiento podía decir “paloma mía, en los agujeros de las peñas, en la concavidad de las albarradas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro es hermoso”.

Si ve que su querida camina por los campos pisando la menuda grama, y recogiendo entre los pliegues de sus vestidos el aroma de las flores, exclamará lleno de ardor: “¿quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?” Nótese la hermosura de esta frase, nacida de que las expresiones son propias y los símiles naturales y oportunos. Nada hay más bello que el alba, y como ésta ilumina todo el mundo con una luz suave y precursora de un sol clarísimo, así la idolatrada amante alumbrá todo el corazón, y los rayos de sus ojos son los precursores de un mundo de esperanza. *Hermosa como la luna*, apacible y tierna, candorosa y pura; éstas son las ideas que se conciben en una noche en que brilla la luna entre una atmósfera serena. *Escogida como el sol*: tiene entre el candor y la pureza un fuego inextinguible, como el de ese astro, el fuego del amor. *Terrible como un ejército de escuadrones ordenado*: su virtud es inexpugnable, y nada pudo haber expresado esta idea con más oportunidad que la frase referida.

Al hablar también la mujer que escucha de su amante palabras tan tiernas, se le oirá expresarse con la misma vehemencia. “Yo duermo y mi corazón vela: oigo la voz de mi amado que dice: ábreme, hermana mía, mi amiga, mi paloma sin mancilla, porque mi cabeza llena está de rocío...”. “Mi amado metió su mano por el resquicio, y a su toque se estremecieron mis entrañas”. Esto sale del corazón, y cualquiera que haya sentido esas impresiones que viven dentro del pecho, y se desfiguran al salir

por la boca, conocerá la belleza, la evidencia de esas encantadoras palabras.

La ternura, que es la expresión naturalísima de esa viva pasión, no podría pintarse mejor que con estas palabras. “Eres huerto cerrado, fuente sellada... Dulces son tus labios como el panal, como la miel y la leche, tu lengua y el olor de tus vestidos como el olor del incienso”.

Bien que esta naturalidad y belleza de imágenes eran no sólo propia de la situación del espíritu, sino de la sociedad, menos civilizada si se quiere llamar así en este siglo, pero menos corrompida también. Y así como la ilustración ha limado y perfeccionado la inteligencia, también ha sembrado en el corazón la duda sobre las acciones de los hombres, y ha desaparecido por esta causa el origen de muchas sensaciones nobles y profundas. Aun este mismo amor, si no ha perdido actualmente su fuego y sus encantos, hanse mezclado con él tantas falsías, engaños y traiciones, que con trabajo se le distingue a veces en esqueleto de lo que fue cuando no se enseñoreaban en el mundo la mala fe y la mentira.

¿Quién amará sin celos?, ¿pero qué son los celos de ahora? Un tejido de enredos, de calumnias, unos tropiezos continuos para no poder andar con paso franco por la senda del amor. ¿Cuáles los expresados en el *Cantar de los cantares*? “Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte del amor, duro como el infierno el celo: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas”.

He aquí un pensamiento admirablemente expresado. Nada es más cierto que el poder de la muerte: pues bien, con este poder formidable, al que están sin apelación sujetos todos los hombres, es comparable ese otro poder, que también extiende su brazo para oprimir. Y los celos que le acompañan son *terribles* como el infierno: se padece una pena eterna, devoradora, y que alumbra a esa *lámpara de fuego y de llamas*. Esta lámpara no puede ser más bella, más poética, ni hubiera podido hallarse otra palabra que vaciase la idea con tanta perfección.

Los poetas de nuestro siglo, que saben cantar tan bien los secretos del alma, que han bebido en las fuentes puras de la

religión, y que han observado al corazón humano, nos admiran cuando en las cuerdas de su armonioso laúd resuenan las canciones que les inspira el amor. ¡Cuán gratos serían sus sueños y sus esperanzas si tuviesen la dichosa fortuna de reclinar su cabeza sobre la litera que Salomón fabricó para sí de las maderas del Líbano...! “Las columnas de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura, lo demás lo cubrió de amor por las hijas de Jerusalén”.

Mérida, diciembre 6 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 413-415].

La sonrisa

¡Inocente niña! Duerme en la cuna que mece tu cariñosa madre, y aunque todavía tus labios no pronuncien ni su nombre, asome a ellos la halagüeña sonrisa, vivo retrato de toda tu alma, y reflejo purísimo de la luz que rodea en el cielo al trono del Señor. ¡Divina sonrisa! No más que una madre la comprenderá, una madre a quien se ve sonreír también con esta prenda tan querida de su corazón.

Hay sentimientos muy ocultos dentro del pecho que no pueden expresarse con palabras, pero que se pintan en el semblante quizá con más elocuencia que si nos fuera posible referirlos de otra manera: su secreta historia la abraza una mirada, y otra mirada la comprende.

La madre ha tomado ya entre sus brazos a la hermosa niña que ella misma alimenta, y en ambas se contempla... esa sonrisa, pero ¡cuán distinta una de otra! ¿Quién no ha visto, quién no ha meditado sobre la angelical ternura que reboza en los labios de la niñez? Mas habrá muchos que cuando vean una madre que sonríe con su hija, y que de sus negros ojos se desprenden dos lágrimas, no las observen, no las crean sino de alegría, cuando una envuelve toda una experiencia de las desgracias que ha sufrido, y la otra una esperanza funesta para la hija de sus entrañas. Esas lágrimas son la más viva pintura del corazón de una mujer en el mundo.

Mas consideremos a la sonrisa bajo los multiplicados aspectos con que se nos presenta, bajo esas tan diversas fases en que inspira también tan diversas sensaciones. Si la palabra, según el

tono con que se pronuncia, hiere nuestro oído con más o menos vehemencia, y nos inclina la sorpresa, al dolor o a la alegría, ¿qué tiene de extraño que una cualidad que la naturaleza nos ha dado para explicarnos, igualmente participe de los atributos más bellos y que quizá ella de intento se los ha prodigado? Y es una cualidad tan universal y tan propia del hombre, que ninguna posición la abandona: nace con él en la cuna y la lleva consigo al sepulcro.

La sonrisa de los amantes es una ingenua demostración de las ardientes y placenteras impresiones de su espíritu: ambas miran en ellas su mayor dicha, su esperanza más grata. Disipa la nube de sus celos, renueva las promesas, y derrama sobre los recuerdos un bálsamo cuyo aroma vivifica el alma hasta entre los ensueños más dulces.

La sonrisa de un miserable que ha apurado hasta las heces la amarga copa del infortunio es muy diversa, es siniestra, entre oprimida y desesperada; pero como lo es siempre la sonrisa, un espejo del alma.

La sonrisa de la indiferencia es una expresión débil como la causa que la produce. La de la burla es amarga; la satírica es picante; la del desprecio es fría, pero produce una impresión que quema en el que la sufre.

La sonrisa de un demente es desordenada, confusa y melancólica: si para mayor desgracia suya tiene algunos cortos intervalos en que su razón recobra su poder, empieza por reírse de sí mismo, acaba por angustiarse, y vuelve la misma lamentable demencia, la misma sonrisa desconsoladora.

Cuando un buque camina a toda vela con un cielo sereno, una hermosa luna y vientos propicios, se ve que los marineros cantan y sonríen alegres por su dicha; pero si se fija primero por el oriente una faja negra precursora de una tormenta, suspenden su canto, se disponen a esperar la borrasca y por más aprisa que ejecuten sus movimientos ella llega antes, y sonríe y reniega desesperados. El barco lucha con la tempestad, lucha terrible, en la que queda vencido; y los infelices marineros apenas alcanzan un pedazo de tabla para asirse. ¡Inútil recurso...! Ellos perecen... sus

cuerpos salen llevados por las olas de una a otra parte, hasta que arrojados a una orilla, en su semblante hinchado... se percibe... una sonrisa atroz.

Mientras llega el venturoso día en que dos amantes han de unirse para siempre, su sonrisa es de esperanza: en ese gran día es de triunfo. La alegría reboza en su rostro, y se comunica en todos los que la miran.

Y éste es privilegio, si no exclusivo de la sonrisa, por lo menos debe ser una condición que en ella sobresale de una manera peculiar, pues tiene admirable poder para comunicar el tinte que le da el origen de que dimana.

La sonrisa del que acaba de recibir una corona inmortal como pequeño tributo de las inspiraciones de su genio es una sonrisa creadora; pero la que asoma a sus labios cuando, retirado a su gabinete, observa en el mundo de injusticias premiar y elevar el favor y la riqueza, y abatir el saber y la honradez, sonrisas también, pero de desengaño, de funesta experiencia, y reclamadora de los altos deberes humanitarios, que no se han cumplido ni aun en esas que se llaman ilustradas sociedades.

Compárense dos personas desdichadas; la una que viene a su casa agobiada por el dolor, que no tiene un pan para sus hijos que se mueren de hambre y que sin embargo los recibe entre sus brazos y sonríe con ellos; pero ¿qué sonrisa?, la de la amargura comprimida, la de pena aparentemente disimulada; la otra llega desesperada, frenética, toma un cordel, lo ata a su cuello, y dentro de un instante es un horrible ahorcado. ¡Oh Dios mío, la sonrisa de los ahorcados es también horrible!

¡Es verdad! ¡También todos los muertos ríen!, y a pesar de esto, su sonrisa es enteramente distinta, y el cadáver de un joven no sonríe como el de un anciano. En los labios del primero se transluce sus deseos frustrados; en los del segundo, sus dolorosas experiencias; el uno ríe con pena por no haber gozado; el otro ríe como satisfecho porque está ya persuadido de que los goces del mundo son efímeras ilusiones.

Volvamos, por último, a ver a la inocente niña que sonrió en la cuna. Ya tiene la misma edad que la madre que la halagaba:

esta madre ha muerto, pero en cambio ella tiene una hija también, y sonríe y llora como en otro tiempo la que le dio el ser: triste condición de la naturaleza humana, que ha de interrumpir la alegría con el dolor y mezclar la sonrisa con las lágrimas!

¡Terrible en efecto es ver
que la sonrisa y el llanto
son de la existencia el ser
y acompañan al quebranto
y acompañan el placer!

¡Ver en la cuna dichosa
niña que la madre halaga,
y que entre su faz de rosa
pura y angélica vaga
la sonrisa cariñosa!

¡Verla con planta serena
pisar del mundo la escala,
sin saber que él la condena,
entre su pomposa gala
a la más acerba pena!

¡Que no pierda su mirar!
¡Que no pierda su candor!
ni pruebe agudo el dolor;
¡mas que sepa dominar
con la sonrisa de amor!

Pero ¡infeliz! que muy luego
la flor que meció la brisa,
la arranca el destino ciego,
y tórnase la sonrisa,
en las lágrimas de fuego.

Que todos han de reír,
que todos han de llorar,
en el mundo al navegar
y de este mundo al partir.

LA SONRISA

¡Terrible verdad por cierto!
¡Ésa es nuestra triste vida
ver en la cara de un muerto
una lágrima prendida,
y reírse un labio yerto!

Mérida, diciembre 8 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 434-437].



Don Lorenzo de Zavala. Breve noticia biográfica

En nuestro número cuarto del *Museo Yucateco*, publicado en el mes de abril de 1841, mi amigo y compañero de redacción, don Justo Sierra, dio a luz con alguna más extensión que la que yo pienso hacerlo ahora, la vida de este célebre compatriota, que nunca será bien examinada mientras que en una obra escrita exclusivamente para tan grande objeto, no se revisen todos los actos de su vida pública, y con imparcialidad histórica se midan sus acciones, sus resultados, se sigan sus estudios, se observen sus conocimientos, y abrazando este conjunto, se contemplen todos los pasos de su brillante carrera. La vida de Zavala es digna ella sola de un libro, libro interesante, y que se escribirá tarde o temprano, pues estos deberes de gratitud a los que han hecho a la humanidad servicios positivos, pueden a veces desconocerse, a veces ser oscurecidos por la envidia, desfigurados quizá por la calumnia, pero jamás olvidados. La posteridad cumple al cabo con una obligación de justicia, sostenida a pesar de encarnizadas contradicciones, más pura y más limpia, de la misma manera que el agua de las fuentes, para ser delgada y fresca y sana, tiene que pasar por un dilatado camino de estorbos.

Pero como ni esto puede realizarse sin los minuciosos datos de que carezco, ni el intentarlo corresponde a la debilidad de mis fuerzas, tendré la satisfacción de sólo trazar unas pocas líneas para acompañar a la litografía, verdadero retrato de don Lorenzo de Zavala.

Nacido en esta capital el 3 de octubre de 1788, su primera educación fue la que podía darse en aquella época en que Mérida

sin una imprenta, sin un libro que no tuviese al frente las *licencias necesarias* de las autoridades (y entonces entraba como una de las principales la memorable inquisición), sin hombres de genio que se atreviesen a combatir los errores, o tal vez sin medios de hacerlo victoriosamente, Zavala tuvo que llenarse la cabeza de la ridículas sutilezas escolásticas que entonces se enseñaban. Por fortuna le cupo ser discípulo de don Pablo Moreno, de ese hombre que “enseñando —como él dice— los principios de una filosofía luminosa, hizo escuchar su voz en un desierto de ideas y de principios”. Mas acabado el estudio del curso de filosofía, él vagaba *por ese mismo desierto* estudiando ya teología, ya leyendo las obras buenas o malas de la biblioteca del colegio, ya, en fin, sin quién lo ayudase, aprendiendo por sí el francés, y solicitando una que otra de las obras de sus autores que habían llegado a su noticia: de Montesquieu, de Voltaire, de D’Alambert, de Rousseau, de Mirabeau. ¡Pesquisas inútiles! Zavala no podía hallar en Yucatán lo que no había. Un tesoro fue para él encontrar las obras del abate Raynal que leyó con ansia, que meditó con aquella basta capacidad que iba desarrollándose en medio de tantos obstáculos. “Así empezaba una vida, cuya serie debía ser tan gloriosa: semejante a aquellos ríos que se aumentan y extienden a medida que se alejan de su nacimiento, y que al fin llevan por cuantas partes corren la fecundidad y la abundancia”.¹ El talento de Zavala debía arrosarlo todo, y la época precisa se le presentó y supo aprovecharla.

Los sucesos de España, provocada a una guerra nacional por el poderoso brazo de Napoleón, precipitaron la independencia de las Américas. Era ésta la ocasión en que el genio de Zavala iba a lucir en su terreno propio, era éste el teatro en que debía empezar a representar con las gigantescas proporciones que lo conducirían a los puestos más distinguidos. A Zavala debe vérselo en los periódicos, en sus discursos, en la tribuna, en sus proyectos, en su conducta ministerial, en las diversas facetas de su elevada influencia, para conocer lo que fue.

Nos ha dejado de su elocuente pluma una historia de las revoluciones de México, y su viaje a los Estados Unidos. En esa his-

¹ Fléchier.

toria (me valdré de las expresiones del señor Sierra) “verá todo crítico imparcial y despreocupado al sabio y juicioso publicista, al historiador, al filósofo, al economista y al hombre de Estado; en el *Viaje a los Estados Unidos*, un libro filosófico sembrado de reflexiones profundas, de brillantes comparaciones, y de importantes anuncios políticos”.

Don Lorenzo de Zavala, prescindiendo de su posición como notabilidad política, lo es muy grande en el mundo literario. Ya los lectores del *Registro*, en la carta del conde de Saint Priest habrán leído lo que asegura ese miembro de la sociedad trasatlántica, de que Zavala formaba también parte. Acaso podremos publicar después un *Viaje a Suiza* hasta hoy inédito y que se nos ha ofrecido.

Este célebre compatriota, que murió el 15 de noviembre de 1835, dijimos en el *Museo* que es digno de una estatua; ahora concluiré tan corto artículo con unas palabras a este propósito sacadas de las *Empresas políticas* de don Diego de Saavedra. “Solamente es eterna la estatua que forman los hechos que se graban en la memoria de todos. *La que se esculpe en los ánimos de los hombres, sustituyéndose de unos en otros, dura lo que dura el mundo*”.

Mérida, enero 12 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 16-18. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 1109].

¿Cuál era la literatura de los indios?

Mérida 13 de enero de 1846

Señor don Juan Pío Pérez:

Muy querido amigo; aunque no creo que se haga usted sordo a la minuciosa carta crítica que le dirigió Justo, por si ella sola no le moviese a tomar la pluma para llenar algunas páginas de nuestro *Registro*, he creído conveniente poner también algo de mi parte, pues con esto ya pienso que no dejará desairados a uno y otro. Lo gracioso es que él tuvo a mano los almanaques, que le sirvieron de materia y yo no encuentro de qué hablarle, por ahora, pues al comenzar a escribir no he tenido más ánimo que el de punzarlo, para ver si sacude su pereza epistolar, que así quiero llamar a esa fuerza de inercia que presenta a nuestras repetidas instancias; mas como mi intención sola de nada valdría para sacudirla, me acaba de ocurrir que podría tomar por objeto el mismo que lo ha sido de algunas de nuestras conversaciones.

Dedicado a usted, hace algunos años, al penoso estudio de la lengua de nuestros indígenas, espero que no desmaye en el trabajo de la gramática de su idioma que ha emprendido, así como concluyó el más penoso de su diccionario, cuyo original tuvo usted la bondad de franquearme, y conservo en mi poder con positivos deseos de que se imprima; aunque si he de decir a usted verdad, quisiera que la gramática se publicase antes, pues la considero mucho más necesaria.

Como para adquirir los conocimientos que usted posee indudablemente en la lengua, ha de haber hecho curiosas indagaciones, registrado archivos, leído papeles viejos, y tomado cuantas noticias hubiese podido, me parece que nadie estará mejor que usted informado en el punto que paso ligeramente a tocarle.

Nuestros indios no eran los de unos pueblos tan rudos y salvajes, que no sean dignos de ser considerados en un grado de civilización, que reclaman los monumentos que encontraron los españoles, y cuyas ruinas se conservan todavía. Pero aun suponiéndolos como se quiera, estoy convencido de que así como tenían un idioma, unas tradiciones, una historia, una religión, unas costumbres; tenían también una literatura peculiar, una poesía propia, y que yo desearía examinar. A nadie más que a usted puedo dirigirme para satisfacer este deseo: a usted que sabe que la lengua se estudia en la poesía, y que no dejará de haber tenido en sus manos, o de haber oído esos cantares cuyo sabor de antigüedad sabrá usted distinguir mejor que ninguno otro.

No me diga usted que la lengua se estudia, en efecto, en la poesía; pero que sólo esto es cuando las artes han llegado a la perfección, pues sin pretender entrar en la cuestión de si éstas han sido primera o que las reglas, o las reglas primero que ellas, no me negará usted que la poesía, que en los pueblos más bárbaros ha empezado por referir las hazañas de sus dioses, las acciones de los jefes de sus tribus, se ha grabado en la memoria de todos, y, bien o mal, sus frases, siempre animadas y enérgicas, se han ido colocando en el depósito de la lengua.

¿Qué le parece a usted, amigo don Pío? Yo supongo que el objeto de esta carta no es tan trivial que no merezca la pena de una contestación; y ya tendrá dos compromisos que cumplir; el de Justo y el mío; aunque mi curiosidad, reducida a que me dé las noticias que tenga sobre la literatura de los indios, barrunto que le costará más trabajo; pero eso es precisamente lo que yo quiero, pues de su celo y constancia el país debe sacar buenos frutos.

Esta carta, más breve que la de Justo, no incluye sin embargo menos afecto, pues usted no ignora que en mí tiene un verdadero amigo, que espera no dejar olvidado al *Registro*, y se repite de usted servidor que besa su mano.

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 23-24].

A los lectores

Algunas veces las equivocaciones o errores de imprenta, que por más que uno corrige siempre se escapan, son de una trascendencia tal, que es necesario advertirlos oportunamente para no exponerse a los fundados reclamos de la crítica. Yo dejo correr, como todos los que escriben para la prensa y saben lo que son los periódicos, muchas pequeñas faltas, que son indispensables si se atiende a la prisa con que se trabajan esta clase de publicaciones; pero cuando de no corregirse puede dar lugar a muy juiciosas observaciones en contra de lo que asiente el escritor, entonces es de justicia aclarar las dudas o evitar las contradicciones.

En el rasgo biográfico de nuestro digno compatriota el señor Zavala, púsose que murió el 15 de noviembre de 1835, cuando no fue sino hasta el mismo día del siguiente año de 1836.

En la real cédula de mi artículo de ese número titulado “La misteriosa carta” la palabra “cercano”, que no la tiene el documento original, aunque en su sentido verdadero puede tomarse ya por un hecho que está próximo a suceder, ya por otro recientemente acaecido, acaso por ese mismo doble significado, de la palabra, alguno llegaría a suponer que en aquella época se sabía antes de que uno naciese no sólo el nombre que iba a ponérsele, sino el sexo al que pertenecería, descubrimiento a la verdad muy curioso, pero que a pesar de los progresos de nuestro siglo no se ha hecho todavía.

Mérida, enero 28 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 72-73].

El carnaval

En el número anterior se ofreció escribir un artículo sobre esta materia, y yo he tomado a mi cargo su desempeño aunque para ello no cuente con las condiciones *ad hoc*. ¿Y por qué?, porque es necesario ver las cosas por sus diversos lados, y tener la pluma de un escritor de costumbres, como nuestro colaborador *Don Gil*; pero ya que no es dado a todos esta gracia, ya que la penosa obligación de cumplir lo ofrecido me fatiga y abruma, trazaré el mamarracho como pueda, y si no fuese de costumbres, será de otra cosa, y si no se le pudiese dar nombre, será un desatino *sui generis*.

Originales debían ser los tiempos en que el papa con su colegio de cardenales, y toda la gente de Roma, iban en procesión al monte Testacio el domingo de carnaval a hacer el sacrificio solemne de un oso y un becerrillo, símbolo, decían, el uno del diablo y el otro de la voluptuosidad y orgullo de los sentidos. No se crea, sin embargo, por este recuerdo, puramente histórico, que la Iglesia ha autorizado las extravagantes locuras del carnaval; pero créase al menos que las ha tolerado, y puede presentarse como prueba lo que pasaba en la misma Roma, allá por el siglo xv en que los cardenales tenían la costumbre de disfrazarse y salir por las calles en carrozas triunfales, con la cara tiznada y precedidos de trompetas y clarines. Como las sacristías de los templos eran los lugares que ellos habían escogido para vestirse con sus disfraces, se juzgó que eso si no una profanación, era una cosa impropia de la dignidad del sitio, y el concilio de Soissons lo prohibió en 1456, y el de Toledo en 1563 dispuso que los ecle-

siásticos no se disfrazasen. Déjense a un lado estas referencias históricas para dar lugar a otro género de reflexiones.

Si estos días de desahogo público son o no indispensables y aun justos, sería esto objeto digno de un tratado moral, cuya doctrina iría a tomarse en el gran libro de la experiencia de todos los países, de todos los tiempos; pues recapitulando brevemente lo que hasta hoy ha pasado, se sabe que los judíos tenían su *goral*, los persas y babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kromías*, los romanos más vehementes, más grandes en todo, tenían no sólo sus *saturnales*, como los griegos, sino también sus *bacanales* y *lupercales*. A los judíos modernos no les falta su *purin*, a los musulmanessu *beyram*, a los ingleses su *christmas*, y a los demás pueblos el *carnaval*. El cúmulo de observaciones a que darian lugar la imparcial revisión de todas estas fiestas públicas es fácil de percibir, pero no lo es tanto el de desentrañar la profunda filosofía que encierran. No seré yo el que tome a mi cargo este improbable trabajo, cuando sólo debo proponerme, cuando sólo quiero escribir un artículo para nosotros, un artículo del carnaval a lo menos, como ha sido y es en Mérida.

Que en los años anteriores hemos gustado del carnaval, mejor que ahora, es una verdad que conocen los que comparan los años desde 827 hasta 832 con los subsecuentes. Reducida la función entonces a su verdadero círculo, nadie se negaba a formar parte, a tomar su papel en el gran teatro en que esta capital se convertía. Cruzábanse las músicas por todas direcciones, y hombres y mujeres, animados de un solo espíritu, en que por una rara coincidencia se mezclaba la confianza con aquel decoro que merece el bello sexo, salían por estas calles con disfraces ridículos y caprichosos unos, históricos otros, muchos de verdadero lujo, sencillos los más, pero elegantes todos; y en medio de las oleadas de un pueblo que se movía, que corría frenético a envolverse en la algazara y gritos, no se oía más que un solo eco, el de la risa, el de la confraternidad, sin que ni un desorden, ni un disgusto, viniese a desmentir la bien sentada fama del carácter pacífico y amable de los actores de esta gran comedia. Afortunadamente tan recomendable cualidad no se ha perdido, pero el

cuadro ha cambiado de colores: el carnaval de los últimos años da vergüenza describirlo; a la verdad, no es digno de un pueblo que, como Mérida, supo entender tan bien su objeto, y después porque a un ignorante que tuvimos por desgracia de gobernador y comandante general, que como todos saben quién es no he querido nombrarlo; después, repito, porque al tal hombre se le puso en la cabeza variar la paz alegre de nuestro carnaval en una cosa horrible, ¿quién había de creer que lo consiguiese? ¡Extraña mutación, degradante si se quiere, pero ciertísima!

Se acabaron las máscaras y los disfraces, y no hay que preguntar el motivo: nadie quiere que al pasar por las calles se le vaya echando desde las azoteas agua, que no sólo mancha los vestidos, sino que puede causar graves enfermedades, razón porque debiera prohibirse severamente este brusco ataque dado a la salud pública. ¿Cuál ha sido el carnaval de los últimos años? Ha sido un positivo retroceso de los anteriores. Las señoras se han guardado en sus casas, los carruajes han parado, y los que en ellos salen van con la convicción de que volverán a sus casas, a pesar de un cielo sereno, tan mojados como después de una tormenta. Y tormenta es que debe hacerse desaparecer por convencimiento: yo no he hablado con uno que no conozca lo perjudicial que es darle al carnaval este carácter de diluvio; yo no he oído a nadie que no prefiera los paseos animados, las músicas y disfraces; y lo raro, lo extraordinario es que no procuramos todos, ya que todos estamos acordes, volver a los años citados en que la diversión era lo que debe ser; retrocedamos, pues, y ésta será una de las pocas excepciones en que retroceder es progresar.

Muchos opinan que los bailes que de algunos años acá se hacen en el teatro, con una concurrencia asombrosa y un lujo no menos notable, han perjudicado al carnaval; y yo pienso de otra manera, es decir, que a estos bailes se les ha dado un tipo que no es el suyo, se les ha hecho de etiqueta; ¿y por qué?, porque al carnaval se le ha sacado de su esfera, pues la función de la noche no debiera ser más que el término del regocijo del día, y cada uno iría al teatro con el disfraz con que se hubiese paseado: entonces serían verdaderos bailes de máscaras. Las meridianas entrarían

gustosas en la reforma, pues con ella iban a extender más el tiempo de la diversión; no estarían ocultas en sus casas disponiendo sus vestidos y peinados para presentarse, como lo hacen ahora, por la noche en una sala que a todo se parece menos a la de una noche de carnaval en que las máscaras, alegres, conversadoras, picantes, animan a la concurrencia, que hoy circunspecta es fastidiosa, es impropia de los días bulliciosos de la época. Vuélvase a dar a los días la animación de las máscaras, de los disfraces, de las músicas; y los bailes de por la noche, estoy cierto que serán un reflejo de este movimiento, una continuación más bien de esa verdadera holgura que se distribuirá entre todos, que todos procurarán distribuir cuando nadie tenga temor de que se eche agua, cuando ya no haya ese gusto, que puede llamarse pésimo, de mojar y manchar a los que pasean.

No es menos perjudicial la costumbre de tirar huevos, y más de una experiencia funesta pudiera traerse en apoyo de esta verdad. En los años que he citado, en que el carnaval se jugó con admirable ardor, los tiradores de huevos respetaban a los disfrazados para no manchar sus vestidos, y respetaban al bello sexo; pero desde que se generalizó la licencia para tirar a roso y belloso, ya sin consideración de vaciarle a uno un ojo, se le dirige desde lejos a cualquier persona un huevo que llega con la fuerza necesaria para causar una postema por lo bajo. Ésta es costumbre que debemos desterrar por convencimiento también, pues querer causar un daño tomando por ocasión la más popular de las fiestas, es una cosa indigna de un país civilizado, es desacreditar el objeto que se propone esa misma fiesta

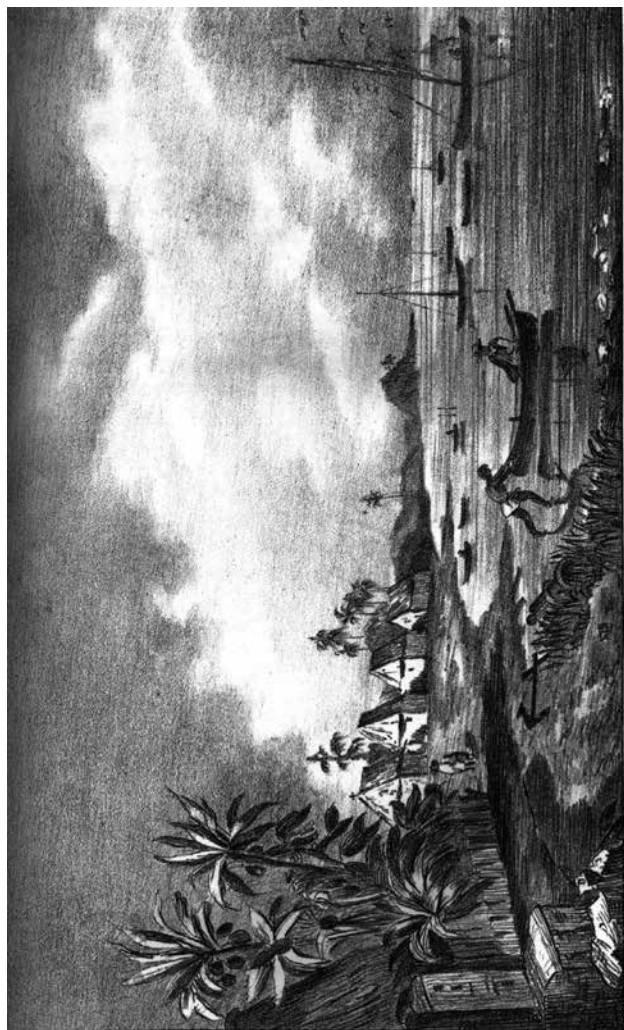
¿Y cuál es este objeto? Que cada cual se divierta como quiera, como pueda, sin turbar la alegría de los demás, o al contrario, poniendo de su parte lo que crea necesario para aumentarla. A esto se prestan las máscaras admirablemente, pues sin conocerse las personas se da lugar a la ansiedad, a los chistes que con tanta maestría describió el célebre Larra en su artículo titulado “Todo el mundo es máscaras”; aunque pudiera decirse que esto tiene igualmente otro escollo, y es el de que con la máscara cualquiera que no sea digno de ocupar lugar en una sociedad culta,

se mete sin que pueda echársele fuera. Aquí sucede esto porque no se adopta el uso que en otras partes se halla sabiamente establecido. Ninguna mascarada se presenta a la puerta de una casa sin que no venga una persona descubierta que responda por todos. Con sólo este paso se corta de raíz el inconveniente propuesto.

Demos, pues, a los días del alegre carnaval la atmósfera que le corresponde; suspéndase la lluvia de las azoteas, y suprimase la manía de tirar huevos; óigase de nuevo los acordes instrumentos, crúcense los carruajes, que las máscaras anden de una parte a otra, y que después de tan bulliciosos días, de tan hermosas noches, no quede más que un recuerdo grato, y se espere con inquietud, con vehementes deseos, la vuelta de este tiempo corto dedicado al placer general que no debe acibararse con propiedades tan indignas de las altas miras que trae consigo.

Mérida, febrero 10 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 117-120].



7. Sept. 11

11. Sept. 11

Salvador.

Yalajau

La lámina de enfrente representa el puerto de Yalajau visto desde el mar y a corta distancia. Como nuestra costa es tan baja, es preciso estar ya muy de cerca para distinguir las pequeñas chozas de los pocos habitantes, y las hermosas palmas que allí descuellan.

Yalajau es un lugar de donde pueden sacarse funestos recuerdos. Asilo de filibusteros en otro tiempo, teatro de algunas de sus sangrientas escenas, misterioso sitio en donde se repartían el producto del botín, allí se reunían esos criminales aventureros que tantos daños causaban al género humano, allí proponían y tomaban aquellas bárbaras determinaciones en que el robo y el asesinato tenían el siniestro aplauso de sus fúnebres orgías, y ese era el punto de partida para sus abominables excursiones. Yalajau lejos de las poblaciones principales del interior, separado por caminos pedregosos, estrechos, desiertos, e inmediato al cabo, costas de Cuba, isla de Cozumel, isla Mujeres, lugares todos en que los piratas descansaban después de sus tremendos ataques, se prestaba con más comodidad y ventajas al abrigo de esos infames enemigos que burlando las tempestades del océano habían degradado la sublime invención de surcar sus ondas, de esos enemigos que este siglo ha hecho desaparecer para siempre. Los piratas ya no son ni aun posibles. Cuando todas las naciones procuran una gran revolución moral, y para obtenerla solicitan estrecharse con nuevos e indisolubles lazos, el medio de sus relaciones, la fuente de su civilización y riqueza, la navegación engrandecida, impulsada hoy por el vapor, recorre todos los países, acorta las distancias y evita todos los peligros que antes se deploraban. Veamos, pues, los tiempos de los filibusteros como una mina preciosa para los romances y la novela.

Yalajau es sin embargo muy digno de atención, y promete esperanzas de ser uno de nuestros puertos más concurridos. En él hay buen abrigo para buques pequeños, y hay una rica fuente de agua dulce que brota en medio de las salobres de la mar. Su posición es favorable, y si hoy pobre y desierto, no se le considera con esta importancia, es porque todavía los yucatecos no hemos fijado la atención en lo que únicamente puede engrandecer nuestra cara patria, la agricultura. Cuando despertemos del funesto letargo que nos aniquila, y que el espíritu de asociación basta sólo para hacerlo desaparecer, entonces Yalajau será la puerta en que en medio de aquel movimiento mercantil que da vida a los pueblos, se vean concurrir buques a cargar el algodón, el aguardiente, el azúcar, el maíz, el palo de tinte, el extracto, las maderas, en fin, mil productos que se extenderán por dentro y fuera del país.

El que suscribe este breve artículo no puede menos que recordar que cuando en el año de 1841 recorrió la costa, desde Sisal hasta el establecimiento británico de Belice, llegó a Yalajau a la hora en que declinaba el sol, hora poética en que el cielo sereno se reflejaba con la luz crepuscular en medio de una mar tranquila, y apenas suavemente rizada por una brisa vivificadora. Yo no sé las impresiones que los hombres a quienes no gusta contemplar las admirables bellezas de la naturaleza reciben al ver la puesta del sol en el mar; sólo aseguraré que a mí me inspira un placer indefinible grande y sublime como el objeto que lo causa. Y nunca el sol se había ocultado entre nubes de más vivos y caprichosos colores, que formando pabellones de rica tela parecían envolverlo voluptuosamente: nunca había dado la tierra un adiós más bello que la tarde, que bañado de entusiasmo divino, lo saludé en Yalajau.

No lo olvidaré jamás.

Mérida, febrero 23 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Castillo y Compañía, 1846), 148-149. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 951-952].

La Cuaresma

Vino un tiempo que pasará sin embargo como todos; sin reflexiones, sin que se hable de él, sino para convertirlo en lo que no debiera ser, aunque no fue más que por los grandes recuerdos que encierra. La cuaresma establecida en memoria de los cuarenta días que el Señor permaneció en el desierto, es digna de que se le considere, no sólo como la conmemoración de este suceso, sino también como una época en que deben tenerse a la vista los sublimes ejemplos que la vida de Jesucristo ofrece al mundo para la felicidad de los hombres.

La cuaresma, que la iglesia ha hecho más interesante, más religiosa con la majestad de sus oraciones y ceremonias, todavía aún no es ahora lo que será cuando con el transcurso del tiempo ciertas ideas que hoy escandalizan a algunos ilusos devotos, desaparezcan ante el irresistible poder que el espíritu del siglo está empleando en los progresos de la sociedad. La predicación, móvil poderoso mientras se emplee con la sana intención, con la profunda doctrina, con la verdadera sabiduría que en la fuente purísima e inagotable de la Biblia deben beber los ministros de la religión cristiana, no es hoy en ninguna de las naciones, ni las más ilustradas, uno de los medios de popularizar la instrucción y las ideas útiles y necesarias para disfrutar de los bienes de esta vida. Porque la mayoría de los predicadores, siempre teniendo en la boca la abnegación que dicen debemos hacer del mundo, han dado una siniestra interpretación a la divina moral que enseñó Jesucristo, y que está muy lejos de condenar ni los placeres de

los sentidos, ni el uso de cuanto su mano poderosa y eterna ha creado para regalo del hombre.

No se tapen los oídos las personas timoratas, pues el que firma el presente artículo se precia y tiene orgullo de ser tan religioso como puede serlo el que después de algunos años de estudio y meditación adopta una creencia, una religión, no porque se la enseñaron desde niño, sino porque tiene la íntima convicción de sus eternas verdades; pero hoy con los deberes de escritor público que cumplir, deberes que son para él muy sagrados, su pluma tomará un camino en el que no pretende ofender a nadie, ni abrir una polémica, ni tiene más objeto que el de exponer las mismas ideas que la prensa de Europa, movida por las más doctas notabilidades, procura generalizar en bien de la humanidad, de la moral y del porvenir de los pueblos.

Demasiado serio este artículo para hacer en él referencias a que pueda darse torcida interpretación, diré que tiene sin embargo un punto de semejanza con el anterior del carnaval. Así como en éste se encuentran mil cosas impropias de su objeto, en la cuaresma hay también otras que debían suprimirse, y algunas que los espectadores volvemos de un carácter que ciertamente no es el que deben tener. Las procesiones por las calles debieran prohibirse, y la concurrencia a los templos, lugares dignos de veneración y respeto no son para citas amorosas, para conversaciones de ningún género, sino para la contemplación, para la oración devota y ferviente de los fieles. La educación, semilla que se siembra en la niñez para fructificar en la juventud, es uno de los medios de corregir estos abusos, la prensa es otro, y la predicación sabia es el más eficaz. No esa predicación que toma por materia las modas, las diversiones públicas y otras bagatelas con que se profana la cátedra de la verdad, sino esa predicación que se dirige al interior del hombre, y le habla el lenguaje que comprende el espíritu y que siente el corazón.

Ya hoy es una verdad reconocida y confesada por los pueblos más avanzados en el rápido curso del progreso intelectual, que la religión enseñada por Jesucristo es la única capaz, la única que ha de servir de base para la estabilidad de los gobier-

nos, para la paz y fraternidad de los pueblos, la que promueve su riqueza, la que está dando un divino impulso, a todos los elementos que Dios ha puesto al alcance de nuestro entendimiento, y la que dará feliz cabo y cima a los dichosos tiempos que él mismo prometió a la desgraciada raza de un pueblo errante, que no es más que el misterioso emblema de la suerte del género humano.

¿Cuál es al presente el más seguro conducto por el que los hombres llevan a cabo las empresas más arduas? ¿No es el espíritu de asociación?, pues bien, ese espíritu no es nuevo, no es creación de este siglo: nunca más que ahora se le ha reconocido y se le ha dado más impulso, es verdad; pero este espíritu es obra exclusiva del cristianismo, de esa religión tan altamente sublime, tan admirablemente divina, que no sólo nos previene el *amor del prójimo*, sino que lleva el precepto a un grado más alto, hasta *hacer bien a nuestros enemigos*. La caridad enseñada hasta en los más sencillos actos de la vida de Jesucristo, y que según una de las plumas más célebres es *la virtud por excelencia*, está santificada, glorificada, en los encuentros de la Samaritana y de la Cananea. Para el hijo de Dios el *prójimo* es aquel que socorre a su semejante cuando le halla afligido, que lo conduce por sus manos hasta donde puedan aliviarse sus males, y que aun saca de su bolsa la cantidad que lleva y de la que se desprende gustosísimo en obsequio del menesteroso, afligido y desamparado, con tan saludables máximas el cristianismo, antorcha que guía nuestros pasos por el camino de las más admirables virtudes, no se verá de nuevo combatido con las armas débiles de aquella falsa filosofía que ha huido avergonzada ante la brillante luz de la moderna civilización. Ésta obsequiando la alta misión que se le ha conferido, sostendrá la religión verdadera, y combatirá los abusos.

Tiempo hoy de predicaciones y de penitencia, estas líneas no tienen más objeto que en el que ellas se expresa. La cuaresma, convertida en días de fiesta, en que más se piensa en otros objetos que en las grandes memorias que ella trae, debe verse con más circunspección, con circunspección religiosa: la predicación

debe llenar las miras que se señalan en el gran libro que lleva por título *Nuevo Testamento*. Esto es en breve lo que he querido decir, y nada más.

Mérida, 17 de febrero de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 150-153].

Juan Venturate

Era por los años de 1597. La villa de Campeche en una noche serena, y en la que sus habitantes se acostaban tranquilos y muy lejos de sospechar el espantoso suceso que vendría a despertarlos, se vio no sólo amagada, sino también ocupada por numerosos piratas, que al mando del famoso filibustero, Guillermo Parque, lograron introducirse hasta el centro mismo de la indefensa villa, y en la que esparcieron inmediatamente el terror y la confusión.

Para mayor aumento de la algazara y desorden de los dos alcaldes, don Francisco Sánchez el uno y don Pedro de Interián el otro, el primero hallábase en una hacienda, y el segundo sin auxilios prontos refugiose en el convento de San Francisco.

Ni porque el pueblo se encontró sin autoridades, ni por el miedo que siempre infunde la sorpresa dejaron los vecinos de hacer todo cuanto estuvo de su parte por resistir al bien combinado ataque de los filibusteros. No faltó quien avisase a Sánchez, pues la hacienda era de las más cercanas, y a la misma hora se puso en camino; seguíanle algunas personas; dirígense al convento, y uniéndose a Interián y a gran porción de vecinos que deseaban escarmentar a sus enemigos, disponen hacer una resistencia vigorosa.

Ya amanecía. Los piratas estaban saqueando las casas y comiéndolo todo género de barbaridades. Los alcaldes a la cabeza del pueblo irritado se colocan en las esquinas de las calles principales, y a poco comienza una obstinada y sangrienta lucha entre unos y otros. El triunfo era dudoso. Por parte de los piratas un

valor que rayaba en temeridad; por la de los campechanos no menos bazarria y un ardor terrible encendido por el deseo de vengar los ultrajes que estaban sufriendo; de manera que este combate, que refiere nuestra historia duró dos horas, sostenido por ambos lados con igual tenacidad y encarnizamiento. Y quién sabe cuál habría sido la suerte de la villa si un incidente, de aquellos que no son raros en la guerra, no hubiera decidido el éxito de ésta. Guillermo Parque fue gravemente herido; esto introdujo el desmayo, el desorden entre los filibusteros, y dio más brío a los campechanos; redoblaron sus fuerzas y obligaron a los enemigos, dice nuestro historiador, “a que se embarcasen con aceleración, dejando gran parte del robo en tierra”.

Antes de salir descubrieron un secreto: que Juan Venturate les había abierto el camino, y que no querían llevarlo para que castigasen al traidor como merecía... ¡y qué castigo le impusieron! *Con tenazas encendidas fue despedazado.*

Mérida, febrero 20 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 159-160. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 790].

La Biblia y la literatura contemporánea

En los dos siglos anteriores la inmoralidad y la irreligión enseñoreadas de mundo produjeron los funestos acontecimientos que nos refiere la historia; y si la anarquía con todos sus estragos permaneciera hasta hoy, si el genio de Napoleón, reedificando el altar de la Cruz no hubiese dado un célebre testimonio que comprueba la necesidad de la religión para la vida de las sociedades. Este grande hecho no fue sin embargo una obra improvisada; desde la caída del imperio romano ya empezaba a prepararse, el feudalismo ayudó a robustecerlo, y los progresos de la ilustración lo consumaron. Napoleón no ha sido más que el representante de su siglo, y como fue un hombre tan extraordinariamente grande, sus acciones describen toda una época; que acaso no puede juzgarse todavía con imparcialidad y cuyas importantes consecuencias se admirarán en lo sucesivo. Los diferentes sucesos que aislados al parecer se ofrecieron en el curso de muchas edades, sin dejar una huella visible en pos de sí, iban formando la asombrosa transformación que al cabo está viéndose en las ideas, en los escritos y en las costumbres de los hombres. Porque en efecto, los actuales adelantos de que tanto se enorgullecen las naciones existentes de Europa, ni en la parte moral, ni en la científica, ni en la literaria, ni en la material, son el resultado de algunas causas creadas en breve tiempo: paso a paso han ido formándose hasta llegar al rápido movimiento que hoy admiramos.

En medio de este movimiento, la pluma de notables escritores, en armonía con el más notable de los objetos, ha venido a atar la dilatada cadena que une la literatura contemporánea con la antigua y tan célebre de los hebreos, o mejor dicho, ha dado mano a la mitología para dedicarse a la contemplación de verdades altamente poéticas. “Los argumentos de la fábula e historia de las naciones griega y romana —ha dicho don Ángel de Saavedra— son poco propios para nuestra sociedad: de puro manoseados están faltos no menos que de novedad y sustancia”. Chateaubriand, que ha bebido toda su profunda sabiduría en la fuente purísima del cristianismo, es uno de los escritores que más gloria ha dado a la Francia, y que más bien les ha hecho él solo al mundo que todos los filósofos del siglo pasado. Caminando por la misma senda que los personajes del tiempo del Luis XIV, se ha hecho sin duda tan célebre como ellos, y su nombre se conservará con tan gratos recuerdos como los de Bossuet y Racine.

Mas ¿por qué cayó la mitología?, ¿no la immortalizan los poemas de Homero, de Virgilio, las obras del Sófocles y las de Ovidio? La mitología ha perdido su influjo para los poetas, porque estos no pueden dar interés a una absurda mezcla de especies que ni ellos creen, ni el público escucha con agrado. Las producciones, a pesar de esto, de los grandes hombres griegos y latinos, se han estudiado y se estudiarán como modelos, ya de la belleza de las imágenes, de la exactitud de las comparaciones, de la valentía de la expresión, y de otras dotes que no tienen nada qué ver con las frías narraciones mitológicas con que se tropieza en sus escritos; frías para nosotros ahora que conocemos la sublime hermosura de la religión que tan brillante lugar ocupa en los escritos de los literatos que forman la galería contemporánea. Y véase que no es sólo de ahora la gloria adquirida por el ingenio al cantar los hechos del cristianismo. La *Jerusalén* y el *Paraíso perdido* nos lo dicen.

Y ¿por qué la religión ha hecho célebres los nombres de Lamartine, de Lista, de Pesado y de toda esa juventud ardiente que se ha lanzado a la arena en Europa y América conmoviendo

al mundo con la armonía de sus cantos? Esto tan sólo es porque la pluma no ha descrito más que ideas ciertas, bellezas legítimas, aprendidas en la vida de Jesucristo y en sus eternas máximas, que no pueden negar la falsa filosofía que va cayendo afortunadamente en desuso.

Puestos estos antecedentes, vamos a examinar en dónde debe estudiarse el espíritu literario del siglo. Queda probado que la mitología desapareció, y que el cristianismo es un manantial de sólida poesía: ¿en dónde, pues, se estudia el cristianismo? En la gran obra que empieza por el *Génesis* y termina por el *Apocalipsis*, en ese código en que se hallan *el origen del mundo y el anuncio de su fin, la base de todas las ciencias humanas, todos los preceptos políticos desde el gobierno del padre de familias hasta el despotismo, desde la edad pastoril hasta el siglo de la corrupción, todos los preceptos morales aplicables a todos los estados y a todos los accidentes de la vida; finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.*

En este gran libro, pues, se encuentran los mejores, los únicos modelos, y con razón opina San Jerónimo que David nos puede servir por todos los griegos y latinos. Sólo un poeta divinamente inspirado puede expresar con tanta sencillez y sublimidad el pensamiento del poder de Dios:

Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento:
las nubes son tus carros, tus alados
caballos son los vientos:
son fuego abrasador tus mensajeros
y el trueno y torbellino.

Así tradujo fray Luis de León el Salmo CIII que no es menos bello que el CXXXVI que don Tomás Carvajal ha puesto en hermosos versos castellanos de la manera que sigue:

Tristísimas memorias,
Sion, en Babilonia repitiendo

de tus antiguas glorias,
sus ríos van creciendo
con ellos nuestras lágrimas corriendo.
Los órganos suaves
con que imitar supimos la armonía
de las canoras aves,
ya penden noche y día
de rudos sauces en la selva umbría;
donde nuestros tiranos
alegres a cantar nos convidaban,
y duros, inhumanos,
oír aquí pensaban,
los sacros himnos que en Sion sonaban.

En David, en Isaías, en Job se aprende a ser poeta. Lo patético en el uno, lo sublime en el otro, y la maestría en las descripciones en el último son inimitables.

En ningún autor profano —opina Batteux— se halla el sublime que reina en los cánticos sagrados. Si se busca la razón de esto, se verá que es porque los poetas profanos no tenían el mismo fondo en sus asuntos, ni el mismo espíritu que los animase en la composición. Cantaban una religión falsa, un heroísmo mal entendido, combates cuya gloria era quimérica. En los himnos consagrados a la gloria del Dios verdadero se echa de ver, en el fondo mismo del asunto, la verdadera grandeza tomada en su origen: son verdaderas bellezas, verdaderas virtudes las que en ellos se admiran, sentimientos sólidos los que se expresan.

Ningún literato, ningún poeta moderno, ha dejado de manifestar en sus producciones el fin noble de un sentimiento religioso: aun en la descripción de las pasiones, se percibe la majestuosa sombra de un poder al que todo está sujeto, y que gobierna con inflexible justicia desde su eterno trono. El precioso colorido que semejante idea distribuye en todas las impresiones de nuestro corazón se nota aun en las poesías eróticas en que ya no se buscan el nombre fingido de Filis, las odas a sus zapatos, a su perrito, y otras necedades que no son de este tiempo: ahora

se habla de verdaderos sentimientos, se llaman las cosas por sus nombres, y se muestran a los objetos en su tamaño natural. Muchos ejemplos pudieran citar el fin augusto, bello carácter y extraordinaria hermosura con que la religión adorna a las poesías de la época; basten sin embargo las dos siguientes que a propósito se han tomado de la literatura mexicana. Don Guillermo Prieto, en una composición a su esposa, sólo con el auxilio de la sublime religión pudo haberse expresado así:

Tú lloras con mi ternura,
tú ríes con mi ventura,
dulce dueño.
De noche te veo al lado
del ángel idolatrado
de mi sueño.
Tú mi nombre le enseñaste
al hijo mío, y le hablaste,
de su padre.
Reviviendo embellecido
el recuerdo tan sentido
de mi madre.
Cual se dilata mi pecho
cuando yo oculto te acecho
con amor,
y con mi hijo en las rodillas
por mí alzas preces sencillas
al Señor.
Silencioso voy llegando,
te miro y estás llorando
de ternura,
yo te adoro con encanto,
y río vertiendo llanto,
de ventura.

¡Qué bello cuadro! Esto se llama ser poeta.

Don José Joaquín Pesado cuya lira suena con tanta armonía como la de Lamartine, en su linda composición a su amada en la misa de alba, ha colocado estas bellísimas estrofas:

Con esas formas divinas
que acá en la tierra demuestras,
das al que te mira muestras
de la hermosura eternal;
Ya sé lo que vale el alma
que mis sentidos anima,
pues que conoce y estima
el precio de tu beldad.

Si gentil hubieras sido
altares te levantara,
la rodilla te doblara
y fueras mi diosa tú:
Incienso y flores rendido
tributara a tu belleza,
emblemas de tu pureza
y tu fragante virtud.

Hoy eres a estos mis ojos
imagen por excelencia
de la suma inteligencia
pues que cristiano nací:
Espíritu que me guía
en los caminos del mundo
y en el piélago profundo
norte fijo para mí.

En una palabra, para no hacer fastidioso este artículo, y recapitulando todo lo dicho hasta aquí, se advierte como conclusión que en los grandes libros conocidos con los nombres de *Antiguo* y *Nuevo Testamento* se ha de buscar y estudiar el verdadero espíritu de la literatura contemporánea. En ellos aprendieron fray Luis de León, Granada, Bossuet y Racine: sigan sus huellas todos los que amen la sabiduría, porque sólo en la Biblia se encuentra tan inestimable tesoro. Ella preside la historia, enseña a los oradores, es una mina inagotable de poesía, es la norma de las buenas costumbres, y por último, es la tabla segura para salvarse de las terribles tempestades que levantan

en el océano de este mundo las embravecidas olas de las pasiones del hombre.

Mérida, agosto de 1844

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 161-165].

Misterios de una almohada (fragmento histórico)

Después de la trágica muerte del conde de Peñalva, que nuestro historiador se abstuvo de referir porque además de ser para él un hecho contemporáneo, había la circunstancia de la íntima amistad que le ligaba a aquel personaje; después que este suceso empeorando la posición del país, entonces agobiado por el hambre y la peste, no dejaba otro arbitrio a los pobres habitantes de Yucatán que el de lamentarse de su desgraciada suerte, se encargaron del gobierno de la península los alcaldes ordinarios don Juan Jiménez de Rivero y don Fernando de Aguilar y Galeano. La época en que estos dos señores estuvieron en el poder no dejó de participar de los actos turbulentos del antecesor, y así se vio que el alcalde Aguilar y el teniente general *se dieron de patadas y golpes* en una visita de rigurosa etiqueta.

Acaecía todo esto por los años de 1652, y los referidos alcaldes ordinarios ponían en conocimiento del virrey de México, conde de Alvaldista, *el infelice estado en que se hallaba esta tierra*.

Cuando por muerte de los gobernadores quedaba la autoridad en mano de los alcaldes, éstos no sólo en la ciudad sino en las villas, cada uno en su jurisdicción, se encontraban en el pleno goce de las mismas facultades que obtenían los gobernadores.

Era la sazón alcalde del primer voto en la villa de Valladolid Miguel Moreno de Andrade, y por cierto que no debía buscarse en su humilde cuna el apoyo de su representación. Hijo de un mulato y de una india, había sido alcalde, sargento mayor y aun teniente de capitán general varias veces. Bien es que si se atiende

a su honradez, a su buen comportamiento, no será difícil hallar el origen del aprecio de que se había hecho merecedor. Si además se añade que la fortuna le colmó de grandes riquezas, entonces nada habrá que extrañar, porque el dinero siempre ha sido una aristocracia, y sin duda la de más peso en la débil balanza de la ambición humana.

Ocurrió por el mismo tiempo que vacase la encomienda de Chemax, y a la que puso edictos el referido alcalde Moreno. Presentáronse a ella todos los que se juzgaban con derecho, y entre todos la obtuvo don Fernando de Aguilar, alcalde ordinario de Mérida, y en aquellas circunstancias, como queda ya dicho, uno de los depositarios del poder.

No dejó de atraerse muchos enemigos el alcalde de la villa de Valladolid por haber dado la preferencia a Aguilar, sucediendo que como no podía darse más que a uno la encomienda, todos los otros se volvieron enemigos del alcalde que la había proveído y de la persona que la había obtenido. Siempre ha sido la suerte de las cosas lucrativas el que se pelee por ellas con una tenacidad, cuyo origen y principio conocen todos demasiado.

El conde de Alvaladista oyendo los justos clamores del pueblo yucateco, y deseando remediar los graves males que le agobiaban, dispuso que viniera a hacerse cargo interinamente del gobierno don Martín de Robles, caballero de la orden de Santiago, y que en la Nueva España obtuvo los empleos de más alta consideración. Cuando este señor llegó a Mérida se ventilaba con calor el derecho que a la encomienda tenía Aguilar.

Éste, cansado de la tenaz e infundada oposición de sus gratuitos enemigos que rodeando al gobernador habían conseguido ponerlo de su parte, se decidió a marchar a la corte. Hízolo así mientras los aspirantes a la encomienda disputada alcanzaban tal influjo sobre don Martín de Robles que lo impulsaron a ponerse en camino para la Villa con objeto de confundir a Andrade y de reprobar sus procedimientos en tal negociado.

Gran acompañamiento de émulo de Aguilar y de Andrade, gran número de envidiosos, formaban la comitiva del gobernador. La villa de Valladolid, que amaba y distinguía a su alcalde de

primer voto, esperó con ansia el fin de esta peligrosa contienda. El pueblo pacífico no veía en semejante conducta más que un acto en que más obraba el despotismo que la justicia, pero acostumbrado a obedecer y callar, el resultado de esta orgullosa visita que debía creerse iba a echar por tierra las determinaciones de Andrade, sólo habría añadido una ligera prueba a las muchas aglomeraciones de obediencia y de abyección.

Don Martín de Robles fue recibido en Valladolid con aquella magnificencia que se debía al alto destino que desempeñaba. Muy de notar se hizo, sin embargo, que al salir el Ayuntamiento a cumplimentar al gobernador faltase Miguel Moreno de Andrade, persona que por su empleo y por las circunstancias críticas en que se veía, debiera ser el primero en tratar con cortesanía y aun con sumisión al que venía con el carácter de su juez. Así fue que sus adversarios dando a éste paso el colorido, que cuadraba a sus miras, pretendían probar que no tenía otro origen que el de un orgullo punible que rayaba ya en desprecio a la primera autoridad de la península. Procuraban con esto infundir en el corazón de don Martín de Robles nuevos motivos de animosidad y de encono para que si no la justicia, el odio y la venganza inspiraran la resolución que apetecían.

Andrade pensaba de otra manera, y se propuso parar el golpe con armas más seguras que las que manejaban sus contrarios.

El primer día lo pasó el gobernador entre el fastidio de importunas visitas, de bajas adulaciones y de todas esas molestias con que el prestigio del poder en aquellos tiempos era indispensablemente abrumado. Pero en todo ese día el alcalde Andrade no mandó preguntar siquiera por la salud del personaje recién llegado: él era de bajo nacimiento y bajas y humildes debían ser también sus relaciones. Con uno de los sirvientes más inmediatos a don Martín de Robles se puso en relación, y le suplicó que a la noche le esperase en sitio donde no fuesen observados. Ofreciósele el honrado mozo porque las palabras de Andrade venían acompañadas de un regalillo que ciertamente no era despreciable.

A la noche, en efecto, Moreno de Andrade entregó al paje una almohada con encargo especial de que la colocase en la

cama del gobernador, el que reclinaria sobre ella su cabeza. Encargó al mozo que cuando se recostase le dijera que esa almohada se la había mandado Miguel Moreno, su más humilde servidor, y que al siguiente día tendría el gusto de ponerse personalmente a sus órdenes. La almohada se colocó y no se omitió tampoco el cumplimento que queda referido. Cuáles fueron los pensamientos que asaltaron al gobernador al recostarse sobre el mueble soporífero que le había remitido Andrade, sería materia digna de saberse, pero la historia en este punto no ha querido transmitirnos cosa alguna. Lo cierto fue que don Martín de Robles no durmió como un prebendado, durmió mejor, pues con el cansancio de la caminata el cuerpo pedía reposo y con el muelle lecho que le preparó Andrade, hasta el espíritu encontró la necesaria tranquilidad para disfrutar de un sueño verdaderamente consolador.

Al otro día los que no soñaban más que en el terrible ataque que iba a sufrir el alcalde de la villa, los que conociendo las intenciones del gobernador, intenciones que ellos mismo habían formado y fomentado, no deseaban más que el momento de la venganza, se levantaron inquietos para presenciarla. Don Martín de Robles dio orden de que nadie le interrumpiese ni hablase, y que hasta que tuviese a bien salir le aguardasen en la pieza inmediata. Allí se reunieron todos los miembros del ayuntamiento, todos los aduladores de la extensa comitiva, todos los vecinos notables de la villa y lo que llamaba más la atención allí que estaba también Miguel Moreno de Andrade. Quien le veía con el más alto desprecio, quien se reía al mirar su circunspección, quien se burlaba de su suerte y en los corrillos se cruzaban las chanzas pesadas y las palabras picantes. Dios sabe en lo que hubiera parado tanta inquietud, tanta charla ridícula, si abriéndose una puerta no se hubiera dejado ver el señor gobernador.

Se miraban las caras unos a otros y nadie se atrevía a ser el primero en dirigirle la palabra. Andrade con más resolución, con esa energía que infunde la conciencia del buen proceder, se adelantó, díjole quién era, y con los ofrecimientos más francos y sinceros le presentó su amistad y su respeto. Entonces don Mar-

tín de Robles abriéndole los brazos lo recibió con las muestras más distinguidas de aprecio. Cuál haya sido la sorpresa, cuál la confusión de los que esperaban del gobernador otro manejo, no es fácil describirlo. Sin acertar conocer los motivos que para ello tuviese, nadie aventuraba un juicio; todos querían ver en qué paraba tan sorprendente escena. Subía de punto la admiración cuando por boca del mismo Robles supieron que le nombraba su teniente. ¿A qué atribuir, pues, una conducta opuesta al plan que se había propuesto? Tal era la duda que asaltaba todos los ánimos y que cada uno guardaba en silencio.

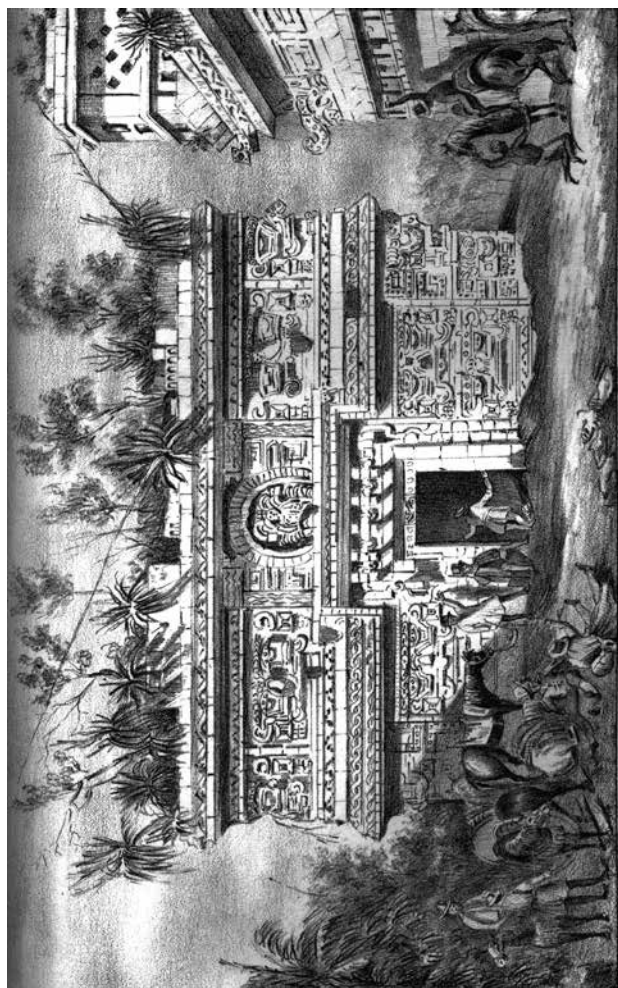
Tiempo es de que los lectores conozcan las causas que tenía para obrar de semejante manera. La almohada que Andrade le remitió produjo esa transformación en sus pensamientos, en sus ideas: ¿qué contenía la misteriosa almohada que con tanta energía cambió su odiosidad en particular afecto? La historia nos refiere que no estaba embutida de algodón ni de otras materias que por su suavidad se encogen para llenar las almohadas: contenía otra sustancia más sólida en sí, pero capaz de ablandar el carácter más duro: contenía *tres mil pesos*. Por eso en el semblante de Robles desde que salió de su alcoba se notaba esa satisfacción, esa alegría dimanada de los más gratos ensueños quizá inspirados por su metálica almohada.

El hecho para esta época no necesita comentarios. Acostumbrados los hombres a prosternarse miserablemente ante el oro y las riquezas en este siglo que se ha llamado *positivo* por no llamarse *ambicioso* y *egoísta*, el procedimiento del gobernador será aplaudido. También lo fue entonces, y hasta Aguilar trajo de la corte la aprobación de lo hecho por el alcalde de la villa de Valladolid. Tal ha sido siempre el influjo del dinero, influjo que ha crecido hoy hasta el grado de ser la primera aristocracia; de modo que si Andrade a pesar de su bajo nacimiento consiguió con sus pesos fuertes evitar el golpe que iba a darse a sus resoluciones, hoy aunque si hubiese nacido en el suelo, en el lodo, en la oscuridad, en medio de la más degradante corrupción, todo quedará cubierto, todo purificado, si después la caprichosa fortuna nos concede el oro suficiente para obsequiar con alguna

almohada a nuestros adversarios. La riqueza proporciona colocarse en los más elevados escalones de los honores y los empleos, proporciona amigos... amigos del interés vil y mezquino, amistad rastrera, hipócrita y que profana tan santo nombre, tan sagrados vínculos; pero que por desgracia acaso es la única posible en los degradados círculos de la sociedad actual que se precia de ilustrada y de filantrópica.

Mérida, 12 de abril de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 276-280].



Temple de la Vierge. c. de Chichén Itzá.

P. Costa

Mayas chichén itzá.

Ruinas de Chichén. Las Monjas

Con este nombre se conoce en las ruinas de Chichén un edificio que representa en parte la adjunta litografía. Aunque todo lo que allí existe pertenece a esa arquitectura indiana, que también han descrito los más célebres viajeros, no hay que dudar que en las ruinas de Chichén se encuentra algo más que admirar. Mucho más antiguas que las de Uxmal, conservan todavía a pesar de lo que han destruido los siglos y la vegetación tropical, un aspecto de imponente grandeza y de humillación melancólica al mismo tiempo. Este doble lado que descubre el orgullo del hombre para elevar esos grandes monumentos, y después su ineficacia para sostenerlos, ha dado basta materia para reflexiones profundas al historiador y al filósofo. Y en efecto, contemplar el silencio que reina entre los mismos edificios que levantaron los ricos habitantes de una opulenta ciudad, observar en ella templos, palacios, teatros y estos solitarios desiertos, ¿no da motivo a pensar que todo es en este mundo *vanidad de vanidades*?

La lámina la hemos tomado del interés de la obra de *monsieur* Stephens, tantas veces citada, y este viajero al describir lo que recorrió en Chichén, dice del edificio de las monjas lo que enseña voy a copiar:

Dejando este edificio y siguiendo el paso indicado en el mapa, a 150 yardas de distancia al oeste, se llega a una albarrada moderna que divide el corral de ganado de la hacienda; del otro lado de la albarrada aparece de entre los árboles mezclado con otros dos edi-

ficios, la fachada de uno de los extremos de un largo y majestuoso edificio llamado, como uno de los principales de Uxmal, *las monjas*. Es notable por el buen estado de conservación en que se halla, y por la riqueza y hermosura de sus adornos, como se representa en el grabado del frente. La vista abraza la esquina de un edificio que le queda a la derecha a corta distancia llamada *la iglesia*. El alto de esta fachada es de veinticinco pies, y el ancho de treinta y cinco. Tiene dos cornisas de gusto y de un trabajo exquisito. Sobre la puerta hay veinte pequeños grupos de jeroglíficos en cuatro líneas, esto es, cinco en cada una, ligeramente representados en el grabado. Para dar lugar a estos jeroglíficos, se levantó más la cornisa inferior. Sobre ello se despiden fuera de la pared y en hileras seis hermosos ornamentos curvos parecidos a la trompa de un elefante, y en el centro del espacio superior sobre la puerta hay un nicho circular e irregular en el que aún existen los restos de una figura sentada con la cabeza adornada con plumaje. Los demás ornamentos son de aquella estampa distintiva que caracteriza las antiguas ciudades americanas, y diferentes de los otros pueblos con que estará familiarizado el lector. Las plantas y arbustos tropicales que crecen en sus azoteas y que cuando llegamos colgaban sobre la cornisa y formaban otro adorno, añadían mucho al efecto pintoresco de esta elegante fachada.

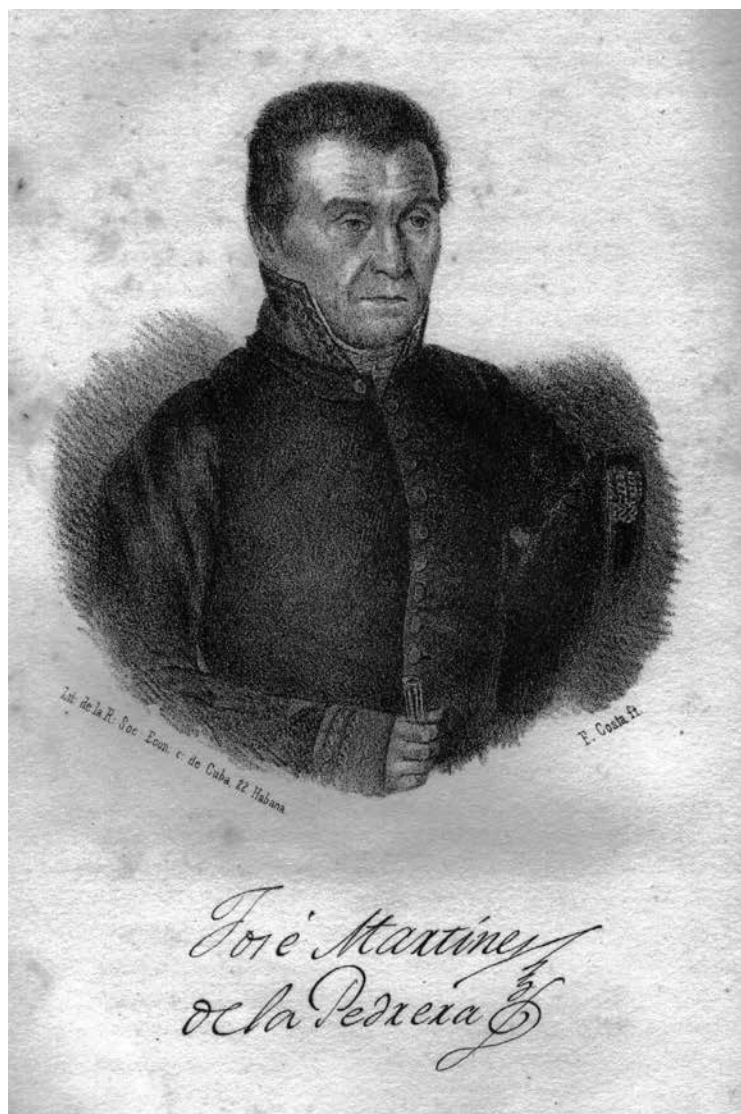
Después de leer esta breve descripción en que una pluma tan inteligente no ha escaseado los elogios que merece la obra del edificio de que tratamos, es digno de meditar que en esos mismos sitios en que la bulliciosa corte se reunía llena de soberbia, hoy se ve en los corrales de una hacienda y los toros y caballos que pisan las estatuas y los jeroglíficos, que demuestran la muda historia de un gran pueblo. Esos árboles que han contribuido a destruir sus opulentas habitaciones, esas aves que vienen a posar sobre sus ramas y cantar tristemente, ese oscuro velo con que al parecer aquellos lugares venerables se cubren por las noches, esos siniestros ruidos que el eco de los bosques, deja escuchar entre el graznido fúnebre de algunos pájaros que sólo habitan entre ruinas o en cementerios, todo esto, unido a alguna espantosa tradición, he aquí por qué tales puntos deben verse siempre con admiración y con respeto.

Son tan notables las ruinas de Chichén, que sin duda por eso asegura el viajero de quien hemos tomado el párrafo anterior, que su descripción es un *trabajo impropio, difícil*. Chichén, que como ciudad populosa, según un manuscrito maya existía trescientos sesenta años antes que Jesucristo, Chichén que no se sabe ni quiénes lo poblaron, ni como perecieron; Chichén que fue uno de los primeros lugares donde llegaron los españoles y lo escogieron para fortificarse; Chichén que a pesar de estar despoblado, por dicho de los naturales, todavía en la distribución que por merced real hizo el adelantado, el menor número, según el testimonio de Herrera, que cupo a cada español fue el de dos mil indios, es un punto de partida, es la más fecunda mina de la historia del país, y en Chichén por último, las excavaciones y el examen científico, darían los más prósperos resultados.

Cuando la patria pueda dirigir su vista a otros objetos más gratos, pero ni tan grandes, ni tan importantes como los que hoy llaman su atención, cuando la paz que deseo sinceramente derrame sus beneficios sobre el suelo privilegiado de toda la América, que hoy vacila con los pasos débiles de su primera edad, entonces se desenterrarán los ocultos secretos de su historia anterior a la conquista. Allí está cerrada en los sepulcros y entre sus ruinas, de suerte que puede asegurarse que bajo sus capas de tierra y piedra no sólo se hallan en el mundo de Colón minas de oro y de plata: se halla también una historia, y si no la ha explotado hasta ahora la ambición, la verdadera gloria la hará aparecer algún día.

Mérida, abril 28 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 298-300].



Don José Martínez de la Pedrera

Entre los hombres notables que ha habido en Yucatán, ocupa un lugar muy distinguido el señor don José Martínez de la Pedrera. Nació en la célebre ciudad de Oviedo, capital de Asturias y cuna de la monarquía española, el día 27 de febrero de 1767. Sus padres descubrieron desde temprano las felices exposiciones que se propusieron cultivar con buen éxito. Comenzó allí sus primeros estudios, en lo que advertidos sus rápidos progresos, fue enviado a la universidad de Sevilla. Entonces fue cuando con una aplicación constante, apoyado en un talento grande, Pedrera llegó a ser entre sus compañeros de colegio el alumno más apreciado por sus luces, así de los maestros como de sus discípulos. Dedicose al estudio de la legislación, y fue recibido de abogado en la audiencia de Sevilla en el año de 1795. Incorporado en los reales consejos, se vino a la isla de Cuba, en donde el intendente de la Habana le confirió la asesoría de hacienda de Bayamo, y poco después la subdelegación. Sirvió estos empleos y la vasta comisión de los realengos del *Horno* hasta el año de 1801 en que el intendente de la Luisiana, conociendo sus luces, le llamó cerca de sí. Este jefe le empleó desde luego en los primeros negocios gubernativos y judiciales de hacienda. En 1802 fue nombrado asesor del ayuntamiento hispano-francés de Nueva Orleáns, cuyo encargo sirvió hasta fines de 1803 en que aquella provincia fue entregada a la Francia.

Emigró Pedrera para Campeche, y el rey con presencia de sus servicios le confirió el año 1804 la auditoría de marina de esta península, cuyo empleo desempeñó a satisfacción de sus jefes hasta que en 1810 abolió la junta central el tribunal mencionado.

Entonces fue cuando Pedrera vino para esta capital a acusar al emisario Nordingh de Witt y todo lo que hizo en tan ruidosa causa está ya publicado en nuestro periódico titulado *Museo Yucateco*, en donde puede verse lo que trabajó Pedrera en tan espinoso negocio. Se trataba de salvar la causa nacional de España, y el abogado asturiano mostró una energía y una firmeza tales que no desmintieron el admirable valor que se registra en la historia antigua de sus compatriotas.

A fines de 1810 se le confió la asesoría general del juzgado de indios de Yucatán, y la sirvió hasta 1813 en que salió con el carácter de diputado a las Cortes de España por esta península.

En 1816 fue repuesto en la asesoría, que sirvió hasta mediados de 1818, en que el rey le nombró para el mismo destino en la intendencia de esta capital.

A principios de 1819 recibió el señor Pedrera los despachos de asesor de la presidencia de Guatemala con funciones de auditor de guerra, hasta que la ley del 9 de octubre abolió el empleo de asesor, y la auditoria se proveyó en otro.

Tal es la rápida reseña de los servicios del licenciado don José Martínez de la Pedrera. Para escribir la biografía que merece tan célebre abogado se necesitaría más tiempo del que yo puedo disponer, y una vasta instrucción para estudiar en sus escritos el espíritu de este grande hombre.

Su laboriosidad fue suma, tanto en los graves asuntos que se le ofrecieron en su carrera, como en la parte que tomó en las diversas cuestiones políticas que en su tiempo se presentaron. Su pluma siempre elocuente, siempre consagrada a defender la causa de la ilustración y de la libertad se hizo notar por su corrección, por su energía y por la gran copia de conocimientos que poseía. Escribió multitud de opúsculos que hoy conservo en mi poder, y que a algunos de ellos el rey se sirvió oírlos con *mucho agrado*, según aparece por varias reales órdenes que también tengo a la vista.

En cuantos lugares estuvo este hábil abogado, se le vio siempre procurar la conclusión de las causas que venían a sus manos, y que la administración de justicia fuese pronta y recta. Pruebas dio de ello, y con muy honoríficas certificaciones pudiera mani-

festarse esta verdad; pero sería alargar demasiado el artículo que sólo me propuse fuese una breve reseña de sus importantes servicios. Sólo a un hombre de su laboriosidad se debió, cuando el brigadier don Manuel Artazo tomó las riendas del gobierno por promoción del señor Pérez al virreinato de Santa Fe, el establecimiento de una audiencia pública los lunes, miércoles y viernes de cada semana, para oír y determinar las demandas de menor cuantía de los indios.

No debe concluirse esta noticia sin darse una corta muestra del estilo del señor licenciado Pedrera. Hemos tomado entre todos los opúsculos que él escribió, el primero que se nos ha venido a las manos. Véase cómo empieza su proclama a los asturianos:

El grito de vuestra indignación resonó en las lejanas regiones del occidente; vuestro heroico nombre voló en las alas de la fama hasta las playas de las Californias. El nuevo mundo español, que ayer preparaba el manto fúnebre por las agonías de la madre patria, hoy respira un aire vivificador; y confiado en vuestra noble intrepidez, se promete el triunfo más glorioso sobre las armas del gran tirano.

Asturianos: ya se resolvió el problema seductor que las plumas francesas hicieron circular por vuestro suelo. Nada hay ya que temer de aquel soldado hijo de la fortuna, que debió las primeras victorias de Italia a su desesperada evasión de una muerte afrentosa; ningún terror debe inspirar las amenazas de un aventurero, que levantó el trono del despotismo sobre la afeminación de los pueblos y la corrupción de los gabinetes. Todo, todo se debe esperar de una nación valerosa que inflamada de entusiasmo católico, digno de los descendientes del gran Pelayo, se levantó en masa para defender los derechos más sagrados de la religión, de la corona y de la libertad de la patria.

Tal era la pluma del señor Pedrera, pues el párrafo anterior, que no se ha buscado a propósito, sin duda no es el más notable de sus escritos.

Se acompaña a este artículo su retrato, que se ha tomado de uno exactísimo que conserva aquí su familia. Los redactores del *Registro* tienen la satisfacción de que en las páginas de su periódico

dico se haga una memoria, sino con la minuciosidad que merece la fama de este célebre jurisconsulto, a lo menos sin omitir ninguno de los pasos de su brillante carrera. Murió en esta capital el 11 de julio de 1826.

Mérida, mayo 31 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 353-356].

Fray Estanislao Carrillo

La muerte de los hombres que han pasado su vida consagrada a la de sus semejantes, es una muerte que por más que se pretende explicar el profundo dolor que grava en el alma, jamás podrá conseguirse, pues hay sentimientos para los que son ineficaces, son débiles las palabras de todas las lenguas. Tal considero yo la pérdida del señor Carrillo. En aquel semblante, siempre apacible, se leía la nobleza de su espíritu, y en su mirada viva y penetrante la hermosa luz de un talento claro que hacía aparecer en toda su magnitud la modestia sencilla, la humildad natural que en él rechazaban aun la sombra de la vanidad y del orgullo. No había más que verlo para persuadirse que en su corazón abrigaba sentimientos nobles, esos sentimientos que se manifestaban claramente en todas sus acciones. Por eso la corta vida del apreciable franciscano no fue más que un continuo afán para aliviar las desgracias que afligían a sus semejantes. Los observaba, estudiaba las enfermedades del cuerpo para unir sus observaciones a las de los autores de medicina; y a las del alma aplicaba los eficaces remedios de la alta misión que tenía sobre la tierra. Sacerdote humilde, con un conocimiento profundo del corazón humano, nunca se le vio con hipócrita circunspección despreciar al hombre, por más criminal que fuese: sabiendo la verdadera doctrina del Evangelio, cualquiera encontraba abiertos sus brazos, a cualquiera conducía gustoso por el sendero de los divinos preceptos del cristianismo; y entonces el padre Carrillo se regocijaba de haber cumplido con uno de sus más altos deberes.

Era tan bueno y fiel amigo que no hubiera temido sacrificarse por servir a quien estuviese ligado con tan sagrados vínculos;

pero el inminente riesgo en que se vio su vida, en medio de la lucha de los partidos le hizo aborrecer la política; y olvidada la historia presente, se dedicó con el mayor empeño al estudio de las antigüedades. La dolorosa experiencia recogida en los hechos contemporáneos lo hizo refugiarse en las ruinas para sustituir en su espíritu a las penas con que le había agobiado el grato recuerdo de la antigua grandeza de nuestro país. No podía el señor Carrillo elegir una materia ni más amena, ni más rica; y uniendo a su dedicación un talento analizador, la historia antigua, la historia anterior a la conquista, le confió muchos de sus secretos.

Monsieur Stephens, que se regocijaba tanto de ser su amigo, que llena varias páginas de su obra en hacer su elogio, y que dice que muchas de las noticias que publica, las debe a este amable sacerdote; *monsieur* Stephens, que al enviarle el diploma de miembro honorario de la sociedad histórica de Nueva York, no creyó sino que era una débil demostración de aprecio al que las merecía más altas por sus conocimientos; *monsieur* Stephens ha fijado en las páginas de su libro inmortal la fama de nuestro compatriota.

No he pensado al tomar la pluma escribir su biografía: para eso sería necesario más extensión, más datos; quizá la escriba algún día; hoy sólo diré que su vida estuvo reducida a hacer todo el bien que pudo; vida de amor a sus semejantes, de verdadero cristiano que sigue la senda que dejó señalada el que por amor a los hombres se resignó a sufrir las terribles escenas del Calvario.

El señor Carrillo ha muerto el 21 del próximo pasado, a los 48 años de su edad... *la suerte ha sido injusta con nosotros que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!*

Mérida, 1º de junio de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 360-361].

Don Juan de Vargas

Si la historia en general es una materia a la par que importante, útil y necesaria para los que desean entrever en las referencias de lo pasado, la imagen de lo presente y las esperanzas de lo venidero, es sin duda más interesante cuando desenvolviendo los acontecimientos del país en que se ha nacido, deja satisfecho un buen deseo del corazón, y adorna el espíritu con las galas que más lo embellecen. Porque, en efecto, el estudio de los sucesos del lugar en que se ha visto la primera luz no debe abandonarse jamás, o más bien, es una obligación imprescindible poner cuantos medios estén a nuestro alcance, así para conocerlos como para meditar sus resultados. De ese conocimiento y de esta meditación, emana aquella profunda filosofía, que como una inagotable fuente pasa recogiendo entre la vida de los hombres la virtud y el vicio; y a las orillas de esa misma fuente, que contempla silencioso el imparcial historiador, toma la pluma; da a su sencillo relato el acento propio del murmurio de las turbias o cristalinas aguas que mira, y ofrece la moral infiltrada en las diversas partes del cuerpo de su narración. Grande como es bajo este aspecto la utilidad de la historia, presenta al mundo todos los eslabones de la larguísima cadena de hechos tan variados, cuyos anillos van aumentándose cada día, y se hallan tan misteriosamente enlazados entre sí, que la inteligencia humana no será capaz de separarlos. Desde las naciones más opulentas hasta los pueblos más pequeños, se ve que han contribuido, con mucho o con poco, para la formación de esa asombrosa cadena; y persuadido como estoy de una verdad tan clara, no creo que pueda verse con indi-

ferencia o desprecio lo que haya ocurrido en cualquier lugar por pobre y mezquino que se le suponga. Yucatán, por tantos títulos digno de admiración, cuando se fijan los ojos en la oscurecida época anterior a la conquista, época de la que aun hoy tenemos magníficos monumentos que nos revelan una raza noble, ilustrada y poderosa, Yucatán, que si fuera posible escoger, no hubiera tomado por patria otro lugar, me es tan caro que ni es ésta la primera vez que hablo de su historia, ni será tampoco la última. Quisiera poder escribirla íntegra, pero este trabajo además de exigir gran acopio de materiales, ya imposible de reunir, requiere de un talento profundo y analizador, aquel vasto *sapere* de Horacio, con el que yo ni siquiera me he supuesto nunca. Mas ya que otras ocasiones he publicado algunos fragmentos, he creído ahora que merece también un recuerdo el gobierno de don Juan de Vargas, de que paso a ocuparme.

Este caballero, hijo de don Alonso de Vargas, célebre general “muy ejercitado”, según expresión de Mariana, “en las guerras de Flandes”, fue recibido como gobernador de esta ciudad el 15 de septiembre de 1628. El país por este tiempo se veía agobiado de infinitos males: había llovido tantísimo que muchos animales se ahogaron, y todas las sementeras se perdieron. Sobrevino, pues, una escasez de alimentos que las gentes pobres se morían de hambre. Tales desgracias no las atribuían aquellos buenos hombres sino a un terrible castigo del cielo; entonces se creía así; hoy si sucediera pensaríamos de otro modo, porque la ilustración del siglo, que aplica a cuanto ocurre en la indagación metafísica, no sufre que se hable de una autoridad sobrenatural y divina que castiga los crímenes de las sociedades. El poder de Dios es tan sublime, que bate demasiado el orgullo humano, y si volviera a él la cara, descubriría su debilidad y su impotencia. Pero como a ese estado de angustia y de miseria había precedido la fatídica profecía del padre Francisco de Contreras, de la compañía de Jesús, que, en un sermón, anunció que esos graves infortunios iban a caer sobre esta tierra, los humildes creyentes temblaban, y apenas podían, en medio de su confusión y de sus zozobras, dirigir al cielo sus fervientes plegarias.

Mientras en el interior de Yucatán se gemía bajo el duro peso de tan crueles calamidades, sus costas amagadas constantemente por los piratas, no dejaban paso a los frutos de su languidecida industria. Su Majestad el rey don Felipe IV, queriendo aliviar en parte la ansiedad de sus buenos vasallos, dispuso hacer una unión de todas las provincias para el sostenimiento de buques de guerra, a lo que deberían ellas contribuir, interesadas, como lo estaban, en su propia defensa. El ayuntamiento de Mérida recibió carta del rey, e inmediatamente dispuso auxiliar con la cantidad de siete mil pesos cada año, hasta cumplir los quince que debía durar la unión. Era éste un esfuerzo noble, debido sólo al vasto poder de las municipalidades en aquella época. Se impusieron derechos al cacao, al vino, al aceite, a todos los géneros de exportación e importación, y con estos arbitrios se cubría la suma referida. El ayuntamiento pidió tener a su cargo el manejo de estas imposiciones, y el rey se lo concedió con agrado.

Estas contribuciones, si bien útiles y aun precisas entonces, aumentaban la fatiga y las escaseces de estos habitantes. La sufrían, sin embargo, con una conformidad admirable, y a pesar de ellas, el país no hubiera dejado de progresar, si por otros medios más criminales, cuanto de más alto origen, no se hubiese atajado su marcha. Algunos de los gobernadores anteriores, con títulos de *jueces de granas*, habían puesto en los pueblos agentes que oprimían y negociaban con escándalo y con perjuicio de los naturales; pero como reales cédulas muy precisas y terminantes habían prohibido la existencia de tales *jueces*, *corregidores* o *alcaldes mayores*, que con todas estas denominaciones se les conocían, a don Juan de Vargas, no menos ambicioso que sus antecesores, le ocurrió llamarlos *capitanes a guerra*, variando con esto el nombre y dejando vigente la institución.

Los mismos que antes con energía y firmeza habían reclamado esos abusos, que en vano intentaban encubrirse bajo el velo de la autoridad, no tuvieron embarazo en clamar de nuevo tan pronto como se hicieron patentes las miras interesadas de Vargas. Cúpole la suerte de quejarse primero a don Diego García de Montalvo, que bastante rico por sus encomiendas, sufrió, con preferencia

a otros, los golpes más recios. Dirigióse a don Melchor López de Haro, procurador general de los indios de la Nueva España y vecino de México, quien en la real audiencia de esa ciudad manifestó los males que don Juan de Vargas causaba a Yucatán, por no dar cumplimiento a lo dispuesto en las reales cédulas que le marcaban la norma de sus procedimientos. La audiencia, justamente irritada con las infracciones de que se acusaba al gobernador, proveyó un auto en que, bajo las más severas penas se disponía que cesasen en sus funciones los *capitanes a guerra*, y que con ninguno otro nombre se pusiesen en los pueblos opresores de los naturales. A don Juan de Vargas, a quien exaltó en extremo esta resolución, no le hizo variar, sin embargo, de propósito; al contrario, más tenaz en su plan continuó como si no existiese semejante auto, y asegurando que iba a informar al rey de la necesidad que había de esos *capitanes*, y que mientras él y su real consejo de las indias no los mandasen quitar, habían de permanecer y los sostendría a todo trance.

Como en este primer paso dado contra los avances del gobernador, había muchas personas comprometidas, y como él con su resistencia a obedecer lo mandado, en el auto se atrajo más enemigos, no era extraño que por cualquier parte no encontrase sino quienes buscaban también la ocasión de darle nuevos motivos de reyertas y disgustos. Así sucedió que tratando de hacer una visita a la real caja, aunque a la verdad esto no estaba en el círculo de sus atribuciones, el tesorero Juan de Zenoz y el contador Juan Ortiz entraron en explicaciones, las que no siendo conformes ni al orgullo, ni al humor irritable de Vargas, hubo aquello de insultos, y hay fidedignas tradiciones de que llegaron hasta darse tremendos golpes en la misma oficina y delante de muchas personas. Lo cierto fue que Ortiz y Zenoz, presos del orden del gobernador, fueron enviados a España.

Este hecho, el más culminante en la vida política de Vargas, acreció el número de sus adversarios, y le colocó en esa posición peligrosa desde la que sus más pequeñas medidas serían vigiladas por la audiencia de México y se daría noticia al rey de cuanto hiciese. La audiencia desobedecida recibía cada día nuevas acusa-

ciones. Antes de marcharse el tesorero y el contador, le remitieron una exposición bien fundada, en la que haciendo un breve relato de las tropelías cometidas en sus personas, ofrecían afianzar, en prueba de que nada era calumnia, los gastos de un oidor que viniese al examen y averiguación de tan degradada conducta, y anunciaban que un vecino de esta ciudad, también muy agraviado, iba a ofrecer igual fianza. En efecto, don Martín Jiménez de Palacios, por conducto del mismo señor Haro procurador general de indios, presentó a la audiencia su queja; y tanto la del tesorero, como la del contador y la de Jiménez, oído el parecer fiscal, se declaró que debían ser atendidas, e inmediatamente se acordó el nombramiento de un oidor que viniese a Yucatán a poner coto a la desenfrenada ambición de don Juan de Vargas.

Cuando se supo en esta ciudad lo que había resuelto la audiencia, el gobernador reunió al ayuntamiento para participarle que tales providencias, que él no podía ver con indiferencia, le obligaban a mandar a México, con poderes bastantes, a su teniente general don Gabriel de Prado, hábil abogado, para que atajase la venida del oidor que Vargas de todas maneras quería evitar. El cabildo, a pesar de la dignidad con que defendía los intereses del país, a pesar de que conocía demasiado los tortuosos procedimientos del acusado, no se atrevió esta vez a oponerse a su voluntad, y aun de la historia consta que tuvo una mayoría en favor. Llámese esto respeto, miedo o punible deferencia; la verdad es que así pasó. Pero cuanto pensaba Vargas era ya inútil: la audiencia no se dormía, y don Íñigo Argüello Carvajal, caballero de la orden de Calatrava y oidor de aquella real audiencia, nombrado para la delicada comisión de venir a este país, se puso prontamente en camino.

Llega a Campeche; lo participa al ayuntamiento de Mérida, y éste, antes de acuerdo con Vargas, dispone que se salga a recibirlo en nombre suyo, y se le considere con el respeto que exige su delicada misión. Cuatro regidores fueron de la opinión del gobernador sobre que se instase de los autos, provisiones y comisiones que el oidor traía, y que mientras Su Majestad y su Real Consejo de Indias no determinasen, se suspendiese toda otra resolución.

Don Juan de Vargas presentó mil obstáculos a los pasos de oidor y alegó razones, algunas de mucha consideración, contra la medida tomada por la audiencia. Decía que la facultad de enviar jueces pesquisidores o de residencia y capítulos, como el oidor de que se trata, pertenecía exclusivamente al rey y a su real consejo cuando se trataba de gobernadores y capitanes generales provistos por su majestad como él lo era. Decía también que en su favor se le dio cédula real para que la audiencia no *lo syndique ni residencie, sino fuere en caso tan grave que notablemente padezca la justicia y gobierno*. Decía más: que en favor de don Diego Santillán, gobernador que había sido el año 1571, había una cédula en que se prevenía a la audiencia de México que no mande *jueces de residencia, ni suspenda ni quite los que fueren nombrados por su majestad*. Alegaba aun que siendo capitán general, *con título particular*, despachado por la junta de guerra, las causas que contra él se hacían valer eran precisamente de las que pertenecía a las providencias militares. Instaba además diciendo que si en la época del mariscal don Carlos de Luna y Arellano había venido oidor a investigar sus actos, esto era porque no tenía título de capitán general. Otras muchas razones expuso don Juan de Vargas, que vistas imparcialmente no eran despreciables ni por su solidez ni por el calor con que fueron expresadas; pero don Íñigo de Argüello, sin hacer gran mérito de todo lo dicho, y oyendo a su conciencia y a varias honradas personas que juiciosamente hablaban mal del gobierno de Vargas, empezó a dar los pasos necesarios para el exacto cumplimiento de su comisión.

Entonces fue cuando el capitán general creyéndose altamente ofendido, puso en la fuerza de las armas la esperanza de vencer al oidor en esta escandalosa lucha. El visitador no se acobarda, prosigue firme su marcha comenzada y sin embargo de las amenazas de Vargas, él cumple con las obligaciones que traía. Mas ya cansado de reclamos y amonestaciones el capitán general, notifica al oidor que salga de la ciudad en tres días y de la península en quince, y que de no hacerlo así procedería seriamente contra él. Las cuestiones se agriaban más cada día; se cumple el plazo de la notificación; Vargas hace formar la tropa y sacar los cañones a

la plaza; Argüello se refugia asustado en el convento grande de San Francisco; los vecinos de Mérida se sobrecogen de terror, todo es confusión y desorden, y Dios sabe en lo que hubiera parado tan desagradable contienda, si metiendo la mano el señor obispo don fray Gonzalo de Salazar no hubiese parado los golpes del capitán general.

El obispo tenía en su poder una real cédula en que se le daba la facultad de tomar parte en el cumplimiento de las providencias dictadas por el virreinato, como era precisamente la que ocurría en aquel caso, la publicación de esta cédula tuvo un efecto admirable, y la autoridad eclesiástica con todo su poderoso prestigio, vino en auxilio del oidor, y puede asegurarse que sin ella no hubiera podido proceder contra el gobernador de la manera que lo hizo. Al visitador por sí fue tal el miedo que le sobrecogió a la vista de las fuerzas militares que Vargas tenía a su disposición, que mandó se sobreseyese en la causa y dio cuenta de todo lo que le pasaba en la audiencia de que era miembro. En el convento de San Francisco se creía al abrigo de cualquier ataque contra su persona; mas cuando Vargas, sin desmayar en sus fuertes medidas, abocó los cañones al respetable lugar en que Argüello estaba, el ilustrísimo señor Salazar, presentándose a su favor, no hizo más que obsequiar las órdenes que tenía, y librar a Mérida de mayores escándalos.

El edicto que con tal motivo hizo fijar en los lugares públicos, leer en la catedral y en las iglesias de las villas y pueblos de la provincia, se reducía a que se diese obediencia al oidor, “so pena de excomuniación mayor” *latae sententiae una pro trina canonica monitione praemissa ipso facto incurrenda*, y de una multa al capitán general, a su teniente y a las personas que siguiesen sus banderas.

Con este recurso se calmó la inquietud de la ciudad y aun el mismo capitán general viendo que sus partidarios se disminuían cada día, o quizá teniendo como todos, los graves castigos de la iglesia para los que *directe* o *indirecte* se inclinasen a desobedecer al visitador, tuvo que permitir que continuase en la delicada práctica de su encargo.

Tan grande así era el poder de las excomuniones¹ en aquella época. Las armas huían ante su voz: hoy huirían ellas con sola su presencia. De cualquier manera, la autoridad de un pastor tan digno de aprecio y de respeto como el señor don fray Gonzalo de Salazar, debía producir una viva conmoción en el ánimo de sus ovejas. Y la produjo rápidamente. El visitador se encontró con entera libertad de obrar. Quitó inmediatamente los *capitanes a guerra*, y probada la injusta pretensión que de sostenerlos tenía Vargas, fue condenado a una cuantiosa multa. Y por haber desobedecido a don Íñigo y haber procedido con él de la manera que lo hizo, se le sentenció a ir preso para México, reformó el oidor los aranceles, encargó el gobierno a los alcaldes, y salió con su prisionero en el mes de marzo de 1631, habiendo sido don Juan de Vargas cerca de tres años gobernador y capitán general de Yucatán.

En el curso de este breve relato, hemos visto al gobernador y capitán general con los colores que lo pinta la historia. Ella misma nos lo presenta por un buen aspecto, y es justo verle también por él.

Don Juan de Vargas, de nacimiento noble caballero de la orden de Santiago, es cierto que no dejaba de ser ambicioso; pero también es verdad que en su espíritu elevado no faltaban algunas semillas de sólidas virtudes. En su gobierno supo que la gente pobre de la ciudad, con motivo de la escasez de granos, y más que todo con el inicuo comercio que hacían los revendedores, se empeoraba su triste situación. Personalmente fue a las casas de estos traficantes con la miseria pública, y en presencia de dos regidores y un escribano hizo quebrar las trojes, sacó el maíz, y tomada exacta razón dio aviso de que se vendería por un precio

¹ No se parece esto a lo que sucedía en México en tiempo de la insurrección. Se prohibió vender impresos que dijese una sola palabra sobre principios democráticos, y a pesar de las más terribles excomuniones publicadas contra los vendedores, compradores y lectores, una pobre mujer, que no tenía otro giro, vendía más sus papeluchos mientras más se enfurecía la autoridad eclesiástica, hasta que ésta, entendiéndose con la civil, le hizo tomar parte, y en el mismo instante la vendedora fue mandada a la cárcel. Entonces era cuando exclamaba la infeliz: *jahora sí que estoy mal; mejor me iba con las excomuniones!*

módico sólo a los pobres, y realizado eso envió lo producido a sus dueños. “Otras muchas ocasiones he visto como aquella —dice nuestro historiador—, pero no he oído decir se haya hecho semejante diligencia para alivio de los pobres”.

Tal como queda referido fue el gobierno de don Juan de Vargas; más contrariado por la audiencia que verdaderamente malo en sí; y lo prueba la poca conformidad de opiniones que hubo en el mismo México sobre la venida del oidor. Se le acusaba de ambicioso y déspota; otros lo habían sido más que él; pero como no despreciaron los autos de la audiencia, su conducta merecía disimulo. La energía de Vargas en este punto fue la causa de su pérdida.

Luego que llegó a México se le puso en la real cárcel de corte, y una mañana el virrey, marqués de Zerralvo, bajó a verle, y tuvo con él el breve diálogo que sigue:

—¿Usted es don Juan de Vargas, hijo de don Alonso de Vargas Machuca?

—Sí, señor —respondió el prisionero.

—Pues aquél no fue padre de un tal hijo —replicó el virrey—, o tal hijo no fue engendrado de tal padre; porque no corresponden las obras al nacimiento.

El virrey salió sin decir más; el noble gobernador, que entre sus cualidades tenía la de ese excesivo pundonor que ha caído en desuso, no necesitó más para que se apoderase de su corazón la más negra melancolía. A sola esa reprensión atribuyen los cronistas su muerte, y aun aseguran que la visita del virrey fue a las nueve de la mañana, y el fallecimiento de Vargas a las doce del mismo día. Como se ha perdido esa orgullosa delicadeza, el hecho se hace difícil creerlo ahora que la historia contemporánea ha desechado la palabra *vergüenza* por anticuada.

Mérida, junio 25 de 1846

[El *Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 386-394].

Introducción

[a *El duende de Valladolid. Romances*,
de Antonio García Gutiérrez]

Al darse a luz estos romances, aumentados y corregidos por su autor, he creído oportuno hacer algunas y ligeras indicaciones, así sobre el género de poesía al que pertenecen, como sobre el asunto de que en ellos se trata.

La lengua española daba aún los primeros pasos, cuando el pueblo, que no puede vivir sin tradiciones, sin hechos, sin poesía, creó los romances, que no tuvieron al principio más objeto que la sola memoria de ciertos personajes, y de ciertos sucesos que ese mismo pueblo quería conservar en sus cantos: por eso son muchos de ellos considerados como monumentos históricos, por eso se iban transmitiendo de padres a hijos, y por eso han llegado hasta nosotros sin que pueda saberse ni aun el nombre de sus autores. Humildes hijos del pueblo, sin pretensiones de ninguna especie, despreciados por los literatos que ostentaban una erudición que pocos lectores podían comprender, sus romances eran, sin embargo, los que más se sabían, los que se oían en todas partes, y *por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa o la vihuela, servían de vehículo y de incentivo a los amores, de flechas a la sátira y a la venganza*. Después y cuando la galantería caballeresca empezó a generalizarse, a las proezas del Cid y de Bernardo del Carpio sustituyéronse los romances moriscos, en los que si no se encuentran los valientes rasgos que en los históricos, al menos se nota más gala y lozanía;

a éstos siguieron los pastoriles, que ganaron también tanto en dulzura cuanto perdían de su primitiva energía. Así, a esta poesía eminentemente popular se le vio recorrer por diversos caminos, y sembrar de preciosas flores todo el campo de la literatura nacional; porque si alguna poesía hay legítimamente española, es, sin duda, la de los romances, en que sin imitar nada de los antiguos modelos, campea libre la imaginación, y se viste de telas propias para aparecer más bella que con ajenos atavíos. Al cabo, los romances, guardados de boca en boca por muchas generaciones, obtuvieron un triunfo completo; y los nombres de Lope de Vega, de Quevedo y de Góngora, recogieron gran parte de su gloria, inmortalizando los armoniosos sonidos de estos cantos populares.

Pero casi siempre los romances han conservado su verdadero espíritu, su tendencia histórica, permítaseme decirlo así, la de referir la vida de algún hombre extraordinario, o las poéticas tradiciones con que viene envuelto un hecho, que la sencillez o la ignorancia obligan a admitir con aquellas formas abultadas, que desaparecen aplicado el anteojó de una sana crítica. Esto sucede, por ejemplo, con los romances de la presente colección, que se han tomado del minucioso relato de un hombre que ocupó en su época un lugar bien distinguido, por cierto, en el círculo de nuestra sociedad. Creer que un *demonio parlero* se pasea, amedrenta e inquieta a toda una población, pertenecía a aquel tiempo; a este pertenece juzgar que el caso pasaría más o menos como aparece en los romances que nos ocupan. Hoy sería imposible engañar y atemorizar hasta a un niño con la idea de un duende: entonces lo creyó un pueblo entero, lo creyeron las personas de luces, lo creyó el señor obispo don fray Francisco de Toral; y el doctor don Pedro Sánchez de Aguilar publicó una noticia, la que al insertar el padre Cogolludo dice que aunque: “una historia no admite fábulas, indigno objeto de ella, el caso presente por particular y constante a todos los de esta tierra lo referiría” tal como la pluma del doctor lo había escrito.

Sánchez de Aguilar, nacido en Valladolid, villa de esta península de Yucatán, hijo de un conquistador de medianas propor-

ciones, recibió su educación en México en el colegio de San Ildefonso, entonces dirigido por jesuitas. Encontrole allá un tío acaudalado, establecido en Lima, y pudo lograr llevársele consigo. Determinado a seguir la carrera de la iglesia, aún acababa de ordenarse cuando le nombraron allí inquisidor; pero sea que semejante destino no acomodase a su espíritu caritativo y franco, sea que quisiese vivir con sus padres y en su patria, la verdad es que regresó a poco tiempo, y apenas se presenta aquí, es nombrado sucesivamente cura de Calotmul, del mismo Valladolid y del sagrario de esta iglesia Catedral. Fue después maestro-es-cuela, deán, provisor y vicario general del obispado. Es indudable que quien había subido hasta esta altura, poseía los conocimientos que en su tiempo podían adquirirse; y a esas luces y a ese prestigio que tuvo entre sus contemporáneos debe atribuirse su nombramiento para ir a Madrid a representar ante el Consejo de Indias en un asunto delicado. Dio a luz en aquella villa el año 1639 su informe *Contra idolorum cultores*, en donde hace la relación del suceso del duende, la que, copiada por nuestro historiador Cogolludo, ha dado materia al señor García Gutiérrez para la composición de estos romances.

En ella refiere el doctor que por los años 1560, los vecinos de la villa se vieron perseguidos de un duende que hablaba como un papagayo, que se divertía en espantar a los que no eran sus amigos, y que de ocho a diez de la noche cualquiera podía conversar con él. Según Aguilar, el duende era sujeto de buen humor, tocaba la guitarra y bailaba con castañuelas, era gran tunante, se ausentaba por dos o tres días, y después contaba lo que había ocurrido en Mérida, en donde decía que había estado. Si le preguntaban quién era, contestaba: “que era cristiano y de Castilla la vieja”. Cuando empezó sus travesuras no causaban daño alguno: divertíase en calumniar doncellas, rezar el *pater noster*, tirar piedras, hacer bulla en las azoteas, quebrar huevos a las mujeres; y dícese que a un vieja, tía del cronista, por haber querido reprenderle *la dio una bofetada en la cara, dejándola el rostro más colorado que una grana*. Contaba en unas casas las chanzas pesadas que había tenido en otra, y las celebraba con

risa estrepitosa, hasta que el cura Tomás Lersundi se propuso conjurarlo, y el duende le jugó la burla que se describe en el romance IV. Excomulgado por el obispo, *lloraba y se quejaba con mayores golpes, ruido y estruendo*; pero lo que más alarmó, fue que dejó sus primeras chanzas, y se propuso hacer males de consideración: quebraba muebles, quemaba casas, lo que poniendo en continua zozobra a todos los habitantes de Valladolid no tuvieron más recurso que celebrar una gran junta en la iglesia, para implorar *el favor divino y echar suertes por un santo abogado*. Habiendo salido San Clemente papa y mártir, hizole una fiesta solemne, pintose en un retablo al santo con un diablo atado a sus pies, y el duende desapareció por algunos años. Aguilar fue cura de Valladolid a los treinta de haber ocurrido estos hechos, y cuenta que habiendo vuelto el duende, lo conjuró y dijo una misa cantada, con cuya eficaz medicina el tal duende no ha regresado hasta hoy.

Si la desgraciada suerte que han corrido nuestros archivos, no nos privase enteramente de la satisfacción de leer ni un solo documento que tenga cien años de fecha, quizás yo hubiera hallado, pues he hecho las más minuciosas pesquisas, tanto el informe que imprimió Aguilar, como el auto del señor Toral prohibiendo que se hablase con el duende, y las informaciones que el señor Gonzalo de Salazar mandó hacer en Valladolid sobre este ruidoso suceso. Tan curiosos documentos, perdidos seguramente, darían una idea más exacta de lo que ocurrió, y del modo con que entonces juzgaron esos buenos hombres aquel caso *estupendo e inaudito*.

Fíjese la atención al tiempo en que tales cosas pasaron, contémplese a los que figuraban en aquellas escenas, las creencias reinantes, el espíritu de esos siglos, y se encontraran otros mil hechos semejantes al que nos ocupa. Por eso el Nuevo Mundo, teatro de tantos notabilísimos acontecimientos, ofrece una inagotable mina para los romances. La época de su descubrimiento y de su conquista, época de gloria y de grandeza para la España, hizo aparecer esos gigantescos héroes acreedores a una fama eterna. Un país tan rico como bello, en el que bajo sus

bosques vírgenes, sus hermosos valles y sus elevadas montañas, ocultaba inagotables fuentes de oro y plata, debió colmar los deseos de una nación caballeresca, ilustre y aguerrida, que vino a traer la religión, por la que había peleado tantos siglos con los moros, y con su lengua y sus costumbres estableció un gobierno y un orden de cosas que hoy puede juzgar imparcialmente la historia. Trescientos años han transcurrido desde aquel memorable suceso, y no puede todavía la imaginación de ningún poeta abrazar el inmenso tesoro de las bellezas sublimes que brotan de un hecho que produjo tan culminante revolución en el mundo. Cuando se fija la vista en aquellos ilustres capitanes que como Cortés y Pizarro no se arredraban ante los obstáculos, casi insuperables, que se oponían a su atrevida empresa; cuando se ve que ellos comunicaban a sus compañeros el vivo ardor de que se sentían poseídos; y cuando todo participa del impulso de esos grandes espíritus, de sus ideas, de su religiosidad, de su fanatismo, casi no puede calcularse el raro encadenamiento de acciones nobles, heroicas y generosas como el de otras débiles, bárbaras e infames; los esfuerzos del valor más extraordinario con el miedo a las más fantásticas creencias. De tan extraña mezcla, la sociedad debía tomar una marcha extraña también; y mientras, a pesar de tantos elementos heterogéneos, el orden y la paz se consolidan, se guarda en el seno de las familias el germen de esas grandes y heroicas pasiones, de esas creencias tan generalizadas como ridículas y extravagantes. Miles de testimonios pudieran citarse en apoyo de este juicio, que no negará nadie que conozca la historia de la dominación española en América; y el espíritu de aquellos tiempos; pero esto, además de alargar demasiado el presente artículo, que por su naturaleza debe ser breve, no serviría quizás más que para añadir algunas páginas de erudición inoportuna. He dicho inoportuna, porque sería bueno entrar en la manifestación de lo que por algunos pueda ponerse en duda; mas ¿quién será el que conociendo la índole de los romances, y sabiendo lo que ha pasado en el Nuevo Mundo en los tres siglos de su dependencia de la España, no vea en las cosas de América el más abundante manantial de

esta especie de composiciones? Lo que sí salta tristemente a la vista, es que ni este ramo, ni ninguno otro de los muchos que abraza el vasto campo de la literatura, hayan hecho en estas regiones los progresos que debieran esperarse; y las causas de tan amarga verdad merecen ser tocadas, aunque muy de paso en la presente introducción.

Ya que una paz política se haya sólidamente establecida entre la España y sus antiguas colonias, los habitantes de ambos mundos, que no pueden desear sino la perfecta armonía que debe reinar entre padres e hijos, es preciso que se unan y conspiren a este fin tan grandioso como importante. Sus relaciones, estrechadas con los vínculos de la religión, la lengua y las costumbres deben producir óptimos frutos literarios, pues si cuando no se contaba con los elementos de hoy, algunos naturales de América iban a adquirir un nombre glorioso en las academias de la vieja Europa, ahora que afortunadamente esas prensas, animadas por el vapor, apenas pueden seguir el rápido curso del movimiento intelectual; ahora que la juventud de uno y otro hemisferio, ansiosa de saber, se lanza a la arena, nada me parece más oportuno, más conveniente, más necesario, que los que cultivan la literatura en ambos mundos, y están ligados por la afición a unos mismos estudios, se extiendan una mano amiga, se conozcan unos a otros. De este conocimiento nacerá un estímulo mayor, una mayor gloria para los hijos de la América, cuyas obras, muchas de un mérito indisputable, no se leen, y aun se ignoran en España. Por acá buscamos y solicitamos todo lo que publican sus escritores, mientras que allí, sin acordarse de que tenemos unos mismos modelos, un solo idioma, no se procura el conocimiento de lo que poco o mucho que aquí se hace en estas materias. No me propondré buscar cuál sea la causa de esto: el hecho es cierto, y es lo que basta para mi propósito.

El viaje de uno de los más notables poetas de España, el autor de estos romances, estoy cierto que producirá dos bienes positivos: el de contribuir a estimular con su ejemplo a los que en América quieran explotar el rico tesoro de nuestra poesía; y el de

dar a conocer a su regreso a aquella península, el estado actual de la literatura hispanoamericana.

Julio 8 de 1846

[Antonio García Gutiérrez. *El duende de Valladolid. Romances* (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), VII-XX].

Papeles sueltos del padre Carrillo

Con ese título tendrá el gusto de insertar en las columnas de este periódico algunas producciones que la modestia del señor Carrillo dejó inéditas. Va a continuación una, y tanto por ésta como por las otras que le seguirán, se verá lo que este ilustrado sacerdote trabajaba por el estudio de nuestras ruinas, y por desenterrar los secretos de la historia antigua del país.

No soy, por cierto, quien ha de recomendar su memoria bajo este interesante aspecto. La obra de Stephens, de este célebre viajero que ha escrito con la mejor acogida sobre las ruinas más notables del antiguo y del Nuevo Mundo; la obra que ha manifestado la importancia de los monumentos de Yucatán está llena de encomios a nuestro apreciable compatriota.

Su nombre, pues, no necesita de mis humildes pero sinceros elogios, que más bien son una débil prueba de reconocimiento a la amistad con que se sirvió distinguirme, que una vana presunción de contribuir a su gloria, ya fijada por plumas superiores a la mía.

Mérida, septiembre 1o de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 16].

El gran elemento de la conquista. La religión

Una mañana de febrero del año 1519, Pedro de Alvarado, capitán de los más distinguidos del ejército de Hernán Cortés, desembarcaba en la isla de Cozumel. Era Alvarado de esos genios raros, a quienes el cielo destina grandes cosas; y el talento previsor de Cortés no se había engañado al escogerlo por compañero: su frente espaciosa, sus ojos vivos, insinuantes y fascinadores, su pelo rubio y las bellas formas de su elevado cuerpo, le daban un mérito tal que los indios le llamaron después *el Sol*. Este hombre que todavía pobre y desconocido iba a adquirir riquezas, honores y una fama eterna en la conquista del poderoso imperio de Moctezuma, acaba de poner el pie en las playas de Cozumel. No era como hoy esta isla la desierta morada de las golondrinas: era, al contrario, el lugar más concurrido, y al que por la celebridad de sus ídolos jamás faltaban devotos peregrinos, que venían a ofrecer en sus templos los horribles sacrificios de sangre humana que entre la grito y salvaje música de los indios se derramaba en sus altares profanos. Por este motivo había allí una población considerable: había numerosos edificios, de los que apenas quedan ahora los escombros.

Sólo el barco de Alvarado había llegado primero a Cozumel. Luego que saltó en tierra con sus soldados, encontraron en unas casas que, según la confusión en que todos se hallaban, habían sido dejadas precipitadamente. Y así era en efecto: sus dueños huyeron temerosos quizá de que se cumpliese la antigua predicción que tenían de que gentes del Oriente vendrían a subyugar

su raza. Pedro de Alvarado, o más bien su tropa, aprovechándose de tal desorden, como siempre sucede, dieron con dos indios y una india que no acertarían a escaparse, y los hicieron prisioneros; tomaron unas cuarenta gallinas y algunas otras cosas, y quien sabe hasta dónde hubieran llevado sus temerarias pesquissas, si la llegada de Cortés, que muy de cerca los seguía, no les hubiese hecho mudar de conducta.

Cortés, el hombre que juzgó Velásquez más a propósito para sus miras ambiciosas; el mismo que en la Habana había sido objeto de una de las burlas de Francisquillo, truhan de Velásquez; que solicitó ajenos recursos para desarrollar los grandes medios de su capacidad en la realización de la alta empresa de conquistar un mundo; ese Cortés es que tomó de la hacienda del rey porción de bastimentos, que asaltó un barco que llevaba comestibles, y mandó a Ordaz que hiciese lo mismo con otro; ese grande hombre que después al hablar de estos hechos con el padre Casas les decía que se anduvo *como un gentil corsario*, era el que al presentarse en la isla de Cozumel, atraía todas las miradas, sus palabras eran órdenes, su conducta el modelo de la de todos, y nadie pensaba en contradecir sus mandatos. Sublime cualidad del genio es la de dominar los ánimos: como el sol en un día de verano estos seres recorren una brillante carrera. Su luz fecunda la historia del género humano, y ofusca también, como el sol, a los que la ven de frente. Cortés, reprobando lo hecho por las tropas de Alvarado, mandó soltar a los indios y traerlos a su presencia; los obsequió, les dijo que no venía a hacerles daño alguno, que así se lo fuesen a decir a sus caciques; que desearía conocerlos para asegurarles las buenas intenciones que traía; mandó pagar “las gallinas con rescates”, y a Alvarado le dijo: “que no se habían de pacificar las tierras de aquella manera, ni tomando a los naturales su hacienda. Aquí —dice Bernal Díaz— comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien”.

Libres los indios, fueron a participar a sus caciques cuanto habían visto, y lo que les aseguró Cortés sobre sus deseos de paz y amistad. Buen resultado produjo este paso, pues al día

siguiente la playa que encontraron solitaria y abandonada, se vio llena de gentes de ambos sexos que venían a cumplimentar a los recién llegados. Cortés con las protestas de franqueza y buena fe más sinceras, llamó a los caciques, les hizo regalos que ellos agradecieron en extremo, y empezó a indagar aquellas noticias que pudieran servirle en la útil y gigantesca obra que proyectaba. Los indios por su parte satisfechos ya de la conducta pacífica que observaban los españoles, empezaron a estar con tanta confianza entre ellos como si de muchos años atrás fuesen conocidos y amigos. Por esta confianza acertó a averiguar Cortés que en un pueblo de Yucatán había españoles; por esta confianza pudo lograr que fuesen a buscarlos con rescates que él dio; y por ella, en fin, consiguió que le trajesen a Gerónimo de Aguilar, que tan útil debía serle para intérprete en lo sucesivo. Esta adquisición en Cozumel, y la de la Malinche en Tabasco, fueron de las más importantes: con estas dos personas podía entender los diversos idiomas que hablaban las tribus de los países que iba a conquistar.

Como su salida de la Habana por burlar las ideas de Velásquez había sido precipitada, quiso más tranquilo ya en Cozumel arreglar, disponer y revisar su ejército. Hizo desembarcar los caballos, que montaron algunos de los soldados más bizarros; y los indios en medio de su asombro, no sabían qué juzgar de aquellos animales nunca vistos por acá. Hernán Cortés sabía sacar frutos de estas manifiestas señales de admiración; los jinetes obedecían a su voz y los caballos seguían los movimientos que les marcaba. Los sencillos espectadores de esta nueva escena empezaron a ver en el conquistador algunos rasgos extraordinarios, y de la admiración pasaron al respeto que inspira la superioridad de carácter, y con la que se adquiere un predominio sobre los que contemplan a estos grandes genios. Los caballos fueron atendidos con el mayor cuidado; trajóseles yerba y maíz, que lo producía en abundancia la isla. Los españoles habían hecho entre los indios la formación de su ejército, la carrera y juegos de sus caballos, el ejercicio de sus armas; justo era, pues, tan bien que estos les mostrasen algunas de sus ceremonias religiosas.

Fue llevado Cortés al mayor de los templos entonces, llenos de muchos y extraños concurrentes. Allí lo que más saltaba a la vista era una especie de ministros, que con el cuerpo medio desnudo y haciendo visajes los más ridículos, daban vueltas al derredor de otros, que en cuclillas soplaban el fuego de unos toscos anafes de barro, en los que iban poniendo algunas resinas, cuyo aroma llenaba de olor y de humo el lugar de semejantes ceremonias. Allí estaba también la piedra de los sacrificios: esa piedra manchada con sangre de miles de víctimas no pudo menos que horrorizar el ánimo del caballero español, cuyas ideas eran las de su época, y su época estaba muy lejos de permitir estas ofrendas al Ser Supremo. El celo religioso antes, entonces y después había cometido mayores atentados, quizá cuando bajo su velo se ocultaba el disforme aspecto del fanatismo; pero nunca fueron los templos el teatro de estas sangrientas escenas. Si se había llevado por muchos siglos la guerra y la muerte a Jerusalén, era con la intención de reconquistar la tierra santa; si se traía la guerra y la muerte a la América, era con la intención de difundir la religión cristiana y lavar en los indios la mancha de sus errores. Como las cruzadas para el Asia, el descubrimiento del Nuevo Mundo fue objeto de una verdadera cruzada. El estandarte de Cortés era una cruz roja en campo blanco y azul, y con una inscripción latina que decía: *“Amigos: sigamos la cruz, y si tuviésemos fe, en esta señal venceremos”*. Sabido esto, apenas podrá calcularse la terrible impresión que la presencia de aquella piedra hizo en el alma del esforzado conquistador. Largo tiempo no hubo más que sahumero en aquel sitio; los más cercanos a los ídolos como que se hablaban al oído, y después dirigían al pueblo, que estaba también en cuclillas, algunas palabras misteriosas, y seguían su interminable carrera circular detrás de los que atizaban y añadían a los anafes sus resinosos perfumes. Después subiose a unas gradas de piedras llenas de jeroglíficos, un anciano de pelo trenzado y amarrado formando una corona, que daba a aquella fisonomía bronceada un aspecto siniestro. Si a esto se añade su ropaje talar blanco, no hay que dudar que semejante figura se hubiera tomado por un verdadero fantasma. Este indio les pre-

dicó y todos le escucharon con la más respetuosa atención. Hernán Cortés preguntó qué era lo que había dicho y se le contestó que sólo había hablado el orador de la religión de sus mayores y del culto que debían a los dioses que tenían delante. Estos dioses eran de piedra, alguno de tamaño natural, otros más pequeños: estaban colocados en desorden y en unas columnitas que se alzaban media vara sobre el suelo. El templo era de una forma circular, y ocupaba un espacio como de ciento cincuenta varas: era de piedra perfectamente labrada, y por fuera no había que ver más que la simetría de la colocación; por dentro tenía multitud de caracteres que se veían a la escasa luz que entraba por las solas dos estrechas puertas que tenía; el techo era tan bajo que no podía estarse dentro con sombrero. En cambio la entrada era magnífica: un espacioso atrio bien limpio con hermosas enramadas, en el que al son de canciones tan raras se hacían los bailes, más raros aún, y se preparaban las infelices víctimas de sus sacrificios, debía llamar naturalmente la curiosidad de los españoles; en este atrio había reunida multitud de objetos que examinaban minuciosamente los compañeros de Cortés. Éste, comprendiendo todas las cosas con una sola mirada o desdénandolas quizá para ocuparse en reflexiones más altas, luego que salieron del templo hizo llamar al cacique, sacerdote y ancianos para hablarles del principal objeto que lo traía a la América.

Manifestoles los errores de su religión, lo indigno que era de la adoración del Ser Supremo el sacrificio de sangre humana, que si querían ser sus amigos y aliados era preciso que tuviesen una misma religión, y que supuesto que eran falsos y ridículos los dioses que adoraban dejasen a un lado sus errores para abrazar los principios que les enseñaría. Les habló de Jesucristo, de la Virgen, de los santos, de las ceremonias de la iglesia; y los indios asombrados no sabían qué contestar a tanto nuevo como oían. Por fin, el más anciano le dijo: “que sus mayores de quienes descendían por muchas edades habían adorado aquellos dioses a quienes ellos también reverenciaban y tenían por buenos, de quienes recibían los bienes y salud que tenían, y que así no se atreverían a dejar su adoración porque perderían sus

sementeras; que no se atreviesen los españoles a hacerles ultraje alguno, ni quitarlos de los adoratorios donde los veneraban, porque verían cuanto mal les sucedería por ello, y que se irían a perder a la mar”.

Cortés juzgó que era el momento de obrar: destruyendo los adoratorios de Cozumel destruía los ídolos que más reverenciaban, y viendo los indios que después de ello a los españoles nada les sucedía empezarían a dudar del poder de sus dioses. Dio la orden, pues, y los dioses de la isla, los dioses de todos los naturales de Yucatán fueron hechos pedazos y arrojados al mar.

Con cal, que la había bastante en Cozumel, dispuso que unos indios albañiles hiciesen un altar, mientras que dos españoles carpinteros labraban una cruz “de maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero cercano al altar”. Hecho todo esto, el padre Juan Díaz dijo una misa, a la que asistieron caciques, sacerdotes, ancianos y mucha gente de los pueblos. Los indios “con grande atención y silencio” admiráronse de las ceremonias con que se celebró la misa, la primera que se dijo sobre la ruina de sus dioses.

Cortés hizo en Cozumel lo que después había de hacer en Zempoala para la introducción del culto católico; podrá verse su conducta como una prueba del celo a veces imprudente que lo animaba, pero siempre dirigido al grande objeto de la conquista. No era otro, por cierto, que el de la propagación de la religión cristiana. Con esta mira la silla apostólica concedió a los reyes de Castilla el dominio de América, como antes a los de Portugal el de todo lo descubierto por sus navegantes en las dilatadas costas del África y del Asia; con esta mira las prevenciones de los monarcas españoles y las providencias del consejo de Indias tendían a que se proporcionase a los naturales instrucción en la fe de Jesucristo y a que se desterrase su antigua idolatría. La conquista se consideró como medio preciso para obtener este resultado, y no con otra intención se establecieron los repartimientos, pues teniendo cada encomendero cierto número de neófitos, debía instruirles en las verdades del cristianismo. El medio lisonjeaba en extremo a los que venían ambicionando riquezas; y adoptado

para el descubrimiento y conquistas el plan de empresas particulares, el medio vino a ser el objeto, y la causa de la religión fue abandonada por la desenfrenada codicia de los que bajo el especioso pretexto de servirle de apoyo no deseaban más que su particular engrandecimiento.

Si esto puede decirse de muchos capitanes que sobresalieron en la conquista del Nuevo Mundo, no lo será ciertamente de Cortés, que se distingue entre todos por el empeño que tomó en el establecimiento de la religión, y por el buen trato de los indios, a lo que debió el amor y respeto de éstos. Ayudó a los primeros franciscanos, que con tanta eficacia contribuyeron a la pacificación de los naturales, y que con la santidad de su ejemplo, y la dulzura de sus palabras, hicieron más que la fuerza y las armas; de suerte que si las ambiciones militares de España no llenaban las ideas del rey y del papa, estos primeros y humildes ministros del Señor cumplieron con la sublime misión que los trajo a la América.

Mérida, septiembre 3 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 21-27].

Don Juan de Dios Enríquez

No sólo los hombres que han hecho en el mundo ruidosas acciones merecen gratos recuerdos de la posteridad; y acaso entre el brillo de sus grandes proezas se ocultan muchas de las manchas de su vida; los que en el retiro de una vida tranquila han procurado la mejora de la sociedad, la felicidad de sus semejantes, éstos son acreedores a una memoria que honre sus cenizas. A don Juan de Dios Enríquez lo colocamos en el número de las personas que no son oscuras para nuestra historia.

Uno de los discípulos más distinguidos de don Pablo Moreno estudió con don Lorenzo de Zavala, con don Andrés Quintana Roo, y fue por consiguiente de los primeros que en Yucatán adquirieron ideas claras y sólidas, limpias de todo el enredo escolástico, y cimentadas sobre principios desconocidos por las rancias doctrinas que la voz de Moreno había echado abajo en el colegio.

Con estos antecedentes no debe extrañarse que cuando se trató de independencia y de libertad fuese miembro de la sociedad de los *Sanjuanistas*, y trabajase como el que más por la propagación del sistema liberal. Obtenido el triunfo en todo lo que antes se llamaba virreinato de México, Enríquez se retiró a sus trabajos mercantiles y aun a algunos ensayos agrícolas con objeto de mejorar la agricultura del país. No pretendió empleo ni destino, porque el patriotismo verdadero, y no el interés disfrazado con ese nombre, le habían movido a trabajar por la causa triunfante.

Debe hacerse particular mención de uno de los rasgos más notables de la vida del señor Enríquez. Las horas que sus trabajos

le dejaban para el descanso las consagraba a la enseñanza de la juventud, principalmente la lengua latina en la que estaba tan versado. Instruido en la continua lectura de las obras clásicas, se hacía notar por su modestia. Después que estaba dotado de un talento claro, jamás la vanidad y el orgullo vinieron a interrumpir su habitual franqueza y jovialidad.

Llamado a ocupar una plaza en oficinas de hacienda, su manejo fue siempre intachable. Sus trabajos fueron útiles y su puntualidad un modelo de los de su clase.

En 1841 que el suscribe estableció en esta ciudad un periódico de agricultura, fue el primero en auxiliar a la redacción con sus luminosos escritos; fue más bien el único que ofreció sus observaciones y las mejoras de que son susceptibles las costumbres del país para el abono de nuestros terrenos, para el cultivo de nuestros árboles, para la propagación de nuevas plantas.

El señor Enríquez ha muerto hace pocos días de una afección al pecho, de más de sesenta años de edad. Es digno de una biografía, que con más datos escribiré después. Hoy no he tenido otro objeto que el de dedicar este recuerdo al nombre de este buen patriota, de este hombre ilustrado que me honró con su amistad.

Mérida, septiembre 9 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 36-37].

La ciega

En el semblante lívido, en los ojos claros de esa mujer de cuarenta años, se trasluce la hermosura con que la dotó el cielo. Su juventud fue tan alegre como triste su situación actual: esa juventud pasó como un ensueño grato...

¡Qué rápida te deslizas
entre las horas que hechizas
dejándonos tus cenizas
donde vamos oro a ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
artificio tus primores,
amarguras tu placer!

La verdad de estos pensamientos de Zorrilla, la sentía profundamente la persona que es el objeto de este breve artículo. Nacida hermosa y rica, la edad de sus ilusiones fue la de los encantos más dulces, y en medio de los halagos y de la sonrisa, ella no conoció el veneno que gota a gota iba extinguendo en su pecho el germen natural de la virtud. Por amiga de la buena sociedad se hizo ilustrada, por parecer instruida ridiculizó las llamadas preocupaciones, y de uno en otro paso se colocó en la senda de la inmoralidad. Sus adoradores supieron aprovecharse de esas ideas, y la joven pura, hermosa y rica, vino a ser sucesivamente la burla de los que la pretendían hoy para abandonarla mañana. Murieron sus padres, y sin un esposo que cuidara sus bienes, se fueron disminuyendo considerablemente hasta un punto que si no era el de la miseria, sí el de una verdadera pobreza.

Acostábase de noche no con los recuerdos de sus tertulias cuando tenía dieciocho años, sino con las lágrimas de la soledad, pues sus antiguos amigos no se dignaban ni aun mirarla. Este abandono que había hecho de ella la engañosa sociedad, debilitó su salud de tal suerte que apenas dormía unos pocos instantes; pero una noche en la que más había llorado, doloroso aniversario de alguno de sus más notables placeres, se tendió en su lecho, y aquellos ojos secos fueron sorprendidos por un sueño tormentoso, y cada momento interrumpido: abría los ojos y no veía más que la oscuridad de aquellas silenciosas horas; cerraba de nuevo los cansados y amortecidos párpados, y volvía al letargo angustioso que con horribles memorias la hacía temblar de nuevo... ¡qué noche tan larga! Se resolvió a abandonar la idea de dormir, y a buscar en el aire libre, y en la contemplación de las estrellas, algún descanso a sus funestas meditaciones. Hízolo así, y encontró la bóveda del cielo envuelta con un espeso velo tan negro y fúnebre como el que cubría su conciencia. ¡Así lo creyó la infeliz! Pero hubo una mujer que la había criado, su única compañera, y acaso la única también que la amaba de veras, que le preguntase qué hacía sentada al sol.

—¡Al sol! —replicó ella asombrada.

—Sí, señora, al sol de una de las mañanas más serenas.

—¡Santo cielo! —dijo la infeliz, y cayó sin sentido... ¡estaba ciega!

Ahora vedla sentada en una silla fijando su vista sin pestañear, que parece ver algo que tiene delante: ¿creéis que no ve? A los ciegos sucede una cosa bien rara: la luz que pierden para mirar los objetos exteriores, la adquieren para verse en su interior: esa infeliz está leyendo en su conciencia las páginas de su vida pasada, y cuando acabe la última palabra no respirará más.

Mérida, 18 de septiembre de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 79-80].

Visita a *lady* Ester Stanhope. [Traducción]

El *Viaje a Oriente* de *monsieur* Lamartine es una obra digna de la pluma de este gran poeta a quien, según expresión del señor Ochoa, “profeso en mi corazón una especie de culto”. De ella he tomado, para enriquecer las páginas del *Registro*, la siguiente bellísima narración, en la que se describe a una mujer verdaderamente extraordinaria que sostiene con el célebre viajero un curioso diálogo filosófico y moral de sumo interés. Los asuntos que en esta conversación se tocan, el modo de ver las cosas por parte de ésta *Circe de los desiertos* y las contestaciones de Lamartine, todo es tan sublime, tan hermoso y raro en esta visita, que satisfará sin duda los deseos de nuestros lectores.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro *monsieur* Pitt, después de la muerte de su tío dejó Inglaterra y recorrió Europa. Joven, hermosa y rica en todas partes fue recibida con el agasajo y el interés que debían merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura; pero siempre se negó a unir su suerte a la de sus más dignos admiradores; y después de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella expatriación: unos la han atribuido a la muerte de un joven general inglés, muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debía conservar siempre presente en el corazón de *lady* Ester; otros a una simple afición a aventuras, que el carácter animoso y emprendedor de aquella

joven hacía probable en ellas. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque inglés, que llevaba también la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania enfrente de la isla de Rodas, y fue a estrellarse en un arrecife a pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de *lady Stanhope* fueron a fondo: ella se salvó de la muerte a duras penas y fue llevada en una tabla a una islita desierta, donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros, hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza que buscaban los despojos del naufragio la descubrieron y la llevaron a Rodas, donde se hizo reconocer por el cónsul inglés. No entibió su resolución aquel fatal suceso: volvióse a Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponía recorrer, y dio la vela. Después de una infeliz travesía desembarcó en Latakié, la antigua Laodicea, en la costa de Siria entre Trípoli y Alejandreta; establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podían facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del país, y se preparó, como yo, a hacer viajes y descubrimientos en las partes menos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el traje, las costumbres y los usos de los países, organizó una numerosa caravana; cargó algunos camellos de ricos regalos para los árabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusalén, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbeck y en Palmira. Hallándose en esta última residencia fue cuando las numerosas tribus de árabes errantes que le habían facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta o cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le expidieron cédulas en virtud de las cuales todo europeo protegido por ella podría

visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y de Palmira, con tal que se obligase a pagar un tributo de mil piastras. Este tratado existe todavía, y los árabes le cumplirían fielmente si se les diesen pruebas positivas de la protección de *lady Stanhope*.

Sin embargo, a su vuelta de Palmira estuvo a punto de ser robada por una numerosa tribu de árabes enemigos de los de Palmira. Avisóselo a tiempo uno de los suyos, y debió su salvación y la de su caravana a una marcha forzada de noche, y a la velocidad de sus caballos que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entonces a Damasco, donde residió algunos meses bajo la protección del bajá turco, a quien la Puerta la había recomendado con empeño.

Después de una vida errante por todas las provincias del Oriente, *lady Stanhope* se fijó en una soledad casi inaccesible en la cima de una de las montañas del Líbano, cercana a Saide, la antigua Sidón. El bajá de San Juan de Acre, Abdalá-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun por drusos; *lady Ester* hizo construir varias casas, rodeadas de una muralla por el estilo de nuestras fortificaciones de la Edad Media; formó artificialmente su delicioso jardín al uso de los turcos, jardín lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioscos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas, aguas corrientes en tarjeas de mármol, surtidores de agua viva en medio de los kioscos, bóvedas de naranjos, de higueras y de limoneros. Allí vivió *lady Stanhope* algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos o árabes, de un numeroso séquito de mujeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdalá-Bajá, con el emir Beschir soberano del Líbano, y sobre todo con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida a seis o siete mil duros de renta, que todavía bastan en este país para el tren de vida que *lady Stanhope*

tiene precisión de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Europa murieron o se ausentaron: la amistad de los árabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron menos frecuentes, y *lady* Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré; pero entonces cabalmente fue cuando más manifestó el heroico temple de su carácter, toda la energía, toda la constancia de resolución de aquella alma. No pensó en volverse atrás; no dio una sola lágrima al mundo ni a lo pasado; no flaqueó bajo el abandono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos: quedose sola donde todavía está sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes, para cuidar su huerto, sus caballos y atender a su seguridad personal. Se cree generalmente en el país, y mis relaciones con ella me mueven a mí también a creerlo, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolución no sólo en su carácter, sino también en la exaltación de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales, y sobre todo con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, *lady* Stanhope es un gran nombre en oriente y un grande asombro para Europa. Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla: su pensamiento de soledad y meditación tenía tanta simpatía aparente con mis propios pensamientos, que quise averiguar qué puntos de contacto había tal vez entre nosotros; pero nada es más difícil para el europeo que ser admitido a su presencia, pues se niega a toda comunicación con los viajeros ingleses, con las mujeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenía yo, pues, de serle presentado, y no llevaba además para ella ninguna carta de recomendación; pero sabiendo que conservaba algunas relaciones con los árabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendación de su puño cerca de aquellas tribus podría serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un árabe portador de esta carta:

Mi lady:

Viajero como usted, extranjero como usted en el Oriente, sólo vengo a buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus vicios y de las obras de Dios; acabo de llegar a Siria con mi familia, y contaré en el número de los días más interesantes de mi viaje el día en que conozca a una mujer que es una de las maravillas de este Oriente que vengo a visitar.

Si tiene usted la bondad de recibirme, sírvase hacerme saber el día que más le convenga, y decirme si debo ir solo o si puedo llevarle a usted algunos de mis amigos que me acompañan, y que no apreciaría en menos que yo el honor de hacerle a usted presentados.

Deseo, mi lady, que esa súplica no fuerce en nada la cortesía de usted a concederme lo que pueda repugnar a sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo hartó bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad para no comprender la negativa de usted y para respetarla.

Quedo de usted, etcétera.

No aguardé mucho tiempo la respuesta: el caballerizo de *lady Stanhope*, que es al mismo tiempo su médico, llegó a mi casa con orden de acompañarme a Djioun, residencia de aquella mujer extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino yo, el doctor Leonardi, *monsieur* de Parseval, un criado y un guía, todos a caballo. Atravesé, a media hora de Beirut, un bosque de pinos magníficos, plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se extiende a la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, y a la izquierda sobre el magnífico valle de Líbano, punto de vista admirable donde las riquezas de la vegetación del occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal, se unen a unas enhiestas columnas de palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacía ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul de firmamento. A pocos pasos de allí se entra en una especie de desierto de arena roja, acumulada en enormes e movibles olas como las del océano. Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las encrespaba, las revolvía como encrespa y revuelve las olas del mar: aquel espectáculo era nuevo y triste

como una aparición del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo a recorrer. Ninguna huella de hombres ni de animales subsistía sobre aquella ondulosa arena; sólo nos guiábamos por el rugido de las olas a un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano. Pronto hallamos una especie de camino o sendero sembrado de enormes peñones angulares; aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo a una casa arruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas. Apenas salió la luna, volvimos a montar a caballo; hacía una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la más perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etéreas que contemplamos desde esta tan baja hondura, pero donde la naturaleza al derredor nuestro parece que gime y se retuerce en siniestras convulsiones. El desagradable aspecto de la costa contribuía a agravar hacia alguna leguas esta penosa impresión; habíamos dejado a nuestra espalda con el crepúsculo las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano, ásperas colinas sembradas de arriba debajo de piedras negras, blancas y grises; reliquias de antiguos terremotos se alzaban al lado de nosotros a nuestra izquierda, y a nuestra derecha el mar, agitados desde la mañana por una sorda tempestad desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaba luego la ribera, lanzaban cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha e hirviente espuma hasta el lindero de la húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascos de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo. Una luna tan brillante como un sol de invierno derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto a los riesgos del camino. Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas o sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el día ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno

ni la serenidad de la otra; hora triste a la vista y al pensamiento, lucha de dos principios contrarios que la naturaleza suele ofrecer el doloroso espectáculo, y que con más frecuencia hallamos en nuestro propio corazón.

A las siete de la mañana con un sol abrasador salíamos de Saide, la antigua Sidón, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominación pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que alzándose de piso en piso nos llevaban a la soledad, que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subíamos descubríamos otro más alto, que era preciso torcer o subir: las montañas se encadenaban con las montañas como los eslabones de una cadena, no dejar entre sí más que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñascos grises. Estas montañas están completamente despojadas de vegetación y de tierra: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roído hace muchos siglos.

No me esperaba yo ciertamente hallar allí la morada de una mujer que ha visitado el mundo y que ha podido escoger su retiro en todo el universo. Desde lo alto de alguno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle más profundo, más ancho, limitado en todos lados por montañas más majestuosas, pero no menos estériles. En medio de aquel valle, como en la base de una ancha torre, nacía la montaña de Djioun y se rodeaba en bancos de rocas circulares que adelgazándose a medida que se acercaban a sus cimas formaba en fin un llano de algunos centenares de toesas de anchura, y se coronaban de una graciosa y verde vegetación. Una tapia blanca, flanqueada de un kiosco en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura: aquella era la morada de *lady* Ester; a las doce del día llegamos a ella.

La casa no es lo que se llama así en Europa; no es siquiera lo que se llama casa en Oriente: es una extraña y confusa reunión de diez o doce casitas, cada una de las cuales no contiene más que una o dos piezas en el piso bajo, sin ventanas y separadas unas de otras por pequeños patios o jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia o en España sobre las altas montañas, y pertene-

cen a órdenes mendicantes. Según su costumbre, *lady Stanhope* no se dejaba ver antes de las tres o cuatro de la tarde, como que para esperarla nos llevaron a cada uno a una especie de celda estrecha sin luz y sin muebles. Sirviéronos de almorzar, y nos tendimos sobre un diván aguardando a que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada. Quedeme dormido y a las tres entraron a despertarme para anunciarme que me esperaba mi *lady*: atravesé un patio, un jardín, un bellissimo kiosco, luego dos o tres corredores oscuros, y fui introducido por un negrilla de seis u ocho años en el gabinete de *lady Ester*. Reinaba en él una oscuridad tan profunda que apenas pude distinguir las facciones nobles, graves dulces y majestuosas de la blanca figura que en traje oriental se levantó del diván y se adelantó alargándome la mano. *Lady Ester* parece tener unos cincuenta años: sus facciones son de aquellas que los años no puede alterar: la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud; pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la majestad, en el pensamiento de un semblante de hombre o de mujer; la belleza cambia en la diferentes épocas de la vida, pero no pasa: tal es la de *lady Stanhope*. Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda o tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienas sobre los hombros; un largo chal amarillo de cachemira, un inmenso ropaje turco de seda blanca con mangas bobas, rodeaban de toda su persona en sencillos y majestuosos pliegues, y solamente se veía en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de lana de Persia, floreado, que subía hasta el cuello prendido con un broche de perlas; unos borceguíes turcos de tafílete amarillo bordado de seda completaban aquel hermoso traje oriental, que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

—De muy lejos ha venido usted para ver a una ermitaña —me dijo—; sea usted bien venido; recibo pocos extranjeros, uno o dos lo más al año; pero la carta de usted me ha gustado, y he deseado conocer a una persona que ama como yo a Dios, la naturaleza y

la soledad. Una secreta voz me decía, además que nuestras estrellas son amigas y que nos convendríamos mutuamente; veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y las facciones de usted, el sólo ruido de sus pisadas mientras atravesaba ese corredor, me han hecho conocerlo bastante para que no me arrepienta de haber querido verlo; sentémonos y hablemos; ya somos amigos.

—¿Cómo, mi *lady*, honra usted tan pronto con el título de amigo a un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? Usted ignora quién soy.

—Es verdad, ni lo que usted es según el mundo, ni lo que ha hecho mientras ha vivido entre los hombres; pero sé ya lo que es usted delante de Dios. No me tome usted por una loca como me llama muchas veces el mundo, pero no puedo resistir a la necesidad de hablarle con el corazón en la mano. Hay una ciencia perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente donde nunca ha perecido y donde todavía vive: yo la poseo, yo leo en los astros. Todos somos hijos de una de esas celestes luminarias que precedieron a nuestro nacimiento y cuya feliz o maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamientos de nuestra mano, en la forma de nuestro pie, en nuestros ademanes, en nuestro porte; no hace más que un minuto que lo estoy viendo a usted, y sin embargo lo conozco como si hubiéramos vivido juntos un siglo: ¿quiere usted que le revele a sí mismo? ¿quiere usted que le prediga su destino?

—Guárdese usted de hacerlo, mi *lady*; le dije sonriendo, no niego lo que ignoro; no aseguraré que la naturaleza visible e invisible, en que todo se enlaza, todo se encadena, seres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de seres superiores como los astros o los ángeles; pero no tengo necesidad de su revelación para conocerme a mí mismo... ¡corrupción, debilidad, miseria! Y en cuanto a los arcanos de mi destino futuro, temería profanar a la Divinidad que me los oculta, si se los preguntase a la criatura. En punto al porvenir no creo más que en Dios, en la libertad y en la virtud.

—No importa, crea usted lo que quiera; yo en cuanto a mí veo evidentemente que usted ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas, que le han dotado de cualidades análogas y lo conducen a un fin que yo podría, si quisiera, indicar a usted hoy mismo. Dios le trae a usted aquí para iluminar su alma; usted es uno de esos hombres de deseo y de buena voluntad, que él necesita como instrumentos para las obras maravillosas que pronto va a consumir entre los hombres... ¿Cree usted que ha llegado el reinado del Mesías?

—He nacido cristiano; con esto le respondo a usted.

—¡Cristiano! —replicó frunciendo ligeramente el ceño—, yo también soy cristiana; pero el que usted llama Cristo ¿no ha dicho: “yo os hablo todavía por parábolas, pero el que ha venir después de mí os hablará en espíritu y en verdad?” Pues bien, ése es el que aguardamos, ése es el Mesías que no ha venido aún, que no está lejos, que veremos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo. ¿Qué responderá usted? ¿Y cómo podrá usted negar las palabras mismas de su Evangelio que acabo de citarle? ¿qué motivos tiene usted para creer en Cristo?

—Permítame usted, mi *lady*, que no entre con usted en semejante discusión, en que tampoco entro conmigo mismo. Hay dos luces para el hombre: una que ilumina la mente, que está sujeta a la discusión, a la duda y que muchas veces no conduce más que al error y al extravío; otra que ilumina el corazón y que nunca engaña porque es juntamente evidencia y convicción... ¡Dios sólo posee la verdad de este modo y como verdad: nosotros no la poseemos más que como fe! Yo creo en Cristo porque ha traído a la tierra la doctrina más santa, más fecunda y más divina que ha derramado jamás su luz sobre la existencia humana... Una doctrina tan celestial no puede ser fruto de la ilusión y de la mentira. Cristo lo ha dicho como lo dice la razón: las doctrinas se conocen por su moral como el árbol por sus frutos; los frutos del cristianismo, hablo de sus frutos venideros más aun que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos; luego la doctrina en sí misma es divina, luego su autor es un Verbo divino como él se llamaba a sí mismo. He aquí por

qué soy cristiano, he aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo: con los demás no tengo ninguna. No se le prueba al hombre sino lo que ya cree.

—Pero en fin ¿encuentra usted el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no siente usted lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del Mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos?

—¡Oh! en cuanto a eso, es ya otra pregunta. Nadie más que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades; nadie declara más sin rebozo los enormes abusos sociales, políticos y religiosos; nadie desea ni espera más un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está más convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino. Si a esto llama usted esperar un Mesías, le espero como usted, y más que usted suspiro por su próxima aparición; como usted y más que usted veo en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazón, en la depravación de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno y por consiguiente de una cercana e inminente renovación. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede por sí mismo. A esa situación ha llegado el mundo; creo, pues, en un Mesías cercano a nuestra época, pero en ese Mesías no veo a Cristo que nada más tiene que darnos en punto a virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá después de él; a ese Espíritu Santo siempre en acción, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, según el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber. Que ese Espíritu divino se encarne en un hombre o doctrina, hecho o idea, espero en él y le aguardo y ¡más que usted, le invoco! Ya ve usted que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacerlo a usted creer esta conversación.

Sonriose al oír esto, y sus ojos algo sombríos mientras me oía confesarle mi racionalismo cristiano se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural.

—Crea usted lo que quiera —me dijo—, no por eso deja usted de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envía y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá usted a Europa; la Europa acabó; la Francia sólo tiene una gran misión que cumplir aún; usted tendrá parte en ella; no sé todavía cómo, pero podré decírselo a usted esta noche cuando haya consultado sus estrellas. Todavía no sé los nombres de todas: ahora veo más de tres, cuatro distingo, acaso cinco y ¿qué sé yo? Más aún. Una de ellas es seguramente Mercurio que da la claridad y el color a la inteligencia y a la palabra; usted debe ser poeta; eso se lee en los ojos de usted y en la parte superior de su rostro; más abajo está usted bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de acción; también hay algo de sol —añadió de repente—, en la postura de la cabeza de usted y en el modo cómo la inclina sobre el hombro izquierdo. Dé usted gracias a Dios; hay pocos hombres que hayan nacido bajo más de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, menos aun cuya estrella aunque sea favorable no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta; usted, por el contrario tiene muchas, y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. ¿Cuál es el nombre de usted?

—Se lo dije.

—Nunca lo he oído, repuso con el acento de la verdad.

—He aquí, mi *lady*, lo que es la gloria. He compuesto algunos versos en mi vida, que han hecho repetir un millón de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado débil para atravesar estos mares y montañas, y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado. Eso mismo me hace más lisonjera la benevolencia que usted me prodiga, pues no la debo más que a usted y a mí.

—Sí; poeta o no, usted me es simpático, y espero en usted ¡nos volveremos a ver; esté usted seguro! Usted regresará al Occidente, pero no tardará mucho a volver a Oriente: ésta es la patria de usted.

—Es a lo menos la patria de mi imaginación.

—No se ría usted; ésta es la verdadera patria de usted, la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire usted su pie.

—No veo en él más que el polvo de esos senderos que le cubre, y de que me avergonzaría en un salón de Europa.

—No es eso, mire usted su pie; ni yo misma lo había reparado. Mire usted; el empeine es muy elevado, y cuando el pie está posado en el suelo deja entre el talón y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarlo; ése es el pie árabe, el pie del Oriente; usted es un hijo de estos climas y ya está cercano el día en que cada cual volverá a la tierra de sus padres: nos volveremos a ver.

Entró entonces un esclavo negro y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo algunas palabras en árabe.

—Vaya usted; ya está dispuesta la comida; coma usted a prisa y vuelva pronto; voy a ocuparme en usted, y a ver más claro en la confusión de mis ideas acerca de su persona y porvenir de usted. Yo nunca como con nadie; vivo muy sobriamente, pan y un poco de fruta, a las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner a un huésped a mi régimen.

Condujéronme a una glorieta de jazmín y adelfa a la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para *monsieur* de Parceval y para mí; comimos muy aprisa, pero *lady* Ester no esperó a que acabáramos, y envió a Leonardi a decirme que me aguardaba.

Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Yo estaba ya acostumbrado a ver fumar a las mujeres más elegantes y hermosas de Oriente, y no me chocaba en manera alguna aquella graciosa e indolente actitud ni aquel aromático humo que se exhalaba en leves columnas de los labios de una hermosa interrumpiendo la conversación sin enfriarla.

Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella mujer extraordinaria, moderna maga que recuerda enteramente a las famosas magas

de la antigüedad... ¡Circe de los desiertos! Pareciome que las doctrinas religiosas de *lady* Ester eran una mezcla hábil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado a vivir; misteriosa como los drusos cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo, resignada como el musulmán y fatalista como él, con el judío aguardando al Mesías y con el cristiano profesando la adoración de su Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádanse a esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginación teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditación, algunas revelaciones tal vez de los astrólogos árabes, y se formará una idea de aquel singular y sublime compuesto que es más cómodo llamar locura que analizar y comprender. No; esta mujer no está loca. La locura que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura que se revela siempre en la conversación, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, excéntricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversación elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de *lady* Ester. Si yo hubiera de pronunciar un juicio, diría más bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce a sí misma y que tiene sus razones para parecer locura. La poderosa admiración que su genio ha ejercido y ejerce todavía sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas prueba suficientemente que esa supuesta locura no es más que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos, cuya imaginación es más colorada y luminosa que el horizonte de sus arenas o de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma o de *lady* Stanhope, necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio. *Lady* Stanhope lo ha comprendido primero por la alta capacidad de su inteligencia verdaderamente superior; luego, como todos los seres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse a sí misma, y por ser la primera neófita del símbolo que se había creado para otros; tal es el efecto que esta mujer ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra: es una estatua de

inmensas dimensiones que no se puede juzgar más que desde su punto de vista.

No me sorprendería, que algún día no lejano, realizase una parte del destino que se prometió a sí misma, un imperio en la Arabia, un trono en Jerusalén. La menor conmoción política en la región del Oriente que habita podría elevarla hasta ese grado.

—No tengo sobre este punto —le dije—, más que una reconven-
ción que hacer al genio de usted, y es la de haber sido demasiado tímido con los sucesos, y no haber empujado bastante a su fortuna hasta donde podía conducirla.

—Habla usted —me respondió—, como un hombre que cree todavía demasiado en la voluntad humana y no bastante en el irresistible imperio del destino solo: mi fuerza reside sólo en él. Yo lo espero, no le llamo: voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada a mí misma sobre esta roca desierta, expuesta a ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis puertas, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los días, y a veces amenazan mi vida: no hace mucho que se la debí a este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo negro a quien he criado. Pues bien, en medio de todas esas tribulaciones, soy feliz; a todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes. ¡Alá Kenim! ¡la voluntad de Dios! y aguardo con confianza en el porvenir de que le he hablado a usted, y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe usted tener.

Después de haber fumado varias pipas, y tomado varias tazas de café que nos traían los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:

—Venga usted —me dijo—, que quiero llevarle a un santuario donde no dejo penetrar a ningún profano: hablo de mi jardín.

Llegamos a él, bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los más hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente. Sombríos emparrados cuyas bóvedas de verduras sostenían, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioscos en que los

arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras; enredaderas del Asia; estanques a donde una agua artificial iba desde una legua a murmurar y alzarse en los caños de mármol; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos y de compartimientos de tiestos de mármol cubiertos de flores nuevas para mis ojos; tal era aquel jardín. Sentámonos en varios kioskos que lo adornaban, y nunca la inagotable conversación de *lady* Ester perdió el tono místico y la elevación de argumento que había tenido por la mañana.

—Una vez que el hado —me dijo—, lo ha enviado usted aquí, y que una simpatía tan admirable en nuestros astros me permite confiarle a usted lo que ocultaría a tantos profanos; venga usted, que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino sólo es conocido de mí y de mis adeptos; las profecías del Oriente le habían anunciado hace muchos siglos, y usted mismo va a juzgar si se han cumplido esas profecías.

Abrió, diciendo esto, una puerta del jardín que daba sobre un pequeño patio interior, donde vi dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfección de formas.

—Acérquese usted, me dijo, y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al Mesías: *nacerá ensillada*.

Vi en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusión de una credulidad vulgar entre pueblos semibárbaros: la yegua tenía entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaba tan perfectamente la forma de una silla turca, que se podía decir con verdad que había nacido ensillada y, salvo la falta de los estribos, se la podía en efecto montar sin que necesitase una silla artificial; aquella yegua bellísima por todo lo demás parecía acostumbrada a la admiración y al respeto que le manifestaban *lady* Stanhope y sus esclavos, y presentir la dignidad de su futura misión; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y vigilan constantemente sin perderla de vista un solo

instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente más hermosa, divide con la yegua del Mesías el respeto y los cuidados de *lady Stanhope*: nadie la montado tampoco. *Lady Ester* no me dijo, pero me dio a entender, que aunque el destino de la yegua blanca era menos santo, tenía también, sin embargo, un destino misterioso e importante, y creí comprender que *lady Stanhope* la reservaba para montarla ella el día que efectuase su entrada al lado del Mesías en la Jerusalén reconquistada. Después de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flexibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardín y reiteré a *lady Ester* mis instancias para que me permitiese, en fin, presentarle a *monsieur de Parceval*, mi amigo y mi compañero de viaje, que me había seguido a pesar mío a su casa, y que esperaba en vano desde por la mañana un favor del cual estaba tan deseoso.

Consintió al cabo en ello y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya he descrito. Volvieron a aparecer el café y las pipas con la profusión propia del Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal que no veíamos a *lady Stanhope* sino al trasluz de una atmósfera semejante a la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma facundia, pero con infinitamente menos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, aunque asuntos menos sagrados para ella.

—Supongo que es usted aristócrata —me dijo de pronto—, no lo dudo al verle a usted.

—Se engaña usted, mi *lady*: no soy ni aristócrata ni demócrata; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra; no soy ni aristócrata ni demócrata, soy hombre y partidario exclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pie de la escala social. No estoy ni por el pueblo ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas ni en las democráticas la virtud exclusiva de perfeccionar a la humanidad:

esa virtud no reside más que en una moral divina, fruto de una religión perfecta. La civilización de los pueblos es su fe.

—Verdad es ésa; pero, sin embargo, yo soy aristócrata a pesar mío, y usted convendrá en que si hay vicios en la aristocracia, a lo menos hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios y los vicios más bajos y envidiosos, pero busco en vano las altas virtudes.

—No es eso; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior por el contrario esos vicios se manifiestan en toda su desnudez y hieren más el sentimiento moral en la mirada que los contempla. La diferencia está en la apariencia, no en el hecho; pero en realidad de verdad el mismo vicio es mayor en el hombre rico, elevado e instruido que en el hombre sin luces y sin pan; porque en uno el vicio es de elección, en el otro de necesidad. Despreciémosle, pues, donde quiera, y más aun en la aristocracia viciosa, y no juzguemos a la humanidad por clases sino por hombres: los grandes tendrían los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrían los vicios de los grandes si fueran grandes. La balanza es igual: no pesemos.

—Bien; será así, pero déjeme usted creer que es aristócrata como yo; me sería doloroso creerle a usted del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que ha hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban el edificio para formarse con sus ruinas un pedestal para su envidiosa bajeza.

—No; tranquilícese usted, no soy de esos hombres; sólo soy de los que no desprecian lo que está debajo de ellos en el orden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo o cuyo sueño sería llamar a todos los hombres, independientemente de su grado en las jerarquías arbitrarias de la política, a la misma luz, a la misma libertad y a la misma perfección moral. Y pues que usted es religiosa, y cree que Dios ama igualmente a todos sus hijos, y espera un segundo Mesías, para enderezar todas las cosas, sin duda piensa usted como ellos y como yo.

—Sí, pero ya no me ocupo absolutamente en política: ya he visto bastante, demasiado, en los diez años que he pasado en el despacho de *monsieur* Pitt, mi tío, cuando todas las intrigas de Europa venían a resonar alrededor de mí; joven he despreciado a la humanidad y no quiero volver a oír hablar de ella; todo lo que hacen los hombres es infructuoso; las formas me son indiferentes.

—Y a mí también.

—El fondo de las cosas es Dios y la virtud.

—Exactamente lo mismo pienso; conque así, no hablemos más de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando a asuntos menos graves, y bromeando sobre la especie de adivinación que la hacía comprender a un hombre todo entero a la primera mirada, y a la sola inspección de su estrella, puse su sabiduría a prueba y la consulté sobre dos o tres viajeros conocidos míos que en el discurso de quince años la habían visitado; admirome la perfecta lucidez de su juicio sobre aquellos dos hombres. Analizó entre otros con una prodigiosa perspicacia de inteligencia el carácter de uno de ellos que yo conocía perfectamente, carácter difícil de comprender a primera vista, grande pero velado bajo las seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad, y lo que más me sorprendió y me hizo admirar la inflexible memoria de aquella mujer, fue que aquel viajero no había pasado más que dos horas con ella, y que habían transcurrido dieciséis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedía de la impresión que su vista había producido en ella. La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma. Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas lo han comprendido maravillosamente, y a todos su naturaleza les hace buscar el desierto o el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversación.

—Yo creía que el fanatismo de usted por ese hombre pondría una barrera entre nosotros, le dije.

—No he sido fanática más que de sus desgracias y de compasión hacia él.

—Y yo también, de modo que también en eso estamos de acuerdo.

No podía yo explicarme cómo una mujer religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religión, sin moral y sin libertad. Bonaparte fue un gran reconstructor, sin duda: rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponía; amasó su estatua con barro e interés personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales: la virtud y la libertad.

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectación por parte de *lady* Ester todos los asuntos que traen la palabra y se lleva en la conversación a la ventura. Conocía yo que ninguna cuerda faltaba a aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave expedían un sonido entonado, fuerte y lleno, excepto tal vez la cuerda metafísica que un exceso de tensión y soledad había desentonado o elevado a un diapasón demasiado alto para la inteligencia mortal.

Separámonos con sincero sentimiento por mi parte, y con muestras del mismo por la suya.

—Nada de despedida —me dijo—; nos volveremos a ver muchas veces en este viaje; y más aun en otros viajes que usted no proyecta siquiera todavía. Vaya usted a descansar, y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano.

Presentome su mano; yo puse la mía sobre mi corazón, a la manera de los árabes, y nos retiramos.

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 131-148].



HERNANDO CORTES,

Conquistador de México

Don Fernando Cortés

Nihil a caeteris, nisi robore
ac prestantia differens.

Plinio

Aplicando estas palabras que escribió el orador que se cita, en elogio de Trajano, al célebre conquistador de Nueva España, no he hecho más que sujetarme a lo que refiere la historia de este capitán, que no se distinguía “de sus soldados, sino en el sufrimiento y en la valentía”.

Nació Cortés en Medellín, en la provincia de Extremadura, el año 1485, bajo el reinado de los católicos Fernando e Isabel. Fueron sus padres Martín Cortés y Catalina Pizarro, no dejando de ser raro que fuesen parientes los dos hombres más grandes que vinieron al Nuevo Mundo a conquistar dos imperios poderosos: México y el Perú.

Sus padres le enviaron a la universidad de Salamanca con deseo de dedicarlo a la carrera de la iglesia; pero el joven, que no se sentía inclinado a ella, y que además tenía una constitución débil y enfermiza, se regresó a su casa. Ya no le quedaban más que dos caminos que tomar: o el de Italia o el de América. En ambas partes los españoles encontraban para sus hazañas un espléndido teatro. El Gran Capitán se había distinguido en Europa: faltaban nombres para los extensos reinos recientemente descubiertos.

Quizá Cortés desde entonces se creyó capaz de llevar al cabo las más heroicas acciones, pues el verdadero genio jamás desco-

noce sus fuerzas, y solicita la ocasión de desarrollarlas: se decidió, pues, a venir a la América.

Si entonces no vino, las causas no me detendré en exponerlas hoy que sólo me he propuesto escribir un muy ligero rasgo de la vida de este ilustre español, que merece volúmenes enteros, escritos por plumas maestras; y aun así creo que sus colosales dimensiones no quedarían más que imperfectamente bosquejadas. Lo cierto es que Gómara asegura que se dirigió para Italia emprendiendo viaje a Valencia; pero sin saberse por qué motivos se le ve en el año de 1504 embarcarse en San Lúcar de Barra-medá para Santo Domingo.

Aquí permaneció seis años, bien querido de Ovando y de su secretario Medina, y cuando Velázquez salió para la conquista del Cuba fue uno de sus principales compañeros. Las noticias recogidas por este tiempo de México, de su extensión, fertilidad y riquezas, encendieron la codicia de aquellos espíritus tan sedientos de oro; y debe decirse de paso que aun el mismo Cortés, al principio, sólo ambicionaba tesoros, que, en honor de la verdad, debe también asegurarse que los despreció luego que la aureola de la brillante gloria que lo inmortaliza, coronó las vastas creaciones de su fecundo genio.

Tampoco me detendré en las reyertas entre él y Velázquez, pues basta verlo en las playas de Veracruz sumergiendo la armada; basta verlo improvisar trece bergantines para apoderarse de las lagunas de México, y conducirlos desde los pinares de Tlaxcala, para persuadirse de que estos esfuerzos extraordinarios le hacen superior a todos, y que si semejantes hechos no estuviesen referidos por intachables testigos, más parecerían fábulas mitológicas que obras reales de la inteligencia humana.

Cortés, en lugar de la debilidad que en su niñez se le notó, gozaba ya de una robustez y salud a prueba, como si la naturaleza hubiese querido dar toda la fortaleza necesaria a quien tantas penalidades había de sufrir.

En varios artículos en que he hecho memoria de él, he procurado manifestar el predominio que Cortés tenía sobre su tropa; influjo legítimo, adquirido por el convencimiento que todos

tenían de su superioridad, y fomentado y sostenido por la amabilidad y dulzura con que trataba a sus soldados. Hubiera perdido la vida en el sitio de la capital cuando desbaratada su columna en la calzada de Tacuba él quedó herido; había caído prisionero y le llevaban a sacrificarle, cuando Cristóbal Olea voló a librarle con más gente, como lo consiguió, y no sólo Olea sino todos querían siempre sacrificarse por salvar la vida de su distinguido capitán.

Si se fueran a examinar los medios de que se valió para establecer un gobierno, pacificar a los naturales, protegerlos y favorecerlos, sería materia demasiado extensa, no propia de este lugar, ni podría mi relación compararse a la que han hecho en su época Herrera y Bernal Díaz, ni a las que recientemente han publicado Prescott y Alamán. Baste decir, según afirma el último escritor citado, que, debido a Cortés, en brevísimo espacio de tiempo “no sólo se estableció la administración política y militar, no sólo se reconoció en todas direcciones la inmensa extensión del país, distribuyendo en él poblaciones españolas, con un gobierno municipal, sino que se penetró hasta las entrañas de la tierra por los abismos de los volcanes”.

El viaje de Cortés a Honduras, manifiesta un valor extraordinario, aunque algo inoportuno, pues reciente, como lo estaba la conquista, la autoridad no se había constituido. En este peligroso camino dio Cortés a conocer de cuánto era capaz: no sólo desempeñaba como capitán y como soldado, sino que haciendo de piloto unas veces, atravesando espesos bosques con una brújula y una mala carta, y de ingeniero otras, levantaba puentes para pasar los ríos.

Sus indagaciones sobre la mar del Sur y los recursos que aun de su propio bolsillo gastó en estas empresas, y que jamás se le pagaron, demuestran que Cortés más deseoso de gloria y de nuevos descubrimientos, se esforzaba por enriquecer con preciosas joyas la corona de su monarca, que acaso no estimó como debía los servicios de su fiel vasallo.

Velázquez que lleno de envidia continuó siempre enemigo del conquistador, con algunos apoyos en la corte y en las primeras audiencias, que fueron también contrarias a Cortés, y unidos a

él otros no menos envidiosos, consiguieron que Carlos V dictase providencias poco favorables al hombre que acababa de darle un mundo.

Cortés se embarcó para España con mucho oro, objetos raros y piedras preciosas, con el fin de presentar allí una prueba palpable de los recursos de las tierras que había ganado a la corona de Castilla. Le acompañaron dos hijos de Moctezuma y otros jóvenes de las familias indias más nobles de México y Tlaxcala, y fue a desembarcar a Palos el año 1528, donde treinta y cinco años antes el descubridor Colón había llegado trayendo la noticia de un Nuevo Mundo.

Luego que corrió la voz de que Cortés, estaba en España, el entusiasmo fue extraordinario: había un mes solo de haberse prevenido a la audiencia que lo remitiese preso; mas su presencia dispó las sospechas que de su fidelidad pudiera tenerse. Permaneció por varios incidentes en las inmediaciones de aquel puerto y desde él se dirigió a los estados del duque de Medina-Sidonia, quien lo recibió suntuosamente.

El rey estaba entonces en Toledo, y cuando se aproximó Cortés salieron a recibirle su constante defensor el duque de Béjar, el conde de Aguilar y muchos grandes señores de la nobleza, quienes le condujeron al hermoso palacio que se le había preparado.

Al día siguiente fue presentado a Carlos V, quien le oyó con agrado, quedó satisfecho de su conducta y aun le consultó acerca de las providencias que podían dictarse más convenientes para estas regiones. Se enfermó por este tiempo gravemente, y el rey fue a visitarle a su alojamiento, distinción singular de la que no se olvidan todos los escritores que han hablado de este grande hombre.

Complacido Carlos V de los buenos servicios de Cortés, cuando se iba a Roma a recibir la corona imperial, firmó en Barcelona las diversas cédulas en que se le concedió el título de Marqués del Valle de Oaxaca; en que se le dieron las dos casas, nueva y vieja, de Moctezuma; y se le confirmó en el empleo de capitán general. Después la emperatriz, por ausencia de su

esposo, le confirió el de gobernador por toda su vida de las islas y tierras del mar del Sur.

Antes de venir a España había fallecido su primera mujer doña Catalina de Juárez, y con esto pudo casarse de nuevo con la sobrina del duque de Béjar doña Juana de Zúñiga.

Colmado Cortés de honores, se resolvió a regresar a México, al teatro de sus inmortales hazañas. La audiencia que le había hecho la guerra, fue depuesta, y nombrada otra que llegó algún tiempo después que el conquistador estaba ya en Cuernavaca.

Ocupado en sus descubrimientos del mar del Sur, gastó en esta empresa su salud y su caudal; y después la audiencia tuvo con él por varios años disputas de trascendencia; hasta que el padre franciscano Marcos Niza decía haber encontrado al norte de Sonora una nación opulenta, y creyendo Cortés alegar derecho, como asunto anexo a sus atribuciones de capitán general, el virrey Mendoza se opuso. No tuvo el conquistador más recursos que el de confesarse vencido en las luchas de acá, y proyectó un nuevo viaje a la corte para vindicar sus derechos tan escandalosamente atropellados.

Llega a España el año 1540, cuando las cosas eran para él muy diversas. Las nuevas del Perú habían oscurecido las de México, y el nombre de Pizarro se igualaba, si no excedía en fama, al de Cortés. Fue tratado, es verdad con las consideraciones a que era acreedor, acompañó a Carlos V en la expedición de Argel, pero no conseguía ni una de las providencias que solicitaba. Y así se vio: “que el que había dado a su soberano la más preciosa de las posesiones de su corona, el que ha dejado a la posteridad un hombre inmortal, obligado a andar como un litigante vulgar, solicitando el despacho de sus negocios” y defendiéndose del fiscal, decía: “Véome viejo, pobre y empeñado: pensé que haber trabajado en la juventud, me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso”.

Ya fastidiado de promesas vanas y tortuosos manejos, se determinó a regresar a México, embarcándose en Sevilla. Un nuevo disgusto que allí tuvo, le ocasionó una enfermedad grave; y él conociendo que se acercaba el término de su vida, se retiró a

Castilleja de la Cuesta, donde murió el 2 de diciembre de 1547, a la edad de sesenta y tres años.

Sus restos, que con arreglo a lo que él mismo dispuso se trajeron a México, aún no encontraron allí seguridad, pues el año de 22 se trató de desenterrarlos y quemarlos; pero se desaparecieron sin que se supiese su paradero, hasta que el autor de las *Dissertaciones sobre la historia de México* ha asegurado que recogidos entonces por el conde Lucchesi, apoderado del duque de Terranova, fueron conducidos a Palermo.

Mérida, octubre 24 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 155-159].

El canto del gallo

La noche está llena de misterios divinos. Desde que se ve el crepúsculo de la tarde ir desapareciendo entre su oscuro velo, deja de oírse el canto de las aves; deja de verse el campo enriquecido con los productos de una vegetación espléndida, iluminada por los rayos del astro que la vivifica; deja de contemplarse todo lo que el hombre ha hecho para aprovechar sus frutos; deja, en fin, de observarse el diferente esfuerzo con que contribuyen muchos de los animales a las grandes miras del hombre; pero en cambio de este movimiento del día, movimiento poderoso, necesario e irresistible, en que todos los objetos se consideran bajo sus verdaderas formas, hay en la noche armonías sublimes y en medio de su silencio un lenguaje profundo que graba impresiones vivas en el corazón.

Sin regresar hasta los siglos en que se había dado a la soledad de la noche una sombra espantosa, cuando las fantasmas y los espíritus de los difuntos se unían, y la muerte se paseaba entre las ciudades, como el ángel que describe Isaías entre el ejército de los asirios; sin que volvamos a épocas en que la historia y las tradiciones eran un monstruoso tejido de consejas inverosímiles, aunque no destituidas de novedad y de poesía, es preciso convenir que aun hoy la noche ya despejada de esos aterradores espectros, no lo está ni de sus legítimas bellezas, ni de sus melancólicos acentos. En su oscuridad, solemne asilo de la oración, porque lo es, y muy profunda y religiosa, la que el espíritu humano sin distraerse con el ruido del mundo, puede hacer al recordar sus acciones y pesarlas en la balanza de la con-

ciencia; en medio de esa oscuridad repito, no faltan palabras siniestras como las del búho y el mochuelo, y voces de inexplicable placer como el canto del gallo.

Ya sea que el cielo sereno deje ver las estrellas cuando la claridad de la luna no se presenta a opacarlas; ya sea que las nubes cubran, como con un manto de fúnebre crespón, la dilatada atmósfera que abraza nuestra vista; ya sea que la lluvia cayendo a torrentes, haga a los hombres y a los animales buscar pronto un asilo, el gallo siempre firme en medio de la noche, apacible o tempestuosa, anuncia las horas que van corriendo. Acaso su acento no llega ni a los oídos de los ricos, ni a los de esos hombres que han subido la escala de los honores al impulso de una próspera fortuna, y que engañados con sus sueños de ambición y de gloria, no perciben las más dulces armonías de la naturaleza. Tan orgullosos que apenas se bastan para sí, no conocen los admirables encantos que se reservan para los pobres y los humildes.

El canto del gallo es en la cabaña del labrador un reloj seguro que le marca con fijeza las horas de la noche; es para el caminante una esperanza consoladora: la proximidad de su descanso. En el canto de las aves hay siempre una señal de su gozo o de su dolor, y esa música está dispuesta tenga, uno u otro objeto, para que nuestro oído se embelese con sus dulces modulaciones; pero sólo al gallo se reserva el alto poder de herir con su acento igual, armonioso, sencillo y poético, las fibras más delicadas del corazón. Chateaubriand, para quien el espectáculo de la naturaleza se presenta bajo todos sus aspectos revestidos de una majestad religiosa, dice que el ave es el emblema del cristiano: “Prefiere, como él, la soledad al mundo; el cielo a la tierra; y todo su ser para reducirse al corazón para amar a Dios y a la voz para cantar sus milagros”. Si sobre este pensamiento lleno de belleza queremos considerar la vida puramente de presagio que lleva el gallo, nos persuadiremos de que él no huye a la soledad, pero que su existencia inclinada a demostrar con las demás aves el mismo fin, no ha sido destinada para los desiertos; y así se le ve en un teatro en que su voz oída con meditación llenará las verdaderas

miras que lleva consigo. Por eso, a pesar de su natural fiereza, se le ve dócil en la sociedad doméstica, y con un tino que merece serias contemplaciones; no creyendo suficiente que su acento anunciador se mezcle sólo con el bullicio del día, ha escogido también el silencio de la alta noche para elevar su canto puro y sonoro; pues si en un templo debe reinar el recogimiento, y en medio de la silenciosa plegaria que cada uno eleva en su alma, escucharse la voz del ministro de la santa religión que allí nos reúne, en el templo más grande, en el más augusto, en el templo de la naturaleza, cuando todos recogidos, revisan inquietos los actos de su voluntad, no debe oírse más que el acento claro y enérgico que nos despierta del sueño de nuestros errores; el acento que hizo brotar lágrimas de los ojos del Apóstol; ese acento de que hizo mención el Salvador del mundo, para que no viésemos en él más que una severa lección, que al mismo tiempo que nos haga recordar un pasado de tantos siglos, nos muestra un porvenir en que se trasluzcan la vida, la eternidad, el cielo y el infierno.

Es cosa digna de observación en efecto que las aves terminen su canto con el último crepúsculo de la tarde y lo empiecen con el primero de la aurora: sólo en algunas noches de primavera, a la luz apacible de la luna, el ruiseñor eleva al cielo la deliciosa y melancólica armonía de sus palabras; pero aun en esas noches también se perciben los fúnebres acentos del búho, y valiéndome de los términos del célebre escritor que he citado, repetiré que: “el uno canta por el céfiro, las arboledas, la luna y los amantes; el otro por los vientos, los antiguos bosques, las tinieblas y los muertos”. Aun sin esta reflexión y persuadido de que todo tiene en la naturaleza un fin grandioso, no me atreveré jamás a dudar que el canto del gallo, cuya excelsa poesía es más fácil percibir que explicar, contiene algo que siente el corazón, porque no puede desentrañar la filosofía ni aclarar el entendimiento con todas sus investigaciones y raciocinios.

Y tiene la virtud, como todo lo misterioso, de acomodar las impresiones a la situación del espíritu que las recibe: no es lo mismo para el amante que vela en grata conversación con el

objeto de sus esperanzas, que para el penitente religioso que ante el altar débilmente alumbrado por una lámpara, dirige sus oraciones al cielo; no es lo mismo para el enfermo que teme por momentos la muerte, como para el caminante que le anuncia llegar al término de su jornada; cada uno comprende una muy débil parte del todo que abraza ese canto despertador. Sólo el poeta, el genio que guarda en su fantasía un rayo de la mirada de Dios, que ve los objetos con una luz tan divina como la primera que iluminó la creación, sólo el poeta en un estado de verdadero arrobamiento puede comprender el canto de una ave que derrama tan puro raudal de poesía sobre sus volcánicas concepciones. La pluma del trágico inglés, del hombre más grande que según el juicio de Dumas ha existido en el mundo poético, Shakespeare, en su célebre *Hamlet*, con la mira de hacer referencia a las creencias supersticiosas de Dinamarca en la época remota a que se refiere su obra, y con la idea de juntar a esa superstición alguna sublime pintura sublime de su genio, al hablar de la sombra de Hamlet que se aparecía a los guardias del palacio de Elsingor, cuando más sobrecojidos estaban los que lo contemplaban, el canto del gallo la hace desaparecer inmediatamente. El estremecimiento de la sombra es tan natural para los interlocutores, que refiere el caso que uno de ellos dice: “yo he oído decir que el gallo hace despertar al Dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora y que a este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra huye a su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión”.¹

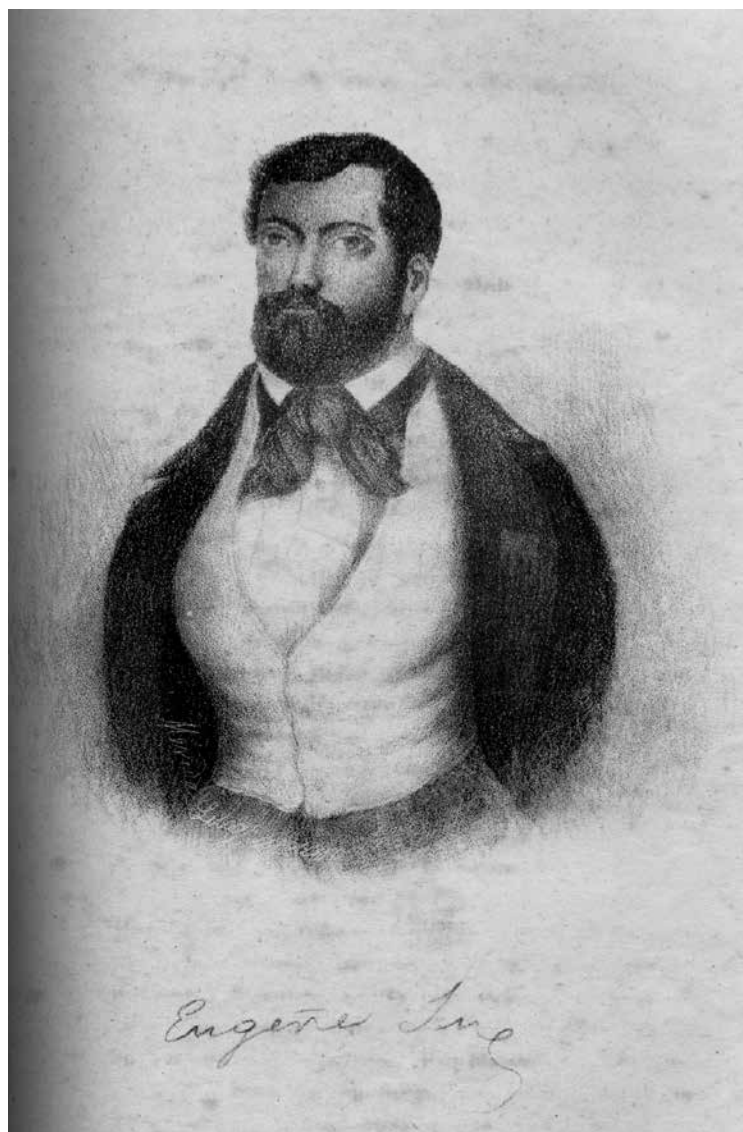
Para terminar pues, este breve artículo, es preciso decir que el gallo con su canto de oración, que envuelve una historia del pasado, presente y futuro del mundo, símbolo de la eternidad, y está colocado en la puerta del cielo junto al apóstol que negó a su maestro: desde allí escuchan su voz los ángeles, las vírgenes y los santos y le distinguen los condenados desde el abismo de la fúnebre morada: los unos lo oyen con divino regocijo, los otros con rabiosa desesperación. Sobre una columna hermosa como

¹ Traducción de Moratín.

la cauda de un cometa y adornada de estrellas y luceros, está llenando su doble objeto de alegrar a los unos y de hacer más penosa su existencia a los otros: a ambos anuncia la eternidad ¡pero qué eternidad! el cielo a los unos, a los otros... el infierno.

Mérida 20 de noviembre de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 207-211. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 340-341].



Historia contemporánea.

Breve noticia biográfica de Eugenio Sue

Los redactores de este periódico que tanto han deseado ver establecida en el país una litografía, tienen hoy el inexplicable placer de anunciar que se han cumplido sus deseos. La adjunta lámina lo demostrará así a nuestros apreciables suscriptores. Y han quedado tanto más satisfechas nuestras esperanzas, cuanto que un hijo del país es el que ha introducido esta importante mejora. Los progresos que hacen las artes en todos los países cultos nos hacían anhelar para el nuestro aquellas muestras que más comprueban su ilustración: la litografía, unida a los adelantos que la imprenta ha hecho, es hoy una de las principales, y en todas las obras que se publican ocupa un lugar muy preferente. Don Santiago Bolio, aplicado desde su niñez a las artes del dibujo, pintura y grabado, en su reciente viaje por los Estados Unidos ha conseguido los conocimientos necesarios para presentar un trabajo con la perfección que está a la vista. Le damos, pues, la enhorabuena porque le cupo la dichosa fortuna de ser el primero que en su patria diese a conocer este curioso ramo, que ha hecho inmortal el nombre de su célebre descubridor Senefelder.

Para la primera litografía escogimos el retrato del escritor que por sus obras ocupa el primer lugar entre las plumas de más celebridad en la literatura francesa contemporánea, el distinguido Eugenio Sue, el que por sus conocimientos y por su genio ha sabido ver la sociedad, sus vicios y sus virtudes bajo de un punto que interesa al más indiferente lector, el que ha popularizado su nombre con sus producciones, y que defendiendo en ellas los

verdaderos intereses de una inmensa mayoría ha manifestado de la manera más convincente los principios humanitarios que debieran regir en el mundo. Los redactores del *Registro* no pretenden escribir la biografía que merece este célebre escritor; pero el que tiene la gloria de desempeñar hoy este trabajo, no debe omitir que si se ha de juzgar a Sue por el mérito de los libros importantes que ha dado a luz, no bastarían las columnas de este periódico; y persuadido de esto se ha reducido a escribir una ligera noticia biográfica, y una relación sucinta de sus obras.

Sue nació en París el 10 de diciembre de 1804, y lleva el nombre de Eugenio en memoria de uno de sus padrinos, que fueron la emperatriz Josefina y el príncipe Eugenio Beauharnais. Basta esta circunstancia para conocer que su familia no era oscura. Sus antepasados habían sabido adquirirse los respetos y del saber: desde su bisabuelo hasta su padre, todos habían sido médicos muy distinguidos; todos habían publicado obras originales y traducidas, y hecho estudios curiosos que sirven de mucho a los que se dedican a la ciencia. Juan José Sue, padre de Eugenio, primer médico de la guardia imperial en la campaña de Rusia, lo fue también del rey después de la restauración. Amigo de Josefina, de Masséna, de Moreau y de todos los personajes del tiempo del consulado, supo conservar el distinguido lugar que ocupó en la corte, no por el favor sino por sus luces. Dígalos sino la abundante y curiosa colección que ha legado a la escuela de Bellas Artes de París, que su hijo Eugenio, en una nota de su novela *Martín el Expósito*, llama “rico museo de anatomía, historia natural y geología. En él hay un monumento que un enfermo consagró a la memoria de su resurrección”, como él mismo decía, y que fue debido a los consejos de este sabio profesor.

Eugenio Sue siguió la misma carrera de la medicina hasta llegar a ser cirujano en la milicia real. En 1823 estuvo en el estado mayor del ejército de España, y en seguida en el mismo campamento en el séptimo regimiento de artillería. Hallose en el sitio de Cádiz, en la toma del Trocadero y en la de Tarifa.

Después abandonó el servicio de tierra por el de mar. Vino varias veces a América; y habiendo recorrido las Antillas, vol-

vió al Mediterráneo y visitó la Grecia. En 1828 estaba a bordo del navío *Le Breslaw* presenciando el combate de Navarino. A su vuelta, no conociendo en sí afición bastante para la carrera de la medicina que había adoptado, determinó separarse de su ejercicio: esto no era inconstancia; eran las inspiraciones del genio que le impulsaban a creer que él no había nacido para marchar en la senda de sus antepasados, senda gloriosa ciertamente pero diversa de la que él debía tomar luego.

En 1830, Eugenio Sue vivía en París con las comodidades que le proporcionaba la fortuna que había heredado de su padre. Dedicábase a la pintura, recibiendo lecciones de su particular amigo Gudín. Por este tiempo las novelas marítimas de Cooper llamaban la atención de la Europa, y el imitador de Walter Scott había igualado su nombre al del célebre autor de los bellos romances de Escocia. Sue, médico que había ejercido su facultad por tierra y por mar, con la experiencia y conocimientos recogidos en sus viajes, quiso introducir en Francia, ya que estaba de moda el océano, la novela marítima, y publicó varias obras con este propósito. No fue su aceptación tal que satisficiera los deseos del autor; y escribió en seguida, pero sin separarse del plan indicado, un tratado histórico sobre la marina francesa en tiempo de Luis XIV, añadida de una corta pero exacta relación de la marina militar de todos los pueblos. Tampoco con esta nueva producción adquirió más nombradía su autor.

Dedicose entonces a la novela histórica, en que a pesar de su buen desempeño, en que a pesar de su rara fecundidad, no se distinguió todo lo que aquella pluma podía hacer después; y con la mira de ver si era más feliz en el romance de costumbres, lo ensayó también, y sus producciones, dignas de recomendarse, ni llamaron la atención general, ni le proporcionaron más gloria que las anteriores. Se propuso no dejar ningún género sin tocar, y escribir dramas y melodramas que tuvieran menos aceptación que todo lo que había publicado.

Parece que Eugenio Sue con el no muy buen éxito de estos trabajos debiera haberse fastidiado de la literatura; pero el verdadero genio, que jamás se cansa, aún no había descubierto la

gigantesca fuerza de energía que se guardaba en aquella alma de poeta. Arrojó sus plumas, preparó otras nuevas y escribió *Los Misterios de París*. Desde los primeros capítulos sorprendió, arrebató, y las miradas de todas las clases de la sociedad se fijaron en esa obra eminentemente social. Las prensas en todos los idiomas conocidos se apresuraron a dar al mundo tan importante producción, y a esa misma hora el nombre de su autor se elevó al primer lugar en la escogida galería de los grandes escritores de la época. Los periodistas, los grabadores y pintores, todos contribuyeron a generalizar un libro que contiene tantos *misterios* del corazón humano, tan perfectamente analizados. Se creyó que ninguna otra obra podía exceder ni al mérito, ni a la popularidad de aquella; pero Eugenio Sue anuncia *El Judío Errante*, lo comienza a dar a luz, lo concluye y todos los ánimos se asombran del acierto, de la maestría de tan sabio e importantísimo trabajo. *Los Misterios de París*, obra social, no pudieron compararse al *Judío Errante*, obra social y filosófica al mismo tiempo; pero de una filosofía tan profunda, que en ella han querido sus miserables enemigos hallar encubierta una intención depravada. Cuando se atacan los errores, cuando se quiere defender la virtud, cuando se pretende fomentar el trabajo, se expone el que tan nobles miras indica, a los tiros de la calumnia y de la ambición, que se sostiene y engrandece con el sudor y la sangre de esos a quienes oprime y deja. Eugenio Sue, tomando a su cargo la defensa de las clases proletarias de la sociedad, está iniciando las saludables reformas que tarde o temprano han de hacerse en obsequio de la humanidad y de la luz. No hay un tipo más bello, acaso ideal, que el de *Flor de María*, no hay otro más horrible que el del escribano *Ferrant*, ninguno más noble que el del *Gran Duque de Gerolstein*; y en todos esos diversos caracteres las acciones siempre en armonía con ellos. Si se quiere, los personajes no serán posibles, pero sus acciones no sólo son posibles sino verosímiles, que es lo más que puede exigírsele a un autor de este género de obras. Y si las acciones son verosímiles, es claro que Eugenio Sue ha desempeñado bien su objeto: presentar al vicio con todas sus horribles formas, a la virtud con sus más bellos y ricos atavíos.

Adriana de Cardoville es tan hermosa como el príncipe de *Djalma* y *Rodín* tan malo como el estrangulador *Farinhgea*, pero ¿quién no mira la exactitud histórica de muchos de los pasajes que se refieren? La *Compañía de Jesús*, para mí muy recomendable por mil títulos y a la que profeso un aprecio particular; la *Compañía de Jesús*, repito, ¿no está probado que sus tendencias eran las que manifiesta la obra? La cuestión sobre la mala retribución del trabajo, la utilidad de la asociación, ¿no es cierto que son puntos muy interesantes, y no es cierto también que están tratados por Sue con sumo tino, con suma filosofía? El análisis de estos libros, que todos conocen, además de requerir más extensión que la que me he propuesto dar a este artículo, sería también inútil. Las obras que hablan a la razón general y que tocan las fibras de todos los corazones, los corazones deben juzgarlas: el que quiera formar su juicio que las lea con detenimiento y sin prevención. No hallará en ella sino la más loable y brillante defensa de los principios de la religión y de la moral.

Como para dar una idea de la vida de esta notabilidad europea, tengamos a la vista una breve descripción de la casa que habita, me ha parecido ponerla en seguida, pues de los objetos que rodean a los hombres célebres no es difícil se conozcan sus inclinaciones, sus estudios, y arrebatarse a un gabinete el secreto de la vida doméstica que es la única que da a conocer mejor a los hombres:

Monsieur Eugenio Sue habita en el extremo de *Faubourg Saint-Honoré* una casita cubierta de bejucos de América y de flores, que forman una bóveda sobre el peristilo. Su jardín estará doblemente arreglado, fresco y perfumado: un chorro de agua juguetea entre las rocas y los juncos. Una larga galería cerrada, cubierta de esculturas y plantas, conduce de la casa a una pequeña puerta exterior oculta bajo una roca artificial. La habitación se compone de muy pequeñas piezas, con poca ventilación, oscurecidas por los juncos americanos y por las flores que cuelgan sobre las ventanas. Los muebles son encarnados con clavos de oro.

La recámara, con más luz que las otras piezas, tiene muebles de diversos colores puestos desordenadamente. Hay de todos estilos:

gótico, moderno y fantasías francesas. El salón es de pedernal, las paredes están cubiertas por cofres, curiosidades diversas, pintura y escultura: retratos de familias, obras maestras de artistas modernos amigos suyos. Las repisas están cubiertas de vasos preciosos, regalos de algunas señoras: uno de ellos, muy respetado, es un presente real. Nombres gloriosos brillan por todas partes: Delacroix, Gudín, Vernet, Isabey... En un cuadro se ven un dibujo de Mme. de Lamar-tine y versos del ilustre poeta. Una pintura sobre un caballete ocupa un lugar privilegiado en medio de las curiosidades del salón: es un anacoreta de Isabey de un efecto maravilloso, formando un contraste muy notable en este pequeño templo de la voluptuosidad. Todos estos objetos despiden un dulce perfume que se percibe al momento por el sano olor de cueros de la Rusia.

Por esta ligera descripción se conocerá luego el fecundo pín-cel que nos ha escrito los hermosos gabinetes de Adriana. Eugenio Sue ha pintado sus propias impresiones, quizá sus mismos deseos ¡pero qué impresiones y deseos tan bellos!

Publica actualmente las *Memorias de un ayuda de cámara*, y todo el mundo espera con ansia los *Siete pecados mortales* que anunció antes y aún no ha empezado a dar a luz. Eugenio Sue es el nombre más conocido en esta época: los periódicos tienen obligación de hablar de él y de insertar sus obras. El que suscribe este artículo se complace en haber trazado estas pocas líneas para acompañar a su retrato que acaba de llegar de París; y como es parecido a otro que posee litografiado en México, supone por esta razón uno de los más exactos.

Mérida, noviembre 26 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 234-239].



CRISTÓBAL COLÓN,
descubridor de la América.

Don Cristóbal Colón

Mientras las naciones de Europa a fines del siglo xv no habían logrado establecer aún el verdadero equilibrio que nivelase la balanza de sus respectivas autoridades; cuando el sistema feudal robustecido con la poderosa influencia adquirida en las cruzadas; cuando las artes empezaban a protegerse en Italia, y cuando las armas de fuego, la brújula y la imprenta acababan de dar prodigioso impulso al entendimiento humano, más lleno de vigor y vida cuanto más había sido oscuro y débil en la Edad Media; faltaba, sin embargo, un genio que dando movimiento a tan variados elementos hiciese una revolución importante y necesaria en la vida y costumbres de todos los pueblos. Este genio fue Colón. Con un espíritu elevado sobre su siglo, reconoció en sí fuerzas bastantes para dar feliz término a una grande empresa: la de hallar un nuevo camino para la India Oriental. Tal era la ostensible pretensión del hombre que iba a descubrir un mundo.

Pobre y humilde Colón, en su origen, no se sabe a punto fijo ni el lugar ni el año de su nacimiento. El abate Cacellieri ha publicado una erudita y extensa disertación sobre esta materia, y aunque están conformes cuantos hablan de sus cosas en creerlo natural de la república de Génova, Navarrete opina que nació en la misma ciudad de este nombre, y que eso acaeció por los años de 1436.

Quédese el curioso trabajo de investigar tan pequeñas y menudas circunstancias para los que habituados a revolver el polvo de los archivos viven contentos entre el vasto campo de la erudición; a nosotros nos bastará saber que tales cosas ni dan ni

quitan fama a su glorioso nombre, a ese nombre que debiendo legarlo al Nuevo Mundo, le usurpó este exclusivo derecho a un afortunado aventurero: Américo Vespucio.

Colón persuadido de la redondez del globo que habitamos, y completamente equivocado por un cálculo inexacto sobre la longitud que los portugueses habían andado en sus travesías al Oriente, y cuyos viajes no tenían otra mira que la de ser los poseedores del comercio que Venecia hacía con la India por el Mar Rojo y el istmo de Suez, quiso formar un proyecto que con mayores ventajas en la ejecución trajese al cabo los resultados más felices y pensó que tomando al occidente conseguiría pronto llegar al continente del Asia por aquel rumbo. Tal fue el pensamiento que comunicó a varios gobiernos de Europa, y que éstos despreciaron juzgándole ridículo e irrealizable, hasta que una mujer, Isabel de Castilla, capaz de comprender por su elevado espíritu lo que otro espíritu tan eminente y sublime había concebido, extendió su mano poderosa y allanó las dificultades que pudiesen estorbar la realización de aquel gigantesco proyecto.

La España entonces prosperaba extraordinariamente, porque después de que una conveniente revolución hizo poner la corona de Castilla sobre la hermosa frente de Isabel, su enlace con Fernando de Aragón uniendo ambas monarquías, aunque sin quitarle sus particulares excepciones, aumentó el poder de aquellos nobles esposos cuyo primer paso fue la conquista de Granada y la completa destrucción de los moros con quienes se había sostenido una lucha de setecientos años. No fueron menos oportunas las providencias adoptadas por los reyes católicos para asegurar y multiplicar su influjo en el interior del reino: la declaración de pertenecer a la corona los grandes maestrazgos de las órdenes militares hizo elevarse prodigiosamente al poder real y salvarle de las trabas con que antes le tenían ligado los inquietos directores y principales cabezas de tales religiosos armados: las leyes promulgadas por las célebres cortes de Toledo, aumentando el prestigio de las municipalidades, crearon las ideas de libertad y orden que los nobles patricios supieron fomentar, mezclándolas con aquel entusiasmo ardiente que no vacila ante las más

temerarias empresas. Esta época grande para la España en que se contaba con hijos tan distinguidos como Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba y el cardenal Cisneros, necesitaba de un personaje como Colón que trayendo la fuerza y glorias de Europa a América, trayendo los beneficios de la religión cristiana, hiciese ver no solamente el descubrimiento casual de estas tierras, sino el nudo que ata la historia de ambos mundos, el origen del comercio y una de las más ricas fuentes de la moderna civilización.

No he llamado casual descubrimiento debido a Colón sino por conformarme con el aserto de cuantos historiadores tratan de tan célebre acontecimiento, y aunque el señor Martínez de la Rosa en una sabia disertación leída en el instituto de Francia, apoya con el estilo más elocuente y castizo la exactitud de semejante opinión, conviene, sin embargo, decir que ni este distinguido literato ni las otras notabilidades que han apurado esta materia lo han hecho con el fin de desvirtuar el grande objeto que se propuso el almirante, y que dio tan admirables resultados. En el estado en que se hallaban en su tiempo los conocimientos astronómicos y cosmográficos, es necesario saber que Colón, superior a todos los navegantes de su siglo, se persuadió de que el mundo tenía la forma que había creído Ptolomeo; y sobre suponer él la existencia de regiones desconocidas, nada habría que extrañar supuesto que Séneca había anunciado en su *Medea* que llegaría la hora en que el mar rompiese las cadenas que estorbaban la difusión de los conocimientos, hora en que apareciendo, dice, un nuevo continente, la diosa de los mares mostraría orgullosa un mundo.

Lo que acaso sucedió en el espíritu volcánico del descubridor, fue que conociendo las tendencias de su tiempo, consagradas únicamente a las relaciones con la India, presentó un plan que aunque nuevo halagase aquellos deseos, y si aun así le oyeron como a un necio, si hubiera anunciado que iba a descubrir a otra India, a la virgen hermosa y rica a la que con sus entrañas de oro y plata, con la variedad de su clima y la excelencia de sus terrenos debía ser una importante revolución en la marcha de los cono-

cimientos humanos, en el progreso de la Europa, en el orden de los gobiernos, en todos los elementos, en fin, que constituyen las sociedades, no sólo le tomarían entonces como a un loco, sino que le hubieran mandando encerrar en una casa de orates.

Con todo, no dejó la maliciosa calumnia de hincar su diente venenoso sobre la carrera gloriosa de Colón. Se dijo que el descubrimiento, obra exclusiva de la fuerza de su ingenio, fue debido a un piloto que falleció a su lado legándole ciertos papeles en que halló el secreto de América y el derrotero. Tan ridícula especie, que no merece ya ni mencionarse, ha sido victoriosamente refutada por Bernal Díaz, por el padre Casas, por el señor Fernández Navarrete y por Washington Irving, que ha publicado con el título de *Vida y viajes de Colón* una de las obras más interesantes que se han impreso. Además, su familia sostuvo contra la corte un ruidosísimo pleito sobre la primacía del descubrimiento, en que probó evidentemente la falsedad de tan vaga conseja.

Colón dio cuatro viajes a América, y en los últimos años de su vida fue amado y distinguido afectuosamente por la reina Isabel; el rey don Fernando le trató con injusticia y desvío; pero lo que es el mundo, lo que son sus glorias y lo que es la envidia se ven en la vida del ilustre almirante. Preso y cargado de grillos en la isla de Santo Domingo fue enviado a Castilla, y si después volvió a las Indias fue para regresar a España y morir en Valladolid el día 10 de mayo de 1505. El rey don Fernando hizo conducir su cadáver a Sevilla y se le depositó en el monasterio de Cartujos de Santa María de las Cuevas en el entierro de los señores de Alcalá, desde donde aquellos venerables restos pasaron a la isla y ciudad de Santo Domingo, y allí se colocaron en la capilla mayor de la Catedral. Cedida a la Francia la parte española por la paz de Basilea, fueron trasladados a la ciudad de la Habana, según queda menudamente descrito en un artículo publicado en la página 177 del tomo 3º de esta obra. [Sandalio de Noda, “Interior de la catedral de la Habana”, en *El Registro Yucateco*, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, 1846].

Por los periódicos que últimamente he recibido de Europa, he visto que el rey de Cerdeña había pedido al gobierno español las

cenizas del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Al hablar la prensa de Madrid sobre esto, se manifiesta confiada en que no se accederá a aquella pretensión, añadiendo: “que Colón se había hecho español, y que pues facilitamos el camino de su gloria, no debíamos perder lo que de ese grande hombre nos quedaba”. No hay que dudar que el gobierno español contestará negándose a satisfacer los deseos del rey de Cerdeña.

En el *Correo de Ultramar*, impreso en París el 11 de octubre, refiriéndose a una carta de Génova he visto también lo que literalmente copio:

El domingo 27 de setiembre se ha procedido a la colocación de la primera piedra del monumento que la ciudad de Génova erige en honor de Cristóbal Colón, a cuya noble e interesante ceremonia concurrieron más de doscientos mil espectadores de la Liguria, del Piamonte y de toda la Italia. La inmensa plaza que lleva el nombre del héroe, la montaña cuyo semicírculo la rodea por el lado del norte, los muelles y los mástiles de los buques, habían reunido casi toda la población: los palacios, las casas altas, sus techos, las torres, los campanarios, la montaña estaban cubiertos de espectadores. Veíanse ondear alrededor de la plaza los pabellones de todas las naciones, y los buques anclados en la vasta rada estaban empavesados. Nada podría igualar la magnificencia de este espectáculo, al que también se presta la situación de Génova, sobre un vasto anfiteatro a la orilla del mar. Después de un discurso pronunciado por el marqués de Paretto, resonaron sucesivamente los cañones de los fuertes de la rada, los tambores, la música de todos los regimientos y los coros entonando himnos.

Génova ha hecho con justicia esta demostración en honor de uno de los hijos más ilustres de su suelo. La España, que fue la que le proporcionó a Colón los medios para su magnífica empresa, la España que tan vasto poder adquirió con el descubrimiento, ¿no debería elevar también un monumento digno de la memoria del que tantas glorias, tantos laureles y riquezas trajo al trono de los reyes de Castilla y de Aragón?

La familia de Colón es el origen del actual noble y distinguida casa de los duques de Veraguas, y el retrato del almirante que

publicamos con este breve artículo, es tomado del que dio a luz el señor Cladera, el mismo que escogió don Lucas Alamán para sus disertaciones, porque el que existe en la galería de Nápoles pintado por el Parmesano, y que reprodujo el señor Prescott, no es de creer que sea tan exacto, siendo así que este pintor nació el año antes de la muerte de Colón. Por otra parte, el retrato adjunto es copiado de otro de cuerpo entero que poseyó su hijo don Fernando, y que corresponde con las noticias que él mismo da de las facciones de su padre.

Mérida, enero 2 de 1847

[*El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1847), 315-320].

Introducción al *Mosaico*

Desde que el célebre barón de Humboldt dio a conocer al mundo científico la importancia social de la Nueva España, la atención de la Europa fijose admirada en la variedad de los climas, en sus abundantes y diversas producciones, en la natural hermosura y en la sorprendente riqueza de un extenso territorio, cuya exacta y verídica descripción, fue el principal objeto de sus interesantes trabajos. Si el sabio geógrafo francés *monsieur* Balbi asegura, apoyado en el testimonio de aquel escritor, que la república mexicana es la “región argentífera del globo”, y que ella sola da más plata y oro que “todas las demás partes del mundo reunidas”, si se enumeran las cuantiosas sumas que ha producido, si se observa que esas ricas fuentes continúan derramando sus envidiados tesoros, si ni aún es posible siquiera que puedan agotarse jamás, ¿cómo es que nuestra patria, con tan poderosos elementos, no se ha elevado al grado de prosperidad que han conseguido, sin ellos, otras naciones? Cuestión es ésta que bajo el aspecto político no puede examinar, según el tenor de sus estatutos, la Academia a que tengo la satisfacción de pertenecer; pero honrado por mis dignos compañeros que me han electo como uno de los cinco socios redactores principales del periódico que empieza a publicarse, me hice cargo de escribir la presente introducción, proponiéndome manifestar en ella, no nuevas especies, sino el resultado del examen y estudio de los que conocen, por datos históricos, que la nación mexicana, aun en los tiempos más remotos de que haya noticia, ha sido ilustrada, ha sido opulenta, y que el alto destino a que sin duda será llamada algún día, no lo ocupa hoy por las innumerables desgracias que le han sobrevenido, y que no

desaparecerán mientras los hijos de este suelo, privilegiado por tantos títulos, no se persuadan de que el estudio, la aplicación y laboriosidad en todos los ramos, son los únicos, los indispensables medios, empleados para llegar al venturoso y anhelado término de verdadero engrandecimiento.

Al descubrirse la América se realizaba el gran pensamiento de Séneca, que había anunciado reiteradamente que llegaría tiempo en que el océano, ensanchando sus límites, facilitaría la adquisición de conocimientos físicos ignorados en su época, y que entonces la diosa de los mares daría a conocer un nuevo mundo, no dejando de llamar mi atención la particular coincidencia de que el español era el ilustre trágico que quince siglos antes profetizaba un suceso cuya gloria estaba reservada a su patria. Pero a pesar de su profunda filosofía, no podía predecir que al encontrarse el continente americano, dos poderosos imperios, uno en el Norte y otro en el Sur, rigiesen con leyes dignas de escrupulosa observación a la raza que lo habitaba. Aun más extraño debió de parecer que pueblos en absoluta incomunicación con la Europa, tuviesen aquel mismo sistema feudal que los monarcas del viejo mundo se esforzaban entonces en debilitar y destruir, y que como allá, fue aquí motivo de reyertas continuas, de guerras y divisiones que aprovecharon con acierto los conquistadores. Verdad es que debido a ese sistema son los monumentos que aún se conservan, y de que Yucatán presenta muchos que han dado materia al estudio de los anticuarios, y que sobre todos el apreciable *monsieur* Stephens ha descrito minuciosamente. De un mismo origen, de unas mismas costumbres, la raza americana en sus tradiciones, en sus idiomas o dialectos, en sus obras y en sus jeroglíficos, da las mejores y más seguras pruebas del estado de civilización que tenía antes del descubrimiento de la América, y reduciéndome sólo a la parte que hoy comprende la unión mexicana, manifestaré ligeramente alguna de las observaciones ciertas que apoyan los adelantos que había alcanzado.

Al examinar los jeroglíficos de que tan frecuente uso hacían los habitantes del Nuevo Mundo, se advierte que conocieron la distinción de hieráticos y demóticos, y que sólo el estudio de

esta diferencia basta para asegurar sus progresos. Mas en lo que sin duda sobresalieron, fue en los cálculos astronómicos más exactos que los de los primitivos griegos y romanos, y superiores a ellos, por consiguiente, en el modo de dividir el tiempo. Árido como es este asunto ha sido tratado por todas las plumas que han escrito la historia antigua de estos países, teniendo de nuestra península la muy curiosa cronología que se publicó en el *Registro Yucateco*, por el señor don Juan Pío Pérez y que dio a luz en su obra sobre nuestras ruinas el inteligente viajero *monsieur* Stephens ya citado. La religión, los templos, el respeto a los difuntos, las ceremonias para sepultarlos y los lugares a propósito en que lo hacían, todo indica que respetaban aquello que es natural al hombre respetar cuando se ha establecido ya una perfecta relación social; y si bien tenían el sacrificio de víctimas humanas, esto ni era en toda la América, ni se hacía sino con ciertas reglas y en ciertos casos. Sus casas, el arreglo de sus pueblos, la imposición de tributos, la limpieza y cultivo de los campos, la distribución de sus frutos y en muchas partes el vestido según las distinciones y jerarquías, todo ello manifiesta el reconocimiento de una autoridad constituida, el círculo bien marcado de los deberes y derechos y hasta ideas de una regular policía. Respecto de las artes y de su estado de perfección, baste decir que las obras curiosas y bellísimas de plumas, y las muy raras y particulares de oro, plata y piedras preciosas que se recogieron en el palacio de Moctezuma, fueron la admiración de la corte de Francia y del Vaticano, en donde no podían presentarse iguales, y que al mismo tiempo que muestran el conocimiento y la ejercitada aplicación de instrumentos a propósito, justifican el alto grado de sus admirables adelantos. Si a todo esto se añade que no carecían de una legislación en que se enumeran y clasifican los delitos y las penas, tal como lo refiere nuestro historiador Cogolludo, por la noticias que tuvo a la vista de uno de los personajes de la familia que había dominado el país, y cuya obra se ha perdido desgraciadamente, debemos creer que así en Yucatán como en los demás pueblos del continente americano, la civilización, en lo que cabía, debió admirar a los pueblos de

Europa, entonces engrandecida con la seguridad del poder real que había derrocado el feudalismo, a la vez que se conmovían generalmente los ánimos, con los importantes descubrimientos de la pólvora, la brújula y la imprenta. A la valerosa nación que había peleado siete siglos con los moros cupo la suerte de descubrir y dominar estas tierras, con el plausible propósito de extender en ellas la religión cristiana, que fue también objeto por algunos siglos de los ataques al Asia, y que se conocen en la historia con el nombre de las Cruzadas. Pero la cruzada de América, llevando un fin muy noble, en efecto, y que se realizó, encargada a ilustres guerreros de una nación orgullosa y acostumbrada a triunfar, fue una cruzada de ambición para arrebatar riquezas acumuladas que se extendieron rápidamente por todo el globo. El brillo de tan codiciados tesoros, no podía ofuscar la situación de la antigua sociedad primitiva, y quedó a cargo de la posteridad desempeñar ese trabajo, con la imparcial cordura que lo verifican autores como Prescott, juzgando sobre las noticias más o menos exactas que dejaron los escritores contemporáneos. A esto se deben, sin embargo, las descripciones de la grandeza y prosperidad de los reinos que fueron teatro de las hazañas de Pizarro y de Cortés, y todos comprueban esta verdad: que había en América grandes naciones bien gobernadas, y entre las cuales México ocupaba un lugar distinguido.

Hablando ahora, por un momento, en lo particular de Yucatán, que a la hora de la conquista se le encuentra dividido y dominando el verdadero feudalismo, destruida por una guerra la opulenta ciudad de Mayapán, asiento de la monarquía, nadie ha puesto en duda que sus pobladores, con una lengua si no perfecta, a lo menos expresiva como la naturaleza, y bastante para sus necesidades y conocimientos, tenían el grado de cultura que se advirtió en las islas conocidas con el nombre de las Antillas, y que era superior al de otras partes. Los buenos tejidos de algodón que así le servían para varios objetos, como eran tributos de los vasallos, trabajados con el aparato más sencillo y con la perfección que pudiera hacerse en las mejores fábricas, dicen claramente que conocían la agricultura, la industria y los medios de

fomentarlas. Si a tal especie de vasallaje o esclavitud debieron los naturales semejantes progresos, acaso será porque en el carácter de esta raza se tropieza con la indolencia que no procura afanarse sino por los medios extremos del mandato y del rigor. Al modo duro y severo con que eran regidos, opina mi amigo el señor don Pío Pérez, y dice que pensaba lo mismo el ilustrado cura don Estanislao Carrillo, se debe el que en muchos edificios se encuentren piedras que no son sino de otros lugares muy distantes, y que serían traídas por una especie de tributo, con el fin de edificar los palacios para sus señores y los templos para sus ídolos.

Oscura o muy poco conocida como es la historia en muchas de sus partes esenciales, deja ver lo bastante para conocer distintamente que es incuestionable el adelanto de la América a la llegada de los españoles, que había gobernantes y gobernados, agricultura, industria, paz y prosperidad en unos pueblos, discordia y anarquía en otros; en una palabra, había esa alternativa de bienes y males, que, valiéndome de la expresión del poeta riojano Meléndez, “forman mezclados la tela de la vida”, frase aplicable así a los hombres en particular, como a las sociedades en general.

Luego que los conquistadores, no sólo fijando su ambición en las riquezas y los honores, sino en su gloria y fama, empezaron a informar a la corte del resultado de sus empresas, aquel espíritu de dominación exaltado por el celo religioso produjo bienes positivos a la América. La España regida por instituciones más liberales que ninguna otra nación de aquella época, trajo con la religión, sus armas y sus doctrinas, los necesarios elementos para el arreglo de un gobierno y la fundación de grandes pueblos; y como siempre estos extraordinarios acontecimientos han producido, a pesar de sus horrores, notables ventajas para la humanidad, como de ellos se vale acaso la Providencia Divina en sus inescrutables designios, nada tenía de raro, que tal como fue consiguiente a la conquista de los romanos la unión de las naciones y el extenderse por todas ellas un solo idioma, abriéndose así el camino a los progresos del entendimiento humano, a la propagación del cristianismo y a que con el curso del tiempo se formasen esas

naciones ilustradas y poderosas que hoy admiramos, fuese consecuencia de la conquista el establecimiento de las naciones que hoy existen, y que poderosas e ilustradas también, han influido e influyen tanto en las transacciones sociales. La conducta de la España en América fue muy opuesta a la que ha seguido con sus colonias la Inglaterra, que se precia de filantrópica, y que es una incontestable demostración lo que se verificó en los Estados Unidos, en donde la raza primitiva ha sido alejada y destruida. El objeto que aquí se trata impedía adoptar semejantes medidas de destrucción, y así se vieron al misionero y al soldado trabajar asiduamente en la obra de reducir a los naturales a las sanas ideas de la religión de paz que propagaban, y que recogieron en breve los mejores frutos. Todo quedó arreglado, y el orden, la tranquilidad y la constancia levantaron cuanto vemos todavía y cuanto nos da hoy el título para contarnos entre los pueblos ilustrados del mundo. Ni podría en un artículo de periódico, ni cabe tampoco a mi propósito, expresar con la extensión que la gravedad del asunto exige, lo que en los tres siglos que estuvimos sujetos a la España, se hizo en bien y para engrandecimiento de la que hoy es la nación mexicana. El señor don Lucas Alamán, que en su excelente obra de *Disertaciones sobre la historia de la República*, ha referido con toda la profundidad de conocimientos que posee, cuanto puede desearse saber acerca de la conquista, las causas de que provino y las consecuencias que produjo, no ha publicado, a lo menos que yo sepa, el tomo tercero que tiene ofrecido, y en el que se propone tratar del gobierno colonial, de los sucesos acaecidos en todo el tiempo de su duración, de los templos y conventos edificadas, y de otras materias curiosas e importantes, cuyas noticias serán, por cierto, muy útiles, pero que sólo robustecerán el convencimiento público de que los españoles consiguieron hacer en América grandes obras, que patentes todavía, son intachables testigos de los adelantos que su administración logró realizar.

Del periodo de nuestra independencia acá no puede hablarse aún con la exactitud e imparcialidad que lo harán las generaciones venideras; pero como es tan común y general la injusta

especie de atribuir los males presentes a nuestra emancipación política, y como esto no es verdad ni tienen ellos los horribles colores con que exageradamente se les quiere pintar, de todo lo que pudiera yo apetecer para refutar completamente tan errado juicio, lo más satisfactorio es lo que ha anunciado la comisión de geografía y estadística de la república, en su número tercero correspondiente al mes de agosto del presente año. Esta comisión da a luz mensualmente un cuaderno, habiendo salido el segundo número de su *Boletín* diez años después del primero. En 1839 se estableció un instituto, que apenas empezaba sus apreciables tareas, tuvo que interrumpirlas, hasta que hoy sus ilustrados miembros, que no han dejado un momento de afanarse, y cuyo ejemplo es digno modelo de imitación, atan de nuevo el hilo de sus importantes trabajos, presentando los datos que han reunido. Ellos manifiestan:

que relativamente a la población, la república mexicana es el pueblo que tiene mayor número de personas que saben leer y escribir, entrando en comparación todas las naciones de Europa, sin exceptuar ninguna; que encierra menor número de mendigos; que hay delitos y crímenes muy raros en ella, y algunos sin ejemplar; que respecto a la perfección fisiológica de las razas, y a pesar de la diferencia de ellas, es la nación en donde se advierte menor número de personas jorobadas, raquíticas y contrahechas.

La comisión ha colectado un número considerable de alturas barométricas y situaciones geográficas nuevas, ha corregido muchas de las antiguas, ha hecho investigaciones geológicas y se han proporcionado datos de que no han tenido noticia los geógrafos de Europa. “Y todos estos trabajos”, como con suma propiedad dice uno de sus socios, “se han ejecutado entre el estruendo de las armas, en medio de los estragos de la guerra civil, cuando menos dispuestos debían estar los ánimos a entregarse a ocupaciones, que por su propia naturaleza, requieren paz, desahogo, y tranquilidad de espíritu”.

Si, pues, la república mexicana, tal como queda manifestado por la sabia comisión de geografía y estadística, es superior res-

pectivamente a otras naciones que la desprecian y vilipendian, si en ella se adelanta, en lo que es posible, cuando en una verdadera crisis recorre una senda estrecha y erizada de tropiezos sin cuento, a la calificación degradante que de ella hacen pueblos encantados con su orgullosa fortuna, y que no la merece en su desgracia, son los datos indicados, la más victoriosa contestación. Disípanse las causas que atajan el rápido vuelo que puede tomar, y entonces se verá cuál es la nación que acertará comparativamente a nivelarse al desarrollo de sus notorios elementos de grandeza y prosperidad. A todos toca procurar que semejantes elementos no aparezcan desatentidos, y que nuestro empeño sea el de consagrar a los objetos que reclaman exclusiva dedicación, el tiempo que hoy se invierte de una manera tan lamentablemente inútil. Allí están los campos brindando con su fertilidad prodigiosa, con su variada naturaleza, a las mayores empresas de agricultura, que es la primera fuente de la riqueza universal, allí, además de los abundantes frutos con que nos convida la tierra, nos reserva en su seno raudales de oro y plata, allí están nuestros caminos en lo absoluto abandonados, cuando sin ellos no puede haber comercio ni progreso de ningún género, allí está en fin, la instrucción pública, sobre la que es preciso decirlo con orgullo, nos hemos afanado, pero no sin tropezar con las dificultades que se oponen a cada paso. La Academia que las conoce, y que se le presentan más graves hoy que en otros días mejores, no desconfía de sus fuerzas, que aunque débiles para el alto fin que se propone, cuenta con la firmeza de sus nobles intenciones y con el apoyo de los buenos yucatecos. Sólo dando protección a tales empresas, y a todas las que son generalmente reconocidas por su conveniencia, utilidad e importancia, la república llegará a alcanzar el honroso lugar que le pertenece en la escala de los pueblos cultos. Para conseguirlo, como lo deseamos, preciso es curar en su origen el cáncer que nos devora, y sólo así, y como premio del trabajo y de la constancia, veremos al vapor surcar nuestros mares, atravesar nuestros caminos, pediremos al telégrafo sus alas, tomaremos al gas su hermosa luz, levantaremos la industria, el comercio, y disfrutaremos los positivos bienes que el

activo genio de nuestro siglo derrama abundantemente en otras naciones. Muy cerca tenemos el modelo. El gigante pueblo que camina al frente de las ideas democráticas, y que no tiene en su brillante historia más mancha que la de haber hecho la guerra a México, ese pueblo progresa con una rapidez incalculable, porque al impulso de sus principios eminentemente republicanos y del espíritu de asociación, nada hay que no pueda llevar al cabo. Unidos los dones con que el cielo ha querido protegerlo, al constante movimiento que favorece la realización de los más grandes y útiles proyectos materiales, sus pasos rápidos y seguros, encuentran el firme apoyo de su bien combinado sistema; y como el trabajo halla, por ventura, su competente premio en donde quiera que el hombre lo emplee, como esto lo confirme la experiencia aun en los terrenos más despreciados por la naturaleza, obligación de las sociedades es la de afanarse, y mucho más cuanto mayores son los recursos con que cuentan para llenar debidamente las condiciones necesarias de su existencia y respetabilidad. El viajero que recorre la Holanda y la Suiza observa hasta donde llega el esfuerzo humano, que así cultiva escarpadas montañas, como presenta ciudades flotantes sobre las aguas; y si en la república no hay dificultades naturales que vencer, ni se requieren esos esfuerzos, la senda que fácilmente podemos seguir, nos dará iguales si no superiores bienes a los que disfrutaban nuestros orgullosos vecinos. Conozcamos, por tanto, los mexicanos las ventajas de nuestra situación, los medios de curar las profundas heridas que vierten sangre, enjuguémonos las lágrimas que los más amargos dolores obligan a derramar, y apagando para siempre el fuego de la discordia, que atiza la ambición de los partidos, legaremos a nuestros hijos la paz, y con este precioso tesoro, la gloria de tener una patria tan ilustrada y bella, como respetable y opulenta.

Mérida, octubre de 1849

[*Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1849), 1-9].

Doña Robustiana Armiño

Si se creyó en otro tiempo que la afición a los estudios literarios y las producciones bellas y sublimes del genio poético eran impropias del bello sexo, hoy esta opinión errada, que tenía muy respetables apoyos, la han venido a echar completamente por tierra los progresos intelectuales de nuestro siglo. Obra digna del cristianismo fue por cierto levantar a la mujer del estado casi de esclavitud en que estuvo en las más célebres naciones antiguas; y desde entonces la vemos aparecer como la digna compañera del hombre, acercándose cada día al lugar que le corresponde ocupar en el círculo de las sociedades. Todavía en mi opinión la importante reforma comenzada sobre las poderosas e indestructibles bases del establecimiento de la única religión verdadera no está concluida para la mujer, según los grandes designios de su divino autor: y me basta para ello observar que se escoge una como madre del humilde rey que verifica la redención del mundo, que se le conserva pura y sin mancilla, que muestra su incomprensible ternura en las escenas de vida y muerte en que se le encuentra, que sin sujetarse a la ley universal que condena a perecer a todo lo creado, se le coloca bella soberana en su trono de estrellas, que aparece mediadora entre la justicia y la misericordia del que la señala como madre de todos los hombres, para oír los votos y enjugar las lágrimas de los que acuden al inagotable tesoro de gracias que está encargada de derramar por todas partes. Este recuerdo respetable que es digno objeto del gran libro que pasa venerado de una a otra generación, es también la fuente en donde yo creo que debe buscarse el sublime porvenir de la mujer. Asociada al hombre, hija de su primer sueño y señora

de un paraíso, si cediendo engañada a las más falsas promesas se precipita a un abismo, arrastrando en pos de sí todos los bienes y dejando una carrera de miserias, la voz eterna se escucha para condenar la depravada conducta del halagador e ilusorio poder que tan malignamente la condujo: “enemistades,—le dijo—, pondré entre ti y ella, entre su linaje y el tuyo, y aunque tú acecharás sus pasos, ella quebrantará tu cabeza”.

Causa de las desgracias de la humanidad, y escogida como medio de curarlas, vemos a una mujer transmitir el funesto legado de tantos infortunios, y a otra presentar a su carísimo Hijo que vino a redimir al hombre, cumpliéndose así las consoladoras predicciones de los verdaderos profetas. Cualquiera que medite, pues, en tan importantes sucesos y dedique su especial atención al examen profundo y filosófico de la historia, bajo todos sus aspectos, hallará que la variada suerte de la mujer aparecida como la última obra del autor de la naturaleza, humillada cuando han dominado las falsas religiones, y ennoblecida por el cristianismo, muestra ya unos derechos que están íntimamente enlazados con la misión augusta y providencial que se le ha conferido. Estos derechos que ejerce sobre el corazón y con sola la ternura que es arma poderosa para triunfar sin mancharse, y sin abatir al vencido, presentan las favorables ocasiones de una constante lucha en la que siempre se obtienen consuelos y esperanzas. Madre o esposa, hija, amante o amiga, junto a la cuna, al lado de la cama del moribundo, en los opulentos palacios y en las más miserables chozas, la mujer ha sido creada para derramar en todas las escenas de la vida sus rayos de gloria, y con su sonrisa, sus miradas, su armoniosa voz y su hermosura, herir misteriosamente las cuerdas más delicadas.

A tales dotes y para tan altos encargos correspondía una inteligencia clara y una sensibilidad peculiar, a fin de que unidas ambas fuese fácil en recibir impresiones y pudiese comunicarlas también. Según la civilización ha ido avanzando, según que las artes adelantan, se fomentan y perfeccionan, según que la música, el dibujo y la poesía se generalizan, no parece ya extraño, sino muy natural, que así como puede una mujer tocar el piano y

tomar el pincel, pulse la lira con las ventajas que le proporcionan las mismas cualidades que la adornan. En los primeros años del siglo pasado fue en Europa casi general la creencia de que era dañosa al bello sexo la adquisición de cualquier género de conocimientos, conservándose por más tiempo este error en España, en donde ha desaparecido igualmente, y en donde brillan hoy mujeres célebres por su genio y por sus escritos. En América, con la excepción de los Estados Unidos del Norte, todavía se pretende ridiculizar a las que por este temor no se han lanzado a la arena a lucir las excelentes dotes con que cuentan. Ya se ve, censuradas en lo particular por la envidia que clava su diente hasta en las reputaciones mejor adquiridas, criticadas con la sal de las sátiras y pintadas con exageración en las piezas dramáticas, como lo hizo Molière en Francia y Moratín en España, nada tiene de raro que se hubiesen retraído de aparecer en un terreno en que iban a ser objeto de la burla y del ridículo. Afortunadamente, para honor y gloria de la inteligencia humana, aquellas especies vertidas no tienen eco ahora, y en la misma España hay muchas escritoras de nota y poetisas apreciables que recogen el caudal de gloria necesario para legar a la posteridad un ilustre nombre. Cuéntase entre ellas a la señora doña Robustiana Armiño que ha dado a luz multitud de composiciones y de quien es la oda a Atenas [“Al cónsul de S. M. en Grecia”] que se publicó en el número anterior.

Este género de poesía si no conserva la alta sublimidad de sus épocas primitivas, tiene sin embargo más gracias, variedad y soltura. Debido esto a la diferencia de las mismas épocas, en la poesía lírica es en donde se advierte lo que el genio ha perdido de vigor y ha ganado, bajo otros aspectos, con el curso de las generaciones. Porque si ningún pueblo como el hebreo se ha visto en circunstancias más grandes, oyendo la voz de Dios, reunidos junto al arca, presenciando los milagros de su infinito poder y las luminosas escenas de Sinaí, ningún pueblo como él ha tenido tampoco una poesía lírica más bella, más perfecta, más legítima. David es sin duda el mejor, pero el más inimitable modelo. Los griegos que inspiran sus odas a Píndaro, a pesar de ser éstas tan

célebres, ni sus dioses, ni sus héroes, ni sus juegos olímpicos, podían presentar campo tan extenso y digno de cultivo como el de los hebreos para el majestuoso vuelo de la imaginación. Los romanos con una civilización más aventajada tuvieron a Horacio, cuyas odas sin ser comparables a las magníficas de los libros sagrados ni al arrebatado entusiasmo de las pindáricas, tienen toda la belleza y maestría con que han sido y serán aplaudidas. Generalmente cultivada la oda, vemos que la heroica en el tono del divino Herrera aparece también desempeñada como la moral en la lira de fray Luis de León, habiendo perdido la primera gran parte de su prestigio, siendo muy difícil darle hoy el brillante colorido que tuvo en sus buenos tiempos. Pero en cambio, la oda filosófica e histórica, hija de los progresos de nuestra era, se le ha sustituido con el mejor éxito. A este género pertenece la de la señora Armiño y otras suyas que tenemos a la vista, reservándonos dar algunas muestras después de unos ligeros apuntes biográficos de tan apreciable poetisa.

En el principado de Asturias y en la patria de Jovellanos, doña Robustiana Armiño nació en Gijón en donde ha hecho sus estudios, debiendo a su dedicación y talentos los conocimientos que posee en la literatura nacional y en las extranjeras. El francés, el inglés, el italiano y el alemán son idiomas de su frecuente lectura; y las traducciones que de ellos publica son siempre correctas. Hija de un farmacéutico y casada recientemente con un médico, doña Robustiana recibió sin duda los tiros injustos de la crítica que se opone neciamente a tan laudables miras, pues en una oda a su patria encontramos los siguientes y bellísimos versos:

Pero si a tus hogares
llegase por azar otra cantora,
no ahogues sus cantares
como hiciste inclemente con los míos,
dale tu protección, dale tu historia,
dale también por alimento gloria.

Que no todos ¡oh patria! se complacen
en cruzar el sendero

cuando de espinas le hallan erizado,
 no todos han gozado
 en caminar gimiendo,
 cual triste y solitario peregrino,
 sin otra compañía en su camino
 que el llanto que sus ojos van vertiendo.

No se arredran las almas grandes cuando se proponen un fin noble, sino que al contrario, sin escuchar los gritos de la envidia y venciendo tropiezos, llegan al deseado término de su gloriosa carrera. Esto ha sucedido con doña Robustiana Armiño, ya conocida aquí por algunas de sus poesías impresas en nuestras publicaciones periódicas. La *Miscelánea* dio a luz una que dedicó al retrato de Zorrilla y otra a la muerte del malogrado Espronceda. A su editor, que es hoy presidente de la Academia, remite la autora su oda a Atenas, que no ha sido impresa y “El Gitano”, que aunque no es obra inédita, es aquí desconocida, y circula en el calendario de Espinosa para el año entrante. Como una prueba de su amable cortesanía, puede presentarse el hecho de haber dirigido tan hermosa oda, accediendo a las insinuaciones amistosas que se le hicieron; y la Academia al publicarla con particular satisfacción en su periódico, corresponde a la fina demostración de afecto que uno de sus socios ha recibido de la autora. Escrita este mismo año en Salamanca para llevarse a Grecia, viene a darse por primera vez a luz en Yucatán: tal es el prodigioso encadenamiento de las relaciones sociales.

Doña Robustiana Armiño es una señora de edad de veintisiete años, de estatura pequeña y da muestras de una agilidad extraordinaria. Después de las horas que dedica al estudio, es frecuente encontrarla paseando en hermosos caballos u ocupada en el ejercicio de la caza, de suerte que alterna cuidadosamente el cultivo del espíritu con el movimiento y trabajo del cuerpo. Pero a la señora Armiño, como a todas las personas que se consagran a la literatura, en donde se les conoce, y en donde debe buscárseles, es en su propio terreno, en sus escritos, que descubren su espíritu más bien que fastidiosas disertaciones que sólo sirven para hacer perder el tiempo al biógrafo y a los lectores. Mejor, pues,

que cuanto pudiera yo decir tendré la satisfacción de presentar algunos fragmentos de composiciones tuyas aquí no conocidas.

En la oda “A la Catedral de Salamanca” se expresa así:

Anonadada el alma
bajo el peso moral de tu hermosura,
contempla tus legiones esculpidas
ve vírgenes pulidas,
que calzan por coturno las estrellas,
de mártires dolientes,
de caballos y grupos caprichosos,
de grifos espantosos,
no en el cincel tosco o al azar formados,
que es tan alta belleza
la que brilla en sus formas angulares,
que a cantar su grandeza
no basta el tibio son de mis cantares.

Aquí la piedra dura
flexible se tornó; blandas, pulidas,
con ellas se formaron
que al encaje flamenco dieron celos,
y aéreas y perdidas,
cual si a merced del viento se meciesen,
flotando desprendidas
en atrevidos arcos se doblaron
y a las gigantes puertas se amoldaron.

Calados artesones
en la parduzca piedra recamados,
cual purísimo fleco se desprenden
magníficos blasones,
de un trabajo sutil, ceja imponente,
que abarca por pupila
el rubio sol que oscila
al través de sus bellos rosetones.

Fuerza es cantar, dulcísima señora,
del templo sacrosanto,
virgen en cuya faz consoladora

agotó su hermosura
el arte creador: oye mi ruego,
yo tu favor imploro,
préstame el arpa de oro
de inmortal querubín, y que mi lira
por el ángel pulsada,
vibre un canto profético sublime,
davídico, profundo,
que admire con su fuerza el ancho mundo.

Y aérea, bella, gigante,
montada sobre diamante
en medio al sombrío templo,
tu corona deslumbrante
trémula ¡oh nave! contemplo.

Cúpula que cincelaron
los ángeles que bajaron
a trazar tus maravillas,
y en ellas te proclamaron
la perla de las Castillas.

Ejércitos vencedores,
grupos de inmensos primores,
confundidos, apiñados,
y escudos y miradores
de oro y azul recamados.

Que si el alma delirante
tiende su vuelo arrogante,
por tu balcón atrevido
halla un anillo colgante
en los aires suspendido.

¿Podrá olvidarse ninguno
del brazalete moruno
que tus palmeras sujeta,
cual ciñe grillo importuno
los músculos de un atleta?

Remedo de una sultana
que lleva en su frente cana
plumas y joyas sin cuento,
Dédalo de filigrana
do se pierde el pensamiento.

En otra composición “A la memoria del joven don Miguel Menéndez...” se leen los bellísimos versos que siguen:

¡Ya la flor de los zarzales,
que tu otoñal hermosura
nos prestaba,
rueda por los eriales
y vuela por la espesura
deshojada!

¡Ay! ¡Cuántas flores murieron
al impulso del nublado
sacudidas!
¡Cuántas esperanzas fueron
del corazón angustiado
desprendidas!

¡Cuántos ojos se cerraron
que sólo entusiasmo y vida
respiraban!
Cuando más bellos brillaron
una eterna despedida
me legaban!

Duerme en paz hoja caída
de poéticos jardines,
flor galana!
Ni el follaje te dio vida,
ni sus auras y jazmines
la mañana!

Basten las anteriores muestras para un breve artículo de periódico, y para concluir confesando que merecedoras de alto apre-

cio son las tareas de las mujeres como la señora Armiño, consagran algunas horas de su vida a la perfección moral y social de la especie humana. La poesía, alto don del cielo concedido a los débiles mortales para elevar su dignidad, conservar los hechos, ennoblecer la historia, para legar a la posteridad un tesoro y para recoger los inmarcesibles laureles de la gloria, ha contribuido y puede contribuir todavía mucho a las mejoras del hombre. Y más rápidos, más felices y seguros serán sus triunfos, si la mujer, equívocamente llamada débil, pero que es en realidad fuerte, ayuda con sus admirables recursos a la realización de los vastos proyectos que conducirán a la humanidad a su completo estado de perfección. Mis convicciones suben a tal punto bajo este respecto, que el grande, noble y laudable pensamiento de la paz universal de que se trata en Europa, y que es objeto de las célebres discusiones de muchos sabios de ambos mundos, cuya respetable asamblea ha presidido Víctor Hugo en París en agosto del presente año, pronunciando un discurso que es la poesía de la política, no podrá conseguirse sin la indispensable cooperación de la mujer. Su carrera toda de ternura y amor, descubre su misión providencial; y así como trajo la vida y la muerte en un paraíso, la reparación al pie de una cruz, su libertad y la libertad de los pueblos con el cristianismo, ella debe consumir su importantísima obra bendiciendo la paz de las naciones.

Mérida, diciembre de 1849

[*Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1849), 73-81].

La religión y las sociedades.
Discurso leído en sesión extraordinaria
de la Academia en 13 de enero del
presente año por su autor, socio nato,
el señor don Vicente Calero

Hay una ciudad que por su importancia histórica es superior a cuantas han fundado los hombres. No son las épocas célebres de la venerable antigüedad las que sólo han contribuido a ennoblecen su ilustre nombre, pues si fue en sus buenos siglos reguladora de las sociedades, su poder político, débil como lo ha sido para otros pueblos, apenas basta a añadir algunas páginas más o menos gloriosas en el gran libro de las revoluciones. El origen verdadero de su alta memoria debe buscarse en su destino, misterioso, sublime y providencial, que no encierra su fama en el estrecho círculo de los recuerdos y tradiciones de una nación. Ciudad que es la tumba de tantos héroes de distintas edades, que tuvieron tan opuestas costumbres y hablaron diferentes idiomas, ciudad universal que el tiempo respeta, que los hombres admiran, que estrecha con los más sólidos vínculos morales las relaciones de los pueblos, ciudad que recorre una senda profundamente filosófica, cuyo principio y medios de acción corresponden al elevado fin de su interesante carrera, ciudad que es fuente viva de una idea tan inmortal ésta como perecederos son los hombres... esa ciudad es Roma justamente reconocida como asiento constante y sagrado de la autoridad delegada por el que para redimir al mundoapuró hasta las heces del cáliz de la amargura en las dolorosas horas del Calvario.

Entre sus muros, al pie de sus colinas, allí donde se han paseado los Césares, donde se ha oído la voz de los grandes oradores, los cantos inmortales de los poetas, de allí de donde han salido ejércitos numerosos para regresar con el orgullo de conquistadores, allí donde ha corrido la sangre de tantas batallas, donde han perecido tantos mártires, allí hay una silla respetable por la divinidad de su origen que se mantiene firme y segura a pesar de los ataques de los bárbaros, a pesar de las tentativas de los emperadores de Alemania, a pesar de las fuerzas de Carlos V y que ni la república francesa, ni Napoleón, ni los carbonarios han podido echar por tierra. Esa silla la ocupa un rey que no ha recogido en su cuna la herencia de su autoridad: más augusta y legítima, apenas en ella se coloca, cuenta con la obediencia de sus numerosos súbditos; esa silla, prenda preciosa del poder eterno que la conserva, antorcha que ha pasado alumbrando la historia de los siglos que han corrido desde la era cristiana, que se han sentado en ella, después del apóstol fundador, setenta y siete santos venerados en nuestros altares; esa silla que a su título de apostólica añade también el de romana, que tiene un pasado glorioso, que se muestra hoy llamando la atención del mundo y que su porvenir no está pendiente de humanas conjeturas; esa silla puesta en la tierra y apoyada en el cielo, es la que añade preciosos y no interrumpidos eslabones en la visible cadena que pasa atando el curso de los sucesos, es la que descubre cuánto ha contribuido la religión cristiana a los progresos de las sociedades, ya en la parte moral, ya en los adelantos intelectuales, ya en las ideas administrativas; y bajo cuyos variados aspectos, que tocaré ligeramente, hallo un objeto digno para presentar a esta ilustrada Academia una breve disertación, cumpliendo así con el deber impuesto por el reglamento a los socios que la componen. Importante y grave es el asunto: capacidad profunda y estudio constante que proporcione muchos y variados conocimientos, son precisos para tratarlo; en mí suplan la intención y el buen deseo, la falta de luces, y válganme siquiera las ardientes y repetidas súplicas que elevo al cielo para que me permita bajar a la tumba con la indecible satisfacción de haber

visitado la ciudad monumental, la ciudad eterna, la ciudad de mis sueños.

Nadie hay que no advierta en la civilización actual del mundo un sentimiento de moralidad que contribuye a dulcificar las acciones y como que las dirige y domina, sentimiento cuyo poder es tal que impone al vicio la pesada tarea de ocultarse bajo las apariencias de la virtud. La moral cristiana, a la que pertenece exclusivamente este tiempo, tuvo para lograrlo que combatir con las estragadas costumbres del imperio romano y con las de los bárbaros sus dominadores, y sin duda que por una constancia digna sólo de la santidad del objeto la vemos lucir su victoria en la legislación y en las costumbres públicas. Sabido es el dicho de Montesquieu sobre que las repúblicas se conservan por la virtud y las monarquías por el honor, pero participando este escritor de las ideas de su época, vio un efecto y no encontró su legítima causa. La religión era impotente en Grecia y en Roma para regularizar las costumbres; de allí el establecimiento de censores: en nuestras sociedades bastan los verdaderos ministros de la iglesia, censores natos de las costumbres, para infundir esas ideas de virtud y de honor, y para que se reconozcan como principios, de manera que formen una creencia universalmente arraigada. Esta creencia que en las naciones modernas constituye lo que se llama conciencia pública, es la que inspira la censura del vicio y los justos encomios a las bellezas de la virtud, es la que no debe considerarse como una mera doctrina, sino como una grande institución, pues para establecerla, tan profundamente como lo está hoy, no era suficiente la simple aparición de una doctrina: era necesaria, era indispensable la existencia de una sociedad que conservase como en depósito las máximas sanas de la virtud, y que al mismo tiempo las predicara sin cesar a los hombres con referencias a su vida, porque toda idea es débil e insubsistente cuando no hay una institución que la represente y que sea como su personificación. La iglesia, desde el primero de sus pontífices hasta el último de sus ministros, ha cumplido con el deber de difundir la moral que así se oye diariamente en los ricos templos de las opulentas ciudades, como en las pobres capillas

de las más miserables aldeas. Eso ha hecho la opinión respetable y reconocida de ciertas acciones comunes ahora, raras en los tiempos antiguos. No se hablaría hoy del acto sencillo de un jefe de ejército que tomando prisionera a la esposa del caudillo contrario se la remitiese con las demostraciones de su generosidad, pues esto lo tendríamos como resultado muy natural de los sentimientos reinantes, y sin embargo la historia recoge este hecho de Escipión en la toma de Granada. La iglesia para infundir estas ideas, para generalizar estos sentimientos, para trabajar por fin en la moral de los pueblos ha hecho cuanto debía, ha destruido la esclavitud, ha ennoblecido a la mujer, ha perfeccionado las relaciones domésticas, en una palabra ha reformado todo lo que en la antigüedad era defectuoso. “Mente elevada y corazón de fuego —así se explica un escritor moderno—, tenía seguramente quien dijo que el alma era naturalmente cristiana; pues acertó a encerrar en tan breves palabras las inefables relaciones que enlazan el dogma, la moral y los consejos de una religión divina con lo más íntimo, más delicado y más noble que se alberga en nuestros corazones”.

Después de advertir lo que ha obtenido el cristianismo en beneficio de la moral, estúdiense igualmente los pasos todos de la iglesia y se alcanzará sin la menor duda el convencimiento de que la silla apostólica que la representa y las congregaciones religiosas que ella ha protegido, han sido siempre las que han apoyado las mejoras sociales y contribuido eficazmente a sus progresos. La religión cristiana que tiene por objeto la perfección del espíritu, al mismo tiempo que enseña una moral sublime, que corrige el vicio y que brinda con las aguas puras de la fuente de la virtud, alienta a los trabajos científicos y literarios sin que pueda señalarse una sola materia, por profunda que sea, que no haya sido tratada extensamente por las plumas de los esclarecidos miembros de su iglesia. Basta meditar en los escritos de Santo Tomás, basta considerar que nada de lo que presentan como nuevo los publicistas modernos ha dejado de ser objeto de la observación y del análisis de su alta sabiduría, para reconocer de cuánto es capaz el hombre cuando a un estudio constante

une las ideas religiosas que todo lo iluminan, y que cubren el vacío que se advierte en las obras de los filósofos antiguos. San Gregorio VII y San Bernardo luchando con la corrupción general, la conquista de la tierra Santa cambiando el aspecto de la Europa, Julio II que a ejemplo de sus antecesores daba tan franca protección a los adelantos intelectuales, y cuya marcha siguieron muchos de sus sucesores, son pruebas reconocidas de que la iglesia se ha empeñado sin cesar en la noble tarea de ilustrar a los pueblos; sin que dejemos tampoco de recordar que cuando los Médicis fijaban una época de gloria para el engrandecimiento de Florencia, León X, miembro de tan ilustrada familia, hacía lo mismo en Roma.

Quién sabe, dice a este propósito una de las plumas más célebres de nuestra época, quién sabe cuál sería el estado de las sociedades si la Providencia que quiso afligir a la Europa con la confusa mezcla de barbarie y civilización, de grosería y cultura, de rudeza y de saber, de afeminación y ferocidad que había en los siglos medios, no hubiera también dispuesto el modo de salir de este caos difundiendo de ante mano la religión cristiana, que al mismo tiempo que fuera un lenitivo para los males presentes, mostrara para lo futuro una aurora de esperanza. No se redujo el cristianismo a instruir por sola la doctrina, quiso enseñar también con el ejemplo y por eso todas las semillas de la civilización se hallaban encerradas en la iglesia, siendo de notar que las preciosidades que al transcurso de los siglos tenía reunida se habían refugiado a la sombra de la religión. El hacha destructora que empuñaban manos feroces se veía detenida por la de los papas, obispos, sacerdotes y cenobitas, que con los sagrados títulos de su misión salvaban de una completa ruina a los restos de la antigua cultura.

Difícil sería en un corto artículo abrazar en su vasta extensión los improbables e infatigables trabajos de la iglesia cristiana en el camino de la civilización de las sociedades. El mismo Voltaire que dirigió los más agudos tiros de la crítica a la silla apostólica y a lo más sagrado de nuestras creencias, fundando una escuela perniciosa que no puede ya contar con sectarios, se ve

en la necesidad de asegurar que en los adelantos de la inteligencia humana, tiene nuestra iglesia la parte más noble, más honrosa, más principal. Guizot lo ha manifestado también de la manera más satisfactoria, y allí donde su pluma se ha apartado del buen sendero, las acertadas observaciones con que otros le han combatido, han rectificado sus inexactos juicios.

Así como nadie puede negar a la religión cristiana sus notorios afanes por conservar, mejorar y propagar los conocimientos en todos los ramos del saber humano, nadie tampoco que imparcialmente recorra el dilatado periodo de su existencia podrá desconocer la primacía de consejo y de acción que ha ejercido en la libertad de los pueblos. Siempre combatida por ella la tiranía y rotas las cadenas del despotismo, la voz de sus pontífices y la de sus concilios se ha dejado escuchar contra el orgullo de los opresores y a favor de las clases débiles y oprimidas. Siguiendo esta conducta no ha hecho más que cumplir con los divinos preceptos de una religión de orden, de paz y de caridad, que condena el vicio para enseñar el trabajo, que abate al rico para ensalzar al pobre, que no escucha al soberbio para oír al humilde, que castiga el vicio para hacer más gloriosas las recompensas de la virtud. De esta senda, que es la de la verdadera democracia, se han apartado más o menos los que con la ilusión de sus proyectos de adelantos sociales han pretendido ocultar en sus pomposas frases y en sus halagüeñas teorías la lucha incesante de pasiones y de intereses que hasta ahora ha entorpecido la marcha feliz de las naciones. La iglesia, poniendo en claro los errores que llevan al mundo al borde de un abismo, hace buen uso de sus armas para combatirlos, llenando una de sus más sagradas obligaciones y despreciando los gritos de los que la llaman sostenedora de la esclavitud cuando todas sus miras, todas sus plegarias se dirigen al más pronto y sólido establecimiento de la libertad. La libertad está en el espíritu de Dios como lo está en el de su iglesia, como está escrita en las páginas del Evangelio, como está grabada en el corazón de los hombres.

Y es uno de los ejemplos más convincentes de que las ideas democráticas obtienen el mejor éxito con el apoyo de la religión,

debemos tener la particular complacencia de que se presente en América como muestra patente de que el cielo ha concedido su especial protección a la que es hoy la primera república del nuevo mundo. Del seno de la sociedad feudal de Europa parten los hombres que las contiendas religiosas obligan a buscar un asilo en los bosques vírgenes de América; y al establecerse las primeras colonias en la que ahora es la parte norte de la unión, vemos aparecer aquellas ideas que tan poderoso influjo habían de ejercer en la suerte futura de este pueblo, y en la de todos los demás que contemplarían admirados la realización de un pensamiento nuevo que no podía indicarse en las turbulentas repúblicas antiguas. Este pensamiento es el de reconocer a la religión como la única luz de la inteligencia, como la única que puede encaminarla a sus perfecto desarrollo y hallar en el cumplimiento de los preceptos divinos el origen legítimo de la libertad. Por eso lo primeros pobladores con la Biblia en la mano y con la fe en el corazón tomaban del Deuteronomio, del Éxodo y del Levítico las reglas para su conducta privada, las leyes para su conducta pública. Por eso el célebre escritor francés *monsieur* Tocqueville, al observar la marcha de las instituciones anglo-americanas manifiesta que el espíritu de religión y el espíritu de libertad que se han tenido por contrarios, porque no se les ha comprendido, se unen y enlazan estrechamente para dar los mejores resultados:

Lejos de perjudicarse —dice— estas dos fuerzas que se han juzgado opuestas van de acuerdo y se apoyan mutuamente. La religión ve en la libertad civil el ejercicio noble de las facultades del hombre, y en el mundo político el campo preparado por el Criador para los esfuerzos de la inteligencia. Libre y poderosa en su esfera, satisfecha con el lugar que le está reservado, sabe que su imperio se halla tanto mejor establecido cuanto que no reina sino por sus propias fuerzas y predomina sin arrimo en los corazones. La libertad encuentra en la religión a la inseparable compañera de sus luchas y triunfos, es la cuna de su infancia y la divina fuente de sus derechos. Considera a la religión como salvaguardia de las costumbres, y a éstas como garantía de las leyes y como prenda de su duración.

Ya que con la concisión que puede permitir un corto artículo en que no debe cansarse la indulgente atención de los oyentes sobre una materia que tan abundante caudal presenta, he tocado de paso lo que la iglesia ha hecho en pro de la moral, de la instrucción y de la libertad de las naciones, creo que quedaría incompleto este escrito, harto defectuoso, si antes de concluido no diese una rápida ojeada respecto a la crisis por la que aún está pasando la Europa.

Cuando se anunció la muerte de Gregorio XVI todos esperaban grandes dificultades para la elección del que iba a sustituirle, dificultades que no llegaron ni a indicarse por haber recaído con unánime aprobación en el cardenal Mastai Ferretti que con el nombre de Pío IX ocupó la silla pontificia. Gran hombre por su saber, por su virtud y lleno de aquella modestia que da el hábito de la oración, apenas se ve el semblante del nuevo papa, se advierten las recomendables cualidades con que le ha adornado el cielo y que lo hacen digno de ser escogido para la primera autoridad de la iglesia. Comienza su ejercicio con las innovaciones que juzga propias del espíritu de la época, y desde aquel instante las prensas de ambos mundos saludan con entusiasmo al ilustre genio de la reforma en Roma. La ciudad eterna le da tan señaladas muestras de afecto y de admiración como de desprecio e ingratitud le dio poco tiempo después. ¡Lección bien triste, ciertamente, pero que no tiene nada de nuevo para el que estudia en la historia la suerte de los hombres que más beneficios han hecho a los pueblos y a los que éstos han correspondido de la misma manera! Aprobada por unos y reprobada por otros la conducta del pontífice, aquellos veían en sus obras la convicción de la necesidad y la vehemencia de un buen deseo, y estos pasos más avanzados de los que debía dar en el alto puesto que ocupaba. Error gravísimo, pues precisamente el bello distintivo de la iglesia católica, el honroso título de su duración es el de haberse siempre acomodado a todas las épocas sin alterar por eso el rico depósito de sus eternas verdades. La iglesia ha sido siempre reformadora, y en esto no ha hecho más que seguir el divino modelo del fundador del cristianismo que vino a establecer la mayor y

más saludable de las reformas. Las que realiza el nuevo pontífice no turban la paz de los pueblos: dan, si se quiere, un golpe a la tiranía de los reyes, pero no es el primero que se les dirige desde el solio augusto en que se halla Pío IX. Ni se atribuyan a sus bien calculadas medidas los horrores de que ha sido teatro la Europa. Éstas escenas de sangre tienen otro principio. El día 28 de febrero de 1848. Entonces cae del trono un rey que pocos días antes decía en un documento oficial que estaba asegurada la paz del mundo, entonces se oye el toque de alarma para todas las monarquías, y se da principio a esa lucha cuyo término no se percibe todavía, y en la que han aparecido con el nombre de la libertad las tendencias más exageradas contra el orden y contra la seguridad de las sociedades. La república francesa de hoy es la misma que se estableció sobre la tumba de Mirabeau y con la elocuencia de Vergniaud, y aunque Lamartine no ha sido llevado a la guillotina como este grande orador, está ya olvidado de sus compatriotas y escribe en el retiro de su gabinete la historia de esta revolución con aquella superioridad de estilo con que ha inmortalizado la ardiente firmeza de los desgraciados girondinos. Lo que hay de peligroso en las circunstancias presentes es que el cielo no concede con frecuencia a la humanidad la existencia de ciertos genios que dominan los sucesos y que llenan el orbe con la gloria de su fama. Napoleón reorganizó el poder y para lograrlo restableció la religión, la armonía con la Santa Sede y anudó los lazos del cristianismo y de las instituciones, no dejando de ser muy particular la coincidencia con que ahora el sobrino del héroe pretende volver al Quirinal al que obligó a permanecer en Gaeta el fuego que apareció en las calles de París y que difundió sus llamas con asombrosa rapidez en el continente europeo.

La iglesia indefectiblemente y a pesar de cuantos obstáculos se le opongan, no perecerá jamás: roca firmísima contra la que se estrellan las olas de las pasiones humanas, superior a todas las tempestades, ella prevalecerá sostenida por la divina luz que disipa las tinieblas, y su triunfo será seguro como apoyado en promesas eternas, será universal como que el hombre ha de bus-

car más temprano o más tarde la única fuente de sus derechos. Hoy cuenta con doscientos millones de sostenedores y cada día aumenta el número de los que abrazan sus creencias con ardor y con fe, poniendo su corazón y sus esperanzas como garantía de sus convicciones. Estas conquistas del alma, este predominio en las conciencias, cuya fuerza ha ido progresivamente creciendo llegará a ser el elemento de la grandeza social. La nación que se alza en América, que apareció ayer y que extiende sus principios con la violencia con que abre sus vías de comunicación, y que con el vapor y los telégrafos está en inmediato contacto con los puntos más lejanos, esa república en donde la religión y la moral tienen su asiento, será la señora del nuevo mundo. La Europa llegará al término de las mejoras y al establecimiento de la paz cuando en esto tenga el cristianismo la parte principal que le corresponde. La iglesia es una asociación independiente de los sistemas políticos. Los gobiernos no llenarán cumplidamente el fin que se proponen, mientras no vayan absolutamente de acuerdo con las importantes máximas que son el objeto de su enseñanza.

Mérida, enero de 1850

[*Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1850), 145-154].

Estudios literarios

Al estado de verdadero progreso a que han llegado los conocimientos humanos se deben las positivas mejoras sociales que con tan extraordinaria rapidez se difunden a todas partes por impulsos de este movimiento general que forma el carácter especial de nuestro siglo. Sin trabas el entendimiento alza su vuelo, contempla lo pasado, examina lo presente y habla sobre el porvenir con la ventaja de que la guía una antorcha cuya hermosa luz no puede dejar que se tuerza el camino; esa antorcha es la historia, origen fecundo de todas las verdades, precioso tesoro de la experiencia y única que puede dirigir nuestros pasos. Las sociedades para obtener los adelantos con que ahora cuentan han buscado en la historia toda la filosofía que ella conserva con el alto fin de servir como de un depósito sagrado para las observaciones de la ciencia.

Nunca más que hoy los estudios literarios han alcanzado ocupar el distinguido lugar que les corresponde en la interesante escala por donde se va al engrandecimiento de las naciones. La vasta extensión de materias importantes que abrazan será el objeto de este breve artículo en el que me propongo tocar muy ligeramente el modo con el que el hombre ha llegado al punto en que se encuentra, y que colocado ya en este camino su marcha será segura, como que está apoyada en bases indestructibles, será gloriosa, como que tiene por objeto su verdadera felicidad. No busquemos, aunque no faltarían pruebas, en los tiempos de la fábula los hechos que nos enseñan las debilidades del linaje

humano, siempre luchando con obstáculos, siempre manifestando un vacío que vino a llenar después la aparición más salvable que regeneró al mundo: la divina luz del cristianismo. Ni en las obras de los filósofos antiguos, ni en sus doctrinas, ni en sus leyes hallaremos lo que la religión hizo desde su principio y continúa trabajando en pro de las mejoras del hombre, ya en su vida privada, ya en sus relaciones sociales. Y si bien todavía lucha, este combate no debilita, aumenta sus fuerzas, y la gloria del triunfo la consigue la buena causa.

El cristianismo, que en su esencia es progresista y liberal, es el que ha civilizado al mundo, es el que ha ennoblecido y perfeccionado las ciencias, es el que ha reformado las instituciones políticas y ha dado ese poderoso vuelo a los estudios literarios. Después de conservar cuanto hubieran destruido las revoluciones, después de elevar las miras de la inteligencia a la admirable altura en que se advierten, ha aprovechado los medios de comunicación que ponen en contacto a todos los pueblos.

Y hasta para estos medios, la imprenta, el vapor, y sus extraordinarias aplicaciones a los caminos, a las fábricas y a la multiplicación del comercio, de la industria y de la agricultura, el cristianismo ha ayudado de una manera muy principal, porque abriendo la puerta a grandes discusiones y grandes estudios los resultados han sido los que se contemplan y cuyas consecuencias tan ventajosamente se disfrutan.

En el camino del progreso tenemos, pues, al cristianismo, en el cristianismo todos los estudios literarios ¿cuáles son éstos? Nadie hay que no lo vea en sus variadas partes. La historia y con ella la fuente de todos los conocimientos para la mejora de los pueblos y de los gobiernos: con ella las ciencias políticas y económicas. La poesía y con ella entre las bellezas del estilo el estudio de todos los idiomas y los altos vuelos de una inspiración divina, porque la poesía, despreciada por los que no la comprenden, es un don del cielo concedido generosamente a los hombres privilegiados. Compréndense también en los estudios literarios todos los que se dirigen a la perfección del espíritu, ya sean científicos ya artísticos, de suerte que para especificarlos en las infinitas

subdivisiones en que pudiera entrarse, era preciso abarcar todo lo que en el mundo tiene vida y movimiento.

Mérida, febrero 27 de 1850

[*Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1850), 189-191].

LEYENDAS

La peruana

Mientras los bravos españoles peleaban, derramando a torrentes la sangre, para arrebatar el gobierno a los incas, las riquezas a sus vasallos, y mil preciosos y variados productos a una de las más vastas y opulentas regiones del Nuevo Mundo, era muy natural que en medio de aquella terrible lucha entre opresores y oprimidos, entre la libertad salvaje y el ambicioso despotismo se presentasen furiosas escenas, dignas de grabarse en la memoria de quienes las presenciaban y de conservarlas en el poético repertorio de las tradiciones populares. Las que van a servir de objeto a esta breve leyenda las extrajo el que escribe de un manuscrito que tuvo la bondad de facilitarle un amigo suyo, natural de una de las principales ciudades de la América del Sur.

Cuando don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro se propusieron arrostrar, con un valor indomable, las miserias y trabajos consiguientes a las penosas tareas de descubrir y conquistar tierras y naciones americanas, si bien la corte de Carlos V era la que dominaba en la política europea, no era menos grande en su línea la que tan sabiamente regía el inca Huayna-Cápac. Con los sólidos conocimientos de un piloto como Bartolomé Ruiz, la empresa proyectada en Panamá, y al principio tenida como ridícula, fue después negocio de criminal avaricia para unos, y de noble gloria para otros. También las desgracias que sobrevinieron en las cosas del Perú con la muerte de aquel personaje, y con la guerra civil que apareció entre sus súbditos, allanaron en gran parte el escambroso camino por donde los españoles debían llegar a la realización de sus ideas. Y así sucedió que al

regresar Pizarro de España, a donde fue a dar cuenta de todo lo que sabía, y a adquirir medios de poner en movimiento sus designios, ya encontró cruelmente rotas las hostilidades entre los indios de la isla de Puma y los de Tumbes. Ambos puntos habían sido antes reconocidos por él, con gusto y admiración de los naturales, porque de paso les mantuvo ocultas con efímeras pruebas de amistad las asechanzas de enemigo.

Entonces vio en Tumbes al capitán Pizarro uno de los nobles peruanos, persona distinguida en el Cuzco, y que tomando los informes que pudo, participó a su rey, a los cortesanos y al pueblo todo, un acontecimiento para ellos tan extraño e inesperado. Daba su relato aquella viva expresión que trae necesariamente la sorpresa: sus palabras eran concisas pero enérgicas, y en el corazón de quien las oía dejaba profundas impresiones. No parecía sino que las escuchaban con espanto; no parecía sino que ellas eran el fatídico anuncio de sus desventuras. Huatamilco, que así se mienta el peruano, tenía un hijo a quien amando en extremo, le repetía por las noches la historia de sus mayores y le daba oportunos consejos sobre su conducta, y sobre la constancia con que siempre está obligado un buen vasallo a sostener los derechos de su monarca. Hataguapilco, dócil a las reflexiones de su respetable padre, jamás pensó en separarse ni en lo más mínimo de los honrados principios que había aprendido en su educación. La fuerza de su brazo, dedicada a la defensa del trono de su rey, fue espantosa a los partidarios de Atahualpa y hasta los mismos españoles. Pero ya se entra en una época de la que es preciso dar una ligera noticia.

Después de la pérdida irreparable del Inca Huayna-Cápac, quedó dividido el imperio entre su hijo legítimo Huáscar y el bastardo Atahualpa. Éste más sagaz, más activo, de más genio y talento para gobernar, quiso extender su dominio no sólo a Quito, sino también llevarlo a la corte de su hermano, al Cuzco. La ambición al poder, que es de ordinario la chispa que produce el incendio de la guerra civil, preparó, como siempre sucede, la odiosidad entre ambos y los infortunios del país. Tomaron sus flechas, salieron a batirse a los campos; pero ¿en qué circuns-

tancias? cuando ya Pizarro desembarcaba, para sustituir por la borla encarnada de los Incas la corona de Castilla. Atahualpa venció a Huáscar en la célebre batalla de Tomebamba; pero ni Huatamilco ni su hijo abandonaron a éste; y ni aún preso; ni aún después de haberle asesinado sus enemigos arrojándole a la corriente de un río, quisieron padre e hijo sujetarse al que quedaba con tal atentado dueño absoluto del imperio. Pizarro sigue los pasos del bastardo rey: en la plaza de Cajamalca se hace de su persona, y arrancándole inmensas porciones de plata y oro por su rescate, en vez de concedérselo, le quita bárbaramente la vida. Los hijos del Sol desaparecieron del Perú.

Si con hechos de tal naturaleza los españoles iban avanzando en la carrera de sus ambiciosas miras, no por eso podían ellos creer que libres ya de mayores dificultades se encontraban dueños pacíficos del Perú. La heroica resistencia con que todos los pueblos combaten a la opresión era necesario debilitarla por la fuerza de las armas victoriosa en mil reencuentros y batallas. Salen los orgullosos conquistadores de Cajamalca después de algunos meses, con dirección al Cuzco; y a las inmediaciones del río Apurímac, un ejército de indios los espera para ofrecer a su temerario arrojado una lección de escarmiento. Pero al ver las brillantes espadas de sus invasores se sorprenden, se aturden y son inútiles sus esfuerzos: quedan vencidos, fugándose unos, heridos otros, prisioneros muchos y el campo lleno de cadáveres. Por resultado de esta acción, o llámese carnicería, Atahuapilco cayó con gran número de sus compañeros en manos de los españoles, quienes prosiguiendo su marcha, dejaron algunos soldados al mando de Hernán Muñoz, con objeto de guardarlos prisioneros. Se acercó la noche, el campo estaba silencioso y tranquilo, se veía la gran cadena de los Andes, la luna reflejaba en la corriente del río, el aire vagaba lentamente entre las hojas de los árboles, y esta muda y sublime escena de la naturaleza, sólo se interrumpía por el melancólico suspiro del peruano, cargado de afrenta y triste por la pérdida de su libertad.

Hernán Muñoz velaba puesto en pie junto a su caballo: los otros españoles y los indios se mantenían acostados en el suelo,

cuando de repente se deja oír un movimiento extraño entre la yerba: ¿serán connatos de fuga? dice Muñoz para sí y se pone a observar... nadie se mueve. Ata su caballo a un tronco, toma su lanza, da algunos pasos para recorrer las inmediaciones y nada encuentra: se para de nuevo y divisa tras de un árbol un objeto; se acerca, era una mujer. Su misteriosa venida a aquel lugar excita la curiosidad del soldado español; la toma de la mano, y así que puede ver, a la luz de la luna, lo airoso de su cuerpo, la belleza de su semblante, la turbación de sus miradas, las lágrimas que brotan de sus negros ojos, se encienden los deseos de saber quién es y qué trae a tales horas una joven que parece tan noble y recatada, y que ahoga el gemido entre sus labios. Busca al intérprete, le llama, y por su medio sabe que ella, apasionada y esposa prometida de Atahuapilco, viene a verle, a llorar con él y acompañarle. Su abatimiento, sus intenciones, su hermosura, hieren de tal manera el sensible corazón de Hernán Muñoz, que le permite solicitar a su amante, y puesto en su presencia: “llevadle, le dice, porque esta noche yo quiero ser generoso con vuestra amable y atractiva ternura”. Al amanecer todavía el valiente soldado se limpiaba las lágrimas, acordándose de los candorosos sentimientos de la bella peruana.

Maybelica, que reunía tantas gracias, y que ocupaba con justicia uno de los mejores lugares entre las jóvenes interesantes del Cuzco, conocía desde muy niña a Atahuapilco. Con él jugó en sus primeros años, sintieron juntos la primera impresión de amor, y en la época de que se trata, la pasión que los consumía era exactamente un delirio. Después de la destrucción del Inca, Huáscar, hijo legítimo de los descendientes del Sol, el amante y su padre se ocultaron para no afligirse más con tan complicados desórdenes. Maybelica era en el desierto la compañera de Atahuapilco, y la que contenía muchas veces el ardor patriótico del bizarro joven, que ansiaba por luchar con los enemigos de su patria. Sólo ella podía con la dulzura de su expresión contener los enfurecidos arrebatos del peruano. Pero al irse acercando los españoles, al notar la confusión y terror de sus parientes, amigos y compatriotas, nada le detiene, y se lanza a la arena en la

primera oportunidad que se presenta. Ya se ha referido lo que sucedió, y las ocurrencias que precedieron a la nueva unión de los amantes.

Tan luego que libres ambos caminaban en los valles y en las montañas, ni ella hablaba, sobrecogida de la generosidad del castellano, ni él tampoco, admirado por las pruebas del invencible valor que había observado en los orgullosos destructores del Perú. Así que estuvieron lejos, y por sendas muy separadas de las que debía seguir el enemigo, sentados a la sombra de uno de los más espesos bosques que encontraron, asilo también de una de las numerosas tribus de aquellos contornos, descansaron y prorrumpieron en lúgubres lamentos por la incertidumbre de su suerte. Maybelica, aprovechando el profundo abatimiento de su amante, dio rienda suelta a sus ansiedades y temores, y pudo conseguir de Atahuapilco la solemne promesa de que no entraría en adelante a pelear con los españoles, por no exponerse a perder una vida tan cara para ella y tan preciosa. Con esta oferta, tranquilo el corazón de los dos apasionados jóvenes, se retiraron a una de las cabañas de la tribu.

En la sierra de Vicacongá, a siete leguas del Cuzco, otra vez los soldados de Pizarro se batían vigorosamente con un número considerable de indios, que ocultos los aguardaban, y que se arrojan enfurecidos sobre ellos. Todo el trabajo, táctica y valor de los peninsulares fueron necesarios para obtener el triunfo, y eso con gran pérdida de muertos, con multitud de heridos, y tomándoles algunos prisioneros. Entre éstos el pobre Hernán Muñoz fue uno de ellos, y como hería con más fuerza, y su brazo se hizo notar por la certeza de sus golpes, preciso era sacrificarle antes que a los demás. Se enciende la hoguera en que se ha de consumir el cuerpo del guerrero, y él la mira con una serenidad imperturbable. Recuerdan que es la víspera de una de sus más célebres funciones, y determinan suspender el sacrificio hasta el día siguiente, e internarse un poco para no ser sorprendidos por la noche. El lugar en donde paran es vecino a la tribu entre cuyas cabañas hay una que sirve de abrigo a Maybelica y Atahuapilco.

La virtuosa peruana tiene noticia del ataque, sabe que varios castellanos han caído en poder de sus compatriotas, se acuerda de Muñoz y se propone salvarle si es uno de los aprehendidos. Por la noche va al campo cuando duerme su amante, y por alguna de aquellas raras fortunas da con aquél, y a uno de los indios principales que hacían la guardia, refiere lo que ella debe al español, que quiere pagarle su generosidad con otra igual, y que va a salvarle por cualquier medio. Los encantos de la hermosura, y aquellos secretos impulsos que con tan enérgica viveza mueven siempre a los que han sentido las halagüeñas sensaciones del amor, pudieron más que toda otra consideración en el ánimo del generoso guarda.

Al amanecer empieza la bulla que antecede a sus ceremonias religiosas. El que las preside manda traer a su presencia a todos los españoles para imponerles lo que se va a hacer con ellos; y al notar la falta de uno y de uno que debía ser el primero, se oye un susurro que termina en alboroto y en desorden. Lo que más se nota es una animosidad contra el culpable descuido de los celadores, que van a ser exterminados por su punible crimen. Diferente es la escena que pasa entre Atahuapilco y su amada. Ella le refiere cuanto ha ocurrido entre ambas parcialidades de españoles y peruanos, aunque guarda silencio respecto a Hernán Muñoz; y cuando se preparan a ir a presenciar el sacrificio de los primeros se presentan a la puerta de la pobre habitación algunos que vienen en busca de Maybelica. Su amante las sigue sin pensar que va a asistir al tremendo juicio de una averiguación, que debe cubrir de oprobio a la agradecida joven. Porque los que iban a ser víctimas descubren la culpabilidad con que ella misma se ha ofendido, al procurar con tan firme empeño que quedase libre el castellano. Se le hacen los más terribles cargos sobre esta temeraria conducta, y sin embargo que Maybelica refiere el buen servicio que ha debido, en un lance igual, a los generosos sentimientos del español, nada la salva, nada es capaz de calmar la funesta indignación que se alza contra ella; y ni aún Atahuapilco, asombrado, confundido con lo que oye, se atreve a decir una sola palabra en su defensa.

Estático, con la vista fija en el suelo, parece que medita profundamente algún asunto importante, hasta que una lágrima que tiembla entre sus párpados, y la repentina convulsión de sus miembros, indican que un acceso de furor viene a poner en tempestuoso movimiento la pasión que circula por sus venas. Recapacita las especies de su libertad, conseguida de Hernán Muñoz por los esfuerzos de Maybelica, y se atreve a sospechar una infamia en su amante: ella ama al guerrero, dice, acaba de dar una prueba indudable de su delito, y es preciso castigarla, darle muerte y reducirla a cenizas entre las llamas de una hoguera. Ya está dispuesto así: la que iba a servir para el enemigo prisionero, se destina para la infiel a la causa de su patria. Como arde el combustible con que de rato en rato se atiza el fuego, que aparece en varias partes del campo, del mismo modo los celos del peruano crecen con la memoria de lo que se figura ver en los procedimientos de la condenada al martirio. Se da principio al horrible espectáculo: los lamentos de los españoles, las ansias que padecen en medio de aquel espantoso suplicio, los inútiles ruegos en que prorrumpen, y la algazara de los indios, todo forma aquel conjunto misterioso y terrible de las escenas salvajes.

Desmayada Maybelica, la arrastran para precipitarla al incendio; en pos va Atahuapilco, ¿quién sabe si a contribuir a arrojarla o a perecer con ella! Tal va de turbado y abatido... cuando la trompeta de los soldados de Pizarro suena a las inmediaciones, y nunca los caballos que los conducían han aparecido más soberbios, ni la espada que viene desenvainada en sus manos se ha mostrado más amenazadora. De los indios unos huyen, otros resisten; los que llevan a la desgraciada joven la abandonan, pero su amante no vacila: la pone sobre sus hombros, echa a andar con ella y pronto se aleja de aquel sitio. No pasa sino hasta *un paso estrecho que hace el valle de Jaquijaguama por una sierra que le ciñe al Oriente*, en donde encuentra varios amigos del Cuzco: pide un poco de agua para humedecer el semblante de su futura esposa, y al verla tan pálido, cuando ella entreabre sus ojos inocentes, al ver que toma su mano, y la acerca a su pecho, al sentir

palpitar su corazón, Atahuapilco suspira y ya duda de quien tan señaladas demostraciones le ha hecho de su virtud y de su amor, pueda ser infame criminal. La deja en descanso, y se retira un poco para que Maybelica recobre el ejercicio de sus potencias y el temple natural de sus ideas; pero ella no comprende cómo ha podido escaparse de la muerte, y encontrarse en el valle que recorre con su vista. Se levanta, busca al que ha sido su salvador, y le haya tras de un árbol en pie, triste y que al parecer no encuentra alivio en su tormento. Éste es el instante clásico de la reconciliación. Lloran mutuamente y la afligida joven, poseída de amor, de agradecimiento y de inocencia, no sólo disipa los infundados celos del peruano, sino que le persuade de la bondad de su espíritu y de la rectitud de sus acciones. Se unen con lazos más firmes y las miradas risueñas de ambos, envuelven las esperanzas de una felicidad más duradera.

En 21 de noviembre de 1533, los españoles llegan al valle, y allí se les presenta una obstinada resistencia. Son las tres de la tarde cuando la batalla comienza. Muere un indio y otro ocupa su lugar para vengarlo. La matanza fue horrible y en ella estaban cuando llegó la noche. Pizarro dijo que jamás había perdido más compañeros. Amanece, se va a recorrer el campo, y junto a un muerto hay otro y otros. Hernán Muñoz ha visto caer a Atahuapilco: se dirige al lugar y ve que la cabeza del joven guerrero rodó hasta los pies de un cadáver lleno de heridas y horrorosamente ensangrentado; se acerca y reconoce: era la peruana.

Mérida, febrero 28 de 1842

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1842), 145-152. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 321].

Tutulxiu y Cocom

Los esforzados conquistadores que por una extraña mezcla de amor a la gloria, a la religión y a las riquezas, se habían alzado con un ardor inexplicable a una empresa de suyo tan rodeada de peligros y tan expuesta a un lance adverso, si se considera el corto número de los que atacaban, y el muy considerable de los que se defendían; esos conquistadores, repito, que no excedían de doscientos hombres de infantería y caballería, cuando pusieron el pie en las costas de esta península, con una rodilla hincada sobre la movable arena, con sus armas inclinadas, y los ojos fijos en el cielo, juraron morir por Dios y por su rey.

Todos saben que el adelantado Montejo se encargó de la conquista y pacificación de Tabasco, y su hijo quedó hecho cargo de la de Yucatán. Así que en Campeche todo estuvo tranquilo, se determinó el que mandaba en jefe a dejar allí una pequeña guarnición, y venirse con los demás españoles a Tihó a fundar una ciudad. Viniéronse por tierra; y sin el menor tropiezo, después de haber atravesado por bosques espesísimos, llegaron por fin al sitio prefijado. Veamos cómo era entonces el lugar en que hoy está la ciudad de Mérida. Tihó era una de las poblaciones de más importancia y antigüedad, tenía un inmenso caserío de paja, sus calles ni anchas ni rectas eran de un piso muy desigual por las grandes masas de piedra que a pocas distancias se encontraban; pero lo que hizo notar su indisputable antigüedad, fue la circunstancia de hallarse dentro y fuera del mismo pueblo varios y elevados cerros, unos que servían de base a sus templos, otros a los palacios de sus nobles, otros destinados para ser sus sepulcros.

Cuando los españoles entraron en Tihó reinaba un silencio tal que no parecía sino que todos sus habitantes se habían ocultado bajo la tierra, para no tener el oprobio de ser dominados por unos extranjeros; mas éstos sospechando que pudiera ser que ocultos los observasen para darles el golpe más seguro, caminaban dispuestos a trabar la pelea tan luego como se presentase la ocasión. Abrían una casa y nada se encontraba en ella, subíanse a un cerro y ni a lo lejos se divisaba señal de viviente alguno, de modo que después de mucho ver y examinar, convencidos de que los indios habían huido, tomaron posesión de los cerros, así porque allí tenían mejores habitaciones, como porque estaban en mejor disposición de observar.

Cúpole al jefe de ese ejército, o menor dicho, él escogió para sí el más elevado de todos, que era el que ocupaba la parte occidental de la plaza mayor, y sobre él había no sólo un adoratorio, sino muchas habitaciones, que quizás servirían para sus ministros o sacerdotes. Cuando el hijo del adelantado, que tenía como su padre el mismo nombre de Francisco, pensaba que la inacción en que hacía varios días se encontraban no les era muy favorable, pues que ellos necesitaban obrar con actividad, infundir terror, y con la ventaja de sus armas abrirse paso en medio de las más arduas dificultades, vino hacia él un mensajero indio, y le dijo que como le veía tan quieto y sosegado mientras iban a caer sobre él más enemigos que *pelos tenía un cuero de venado*. Francisco de Montejo, bien informado de la dirección que traían, determinó no esperarlos, y saliendo a batirse con ellos manifestarles su valor, su resolución y sus ventajas. Así sucedió, los alcanza en Tixpehual, los derrota, y vuelve a Tihó con la seguridad del triunfo.

Las victorias de estas guerras entre los españoles y los indios muchas veces no eran decisivas: se cogían algunos prisioneros, morían bastantes, y los más huían a esconderse a los montes a preparar nuevos ataques. Montejo si es verdad que había dispersado a los cuarenta mil combatientes que se le presentaron, también es cierto que luego que conocieron la superioridad de armas de los españoles, se escondieron en los montes, mas tal vez por admiración que por cobardía. Dejemos estas consideraciones a

un lado, y veamos cuál fue el acontecimiento que más influyó en la completa conquista de Yucatán.

El día 23 de enero de 1541, Montejo con sus principales capitanes y compañeros, sobre el cerro que he dicho, percibieron a lo lejos gran multitud de indios, que entraban por el rumbo de oriente. Con la mayor actividad posible a los que tienen al enemigo encima, se dispusieron a hacer en el sitio ventajoso en que se hallaban toda la resistencia de que fueran capaces. Su sorpresa crecía de punto al ver que sin recelo, y con la mayor confianza, se iban metiendo los indios, y ya tenían sus armas de fuego listas a disparar, cuando percibieron como señales de paz, y se contuvieron, aunque Montejo no dejó de imaginar que aquello podía ser un ardid para arrollarlos más pronto y más de cerca. Pero no fue así; se iba acercando la gente; percibiase ya un hombre sentado en unas andas muy adornadas, con una corona de flores en la cabeza, conducido en hombros de otros indios, acompañados de una comitiva extensa, que atravesó todas las desiertas calles del pueblo, y llegó por fin al frente del cerro que ocupaban los conquistadores. Arrojó al suelo el arco y flechas, e hicieron lo mismo cuantos le seguían: entonces los españoles, bien conocida la intención de los que hacia ellos vinieron, los esperaron, dejando también sus armas en señal de paz y amistad. Bajose el noble indio de las andas, y comenzó a subir por la escalera, y en pos de él sus nobles jefes y los demás que formaban su lúcido acompañamiento, todos vestidos con ropa blanca como la nieve y tejida en el país, con adornos de pieles y plumas, y con apacible semblante. Sobresalía, sin embargo, el que vino en las andas ya dichas: era éste el rey, era el noble Tutulxiu, descendiente de la familia real de los toltecas. Cuando la dispersión de aquel imperio, sus primeros padres llegaron a Yucatán trayendo la lengua, y fundaron la grande ciudad que con el nombre de Mayapán existió rica y opulenta doscientos sesenta años: Tutulxiu, hijo legítimo de esos reyes, que si bien por discordias civiles vieron destruida y reducida a montones de piedra la ciudad de ese nombre, de que hoy apenas se ven ligeras señales entre los pueblos de Tecoh y Telchaquillo, Tutulxiu que no la conoció porque había

ciento veintiún años que se había completamente demolido, era a pesar de esto la cabeza de un gran pueblo, el dueño de muchos vasallos y el más opulento señor de toda la tierra, pues cuando la ruina de Mayapán, sus padres fundaron en Maní la corte, y desde ella venía a hacer a Montejo una importante visita.

Reduciase ésta a que reconocido el poder de los españoles, que con arreglo a las profecías de sus antepasados debían ser los dominadores, se acercaba a prestar obediencia a su religión y a su rey todo el vasto dominio que le estaba sujeto. El gozo que esta especie esparció en el ánimo de Montejo y sus compañeros no es fácil de explicar: vieron allanarse un camino de asperezas e inconvenientes, y concibieron las esperanzas de paz y de riquezas que este acontecimiento traería necesariamente consigo. El rey de Maní fue recibido con los cumplimientos dignos de su posición, del interesante objeto que le animaba; y tan pronto como manifestó deseos de presenciar una ceremonia religiosa, el padre Francisco Hernández, tomando una cruz en las manos, se arrodilló, rezó varias oraciones en que le acompañaban todos sus compatriotas, y después, empezando por Montejo, cada uno fue acercándose a besar la cruz de rodillas. Los indios imitaron todos los movimientos que vieron, y besaron la cruz también.

Tutulxiu estuvo con los españoles sesenta días recibiendo muestras de aprecio y consideración, y él por su parte descubriendo igualmente sus deseos. Trajo porción de pavos, maíz y otras varias aves y animales para alimento de los conquistadores, y diariamente de Maní y de los otros puntos, cuyos caciques también estaban acá, llegaban repuestos considerables de víveres. Cuando se despidió Tutulxiu para regresar con toda su comitiva de nobles jefes y caciques, Montejo y los principales salieron a acompañarlos hasta muy lejos de Tihó. En prueba de la sinceridad de sus promesas les dejó indios para que les sirviesen; ofreció más el rey de Maní: enviar comisionados a los otros reyes para que imitasen su determinación.

Tan pronto como llegó a su corte, nombró a trece nobles señores que se dirigieran inmediatamente a Sotuta a ver a Nachí-Co-com, conferenciar con él, comunicarle la resolución de Tutulxiu,

e invitarlo a hacer otro tanto. Partieron pues los encargados de tan delicada comisión y fueron bien recibidos por Cocom, quien informado del motivo de su viaje les suplicó que se aguardase una semana, mientras daba aviso a sus inmediatos caciques de que viniesen a resolver sobre negocio tan grave, y cuya respuesta debía pensarse mucho por las consecuencias que de ella pudiesen resultar. Luego que todos estuvieron juntos, se encaminaron a un sitio en donde un árbol antiquísimo de zapote daba su sombra, y era el lugar de sus determinaciones más solemnes. Allí se trató de las miras de la comisión, allí se alzó la voz contra ella, y sin reparar a lo sagrado de esta clase de embajadas, sin atender a la indefensa situación de los de Maní, resolvieron degollar a doce de ellos, y al último sacarle los ojos y ponerlo en el campo de los suyos para que encontrado allí diese razón del hecho. Tal fue la terrible determinación de Cocom, de carácter áspero y vengativo, inspiró a aquella junta cuyos fallos eran inapelables: así fue que inmediatamente cayeron por tierra, las infelices cabezas de los embajadores: Ahkin Chi le sacaron los ojos y lo llevaron a las inmediaciones de Maní, en donde dando repetidos gritos, fue al fin oído, y conducido a la presencia de Tutulxiu hizo presente el horroroso suceso.

Cuál de estos personajes obraba con más prudencia y cordura, no es más difícil de conocer ahora que el tiempo transcurrido permite juzgar con imparcialidad. Tutulxiu se rendía a una necesidad que nacía de la ventajosa fuerza de las armas con que contaban los contrarios. Cocom alucinado con el número pensaba resistir. El rey de Maní sujetándose a los españoles aseguraba la paz y la vida de los súbditos. El rey de Sotuta violando los principios de amistad, de respeto, de consideración que merecen los embajadores, se atraía sobre sí no sólo el odio de los de Maní y sus dependencias, sino de sus amigos y aliados los españoles. Y no le costó poco la horrorosa demostración de su crueldad, pues llegada la noticia a Montejo, se puso en marcha para Sotuta, y pronto Cocom y sus piadosos consejeros quedaron curados de espanto, el dominio de la casa y familia destruido, y los pocos que se salvaron de la tremenda refriega que les dieron los espa-

ños y todos los vasallos de Tutulxiu unidos, mordieron en el monte su rabia y su impotencia.

Tutulxiu uniéndose a los conquistadores, y Cocom manifestando la barbaridad de su carácter, son los dos hombres que aparecen por opuestos puntos en la conquista de Yucatán. Cocom con su crueldad precipitó a Tutulxiu a que sin respeto alguno formase su gran ejército, y entregado a los españoles volase con ello a destruirlo. Cocom huyó miserablemente, y murió entre la vergüenza de una derrota, mientras Tutulxiu sin más culpa que la que haberse entregado a la imperiosa necesidad tenía a su favor la circunstancia de haber dado a sus súbditos la tranquilidad, la paz, la religión con todos sus bienes, con todos sus consuelos y con todas sus halagüeñas y sublimes esperanzas.

Julio 8 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 34-39].

Agravio y venganza

I

Antes de que se levantase la puerta que se halla junto a la torre izquierda de la Catedral, y que no tiene más tiempo que el que nos indica la fecha grabada en una de sus piedras, aquello no era más que un callejón, y se salía a él por tres distintas direcciones: la iglesia, la sacristía y el palacio episcopal. Estas tres puertas tenían sin embargo no sólo llaves seguras, sino que también estaban depositadas en manos muy respetables. Guardaba la de la iglesia un canónigo, la de la sacristía uno de los señores curas, y la del palacio el mismo señor obispo; de modo que al toque de *queda*, si la ciudad se sumergía en un silencio verdaderamente profundo, se puede asegurar que el sitio a que me refiero, colocado en el centro mismo de toda la población, era el más lúgubre, el más solitario, el más oscuro, y en el que no se atrevían a penetrar muchas gentes pusilánimes de entonces. Aquél era un lugar que las tradiciones y cuentos escuchados desde la niñez habían hecho espantoso. Véngase el lector conmigo a recorrer el velo que oculta nuestra historia de ahora doscientos cinco años, y verá lo que pasaba en la muy noble y muy leal ciudad de Mérida.

Una de las noches más lóbregas y lloviznosas del mes de noviembre de 1639, un hombre misteriosamente embozado se pasea al toque de las once y media por la callejuela mencionada, y de cuando en cuando acecha por el agujero de la llave de la puerta que conduce a la sacristía: se oyen tres cuartos, las doce, las doce y media, y por su inquietud y sus repetidas ojeadas a la tal puerta, cualquiera que lo observase conocería su extraordina-

rio desasosiego; pero por fin cerca de la una se abre, aparece otro embozado como él, están hablando en secreto hasta las dos de la mañana, y poco después se separan diciéndose: “de aquí a un mes, en este lugar, a esta hora”. Dejemos a estos ocultos personajes obrar con el mayor sigilo, mientras yo paso a describir, como pueda, el cuadro de las escenas en que sus planes han de figurar con grande importancia.

II

Desde el año de 1636, había tomado posesión del gobierno de esta provincia el marqués de Santo Floro. Amagado Yucatán con bastante frecuencia por los piratas, aun él, cuando vino, estuvo en riesgo de caer en manos de Diego el Mulato, y si pudo escaparse con su familia, no por eso dejaron de llevarle su equipaje. Con motivo de este inminente peligro en que se encontraba el país, y de las repetidas representaciones elevadas a Su Majestad para que se pusiesen los medios de evitar los grandes daños que tales enemigos ocasionaban, se dispuso en la corte un arreglo de contribuciones, que no tenían otra mira que la de formar y sostener una armada. Mas estos recursos, si bien necesarios, y quizá entonces indispensables, no dejaron contentos ni a los indios, ni a los encomenderos, ni al cabildo secular de la capital. La orden de llevar a efecto el abono de las contribuciones referidas fue la semilla de la discordia sembrada entre las relaciones del marqués y el cabildo de Mérida.

En esta época trabose también una ruidosa querella entre el obispo Ocón y los franciscanos sobre el pago de ciertas cuotas que exigían en efectos a los indios, y con lo que se hacía un comercio muy lucrativo. El prelado quiso cortar de raíz este mal, el poder de los frailes se le opuso, el gobernador se unió a ellos, y el asunto tomaba un carácter demasiado serio.

Tal era, pues, el estado político de Yucatán en este tiempo, situación por cierto bien crítica, y que apenas queda mal bosquejada en estas líneas, que son, sin embargo, precisas para exponer con más claridad los sucesos históricos de que voy a ocuparme.

Don Francisco Azcoitia, teniente general y muy adicto por supuesto a la persona del marqués, era un hombre de treinta y cinco años, de carácter amable, robusto, de bella presencia y siempre acicalado. Con tan sobresalientes dotes, no hay que poner en duda que este noble caballero sería el objeto de todas las esperanzas de las mujeres que quisieran conseguir un buen partido, y aun la virtuosa marquesa, doña Gerónima de Lazo y Castilla, le instaba varias ocasiones para que contrajese matrimonio con una de las muchas hermosas jóvenes que lucían el fresco abril de su edad en las funciones solemnes de las iglesias, en la jura del rey, en el día de su cumpleaños, o en otras festividades por este estilo, y que con gran pompa y regocijo se celebraban. Azcoitia al escuchar los sabios y prudentes consejos de la marquesa le respondía comúnmente con las palabras más dulces y la elegancia más persuasiva, asegurándole que no pensaba en otra cosa que en la pronta ejecución del pensamiento propuesto. Pero ¡ay! la recomendable doña Gerónima, modelo de candor y de bondad, ignoraba el estado del corazón de Azcoitia. Reuniendo a todas sus perfecciones físicas una alma de fuego, herida ésta con impresiones ardientes e indelebles, la quietud perdida de don Francisco no tenía más alivio que el de gozar la apacible luz de los negros ojos que le habían inspirado la loca pasión que le abrasaba.

Don Hernando de Castro, vecino de Mérida, uno de los miembros más distinguidos de su cabildo, es visto por todos con distinción y aprecio por sus buenas partes, por sus relaciones de familia, por su mediana riqueza, y por ser uno de los de más prestigio entre sus compañeros. Está casado hace algunos años con doña María de Arriola, señora muy principal y sobre todo muy bella. La educación esmerada que había recibido, la fortuna que sus padres le proporcionaron con un enlace ventajoso, le colocaban en una posición en que nadie se atrevía a fijar en ella la vista, sino para tratarla con el más sincero respeto, y a la verdad, sea dicho de paso, las circunspección y cordura de doña María no exigían otra cosa. Ya se sabe que a la voz de los gobernadores y de los tenientes generales, que eran los primeros empleos del país,

las puertas de todas las casas de Mérida se abrían para recibirlos y obsequiarlos. El marqués de Santo Floro y su teniente Azcoitia, obtuvieron, pues, fácil entrada en la casa de don Hernando de Castro.

Hay una circunstancia que no debe dejarse en silencio, y es la de que cuando los padres de doña María se resolvieron a casarla, ella manifestó que a pesar de que conocía las apreciables dotes del novio, se veía en la necesidad de confesar que no le amaba, pero que obedecería sin disgusto la voluntad de sus padres, y procuraría llenar honradamente los altos deberes de esposa y de madre. Doña María no ama a don Hernando ni a ninguno otro: ¡feliz, no había sentido el desasosiego de la mayor de las pasiones, y más feliz si nunca le hubiera llegado la vez de encontrarse envuelta en su inesperado desarrollo!

Un infausto destino le tenía preparada la peligrosa ocasión en que su propósito de virtud no acertaría a sostenerse, y vacilante al principio, y ciega después, se arrastraría sin tener fuerzas propias para estorbarlo, entre los infames placeres que iría a buscar en los brazos del amante que fuera el ídolo de sus ilusiones. Jamás la honrada esposa de don Hernando se figuró que alguna vez se encontraría en el cráter de un volcán, y que no siéndole posible retroceder, se arrojase a su seno para sepultarse entre sus llamas. Pero así fue: la hora en que se presenta en su casa don Francisco de Azcoitia, es en la que pierde su tranquilidad, se ve pálido el color de sus mejillas, y son balbucientes sus palabras. El marqués, ante quien pasa esta muda pero significativa escena, no deja de advertir la impresión que su teniente general ha hecho en el ánimo de la más linda de las mujeres de Mérida. Bien que considerada la hermosura de los dos se podía decir que había nacido el uno para la otra. Si de pronto un movimiento de sorpresa hizo latir más apresurado el corazón de don Francisco, luego que en la noche de ese día memorable se recogió a su dormitorio y se introdujo, permítaseme decirlo así, dentro de su mismo pecho, conoció que la imagen de doña María estaba grabada allí, y que no tenía más voluntad que la única necesaria para recordar el encanto de

sus gracias. Se podía afirmar que abismado en ese solo pensamiento, se regocijaba con él, porque percibía la esperanza de ser amado. Y no era una quimérica y mentida esperanza: la esposa de Castro soñaba como él, y suspiraba sorprendida por iguales pensamientos y deseos.

Natural era que ambos procurasen estrechar unas relaciones con las que les brindaba su posición, y a las que les arrastraba su maligna fortuna. No pasó mucho tiempo sin que el teniente general hiciese una franca, ingenua y viva pintura de sus ardientes afectos, que inmediatamente, como había creído, encontraron en el alma de doña María el eco más grato, más apasionado y profundo que pudiera imaginarse. Dejémoslos por ahora, en su criminal correspondencia, y permita el indulgente lector que le traiga a ver y examinar los acontecimientos que pienso describirle.

III

Don Alonso de la Cerda, miembro también del distinguido cabildo de esta ciudad, era uno de los sujetos más notables, y que por sus luces y amistades se hacía acreedor a justas consideraciones. Fue uno de los primeros con quien el marqués tuvo conocimiento, y acaso esta circunstancia produjo las graves y funestas consecuencias en que después se encontraron envueltos. Don Alonso estaba casado con una señora no menos noble que virtuosa: doña Juana de Zanabria. El gobernador, aunque informado de las apreciables cualidades de la buena esposa, concibe el inicuo plan, si no de obtener su correspondencia, a lo menos de turbar la tranquilidad de aquel envidiable matrimonio, mientras doña Juana no comprendió las intenciones del marqués, no hizo ninguna mutación en el trato afable con que le recibía en su casa, pero cuando éste se atrevió a hacerle la más leve insinuación de su amor, ella con la mayor dignidad, reprochándole su infame conducta, le dijo que no volviera a poner los pies en su habitación, y que iba a dar noticia a su marido de tan bajo como degradante procedimiento. Y lo cumplió en efecto. El honrado y

pundonoroso Cerda escuchó el relato de su mujer, y la inquietud que descubría en sus miradas, el temblor de sus manos y aun de todo su cuerpo, era una señal segura de lo que aconteció. Don Alonso tuvo con el marqués una muy agria conferencia que aunque secreta no dejó de traslucirse. Lo que sí conocieron todos fue que Santo Floro y Cerda desde aquel instante se declararon mortales enemigos.

El gobernador era ambicioso, presumido y déspota: espaciosos flancos, y a los que su adversario supo dirigir sus tiros con destreza. Exposiciones a la corte, cartas a México, oposición en el cabildo: éstas eran las armas con que don Alonso hacía la guerra al marqués. Persecuciones a sus intereses, informes contra él, y referencia a planes de perturbar el orden, eran las que oponía la otra parte. La justicia a pesar de esto resplandecía siempre en medio de estas contiendas, y puesta a un lado la exaltada animosidad con que se trataban, se veían los sólidos fundamentos de las acusaciones contra Santo Floro. Al cabo, por las reales órdenes que recibía, y por los reclamos del virrey de México, marqués de Cadereyta, él se convenció del poder de su contrario, o mejor dicho del de sus razones, e indignado sobremanera le hizo prender ignominiosamente. En la noche siguiente al día de su prisión es cuando aquellos dos embozados que sabe el lector han de cumplir la cita que se dieron.

IV

A la hora fijada, el encubierto que aguarda, no acecha como antes al agujero de la puerta consabida: está parado en la misma entrada del callejón, hasta que se acerca a él otro que por su vestido y las armas que lleva se conoce que es un oficial de guardia. A poco rato de conversación el oficial se marcha, y antes de media hora vuelve conduciendo a otro embozado. Éste que ha terciado en el asunto sabe quiénes son estos ocultos personajes, preciso es que los conozca también el lector: don Hernando de Castro el uno, y don Alonso de la Cerda el otro. Del cabildo ambos, y valientes sostenedores de sus privilegios, traman hace

mucho tiempo el modo de deshacerse del marqués. Y cuidado que don Hernando ignora lo que le pasa con el teniente general. No ha venido Cerda por la puerta cuya llave obtuvo para la conferencia anterior, en consideración a la amistad y parentesco que tiene con uno de los señores curas de la Catedral, porque ya sabemos que lo tiene preso una orden de Santo Floro: esta orden, sin embargo, fue burlada, y él se halla en la calle con el mismo encargado de su custodia.

Impuso Cerda a don Hernando de un billete que su esposa le había escrito, y en que le decía que todos sus compañeros de cabildo habían quedado en reunirse secretamente en su casa la noche siguiente, con el objeto de determinar lo que debía hacerse para impedir los avances del capitán general, que valiéndose de la fuerza quería cometer las tropelías más escandalosas; le impuso de los pasos que podían darse para lograr un buen golpe, le impuso de las contestaciones favorables que había recibido de México, le impuso, en fin, de todo cuanto fue necesario para que la opinión de ninguno de ellos vacilase y le añadió por último: “yo quisiera asistir mañana a la tal junta, pero hay quien sospeche y vigile si entro a mi casa; lo mejor es que nadie vaya por la puerta principal; temprano ve a mi mujer y dile que introduzca a todos por la entrada secreta”. Bueno será dejar en sus laudables trabajos a estos enemigos de gobernador, para ver qué es lo que sucede con doña María de Arriola.

V

Mujer para quien no tiene nada oculto su candoroso marido sabe todo lo que pasa respecto a los planes que el cabildo quiere llevar al cabo, y aun queda informada de la oculta reunión que van a celebrar. Apasionada, como lo está de Azcoitia, no tiene más pensamiento que su amor, vehemente, inquieto, desesperado, y que ya una vez alucinada, y hoyando sus deberes, los turbulentos deseos en que abundan, no reconocen límites ni freno. Ella aprovechará la noche en que su esposo salga para la junta, y el teniente tendrá buen cuidado de no faltar a tan agradable

cita. Llega la hora de irse don Hernando, y el teniente general que espía su salida, se introduce inmediatamente en el gabinete de su esposa. Dejemos solos a los enamorados, para ver lo que se trata en la sala de la casa de Cerda, en donde ya tenemos juntos a los miembros del ilustre cabildo.

Tan notorias como eran las causas que obraban en contra del marqués, y tan poderosos los motivos que se alegaron para separarlo cuanto antes del gobierno, no hubo uno que contradijese y hablase una sola palabra en su favor. Unánimes, pues, acordaron prenderlo en la madrugada de esa propia noche, y que se hiciese cargo interinamente de su autoridad don Juan de Salazar y Montejó, descendiente del célebre conquistador, dar cuenta al virreinato, remitirlo allí para ser juzgado y contestar los terribles cargos que saltaban a la vista y se probaban con su manejo tortuoso y punible. Como nadie contradijo, la sesión no se prolongó, como se había creído, y todos se separaron para reunirse a las cuatro de la mañana en el salón destinado a las deliberaciones del cabildo.

Don Hernando toca la puerta de su casa cuando el amante y su mujer no le esperan, y aquel no tiene otro recurso que el de ocultarse bajo la cama del confiado marido. Entra éste muy ajeno de creer que lo escuchase persona tan inmediata al marqués: “Yo pensé —dice a doña María—, *que estuviésemos toda la noche en disponer el modo de acabar con este tirano, pero ya estaba masticado todo; el perverso gobernador entiende que no estamos hechos aquí a comer marquesotes; mañana a las diez le verás con sus calcetas vizcaínas y así estará hasta que se le haga la sumaria y vaya con ellas a México*”. Don Francisco de Azcoitia el que en honor a la verdad debe decirse que nada sospechaba de este asunto, acerca del cual doña María no le había hecho ni una sola indicación, se informó con sorpresa del escandaloso suceso que se preparaba. Luego que don Hernando se hubo dormido, y la esposa infiel pudo sacar a su amante, inútil parece indicar que le encargó el secreto, con las más afectuosas súplicas, acerca de lo que había escuchado. Él se lo ofreció cariñosamente, pero sin mucho ánimo de cumplir esta promesa.

VI

Llega al palacio: Santo Floro duerme tranquilo, y seguro de que no hay quien se atreva a hacer frente a su temible poder. Azcoitia le despierta, le refiere lo que ha ocurrido, y el marqués se pone en activo movimiento. Por la mañana temprano debe reunirse el cabildo, pero mucho antes de que asome la aurora están todos los que lo componen en muy segura prisión. Con este paso, el gobernador paró el golpe que iban a descargar sobre su autoridad.

Ignórase por qué conducto ha podido saberse negocio que con tal reserva se trataba, pero Santo Floro, cuya lengua era no sólo de las que lo hablaban todo, sino aún de las que calumniaban la reputación mejor sentada, no se descuidó en contar a muchos que los amores de su teniente con la esposa de don Hernando le habían impuesto del suceso. La noticia llegó a oídos del esposo, quien le hizo tan serios reclamos a doña María, que desde entonces varió la infeliz de vida, y fue tan grande el sufrimiento que se apoderó de su corazón, que paso a paso aquella robustez y hermosura fue desapareciendo, y a poco tiempo vino la muerte que ella imploraba como único medio de ocultar su avergonzado rostro.

La prisión de los capitulares era un hecho muy ruidoso, y si a ella debía el marqués su permanencia en el gobierno, ella también precipitaría su caída. Ninguno entre todos los vecinos de Mérida, entre todos los encomenderos, entre todos los que había perseguido Santo Floro, había sufrido tanto como don Alonso de la Cerda. Éste y su esposa doña Juana eran los únicos objetos a que siempre dirigía sus tiros. Irritados con tan injustos agravios, premeditaron la necesaria venganza, y ya que no pudo realizarse, como hemos visto, se determinaron a tomar otro camino más largo, pero más seguro y que los conduciría al punto deseado.

Las estrechas relaciones que don Alonso y varios de su familia tienen con el virrey de México, con los oidores y otras personas de distinción, les facilitan el pensamiento de enviar allí a un sujeto que exponiendo de palabra y por escrito los insultos cometidos contra la casa de Cerda, contra el cabildo, contra toda

la provincia, obtuviese con la brevedad posible una orden de separación para Santo Floro. Mas ¿quién será esta persona que se encargue de negocio tan arduo, en circunstancias en que el gobernador, con el golpe que acaba de dar, el que no le ama, le teme? Además ¿quién podrá ausentarse, que no se sepa a dónde se dirige, y aun las miras que lleva?

Doña Juana de Zanabria, justamente enfurecida contra el marqués, propone que ella será la que vaya a México, que se ausentará con pretexto de irse al campo sin que nadie lo note, y conseguirá sin duda echar abajo al gobernador, satisfacer al ilustre cabildo cuyas prerrogativas han sido conculcadas, y librar a Yucatán del azote del Santo Floro. Al principio esta propuesta, por extraña, no pareció admisible, pues enviar a una mujer a representar tan sagrados derechos, acaso no tendría los prósperos resultados que anhelaban. Pero la necesidad por una parte, y el empeño que Cerda tomó por otra, hicieron que conviniesen todos en la idea que doña Juana había indicado.

VII

Se puso inmediatamente en camino, sin dar lugar a la más pequeña sospecha sobre sus intenciones. Dirigióse para Campeche, en donde tenía amigos que podían ayudarla en la secreta ejecución del proyecto. Y no se equivocó, porque sin que nadie lo notase, una hermosa noche que refrescaba un viento propicio a su viaje, se hizo a la vela para Veracruz. Llega, por fin, a México, y la recibe con muestras de un particular aprecio el marqués de Cadereyta.

Las razones que la defensora de Yucatán alegó contra su gobernador y capitán general, fueron tantas, tan claras y tan fuertes, que no pudo ella exponerlas en una sola conferencia. Fue admitida a varias, en las que siempre manifestó un carácter firme, y un deseo de castigar la osadía que el marqués había descubierto con ella y con su esposo, atentando a su reputación e interés. Santo Floro tenía a su favor las circunstancias de haber estado por parte de los franciscanos en la oposición que hicieron

a lo dispuesto por el obispo Ocón; pero lo notable era, que el reverendo padre fray Juan de Prada, el arzobispo don Iván de Mañozca y Zamora, y los miembros de la audiencia, y muchos de los nobles, y otros de los más ilustres capitanes, todos convencidos de la justicia de doña Juana de Zanabria, que atrajo las miradas de México por su habilidad y entereza, y por el grave asunto que estaba manejando se pusieron de su parte, y el virrey oyendo a su consejo determinó la separación de Santo Floro. Esta orden trajola para Mérida la infatigable doña Juana que se apareció aquí más pronto de lo que se le esperaba, y que oído el buen resultado de su comisión, fue recibida con muestras de sincera alegría.

VIII

Ya cuando ella llegó aquí, el gobernador sabía por un aviso que acababa de recibir de México, que la esposa de Cerda estaba en la capital del virreinato trabajando contra él, y no dudó de que su triunfo hubiese sido seguro, de tal suerte que cuando ella misma se presentó a Santo Floro para hacerle saber lo dispuesto por el virrey y la audiencia: “No esperaba yo otra cosa —le dijo el marqués—, de los medios que muchos de mis enemigos han empleado para traer sobre mí la odiosidad de mis superiores; pero llegará tiempo en que se conozca que si he ocasionado daño, otros los han causado mayores, y no han salido de la provincia tan vergonzosamente depuestos”.

A pesar de tener en su mano la terminante disposición para que se separase del gobierno, Santo Floro quiso hacer los últimos esfuerzos. Como aún no había llegado el que debía hacerse cargo interinamente, él tuvo tiempo suficiente para consultarse sobre cumplir o no lo mandado; pues a tanto pensó llevar su osadía, que con partidarios que le acompañasen, hubiera hecho resistencia a obedecer, y sin duda habría empeorado su causa. Antes de todo, consultose con el reverendo padre provincial que lo era fray Diego de Cervantes grande amigo suyo, a quien fue a ver una noche, y con el que tuvo la siguiente conversación:

—Vea, usted, esta orden en que se me quita el mando por los exagerados informes de la casa de Cerda. Su mujer ha ido a México, ha sorprendido al virrey, y esta mañana se ha presentado trayéndomela.

—Me sorprende, a la verdad, lo que estoy oyendo y viendo, y me parecería imposible si no tuviese las pruebas en la mano.

—El caso es que yo no trato de cumplir con lo que de México se me ordena.

—¡Cómo! ¿qué es lo que usted dice?

—Sí, señor: que no obedezco, que no doy cumplimiento a ese absurdo mandato.

—¡Oh!, señor: si mi opinión vale algo en concepto de usted, le aconsejo que no piense en oponerse a lo prevenido; que se vaya a la corte, haga ver su buen comportamiento, y probado esto, y quedando, como yo creo, sin mancha alguna su honor y buena reputación, su obediencia le dará más realce a sus virtudes.

—No, padre, se han burlado de mí y quiero darles una buena lección: cuento con la tropa y sus jefes, con el influjo de los franciscanos, con...

—Permita, usted, que le interrumpa, señor marqués: los franciscanos no darán un solo paso en la presente cuestión.

—Y usted se atreve a decírmelo, usted que ha visto el empeño con que he defendido la orden contra las pretensiones del señor obispo, usted que personalmente...

—Vuelvo a interrumpirle para que sepa que en este punto no he defendido más que la justicia.

—Vamos, yo veo que estoy perdido. Adiós, señor provincial, los amigos que halagan cuando sopla favorable el viento de la fortuna, son los que más se alejan en la adversidad.

—Conmigo, señor marqués, puede usted contar siempre que no se sobreponga la amistad a los sagrados deberes que las leyes imponen. Adiós, yo sentiré que esta breve conferencia le hubiese inferido un disgusto, que yo no he tenido ánimo de ocasionarle.

Santo Floro no pensó más en resistir; dejó el gobierno, y ese día fue de verdadero regocijo público. Los repetidos insultos que varias honradas personas sufrieron por su causa, el rigor y des-

potismo con que llevaba al cabo sus determinaciones por más temerarias que pareciesen, todo formaba un cúmulo de agravios, que no exigía otra venganza que su separación del gobierno. Así se abatió su orgullo, su temeridad, y debe temerse muy presente que una débil mujer no tuvo poca parte en la ejecución de tan útil como necesario castigo.

Mérida, agosto 21 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 121-131].

La carta misteriosa

I

LA IGLESIA

El 30 de abril de 1599 fue un día de luto público para la ciudad de Mérida. Celebrábanse las honras de Su Majestad el rey don Felipe Segundo, y la Santa Iglesia Catedral adornada con la mayor pompa fúnebre, mostraba la ilustre categoría del personaje cuya memoria hacía derramar lágrimas a un pueblo. El ilustrísimo señor obispo don Juan de Izquierdo, por empeño particular del hijo del conde de Niebla don Diego Fernández de Velasco, entonces gobernador de estas provincias, se encargó de la oración que debía pronunciarse en alabanza de la vida de un príncipe, el que a pesar de la ambición que se le atribuye, y que uno de los más célebres poetas españoles ha llamado *frenética y sedienta*, fue sin embargo conocido con el nombre de *el prudente*. Desde muy temprano los repetidos toques de las campanas de todos los templos de la ciudad, las misas que en todos los altares enlutados se decían por el alma del rey, el preparativo de las tropas que debían situarse en la plaza mayor, el cortinaje negro que cubría los balcones del palacio episcopal, las casas reales, la del gobernador y muchas otras; todo indicaba la magnificencia de la función. Parece excusado decir que la concurrencia a tan solemne acto fue extraordinaria, pues además de las autoridades, oficiales de Su Majestad, y nobles y distinguidos vecinos había allí gran número de esas personas que sólo ocupan lugar, y que van por curiosidad o por costumbre a todas partes. Los mismos, que doce días antes, con señales de regocijo habían alzado pen-

dones por don Felipe Tercero, venían con abatidos semblantes a rogar a Dios por el eterno descanso de su antecesor. Entremos, pues, a dar una rápida ojeada en el gran templo en que se oye resonar el cántico y los instrumentos casi divinizados por una religión que, según siente el inmortal autor del *Genio del cristianismo*, “ha suministrado suspiros al mismo aire”.

Tanto el gobernador como el obispo habían tomado grande empeño en la conclusión de la Catedral; apenas habían algunos meses que se celebraban en ella los divinos oficios, y el templo, además de su limpieza y reciente pintura, enseñaba multitud de adornos propios de acto tan solemne y hechos exclusivamente para este memorable día. Dejemos que la función se haga con toda la majestad que se tiene de antemano preparada, mientras fijamos la vista en un joven que se halla arrimado a la tercera columna del lado izquierdo. Aunque su vestido de oficial de los reales ejércitos era de lo más elegante que entonces pudiera usarse, no era esto, por ventura, lo que llamaba más la atención. Las formas de aquel cuerpo eran tan proporcionadas, tan simétricas que podían servir de modelo al pincel más diestro que se propusiese imitar una de las mejores obras de la naturaleza; y aun al contemplar su color blanquísimo bañado de una cierta palidez que hacía más interesante su fisonomía, no había dificultad en asegurar que se dejaba traslucir, como bajo un diáfano velo, la sencillez de una alma noble y pura oprimida por alguna secreta y mal disimulada pena. Su hermoso pelo negro que caía en largos rizos sobre su espalda, el espeso bigote que cubría su labio, y una poblada pera que bajaba sombreando toda la punta de la barba hasta perderse entre la pequeña abotonadura de oro con que, por un capricho, cierra alrededor de su cuello la golilla en que termina su casaca de un color azul subido; todo ello forma un conjunto que no deja de atraer las miradas de las lindas jóvenes que se encuentran en la iglesia.

Pero él tiene fijos sus grandes ojos, también negros en una modesta señorita, que desde que entró permanece hincada con la vista dirigida sólo a la misa. Se conoce que admira su gracioso talle, pues no puede verla sino de lado; mas cuando

el señor obispo sube al púlpito, y ella se sienta para escuchar el sermón, las miradas de ambos se encontraron: la joven bajo su semblante levemente enrojecido, y el oficial del rey disimuló mordiéndose los labios una halagüeña sonrisa que dio más animación a la viveza de sus ojos. Sin pestañear estuvieron clavados en tan interesante objeto. La joven por su parte no alza la cara del suelo, pero sí se advierte que suele furtivamente y como asustada mover los suyos con una expresión de desasosiego, de ternura y de inexplicable candor. Junto a ella se ve una señorona no muy anciana, pero en la que se advierten todas las señales de vieja insufrible y regañona: ceja abundante, nariz larga y encorvada, ojos saltados, boca grande y algunos dientes de menos, y barba saliente de aquellas que parece que tienen presunciones de unirse a la nariz. Se conoce que esta fea figura ejerce poderosa influencia sobre el ángel que tiene al lado. Es una joven de dieciocho años, que aunque su nombre es el de Isabel, sus muchos admiradores han dado en llamarla María, porque así quiso que fuera uno de los jovencillos más de moda que recién venido de España había viajado por toda Europa, y como oyó contar a su padre los infortunios de la desgraciada reina de Escocia María Stuart, de los que fue testigo, como tiene una imaginación ardiente con sus aspiraciones de poética, mucho que sabe de esa terrible historia, algo que se le ha exagerado al referírsela y algo que pone de fantástico, el nombre de María para él es el más bello, el más poético, el más angelical que hay en el mundo. En la presente leyenda no debe omitirse esta circunstancia, pero si se ha de decir verdad, el hombre que en éxtasis sabroso la contempla arrimado a la columna, no conviene en los arrebatos del entusiasta viajero que se apura en buscar semejanzas entre la belleza de la humilde meridana y la de aquella desventurada reina; y sobre todo en lo de la variación del nombre no ha estado de acuerdo nunca, pues a pesar de que para persuadirlo se le dice que Isabel fue la que causó todos los males que sobrevinieron a esa interesante María, él contesta que Isabel ha sido también una de las soberanas españolas más hábiles, más nobles y de espíritu tan elevado que ella sola pudo

comprender y alargar una mano protectora el célebre descubridor del Nuevo Mundo.

La hermosura de la joven era acreedora no sólo de tan altas comparaciones y de multiplicados elogios, sino de esa admiración que por mayor que se le suponga siempre queda escasa si se atiende al verdadero mérito de esas mujeres que ha enviado Dios a la tierra con la sublime misión de inspirar los afectos más puros y elevados. Isabel era de este número: con su frente ancha y reveladora de una comprensión delicada, con sus ojos negros, las mejillas de color de perla, el pelo de ébano bruñado, boca pequeña teñida de escarlata, que si se entreabría por una ligera sonrisa dejaba ver una dentadura de marfil; con estas partes se formaba un todo que no era por cierto el de esas caras de novela descritas a propósito para ponderar la hermosura; la de Isabel era una cara que no se dirá fea ni bonita, pero sí inspiradora, vivificante, de esas caras que atraen, que no se pueden mirar sin que agraden, sin que arrebatan, sin que hieran el corazón, sin que se impriman en él, y sin que no se crea que hay en los ojos, en la sonrisa, en las palabras una virtud que arrastra hacia ella, que une nuestros deseos a su existencia, y nuestras más ardientes esperanzas que fijan allí como en una divinidad.

Si se preguntara al bizarro militar y a la modesta Isabel qué es lo que ha dicho el señor obispo, no darían razón: vagan ambos en tan profundas meditaciones, que las honras de Felipe Segundo no pueden ni por un momento a interrumpirlas. Ya es tiempo de que el lector conozca más circunstanciadamente a estas dos personas.

Don Melchor Pacheco y doña Ana Dorantes son de los vecinos más notables de Mérida, tienen un solo hijo que lo han dedicado a la honrosa carrera de las armas; llámase también Melchor, y es el mismo que a la edad de veinticuatro años está perdidamente enamorado de la preciosa Isabel. Ésta tiene un origen desconocido, o a lo menos oculto, pues hasta el apellido de Benavides que lleva, no se sabe de dónde le hubiese venido. Se crió desde muy pocos días después de nacida en casa de don Fernando de Castro Polanco, escribano mayor de Gobernación que la quiere

como a predilecta hija, como a única heredera; y doña María Jiménez Tejeda, su mujer, es la desagradable caricatura que hemos visto está en la catedral junto a ese ángel puro de amor y sublime. No se sabe por qué el escribano mayor de Gobernación, el chantre don Pedro Borjes, el racionero Pérez de Vargas, y sobre todo, el reverendo padre provincial fray Alonso de Río Frío, que forman de ordinario la tertulia de don Fernando de Castro, y toman parte en los asuntos de familia, se oponen a la pasión en que se abrazan Isabel y Melchor; y aun hay quien asegure que el gobernador y el obispo han manifestado su opinión de acuerdo, por desgracia, con la de los enemigos de estos amores. Las gentes imparciales y sensatas se devanan los sesos buscando la causa de esta contrariedad ridícula, de esta tenaz oposición. El joven no puede ser más apreciable, más distinguido, más virtuoso, decían; la niña es un tesoro, pues aunque no se conocen sus padres legítimos, es tan amable, tan sencilla, que nadie se atreverá a echarle en cara ni un defecto, todos la aman; vaya, si parecen nacidos el uno para el otro. Eran estas las reflexiones que muchos hacían sobre la misteriosa conducta observada con los amantes; porque, es preciso decirlo, Melchor e Isabel se amaban con ardor, con pasión, con frenesí inquieto, ardiente, devorador.

Al principio la estimación de que era acreedor Pacheco y su esposa, hicieron que no fuesen tan al vivo las asechanzas, y tan crueles las providencias para evitar que los amantes se hablasen y aun se vieses; pero al advertir que los corazones de ambos jóvenes se entendieron y vibraron con acorde sonido, se desataron todos los medios de opresión, y se pusieron en juego las más complicadas intrigas. Isabel fue encerrada en lo absoluto para los ojos de Melchor.

Hace más de tres meses que no la ha visto, cuando la encuentra en la Catedral el día de las honras del rey; por eso se estaría hasta concluir la función arrimado al pilar, si luego que baja del púlpito el señor obispo, no se allegase a él un personaje, con el que tuvo el siguiente diálogo:

—Caballero —dijo tocando suavemente el hombro a Melchor—, usted no está bien aquí.

—Yo estaré donde quiera —repuso—: no sé que usted tenga atribuciones para marcar el sitio donde se ha de permanecer en un lugar que es de todos, como la iglesia.

—No trato de meterme con todos, ni vengo más que a separarle a usted el lugar que ocupa.

—¿Y por qué razón? ¿Con qué autoridad?

—Las razones usted no las ignora; la autoridad le es a usted también muy conocida.

—Si usted no se explica con más claridad, yo permaneceré aquí hasta que por impulsos de mi propia voluntad no determine otra cosa.

—No tengo necesidad para con usted de mayores explicaciones... acuérdesse, usted, de la escena de ahora tres meses.

—¡Vaya! ¿y qué tiene que ver eso con que esté yo más acá o más allá?

—¿No recuerda, usted, que entonces porque le sorprendieron en la calle rondando la casa de la joven que está allí enfrente, y a la que tiene usted en continuo desasosiego por sus amoríos, se armó una zambra de todos los diablos...?

—¿Y en qué paró?

—¿En qué? ¡bonita pregunta! ¡Como usted es tan turbulento...! ¡Como usted no la quiere...!

Al oír esto la cara de Melchor se encendió de cólera, y no podía disimular lo que semejante diálogo le atormentaba. El otro interlocutor conoció la buena tecla, y se propuso hacerla sonar con mejor resultado.

—Ya se ve que no la quiere usted —continuó el personaje con un aire dulce, y como satisfecho de sacar partido de lo que iba a decir—. Si usted la quisiera, no se complacería en atormentarla, en martirizarla. Desde la ocurrencia, la simple ocurrencia de verle a usted por las inmediaciones de su casa, la infeliz ha estado cerrada sin ver la calle, y ahora que es la primera vez que sale ¿quiere usted con sus ojeadas importunas empeorar su suerte...? Mire, usted, el aspecto de doña María, qué desencajado, qué furioso...

Y era verdad, la feísima señora estaba aun más horrible con su cara rabiosamente avinagrada.

La observación no dejaba de tener fuerza, y Melchor que amaba mucho a Isabel, manifestó en su semblante cierta indecisión más bien inclinada a la idea débil de retirarse, que a la enérgica resolución anterior de mantenerse firme en su puesto, y el que lo observaba, aprovechándose de las impresiones de su espíritu, le dijo por último:

—Penetrado usted de los graves disgustos que va a traer sobre una persona que usted asegura ser la prenda más querida de su corazón ¿qué dificultad hay en que se retire? Usted está siendo ahora el objeto de la atención de varios malignos curiosos, que procurarán con sus abultados chismes encolerizar más a doña María; y las consecuencias de esta cólera ¿quién ha de sufrirlas? su adorada Isabel.

—Bien; me retiraré, sólo por la racional indicación que acaba usted de hacerme, y no por aquel tono imperioso con que creyó amedrentarme y hacerme huir... ¡pobre Isabel...! se trata de su tranquilidad y a ella debo sacrificarlo todo... Y Melchor dejó con profundo dolor el sitio que ocupaba.

Don Juan de Magaña Arroyo era el que así habló al amante. Es uno de esos sujetos que por su posición, por su capacidad, por su fecundidad en salvar un lance, todos le consideran, le buscan y distinguen. Cuando ha dicho Melchor que no tiene que hacerle explicaciones sobre su autoridad, es porque nadie más que él sabe las relaciones que lo unen al escribano mayor de Gobernación. Magaña ha sido el ejecutor de muchas secretas combinaciones trazadas en el conciliábulo de enemigos que tratan destruir los amores de Isabel con Pacheco, y algunas veces para lograr su intento se ha valido de su astucia maliciosa como acabamos de verlo.

Mientras Melchor cede a la desagradable pero irresistible fuerza de la necesidad, porque cree tal retirarse para no exponer a Isabel a las duras privaciones a que la sujetarían, un corrillo de jóvenes y exaltados amigos que han estado observando de lejos lo que pasa, lo circula inmediatamente.

—¿Qué has hecho, cobarde? —le dice uno— ¡abandonar tan bello lugar! ¡si eres un necio!

—No, señor, hizo muy bien —replicó otro—; no ven a esa Isabel que ni alza los ojos...

—Eso es de modestia —exclama una voz ronca.

—Es de miedo —contestó el más flaco de la junta con su voz de tiple.

—Melchor no ha hecho bien; huyó, y es necesario que se le aplique un castigo —propuso un viejo que era un anacronismo en el corrillo.

—En su pecado lleva la penitencia —replicó el más imberbe de todos.

—Que se adopte por unanimidad —añadió otro—, la indicación de este perillán (y señaló al viajero) para mandarle el nombre a esa indiferente...

—Sí, sí —dijeron varios—: María, María, desde hoy.

—Yo no estoy por eso —dijo el viejo con todo imperioso—; que se piense en otro castigo, porque llamarla María es un insulto, un agravio, una infamia.

—¡Cómo, cómo, no, señor! —volvieron a replicar tres o cuatro bocas—: María, María desde hoy.

—Pero, criaturas —dijo de nuevo el opositor—: ¿no ven que María se llama también esa indigesta mujer del escribano que la adoptó por hija, y darle a la linda Isabel una tocaya tan...?

—Tiene razón, tiene razón —respondieron los que antes apoyaban la idea.

En medio del atolondramiento con que a Melchor lo traían de un lado a otro para que se impusiese del imprudente diálogo de que él era objeto, y en que todos se arrebatában locamente la palabra, no pensó siquiera en escucharlos: profundamente conmovido por la conversación con Magaña, retiróse a su casa, dejando a sus impertinentes amigos ventilar en el atrio de la iglesia donde ocurría esta escena, con el aturdimiento de su edad y con la no muy clara luz con que se miran los negocios ajenos, lo grave y complicado del suyo.

El padre de Melchor era persona que ni por sus ideas ni por su manera de ver las cosas pertenecía sólo a su época: franco, noble y caballeroso como los hombres de aquel siglo, era liberal y despreocu-

pado como lo son siempre los espíritus vigorosos, los talentos esclarecidos. Había visto desde el otro lado de la iglesia lo ocurrido entre Magaña y su hijo, y tan pronto como se persuade que este paso ha formado parte del plan de asechanzas y persecuciones, tan pronto como ve que Melchor sale de la iglesia para ir sin duda a lamentarse en la soledad de su gabinete, se apresura a buscarlo en él, pues está convencido de que va a brindarle útiles consuelos, estrechándolo en esos brazos que son a la vez de un padre y de un amigo.

—Ya lo he visto todo, hijo mío —le dice, entrando en el cuarto en que el infortunado amante se pasea agitado y confuso—: tus miradas, el color del rostro, tu repentina desaparición me revelan que Magaña no tuvo contigo otro asunto más que el de separarte del sitio que ocupabas.

—Sí, padre mío; yo debía dejar de verla, porque si continuaba, ella iba a sufrir todo el rigor de doña María, según me aseguró ese perverso de Magaña, y ya ve usted que tres meses la han tenido sin ver la calle, y no quiero que por mí la martiricen.

—Está muy bien; yo no te aconsejaré, ni te he dicho nunca que desistas de tus pretensiones; tú amas a Isabel con vehemencia; lo sé, le has consagrado tu corazón, le has ofrecido tu mano, y anhelas unir tu suerte a la suya. En hora buena, hijo mío; pero hay ocasiones en que los deseos no pueden lograrse, y aunque están al frente los obstáculos, no se encuentra, no se conoce su origen; entonces el tiempo que ve más que nosotros, que allana sin saber cómo mil tropiezos que parecen invencibles, es el único que acertará a consolarlos... ¿me escuchas, Melchor?

—El desgraciado joven, con los ojos fijos en el suelo, parecía no atender a las palabras del buen señor, pronunciadas con una dulzura paternal; parecía enteramente sordo; sus miembros embargados todos no mostraban ni el más ligero movimiento; su pecho, no más, ese pecho en que ardía un fuego tan puro como inextinguible, abrigaba un corazón que latiendo presuroso derramaba sobre su pálido semblante aquella sombra de melancolía que hace más sublimes a las grandes pasiones.

—¿Me has oído, Melchor? ¿te es ya indiferente la voz de un padre que con el acento de la amistad más sincera conoce sus

terribles angustias y quiere partir contigo la carga del sufrimiento?

—¡Oh! no, no —dijo, como saliendo de un profundo letargo—: ¿qué me decía usted, padre...? no le he escuchado... ¿es verdad! perdone usted, atribúyalo a que he estado discurriendo... ¿en qué? ni yo podré explicarlo; no sé cuáles han sido mis pensamientos; sólo he sentido grandes y continuados golpes aquí... y con un ardor frenético puso ambas manos sobre su herido corazón.

—Cálmate, mi querido hijo, y óyeme con atención, que nadie más que tu padre está interesado en tu dicha, y nadie más que tu padre te la procurará por cuantos medios sean imaginables: ¿sabes lo que te ofrezco, hijo mío?

—¿Qué me puede usted ofrecer, padre, que cure, que alivie siquiera este profundo dolor?

—La mano de Isabel.

—¡La mano de mi adorada Isabel! ¡Oh! usted quiere consolarme, y no sabe el mal que me causa; me alegraré por un instante para mayor martirio después.

—No, hijo, la mano de Isabel será tuya; ¿estás seguro de que ella te ama?

—Sí, sí, lo estoy, debo estarlo, y mucho, y aun creo que usted no lo duda tampoco.

—Pues ya es tuya si oyes mis consejos y los sigues.

—Lo primero.

—No te he informado de que hace cuatro días he recibido una carta de tu buen tío don Francisco que reside en México, ya muy anciano y sin familia, como tú no ignoras, y muy rico. Me dice que quiere tenerte a su lado, y que así como él hizo viaje para ser tu padrino de bautismo, quiere que tú lo hagas para cerrar sus ojos y conducirlo al sepulcro.

—¡Jamás, padre...! si usted me lo manda, iré: ¡a morir antes que él! ¡yo separarme de Isabel! ¡nunca!

—¿Y no estás separado de ella? ¿te dejan hablarle? ¿verla?

—Pero estoy cerca de ella, me la cierran a mí, a todos; pero cuando yo me vaya, otros la verán, le hablarán, y esos tendrían más dicha que yo... ¡ay, padre, eso es insufrible!

—Si ella te es fiel, como no dudo, que la vean, que le hablen, que la soliciten, tanto mejor; los necios que la cuidan y se oponen, conocerán que no hay recurso para hacerla desistir de su amor. Sé lo que te digo; sigue mi consejo, anda a México: licencias, dinero, todo lo ha allanado tu tío. Estarás con él cuanto tiempo quieras; yo le escribiré que tan pronto como le digas que piensas regre-sarte, inmediatamente te lo permita: ¿puedo hacer más?

—¿Y cuándo he de irme?

—Mañana, hoy, en este momento, porque ésta es cosa que si la piensas no acertarás a ejecutarla.

—Pero, padre, un mes.

—Ahora es ocasión; hay varios sujetos que se dirigen al mismo punto, y a los que voy a incorporar; el tiempo es el más a propósito; no hay que vacilar.

Impuesto el lector de lo que han hablado padre e hijo, tiempo es ya de que vuelva a la iglesia, de donde fue necesario salir, para conocer con mejores datos el curso de la historia. Magaña y el escribano mayor de Gobernación acaban de cambiar una mirada maliciosa, y tan luego que la función termina, se juntan, hablan en secreto algunas palabras, y cada uno toma distinto rumbo. A poco rato se recibe en casa de Pacheco un billete concebido en estos términos:

Señor don Melchor: para arreglar definitivamente el grave asunto de los amores de su hijo y de Isabel, urge que usted y él vengán mañana a las siete en punto a la sala del provincial de San Francisco, a donde concurrirá también el escribano mayor de Gobernación, que es quien promueve este prudente paso.

Juan de Magaña Arroyo

II

EL DÍA DE LA CITA

Apenas este nuevo incidente se presenta, y el afectuoso padre informa de él al amante, es necesario asegurar que dos sensaciones distintas se dejaron traslucir en sus semblantes: el

padre muestra una indecible curiosidad mezclada con ciertos presentimientos que no le aseguran nada bueno; el hijo no ve de pronto más que un medio de retardar su viaje, y aun hay momentos en que hace, como vulgarmente se dice, castillos en el aire, pues es en efecto muy natural que el afligido perciba esperanzas halagüeñas entre lo que tal vez va a encontrar nuevos motivos de tormento. Largas, eternas, le parecen las horas del día y de la noche: así es que cuando empieza a rayar el alba del siguiente, es el que está más listo y apura a su padre por ponerse de un salto en la sala del provincial.

Cuando llegan allí, como no es todavía la hora fijada, fray Alonso de Río Frío está solo; los recibe con afecto y distinción, pues si se opone al matrimonio no es porque deje de conocer que a Pacheco le sobran cualidades para aspirar a él. A poco entran Magaña y el escribano mayor de Gobernación. Se saludan, se sientan, hablan de varias cosas indiferentes, hasta que el reverendo dice:

—Dejemos todo a un lado para que don Fernando nos diga el objeto con que ha promovido esta conferencia y por qué ha escogido precisamente este lugar.

—El objeto no es otro —contestó— que el de arreglar un asunto con el señor (y señaló al padre del amante); y como deseo un buen éxito, he creído que hablándonos en presencia de usted, y tomando, como lo hace siempre, grande empeño en la armonía y bienestar de las familias, usted interpondrá los respetos de su saber, de su dignidad, y todos quedaremos satisfechos.

—Cierto es que me desvelo por evitar entre los honrados vecinos de Mérida estas desavenencias que traen muy funestos resultados, y yo desearía que las familias de Pacheco y Castro se aviniesen de una manera conveniente a ambas; y si en ello puedo intervenir, daré infinitas gracias a Dios por haberme presentado tan favorable ocasión.

—Don Melchor —dijo luego Magaña—, me permitirá que empiece por hacerle una observación: sabe que su hijo, enamorado de Isabel a quien don Fernando adoptó por hija, ha llegado hasta el extremo de burlar la vigilancia de la casa, y procura

siempre buscar medios de turbar la tranquilidad de la apreciable señora doña María, ocasionándole mil disgustos y...

—Permítame, usted, que le interrumpa... —empezó a hablar el amante de Isabel, que no esperaba que su padre le saliese al encuentro con una voz áspera que pocas veces había usado con él, diciéndole:

—Tú no debes abrir la boca aquí; oye y calla; si hay justicia en tus pretensiones, no faltará quien te defienda; y por lo que toca a usted, señor Magaña, no veo mucha armonía entre sus palabras y los deseos que ha manifestado don Fernando y apoya el señor provincial.

—Aún no he acabado mi observación —continuó Magaña con una sonrisa burlona—. Decía que usted, sabedor de que su hijo no se ha manejado con prudencia, pero ni con decoro ¿por qué no lo ha evitado?

—En lo de la prudencia no sé; en lo del decoro usted no sabe lo que habla —contestó inmediatamente Pacheco—; y, vamos, yo estoy convencido de que Castro, su mujer y muchas personas que frecuentan su casa se oponen a los amores de mi hijo sin que yo alcance la causa: ¿no hay en él buenas dotes, permítaseme esta pregunta, para aspirar a la mano de esa joven? Dígaseme que no, pruébese, y estoy con ustedes.

Se veían unos a otros, y ni Magaña que era tan lince para una de estas posiciones críticas, acertó decir una sola palabra; pero el provincial, hombre maduro y no menos sagaz, con estudiada afabilidad dijo:

—Yo entiendo que no ha entrado en el plan de esta amistosa conferencia, el reagrar odios infundados y espero sacar ahora buen fruto de ella: ¿se acomoda usted, don Fernando a lo que yo proponga?

—Desde luego que sí, contestó el escribano.

—¿Y usted, don Melchor?

—Según sea.

—Entendido —repuso el reverendo padre—, que no he de proponer nada indigno de uno ni otro.

—Así lo he creído siempre —dijo don Fernando.

—También yo; añadió fríamente Pacheco.

—Sabiendo el estado de las cosas, convencidos todos de que los dos jóvenes se aman, y hasta de que tienen razón en amarse (cuando decía esto el provincial con cierta intención, Magaña se mordía el labio con señales de cólera), nosotros no debemos procurar que se corten relaciones tan ardientes, tan apasionadas, tan propias, digámoslo así, de la edad de los que parece que Dios ha destinado para unirse; el señor escribano así piensa, y como me lo ha dicho lo aseguro a nombre suyo; pero hay negocios en la vida que no deben precipitarse, y don Fernando sólo opina por una demora; no es verdad?

—En efecto —dijo el escribano.

—¿Y usted no está por ella, don Melchor?

—No tengo inconveniente.

Lo que pasaba al esperado amante en medio de este diálogo no es fácil describirlo; ya se alegraba oyendo las consoladoras palabras del provincial; ya se entristecía al ver la cara del escribano; ya se incomodaba al mirar a Magaña; ya volvía a ver a su padre queriendo conocer en sus ojos la idea que se hubiese formado; ya, en fin, se fijaba regocijado en las bellas esperanzas de ser algún día dueño de la prenda de su corazón.

—Pues indicaré un medio: que su hijo se ausente por cierto tiempo, y yo le prometo a su vuelta un término favorable a este asunto.

Una puñalada fue esta propuesta para el corazón de Melchor: la idea convenía con la de su padre, y desde luego creyó que sería inmediatamente adoptada. Éste, sin embargo, replicó a la indicación del reverendo padre de este modo:

—No es sólo intento de oposición el que me anima, pero me parece que debo decir a usted que yo no ofreceré nada sin que a mí se me prometa muy formalmente la mano de Isabel para mi hijo; nosotros hemos recibido los reproches de un desprecio infundado, y tenemos derecho a exigir satisfacción.

—Nada más justo, y supuesto que han oído mis deseos de tranzar, espero que don Fernando y usted piensen bien lo que han de resolver, para cuyo fin ya promoveremos otra conferencia.

—Bien —dijo don Fernando.

—Enhorabuena —contestó don Melchor.

—Y a poco rato se despidieron unos de otros, quedándose con el provincial, el escribano de Gobernación. El reverendo padre, por segunda vez, elevado al destino que en su orden ocupaba, era hombre que por su virtud y saber merecía que se le oyese. Su práctica en el conocimiento del mundo, y su astucia en obrar, que no todos conocían, no le rebajaban el buen concepto que de él se formaba generalmente. El escribano de Gobernación y el provincial se entendían, y habían fraguado el plan de retirar a Melchor para hablar después con más franqueza en su terreno.

Estos amores habían adquirido tal nombradía, que no se dejaba de hablar de ellos en las tertulias de la ciudad. El deán don Leonardo González de Sequeira, que no tomaba parte ni por los opositores ni por los defensores, supo por una casualidad que en la cita del convento se preparó el proyecto de alejar al amante, para enlazar a Isabel con un sobrino del escribano que debía llegar dentro de poco tiempo de España. No juzgó el deán, sin duda, muy limpio este modo de proceder, pues se determinó participar a don Melchor, como lo hizo, esa maligna intención. Inmediatamente el padre, como era natural, se irritó y formó la resolución de que su hijo no saldría de Mérida. Cuando le hizo saber esta repentina determinación, sin imponerle del motivo, el corazón del joven se bañó de una halagüeña sorpresa.

III

LAS AMENAZAS

El provincial y el escribano convinieron en que a la casa de este último concurriese la noche del siguiente día el padre del enamorado Melchor, con la mira de arreglar definitivamente el negocio. Para esta junta fueron citados el chantre, el racionero, y por supuesto Magaña no debía faltar. Trasládese el lector al lugar en que se haya reunido el conciliábulo. Es un pequeño cuarto no alumbrado más que por la escasa luz de una vela delgada de sebo, en el que no hay más muebles que unas sillas de

bastante uso y mal distribuidas, una mesa con muchos papeles muy empolvados y tirados aquí y allí, medio abiertos unos, otros rotos, algunos picados de la polilla, y una papelería cerrada en uno de los rincones.

—Ya creo que se habrá pensado bien el señor don Melchor —dijo el provincial dando principio al espinoso tratado—, sobre lo que le propuse con respecto a la ausencia muy conveniente de su apreciable hijo, ausencia que ha de serle tanto más favorable cuanto que de ella debe esperar el término de sus afanes.

—En efecto; ya lo he pensado bien.

—Mucho me alegro —continuó el reverendo padre—, porque no dudo que un hombre tan juicioso como usted se habrá decidido ya por un medio tan sencillo.

—Sin duda —dijo el chantre.

—Y más con la circunstancia de tener en México un pariente cercano —añadió el racionero.

—Y creo que ya cargado de años —dijo el provincial—; ¿con que, vamos, ya lo ha pensado usted bien?

—Ya le he dicho a usted que sí; muy bien —contestó don Melchor.

—Pues ahora nos resta que el escribano mayor de Gobernación diga, prometa, asegure la mano de Isabel para entregarla a vuelta de viaje a su apreciable hijo.

—Bien, ahora nos resta —dijo inmediatamente don Melchor—, que yo les descubra a ustedes qué es lo que he pensado bien, sí, señores, muy bien.

—¿Qué cosa? —preguntó el provincial.

—Que no se ausente mi hijo.

—¿Cómo! —dijo Magaña— ¿no había dicho qué..?

—¡Es posible! —interrumpió el racionero— ¡con que está visto, don Melchor que usted no quiere la paz!

—No hay que apurarse, mis amigos —dijo con apacible semblante el provincial—; el buen don Melchor se chancea, y estoy cierto que no es esa su determinación.

—Yo no me chanco, reverendo padre, y lo que es seguro es que mi hijo no se ausenta; no, señores, nunca; no saldrá de Mérida, a lo menos por este motivo.

—Entonces con razón el señor racionero ha dicho que usted no quiere la paz.

—Sí la quiero; pero sin embozo, sin engaño, sin intenciones siniestras, y no me agrada que se oculten bajo de un velo hipócrita, aparentes promesas que se han de despreciar mañana.

El provincial y el escribano cambiaron una mirada de sorpresa, de indecisión, de cólera, y un momento de silencio que por fin interrumpió don Fernando.

—Aunque yo tampoco estaba por la idea del señor provincial, me hubiera decidido en obsequio de la armonía a cualquier cosa, pero una vez que usted no quiere que su hijo salga por sí solo, no faltará quien lo haga salir... porque ha de saber usted que ahora voy a llevar al cabo eso mismo a que usted se opone.

—Bien; lo sacarán por la fuerza, y no por el engaño; yo no habré dado mi consentimiento, sino que al contrario le diré: hijo mío, te has de salir de Mérida porque don Fernando espera a un sobrino que ha de venir de España, y con él quiere casar a Isabel; sí, todo lo sé, señor escribano; y usted proceda como quiera, que yo también no ignoro cómo debo obrar.

Se miraban las caras unos a otros. Don Melchor tomó el sombrero para salirse, pero al mismo tiempo se dejaron ver en la puerta del cuarto el señor Gobernador y el alférez mayor don Francisco Martín Redondo. Pusiéronse en pie todos, y Pacheco sin perder instantes, aparentando serenidad, dijo:

—Siento dejar la casa de usted, señor don Fernando, precisamente ahora que se han reunido en ellas las personas más distinguidas de la ciudad; pero teniendo a mi esposa enferma, se servirán dispensarme; y lo hago así presente para que sepan el señor gobernador y el alférez real que esta grave causa es la única que me obliga a salir cuando ellos entran.

—No le dejaremos a usted irse tan pronto —contestó el provincial.

—Un momento más siquiera —dijo el alférez real tomándole de la mano—; vamos, siéntese usted un rato.

—No puedo; yo he estado aquí algún tiempo, señores —dijo el buen hombre disimulando su rabia.

—No se haga usted del rogar —añadió el gobernador sonriéndose.

—Vaya, me sentaré un instante.

—El señor gobernador se servirá decirme —preguntó el escribano—, si exponiéndole una queja contra un oficial de los reales ejércitos, se le impondrá el castigo que merezca.

—Sin duda.

—Y si la parte ofendida —volvió a preguntar el provincial— pide la disminución de la pena, o la sustitución de un castigo más leve por otro que debiera sufrir mucho más fuerte, ¿habrá dificultad en concedérselo?

—Eso ya lo veremos despacio —contestó el gobernador.

—Señores, permítaseme retirar —dijo don Melchor que estaba en ascuas: queden ustedes con Dios.

—Por más que hicieron de nuevo, no fue posible contener a don Melchor, que a pesar de su buen genio y natural filosofía, la escena le había irritado tanto, que no tardaba en reventar. Cuando se vio en la calle empezó a respirar con tranquilidad; pero llevando siempre en el corazón un peso que se agravó al entrar en su casa. Allí le aguardaba con los brazos abiertos su absorto hijo, esperando que le aclarase tanto los motivos que tuvo para haberle dicho que no se ausentaría como los pormenores de la conferencia que acababa de tener. De nada quiso informarle el afligido y encolerizado padre, y el joven se encontró aún más perplejo y desesperado.

IV

SUCESO IMPREVISTO

La tertulia, de la que se separó Pacheco, no tuvo más tratado que el de los medios de apartar a los dos jóvenes, y en ella se resolvió que a Melchor, con cualquier pretexto, se le sacase fuera de Yucatán: cosa muy fácil era esto, teniendo en pro al gobernador; pero esa misma tertulia que así fraguaba disponer de voluntades ajenas no sospechó siquiera el gran golpe que iba a recibir. A las doce de esa misma noche el escribano mayor de Gobernación fue

atacado de una apoplejía, y cuando llegó el provincial, a quien con la mayor prisa mandaron a buscar, asustado, temblando se acercó a él, le llama, le grita al oído su nombre; pero ¡ah!, el más eficaz remedio hubiera sido ya inútil ¡era cadáver!

Entre la papelera había una gaveta: en ella este rótulo *Papeles reservados*; y dentro una carta cerrada con este sobre. *Para la futura suerte de Isabel*. La carta decía así:

Mérida, julio 17 de 1581. Por si en algún día tiene a bien Dios nuestro Señor llamarme a juicio sin que pueda yo hacer mis postreras disposiciones, sépase que es mi voluntad que Isabel Benavides, a la cual he criado, educado y tenido como hija, se le deje a la dicha Isabel en su libertad para elegir marido, o adoptar el estado a que más la llame Dios, y huélguese ella misma de ser en esta vida dichosa disfrutando de la gracia que su majestad en adjunta cédula real le ofrece, esperando yo que nuestro Señor a ella en esa elección la ilumine y le dé paz y concierto.

Fernando de Castro Polanco

La real cédula estaba concebida en los términos siguientes:

EL REY. Por cuanto me ha sido hecha relación del cercano nacimiento de una niña llamada Isabel, que vos, Fernando de Castro Polanco, en la ciudad de Mérida de la provincia de Yucatán, habéis de adoptar por hija; y por cuanto me ha sido hecha relación de que su padre fue Alonso de Benavides, hijo del capitán Francisco que sirvió en la Gobernación de Popayán en la conquista y pacificación del Perú, y se halló en la batalla que se dio a Gonzalo Pizarro, y murió en Campeche; le señalo a la dicha Isabel para cuando tome estado conforme a su voluntad, como a su nieta, doscientos pesos de oro de minas por cada un año y por su vida, y ordeno a los oficiales de mi real hacienda de la provincia de Yucatán, que guarden, cumplan y ejecuten esta mi cédula, y se paguen de tributos vacantes o de mi hacienda, sin poner en ello impedimento alguno, que así es mi voluntad. Fecho en Badajoz, a diez de noviembre de mil quinientos ochenta. YO EL REY. Por mandado de S. M. Antonio de Eraso.

Este acontecimiento mudó enteramente la escena. No más que varias personas en Mérida habían conocido a ese Alonso

de Benavides de que se hablaba en la cédula real, y que apenas permaneció aquí poco tiempo y de tránsito para España. Allí él agenció y consiguió la gracia que se ha visto para su hija. Súpose más: que la madre de Isabel era una apreciable señora, sobrina del adelantado Montejo, con quien tuvo sus amores Benavides, amores que permanecían tan ocultos como el origen de esa preciosa joven.

El 23 setiembre de 1601, según se lee en la página 32 del libro primero de matrimonio que se conserva en el archivo del Sagrario catedral, se celebró el casamiento de Melchor e Isabel.

Algunos años después de este enlace, Alonso de Benavides y la sobrina del adelantado recibían también la bendición nupcial, y estrechaban entre sus brazos a la hija, que vivía feliz en los de su esposo.

Mérida, enero 25 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 41-57].

MEMORIAS

Libro de memorias [I]. Los metodistas

El 20 de agosto de 1840 me amaneció en New York vistiéndome a toda prisa para ir a reunirme con varios amigos que habíamos convenido en dirigirnos al campo donde aquel año celebraban los metodistas sus ceremonias religiosas. Pasamos por aquellas calles henchidas de gente, y atropellando a unos y tropezando con otros llegamos al muelle, en que un barco de vapor esperaba la hora designada para emprender su marcha al lugar de la fiesta, con esa admirable rapidez que le comunica la fuerza motriz que, para orgullo y utilidad del hombre y de las naciones, se ha puesto en movimiento.

Y es verdad: cuando se ve que una tabla débil pasa sobre las olas que se elevan como montañas, cuando burlándose de los vientos el navegante sabe hasta los minutos que son precisos para llegar al punto a que se dirige, entonces se persuade uno de que en este siglo se ha dado un paso importantísimo que estrecha las relaciones de los pueblos, multiplica su comercio, sus adelantos y ¡qué admirable! un descubrimiento hecho en América puede saberse a los cuarenta días en el Asia, entre las ruinas de Jerusalén.

A poco más de una hora estábamos en el desembarcadero: de allí hasta el lugar en que los metodistas hacían su fiesta nos fuimos a pie, y siempre me acordaré de los estorbos que presentaba el camino para transitarlo fácilmente. En breve nos encontramos en un bosque en que habría como cuatro mil personas de ambos sexos sentados en unos bancos que atendiendo a la lectura de la

Biblia y a los comentarios que sobre ella hacía en la cátedra uno de sus ministros parecían estatuas: tal era la inacción con que se comportaban.

En los Estados Unidos como en todas partes hay muchos que se aprovechan de estas ocurrencias para hacer negocio, y convencidos de esto nosotros buscábamos alguna fonda en que satisfacer la necesidad de almorzar. Andando en esta solicitud indispensable, se nos presentó ocasión de ver la especie de casas provisionales en que se pasan estas buenas gentes los ocho días que por lo regular permanecen en sus funciones. Es un pabellón armado, tendido sobre palos o estacas fijadas en el suelo y aseguradas con cordeles: bajo de este pabellón, en colchones tendidos desordenadamente por tierra, duerme de noche toda una familia y en las enramadas que tienen fuera se halla la cocina, que como destinada para penitentes, no agradó mucho a los gastronómicos deseos de mis compañeros. Un cochero que vio nuestra diligencia nos brindó su carruaje para conducirnos a una posada que cerca de allí quedaba, y en donde seríamos bien asistidos sin duda: convenimos con él los cuatro o cinco viajes que se nos ofrecerían en el día, y nos pusimos en marcha. Luego, luego llegamos y se nos presentó una buena mesa, servida con mucho aseo, y nosotros contentos con esto satisfechos después nos dispusimos a regresar.

Ya las escenas que encontramos no eran iguales a las que habíamos visto: todo el silencio en ésta, todo alboroto y confusión en aquéllas. Las tiendas no estaban desiertas como cuando la concurrencia oía al ministro que leía y predicaba en el sitio arreglado con este objeto: mujeres y hombres más o menos había en cada casa, y la algazara era terrible. El cónsul de México que era uno de los nuestros me decía: —no se vaya usted a reír porque no sea que nos veamos en un lance pesado como sucedió... (y me citó diez ejemplos), aunque a la verdad es cosa que da risa y... oímos los gritos muy cerca, nos dirigimos y veo tendida sobre un colchón a una señora que con los ojos cerrados haciendo horribles contorsiones, brotando el sudor de su frente, se tiraba al suelo, se hincaba, hablaba sin cesar diciendo, que era dichosa, que había

visto a Dios que no se desanimasen sus compañeros, que también gozarían igual fortuna, y otras cosas a este tenor.

—¿Y es esto lo que da risa? —pregunté al cónsul.

—¿Pues quiere usted cosa más ridícula?

—Enhorabuena; pero es una ridiculez sorprendente y en que el hombre se admira de ver tan abatido el entendimiento.

—Venga usted, venga usted a ver un convertido —me dijo otro de los nuestros que vino a prisa a buscarme.

—Éste hace su confesión pública —me dijo el cónsul—; la otra que usted ha visto hizo todo aquello porque el espíritu santo, según ellos dicen, había bajado sobre su cabeza.

Me puse a escuchar creyendo que la confesión fuese una exposición verdadera de faltas notables en el cumplimiento de sus deberes, si no religiosos a lo menos sociales, y me engañé, no dijo más sino que ya Dios lo había desengañado, que le viviría siempre reconocido a tan singular beneficio, que le contasen los metodistas entre sus hermanos, y mil impertinencias de este género. Así se nos fue el tiempo hasta la hora de irnos a comer.

Volvimos por la tarde, cuando ya reunidos otra vez en el lugar destinado a la lectura y sermones, el más anciano de los ministros metodistas les dirigía la palabra explicándoles los principios de su creencia y lo absurdo de las otras sectas religiosas. Sentados luego todos los que habíamos ido juntos, a la sombra de unos árboles elevadísimos, hablábamos con variedad sobre lo que veíamos. Se acabó la leyenda y la plática, y todos se dispersaron y empezó de nuevo la bulla, las pasiones, el llanto del que se arrepiente y el grito espantoso del convertido. Uno de los que sin duda tenían la comisión de procurar mayor número de sectarios se acercó a nosotros y empezó a disertar sobre su religión y lo conveniente que sería adoptar los principios de su secta: un español que nos acompañaba algo entró en disputas con el diligente metodista, hasta que hubimos de descubrirle que éramos católicos y que así como no íbamos a llamar a ninguno de ellos para que abrazase nuestra religión, tampoco nos agradaba mucho el que viniese a molestarnos con especies de tal naturaleza, que nos habíamos manejado con juicio y circunspección, y

éramos por esto acreedores a que se nos tratase del mismo modo. Ya con esto él se retiró y permanecemos allí hasta la entrada del sol, en que fue terrible el alboroto, y más que en otras horas del día, extraordinaria la bulla. En seguida nos fuimos a que se nos preparasen camas en la misma posada que habíamos visitado en el día. Y mientras esto se hacía, paseábamos las cercanías de nuestra habitación provisional y veíamos reflejar en las aguas de su pequeño río la bellissima claridad de la luna. Yo me separé un poco de todos mis compañeros, y sentado en el lugar más a propósito que encontré, me puse a pensar en lo que había pasado por mi presencia. No hay duda, dije para mí, aquella sublimidad de las ceremonias cristianas eleva el espíritu a profundas meditaciones y le hace vagar por un mundo poético por su hermosura, y consolador por las halagüeñas esperanzas que promete. Meditando sobre esto me acordé que había traído un tomo del *Genio de cristianismo* de Chateaubriand, que se lo di al cónsul para guardar en una de las grandes bolsas de su casaca. Le pedí, pues, mi libro, me fui a un cuarto en donde encontré luz y me dediqué a leer el capítulo de las “Oraciones por los difuntos”, todo él es admirable, pero estas últimas palabras con que termina son dignas de repetirse:

No contenta la religión con haber puesto este cuidado moral en cada entierro de por sí, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general, en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro, numerosa comunidad de muertos en que el grande está puesto junto al pequeño, república de perfecta igualdad, en donde no se entra sin quitarse el casco o la corona para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro. ¡Qué concepto tan religioso en haber imaginado celebrar los funerales de la familia entera de Adán, y recibir en una urna universal todas las lágrimas que se han derramado por los difuntos desde el principio del mundo! Llena el alma de maravillosas angustias, mezcla sus dolores por los antiguos muertos con las penas que siente por los amigos meramente perdidos. Revístese el pesar por medio de esta unión de cierta belleza soberana, así como un nuevo dolor adquiere el gran carácter antiguo, cuando el que le expresa ha formado su ingenio

en las antiguas tragedias de Homero. Solo la religión era capaz de ensanchar el corazón humano de tal modo que pudiese contener tantos suspiros y afectos, como de muertos comprende la numerosa multitud que tenía que honrar.

Mi sueño fue el recuerdo de tan bella como interesante lectura. Amaneció y volvimos al bosque de los metodistas. No encontrando más que la bulla, visajes y contorsiones del día anterior, determinamos regresar por tierra a New York: nos pusimos en marcha, y después de haber transitado el más pintoresco camino, llegamos al ocultarse el sol a la bulliciosa ciudad.

[*El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 162-164].

Libro de memorias [II].

Algunos fragmentos de mis viajes

(ESTADOS UNIDOS). ENERO 12 DE 1840

Por la noche mi amigo el español me dirigió al Museo chinesco, una de las cosas más notables que hay que admirar en Filadelfia y acaso en el mundo. Porque colección más interesante, colección más curiosa de lo que pertenece a esa antigua nación, tan admirable para el que esto escribe, no tengo noticia que se halle en ninguno de los Museos de Europa. Estos objetos preciosos son propiedad de un americano, que vecino por muchos años de Cantón, supo captarse la misma amistad de los chinos y después de ganar en el comercio considerables riquezas, ha dado a sus conciudadanos una prueba de su amor patrio y de su noble empeño por la grandeza norteamericana. Cuanto puede desearse para conocer las manufacturas, las costumbres, las casas que habita ese pueblo misterioso, está allí cuidadosamente recopilado: pinturas bellísimas de sus casas de campo, sus templos, sus ídolos, estatuas de tamaño natural en diferentes situaciones, todo en fin de aquello que es capaz de pedir el viajero más curioso e investigador. Las pinturas principalmente causan tan exacta ilusión que parecen de bulto cosas trazadas con tan diestra mano; a lo menos yo no creía ver la imagen de una habitación de una iglesia, sino la misma casa, el templo mismo. Hubo para mí una cosa muy importante: la perfecta semejanza que encontré en los semblantes de los chinos con el de los indios de mi país: hasta lo de cargar las mujeres sus hijos por la espalda ¡coincidencia

rara! ¿Será acaso esta nación primer origen de esa clase indígena tan envilecida al presente, pero tan grande en los siglos pasados? Nada se sabe sobre estas cosas que el transcurso de los siglos ha borrado tal vez para siempre. Aquellas pequeñas casitas de paja en que un indio disfruta de su paz sepulcral, sin ambición, sin miras de interés, en nada se diferencian de las que actualmente se hallan en lo interior de ese viejísimo pueblo. Aun esa especie de carácter por el que los chinos se han hecho como excomulgados de las otras naciones se parece al genio sombrío y apartado que se advierte en los indios. En sus obras de barro y de paja he encontrado también semejanza: hay un tejido igual al de los *petates* de Yucatán.

(ENERO 14)

Por la tarde visité el edificio en que se firmó el acta de la independencia de esta feliz república; yo no podía disimular la veneración y el respeto de que estaba poseído cuando me encontré en el salón junto a la estatua de Washington; con el sombrero en la mano saludé al héroe que no ha tenido igual en los siglos pasados ni lo tendrá en los venideros. Fui solo, pero un americano que sirve en aquel sitio como de portero, y que está encargado de las llaves, me preguntó si era extranjero, e informado que sí, con muy buenas maneras y con mucha consideración me abrió primeramente la puerta de la sala que yo anhelaba ver... Aquí, decía para mí, se oyó hace sesenta y cuatro años la voz de libertad que ha elevado a este pueblo a un grado de representación y progreso que ninguna otra nación ha conseguido en tan breve espacio; estos lugares con el transcurso de los siglos serán visitados con más ansia que la que hoy se tiene por recorrer los antiguos monumentos de Grecia y de Roma. El poder de los siglos y de las circunstancias parecen obrar con muy notable oposición en ambos continentes: en Europa todo camina al decaimiento, a la muerte; es un anciano que se despide para dejar grandes recuerdos al joven lleno de vigor y lozanía que ha nacido y crece en el nuevo mundo, es el árbol carcomido y seco a la presencia del arbusto

que muestra ya en sus preciosas flores la futura importancia de sus frutos. La estatua de Washington de que he hablado es de hermoso mármol blanco y trabajada en el país, y en su base se ven escritas estas palabras PRIMERO EN LA PAZ, PRIMERO EN LA GUERRA, PRIMERO EN EL CORAZÓN DE SUS CONCIUDADANOS.

El edificio no tiene cosa notable por su arquitectura, y bien es que sea así: la cuna del sistema representativo no debe ostentar el brillo y opulencia del palacio de un rey, y sí la sencillez de la pobre habitación de un buen ciudadano. En seguida me dirigí a una librería pública establecida por Franklin, americano muy digno de los recuerdos de quien no ignora que él *arrebato el rayo al cielo y el cetro a los tiranos. Eripuit caelo fulmen ceptrumque tiranis*. Hay una buena y abundante colección de obras en muchos idiomas, y entre los libros españoles están los de Cervantes, Mariana, Feijóo, Lope de Vega y otros que honran la literatura castellana.

(OTRO FRAGMENTO)

Bien que esta clase de fundaciones a beneficio de la humanidad desgraciada no son escasas en Filadelfia. Hay para esto dos motivos: muchos son los católicos en la población y muchos también los cuáqueros: ambos por su lado y por el bien general han fundado establecimientos de mucho honor para sus promovedores y de grande utilidad para el pueblo. A propósito de cuáqueros referiré la historia de un pequeño templo que aún existe. Tiene esta inscripción: *Iglesia de cuáqueros libres*. Formose una asociación bajo este nombre en la que se admitía lo esencial de la secta, pero no la rigidez de conducta en que sus otros compañeros viven: así es que algunos de ellos fueron a la guerra en tiempo de la revolución, cosa que no haría un cuáquero viejo ni por todo el oro del mundo. Fue, pues, el caso que estos modernos sectarios hicieron por suscripción la pequeña iglesia: reunidos en número de cincuenta pusieron por regla que la congregación no podría jamás aumentarse, y que el último que de ellos viviese fuese el propietario del edificio. Todos se han ido muriendo paso a paso; ahora quedan solos dos, ambos implacables enemigos y los domingos

se juntan indispensablemente en el templo (pues también es una regla que el que no asiste pierde el derecho que a él tiene), se sientan uno frente a otro, sacan sus fósforos, fuman un tabaco y después se retiran. En este edificio hay dos salones: el uno se halla dedicado a una escuela; en el otro pasa la muda escena que se ha referido.

[*El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 199-201].

Libro de memorias [III].

Algunos fragmentos de mis viajes

En el periódico titulado *Museo Yucateco* el primero que en su género se dio a luz en el país, y para el que tuve la satisfacción de contribuir con varios artículos, publiqué algunos, aunque pequeños, sobre mis impresiones en los Estados Unidos, impresiones que conservo grabadas firmemente en mi memoria, y borroneadas en un libro que por mera curiosidad llevo, quizá con la única idea de apuntar noticias estadísticas, más que otros sucesos que siempre ocurren a todo el que viaja, y suelen no carecer de interés. Sin embargo, hay encuentros y especies que no se olvidan, y que como por impulso natural se escriben con un lápiz en la cartera antes de acostarse, a la escasa luz con que se alumbra el cuarto de una mala posada; de ese número es el caso que voy a referir a los lectores, y que hace diez años lo oí de boca del mismo héroe de la historia, que se hizo mi amigo por simpatía, por esa atracción que a veces sienten mutua e instantáneamente dos individuos, y por la cual se unen y estrechan sin saber por qué ni cómo con una amistad sincera y desinteresada.

El día 28 de mayo de 1835, me apeaba de una no muy buena litera que me había conducido de Veracruz para Jalapa. Era la primera vez que la vista del campo producía en mi espíritu una sensación tan profunda como encantadora. Jalapa es un paraíso. El olor de sus variadas y abundantes flores, sus bosquecillos, sus cortas llanadas, sus cerros, sus quebradas; todo es tan pintoresco, tan bello, que cualquier descripción aunque se trazara sobre

tan admirable original, no sería nunca una copia más o menos exacta, sino una parodia de lo que sólo la naturaleza es capaz de producir, y que el entendimiento humano no debe más que contemplar. No deseaba haber nacido allí, pues amo muchísimo mi patria, pero sí suspiraba porque su suelo estéril, pedregoso y su temperatura de fuego no podían convertirse en aquellos fértiles terrenos, y en ese benigno y saludable clima. Todo aquel día lo emplee en recorrer la desigual ciudad con sus calles estrechas o anchas, altas o bajas, pero esta misma desigualdad contribuye a dar más hermosura, más gracia a tan romancesca población. Si a esto se añade que sus habitantes pacíficos, amables, honrados se distinguen por un carácter que se parece al de los yucatecos, y las agraciadas jalapeñas, sobre todo, de una belleza como la de las flores de sus eternos jardines, de una ternura angélica haciendo resonar en el arpa armonías que sólo pueden compararse con la que se escuchan del sinnúmero de pájaros que vienen a habitar a esa perpetua primavera, se tendrá una débil idea de lo que es un día en Jalapa... un minuto de vida... ¡un instante del cielo!

Debía salir al otro día después del almuerzo para Perote. No conocía a mis compañeros de viaje sino hasta que estuve entre la diligencia, carruaje que me pareció mucho más cómodo de lo que es, porque lo comparaba con la molesta litera que me tenía los huesos bien molidos. Éramos ocho: dos franceses, un inglés, un alemán, tres españoles y yo. De los españoles uno era andaluz, y parece inútil decir que con su carácter franco y sus graciosísimos chistes, fue el que hizo generalizarse la conversación entre todos, pues aun los extranjeros sabían castellano, y el alemán, que sin duda era la cara más circunspecta que yo había visto, no podía menos que sonreírse y entrar gustoso en los vivísimos diálogos que promovía el festivo andaluz. La conversación animada saltaba rápidamente de una a otra materia, y para todo tenían un cuento, un chiste nuestro amigo, a quien dejábamos la palabra por cuanto tiempo quería, pues ciertamente admiraba a todos su fecundidad y su gracia en el decir. La fisonomía del alemán, si bien se hacía notar por una noble severidad, que se aumentaba con su calva de media cabeza, y la otra media cubierta de blan-

quísimas canas, hacía un contraste con el extraño personaje que tenía al lado; era el inglés, joven como de veintiséis años, pelo y ojos negros, pálido el rostro, flaco, con largo bigote y crecida barba; si alguna vez aparecía una ligera sonrisa en sus labios, muy pronto un suspiro al parecer comprimido asomaba a disipar la sobra de gozo que había querido bañar tan abatido semblante; su melancolía profunda llegó a llamarme mucho la atención, a interesarme tanto, que me sentí vivamente conmovido, y puse mi plan de entrar en relaciones con él. En la primera posta en que cada uno dejó su asiento para estirar algo los pies, advertí que mi hombre no se apeaba: yo lo hice con el único objeto de que cuando el cochero avisara estar listo, tomase lugar a su lado. Ejecuté mi intención tan perfectamente que nadie advirtió, sin duda, ni mi deseo, ni las miras que llevaba.

Mientras el chistoso andaluz sembraba de sales su amena conversación, yo revolvía en mi mente mil modos de insinuarme con el hombre excéntrico, respecto del que sentía un no sé qué, que no sabré decir si era curiosidad, afecto o compasión. Hay circunstancias en que uno mismo no sabe el origen de sus sensaciones. ¡Tan necio así es el hombre que se ostenta tan orgulloso con su inteligencia!

—¿Es ésta la primera vez que usted viene a la América? —le pregunté.

—Sí, me contestó.

—¿Ha permanecido usted en Veracruz algún tiempo?

—No.

—¿Y en Jalapa?

—Tampoco.

—¿Y ha venido usted directamente de Europa?

—Sí.

—¿No hizo usted escala en las Antillas?

—No.

Semejantes monosílabos no me debían dejar mucho ánimo para seguir un diálogo, que a las claras veíase que mi compañero quería cortar; a pesar de esto me resolví a no hacerle preguntas que por su brevedad exigiesen también breves respuestas.

—Como la navegación va adelantando tanto, le dije, con la benéfica aplicación del vapor a los buques, no hay remedio que las relaciones mercantiles, políticas, literarias, sociales se han de estrechar más y más en ambos mundos; yo supongo que usted traerá algún negocio comercial, para los que abre México un ancho campo.

—No señor, yo no traigo ese objeto.

—Pues bien —le repliqué—, usted será uno de esos viajeros que recorren los países para examinar su historia, sus monumentos y tradiciones, para después ilustrar las ciencias con sus luminosos escritos. Si así fuera, yo siento bastante que usted no se hubiese dignado a visitar a Yucatán, mi patria, en donde hallaría algo que admirar, y gran acopio de materiales para un libro curioso e importante.

—No soy ni anticuario, ni historiador, ni literato, y no tendrían las ciencias que agradecerme nada después que yo visitase las más célebres ciudades o naciones.

Era ésta la respuesta más larga que había salido de boca del joven inglés, y aunque no era tan satisfactoria que me alentase a continuar, sin embargo yo firme en mi propósito, me decidí a importunarlo hasta el último extremo. Cuando pasaba entre nosotros el diálogo que acabo de bosquejar, casi todos se mantenían en silencio; el andaluz que oyó la respuesta que me había dado, y que no le pareció muy cortés, procuró sesgar el tratado, y me cortó al hilo con sus originalidades, que volvieron la risa y el contento a todos. El día convidaba a viajar: el sol se ocultaba frecuentemente entre blancas nubes; soplaban un aire fresco, y el campo verde lleno de flores, esparcía por todas partes sus agradables aromas. Yo me aproveché de un momento en que se intrincaba el diálogo con acaloramiento, y seis de nosotros tomaban parte activa en él: el inglés y yo no hacíamos más que oír y callar.

—Si ninguno de esos motivos —le dije bajando la voz todo lo que pude—, le ha impulsado a usted a venirse para la América, sospecho que por alguna enfermedad que haya padecido, y que se deja aun traslucir en su descolorido semblante los médicos le hayan prevenido viajar, y entonces ¡a la verdad! yo siento que este sea el

motivo, pues sin saber por qué, le añadí dando a mi acento un aire de cariño que no era fingido—, me intereso en la salud de usted como en la de un amigo... ¡es tan dulce tener una amigo...!

—Sí, es cierto —me contestó con más afabilidad, y con cierta reserva—; ¡es muy dulce tener un amigo! pero... ¡es tan difícil, casi imposible hallar uno fiel!

—También es verdad, pero yo juzgo a la amistad como al amor; ambas pasiones son puras y sublimes, y es en vano buscarlas: nacen en el corazón en un instante, y se encuentra uno arrebatado cuando menos lo espera; pero sus arrebatos son tan ardientes, que dejan huellas indelebles en el alma que empieza a vivir; sí, mi amigo, permítame usted que le dé este nombre: el amor y la amistad son el único alimento de la vida.

—Pero cuando este alimento falta, cuando el corazón se encuentra solo, huérfano, y al herir sus cuerdas no hay otras que repitan el eco de sus emociones, entonces valía más no haber sentido nunca ni la gloria del amor, ni el abrigo de la amistad.

—No lo dudo: yo también pienso así, pero no respecto de ambas pasiones; no se ama más que una sola vez; el hueco de un amigo verdadero puede llenarlo otro; lo difícil es, como usted dijo, hallarlo fiel; por eso no se va jamás con intención de buscarlo, se encuentra cuando quizá se piensa menos en ello.

—Pero hay ocasiones en que usted tendrá un hombre a su lado; este hombre será quizá un simple curioso; le fingirá a usted amistad para escarbar sus más hondos secretos, y en su alma no se abrigará ni un sentimiento noble.

—Y hay también ocasiones en que se harán malos juicios de quien no los merezca, y al decírselos los recibirá como una inmerecida ofensa, como un injusto agravio.

La satírica indicación del caballero inglés no exigía otra aclaratoria que la muy terminante respuesta que naturalmente me ocurrió. Nadie nos había escuchado; seguía la charla bulliciosa y aunque después de mis últimas palabras hubo entre los dos un momento de pausa, el melancólico joven que ya no se excusaba de hablar conmigo, volvió a atar el hilo de nuestro tratado moral, diciéndome:

—Yo aseguro a usted que si no ha sido mi intención dirigirme precisamente a usted, a lo menos, como no tengo motivo para juzgar bien de quien no conozco, usted, a quien veo ahora por la primera vez, entiendo que no le asisten fundamentos poderosos para tomar a mal mis palabras.

—Si se las he reprochado a usted ha sido porque he creído únicamente que usted despreciando el título de amigo que yo me atreví a darle, dudaba, como quizá duda todavía, de la buena fe de mis sentimientos.

—Dudé; no sé lo que ahora pienso.

—La franqueza me agrada.

—Nunca oculto mis impresiones.

—Ni yo.

—Pues llamaré a usted también un buen hombre, un buen amigo.

—Como usted guste.

—¿Quiere usted que yo le llame mi amigo?

—Yo lo hice antes, y me parece que no hay prueba mejor de mis vivos deseos.

—Pues, mi amigo, ya usted sabe lo que significa la palabra en toda su extensión.

—Sí, y ambos...

Callado el andaluz, a la algazara y risa habían sustituido el silencio y la circunspección. Nosotros cortamos el diálogo rápidamente, y mi amigo me dijo al oído.

—Tomaremos solos un cuarto en Perote.

—Apruebo el pensamiento, murmuré entre dientes. Y no volvimos a hablar en el camino ni una sola palabra.

No menos pintoresco el campo, que yo admiraba tan a mi placer, me tenía ocupada la imaginación, y vagaba en diversas ideas que ocupaban toda mi alma.

—No nos vendría mal una partidita de ladrones para divertirnos: dijo uno de los españoles, que era el que tenía traza de llevar más dinero, y cuidaba mucho su buen reloj.

—Y por aquí dicen que los hay, y valientes, añadió el circunspecto alemán.

—Pero usted está libre de un ataque —le dijo el andaluz.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque esa cabeza limpia de usted la han de tomar a lo menos por cabeza de fraile; ¡o si le toman a usted por fraile hasta nosotros nos salvamos!

—¿Y será posible que yo parezca fraile?

—Sí, señor, y no como quiera, provincial y bien tratado.

—No piensen ustedes en eso, señores, dijo el cochero que sentado y manejando sus caballos no quiso que pasara una conversación que tanto le interesaba sin que diese su voto; hoy no hay ladrones; se los aseguro.

—¿Y en qué se funda usted, buen hombre? —preguntó el español del reloj.

—En que robaron la diligencia anterior.

—Se parece esta respuesta —añadió prontamente el andaluz—, a la que dio el amo de un caballo a quien preguntaban: ¿patea este su caballo de usted? no, señor —contestó—: acaba de patear.

—No se burle, mi señor —replicó el cochero—, pues ha de saber usted que es práctica de estos salteadores no salir a un mismo lugar a hacer el correspondiente y escrupuloso registro a dos diligencias consecutivas.

Se promovió una viva conversación sobre las diversas maneras de robar, y sobre lo que haríamos si llegaba a presentarse un lance crítico; pero ¿qué habíamos de hacer sin armas y sin voluntad de pelear? entregarnos humildemente. Por fortuna no hubo tropiezo alguno, y a las cuatro de la tarde entrábamos en Perote.

Este pueblo de escasa población y bastante frío, tiene, a pesar de ser tan mezquino, cierta gravedad que tal vez le da su fortaleza, su tropa y su tren y aspecto militar. Como habíamos convenido, tomamos el joven inglés y yo un cuarto en que no había más que dos malísimas camas, y sin esperanza de mejorar, pues la casa en que nos hallábamos era la única que allí había para los pobres y estropeados huéspedes que llegasen a pedir un descanso proporcionado al tamaño de sus molestias. Luego que arreglamos nuestros pocos trastes, echamos llave a la puerta, y

nos salimos prontamente a recorrer el pueblito. Allí nada hay que llame la atención más que la fortaleza: nos dirigimos a ella, y por cierto que después de andar más de lo que pensamos, y cansarnos un poco más de lo que estábamos, nos vimos chasqueados: no nos dejaron entrar. Cuando regresamos, ya nos esperaba la mesa; éramos once; había allí dos diligencias, la que venía de Puebla y la nuestra; aquella sólo había traído tres pasajeros. La comida si no era escasa tampoco pudiera decirse abundante, ni podíamos juzgar si era buena o mala, pues traíamos una hambre, que a fuerza de ser tan grande, nos debían de parecer los platos todos llenos de los manjares más delicados. Mas es preciso en justicia decir que el carnero quedó por voto unánime colocado en la categoría de lo más exquisito que en la mesa se nos había puesto. Se habló sólo de las ocurrencias políticas de México, y la conversación se alargó tanto que estuvimos en la mesa hasta las seis de la tarde que nos levantamos, y cada uno fue tomando la dirección de su cuarto. El joven inglés y yo nos encaminamos al nuestro: él abrió un pequeño baúl que llevaba.

—Aquí tiene usted retratos exactos de sus originales, me dijo dándome unas litografías en cuarto.

Yo conocí por entonces a Soult, a Thiers, a Guizot.

—Esos hombres en unión del actual rey de los franceses, que también es hombre de una inteligencia no común, fueron los autores de una de las revoluciones más notables del siglo; ellos dieron movimiento e impulso al carro que debía arrastrar a un monarca, para colocar a otro: ellos manejaron el látigo para acelerar la carrera de los briosos caballos que lo tiraban, y ellos por último tomaron las riendas, lo pararon instantáneamente; y como por encanto las cosas volvieron a su estado normal, y empezó una era de verdadero progreso para la Francia. Yo hago a usted estos recuerdos, porque testigo ocular de este célebre acontecimiento, y en una posición que por mi edad y relaciones no podía dejar de tomar parte, tuve la gloria de ser uno de los que con algo contribuyeron a la realización de tan gran suceso. Tengo además afecciones por la Francia: mi madre es de esa nación, y no me faltan ni parientes ni amigos en ella.

—Bien; yo me complazco en oír a usted, y nada de lo que diga relación con una persona a quien he llamado amigo puede serme indiferente.

—Luego que la marcha sólida del gobierno no dejaba que temer, solté las armas, y por negocios de familia tuve que pasar a la Suiza por espacio de ocho meses. En este tiempo mi padre había muerto en Londres; mi madre vino a establecerse a París. Los intereses de la casa se encontraron en un arreglo tal que sin trabajó mi madre fincó el capital de ella y mío, únicos herederos, proporcionándonos así una renta segura para vivir con comodidad y decencia en la capital de Francia.

—Y disfrutar de todos los goces que proporciona tan bulliciosa ciudad.

—Yo entonces estaba concluyendo mis estudios de abogado, y en efecto al año de estar allí obtuve el grado necesario para el ejercicio de mi facultad.

—Por aquí íbamos de nuestra conversación cuando ya la noche se nos había metido, y en la oscura alcoba no se veía uno ni los dedos. Salí a pedir al posadero una vela, y nos trajeron un candil que por lo raquítrico no alumbraría mucho, pero a falta de otra mejor luz nos tuvimos que conformar: entonces cerramos nuestra puerta, no para entregarnos a un sueño tranquilo que bien lo necesitaban los molidos huesos, sino para continuar el diálogo que para ambos era más grato que dormir. Los placeres del alma son a veces tan dulces que sirven también hasta de consuelo y de descanso al cuerpo.

—No bien hube concluido mi carrera, cuando presentí París con todos sus encantos, con sus atractivos peligrosos, y yo joven con una imaginación ardiente y un corazón virgen, me arrojé a ese océano sin soñar siquiera en un naufragio. Alegre pasaba mi vida entre condiscípulos y amigos de la infancia, que quizá son los únicos verdaderos, disfrutando de los placeres, sin soñar siquiera en el acibar de las penas que oprimen el alma. Entonces este semblante que ahora ve usted melancólico, desecho, siempre jovial y lozano se mostraba exento de todo linaje de penalidades.

—Yo he creído —le añadí interrumpiéndole—, que la hora del infortunio es como la hora de la muerte: llega sin que se espere.

—Es peor todavía, porque en el mundo, en este mundo de perfidias y de amargas inquietudes, el espíritu goza, cree que goza, de una dicha suma, y dentro de esa dicha se oculta tal vez la más inaudita desgracia; de modo que cuando los sueños de ventura animan, y las esperanzas de gloria recrean, se descubre la falsedad, cae la máscara que nos halagaba, asómase el deforme aspecto de la maldad, clava en nuestro corazón su dardo agudo, y no hay consuelo... la risa y el placer se convierten en llanto y amargura.

Después de expresarse de esta manera mi buen amigo, guardé silencio por un rato, y no dejaba de advertirse la profunda pena que lo agobiaba.

—Si en esta triste vida no hubiera tormentos ¡qué placentero no sería el mundo! —le dije.

—Ya se ve; sin duda está sabiamente dispuesto para sentir menos dolor cuando se nos aproxima la muerte; pero ¡ay, mi amigo! cuánto mejor fuera bajar a la tumba antes de sufrir el cruel azote de la desgracia... París, fue, pues, la cuna de mis esperanzas más bellas y consoladoras, y también fue la mina de mis infortunios. ¿Tendrá usted paciencia para oír de ellos un ligero bosquejo?

—No sólo no me he de molestar en esto, sino que tendré una positiva satisfacción, y ¡ojalá que pueda usted conocer y yo acierte a expresar la viva emoción que producen en mí sus interesantes palabras!

—Hay días en la vida que se señalan con un rastro de luz, como la que muestra la cauda de un hermoso cometa; esos días son clásicos, y yo he tenido el mío: paseaba por los *Campos Elísios*, cuando vi por la vez primera a una interesante joven que... ¡pobre de mí! ¡cuándo voy a expresar lo que sentí! fue una confusión... un anonadamiento... yo no sé... fue amor... pero amor ardiente, volcánico, del que no podía huir, del que no quería huir, era una llama viva a la que me arrojé frenético. Seguí a mi ángel hasta que supe quién era, y no descansé, no viví, sino cuando ya pude entrar en relaciones con su casa.

Fue mi amigo, después de decir esto, a buscar en una pequeña maleta un retrato que me enseñó luego a la mezquina luz que daba la delgada mecha de la candileja.

—Aquí tiene usted a mi Isabel —me dijo—: sus ojos negros, su pelo de un oscuro especial, su gracia natural, divina, su cuerpo esbelto, su candor, su lozanía, su hermoso color de perla, todo formaba un conjunto sorprendente, que mantenía mi espíritu en continuo éxtasis.

Y era verdad, en aquel retrato se notaba la hermosura y gracia de una dama griega, y la circunspección y pudor de una romana.

—Yo podía hablar con ella todos los días —continuó—, y casi nunca me atreví a dirigirlle mis balbucientes palabras; me satisfacía con verla, y el acto de contemplarla era para mí un culto que tributaba a deidad tan merecedora de reverente adoración. Pero usted ha de saber que como en las entrañas de la tierra van juntándose poco a poco los materiales que han de romper una montaña para arrojar fuego, lava y cenizas, así en lo más profundo del corazón humano, cada mirada del objeto que se ama, cada sonrisa, cada palabra van depositando combustible que algún día arde, y todo lo abrasa, y todo lo devora... Yo hice mi confesión de amor... Cuando creía que Isabel la iba a escuchar con el mismo ardor que la sentía yo mismo, la encontré si no indiferente a lo menos fría, sí... muy fría, pero ¡quién me había de decir que su conducta al redoblar mi inquietud, aumentaba la llama que ardía dentro de mi pecho!

—Y que se hubiera apagado quizá, si usted la hubiera encontrado tan apasionada como quería.

—Ni lo diga usted; yo tengo por experiencia propia un testimonio en contra. Convencido, como lo estaba, de que yo no era despreciado por otro, me desesperaba sin saber a qué atribuir la repulsa de mi querida. No me ocurría más que una causa; la suerte de las mujeres es hasta en sus afectos mucho más triste que la de los hombres; si ellas aman a quienes o no las quieren o no lo han advertido, tienen que sufrir que otros vengan a importunarlas, y pasado tiempo admitir tal vez a unos que no les agradan, por no haberse presentado los que ellas quisieran: origen es éste de muchas desgracias.

—Dispense, usted —le dije—, que eso no es cierto, pues las mujeres tienen más modos de insinuarse que los hombres, y sus triunfos son siempre seguros.

—Sin embargo, eso de faltarles la libertad que tenemos nosotros de decir primero lo que sentimos...

—Ellas tienen ojos que chispean, sonrisa que arrebatara y suspiros que hablan... ¡y con un lenguaje más expresivo...!

—Vamos, que yo pensaba que mi querida aunque ostensiblemente no amase a nadie podía estar apasionada de otro. Y de veras que esta idea no dejaba de mortificarme más que lo que pueda decirle y usted figurarse. Pasaron así algunos meses, y ¡cuál fue mi sorpresa cuando advertí que la mujer esquivaba conmigo antes, tornose cariñosa y afable! El cielo me dispensó tan envidiable fortuna. Yo no acertaría a describir a usted la afectuosa correspondencia que se estableció entrambos, correspondencia de amor casto, virtuoso como ella, y ardiente como la luz de sus ojos. Así se pasó un año, un año que voló sin que yo advirtiese si hubo sol por el día y oscuridad por la noche, un año de placeres... un soplo de vida... ¡que me arrastraba a un abismo!

—¿Cómo? ¿Pues y qué más podía usted apetecer que el amor de la persona que le había inspirado pasión tan vehemente?

—Nada más debía apetecer, es verdad, si las cosas se hubieran mantenido siempre en un estado propicio; pero se presentó en la casa otro joven que traía las mismas ideas que yo respecto a mi querida.

—Mas ya en la posición que usted guardaba no había que temerle.

—Así lo creí alucinado al principio, pero el corazón de la mujer es falso, débil y amigo de la novedad.

—Pero ésa que usted asienta como regla general, no deja de tener sus excepciones y...

—Yo hablo de mi caso, permita usted que le interrumpa, aunque también conozco que no dejó de ser raro; yo no quiero cansar a usted con una relación fastidiosa y de interés puramente mío.

—¡Oh! no, señor: yo lo tengo, grande, en escucharlo.

—El nuevo amante, si bien no era mi amigo, me preguntó:

—¿Tiene usted relaciones con esta hermosa señorita?

—Sí, le contesté con franqueza.

—Pues no vengo a otra cosa —me replicó—, que a solicitar su amor: si no lo consigo dejaré a usted el campo, y usted me exigirá una satisfacción; si la obtengo usted se retirará, y yo le pediré la que me parezca conveniente.

—Convenido —le contesté con un semblante circunspecto, pero creo que él no dejaría de translucir cierto aire de triunfo—. La especie no podía disgustarme más: disimulé todo lo que me fue posible, y empezó una lucha de celos, por mi parte, y de finos obsequios por la suya, lucha terrible en que aún de mi sombra me asustaba. Yo no sé: o mi rival tenía más atractivos o mi querida no me amaba, pues el resultado fue la victoria del nuevo pretendiente.

—Pues me sorprende: si ella, como yo creo, no era una coqueta, ya no sé qué nombre darle.

—Y no lo era en efecto: los motivos de su resolución extraordinaria nunca he podido penetrarlos. Ahora que la melancolía ha ocupado en mi alma el lugar que ocupaba el aturdimiento, he pensado varias veces en ello y siempre me he quedado en la misma oscuridad. Cuando ocurrió el suceso, yo no estaba para pensar, ni para ver ni para oír nada: no estaba en el mundo... ¡era un autómatas! De suerte que al recordarme mi contrario nuestro solemne compromiso, se me abrió el cielo.

—Junto a la estatua de Enrique IV mañana a las cinco en punto, me dijo una noche

—Las armas, le pregunté.

—Dos pistolas.

—¿A muerte?

—Sí...

—Antes de la hora estaba yo en el sitio fijado, y no se hizo aguardar mucho tiempo mi adversario. Nos retiramos a un punto solitario, sin padrinos, sin quien nos observara, y a muy pocos pasos nos dispusimos a disparar los tiros... sonaron a la vez y ... ¡oh, Dios mío! todavía lo tengo tan presente como si fuera hoy... el afortunado amante cayó muerto... la bala le había hecho saltar la tapa de los sesos!

—¡Qué horror!

—Mi ánimo quedó sereno: no sé si regocijado... ¡tal era la especial situación de mi espíritu! Al medio día se leía en algunos diarios lo siguiente:

Esta mañana se ha encontrado el cadáver de Mr... al término de una de las calles más apartadas del centro de esta ciudad. La categoría de la persona, el sitio y el género de muerte, todo suministra pruebas de que ha perecido en un desafío. El hecho está envuelto en un misterio. Se están haciendo las más escrupulosas indagaciones para saber lo cierto.

Como la más convincente prueba, mi amigo sacó de su cartera algunos párrafos cortados de diversos periódicos en que se leía esta noticia, poco más o menos en los términos en que va referida.

—Cualquiera que contemple el trágico fin de este suceso —añadió el joven inglés—, ciertamente que no podrá menos que horrorizarse; pero qué quiere usted, yo estaba ciegamente apasionado y no veía lo que hacía.

—Y hay también otro motivo: usted caminaba en el carril de la moda que ha hecho de los desafíos una necesidad de la época, y así se ve que por las bagatelas más insignificantes se van a asesinar dos hombres útiles a la sociedad.

—No carece usted de razón; yo no estaba entonces en situación que me permitiese pensar de este modo; ahora quizá haga reflexiones por este estilo; pero volvamos a mi querida. La impresión que le causó la pérdida de su amante fue extraordinaria; yo no acertaré a pintarla; no sé si abrigó la idea de que yo había sido el perpetrador de tamaño crimen; mas lo que hubo fue que la acompañé en su sentimiento, fingí que la acompañaba, me desesperé con ella, y como nunca pudo averiguarse nada, ella si me tuvo por autor jamás salió de su boca una palabra que me indicase este juicio.

—¡Desgraciada! yo no sé por qué la compadezco.

—Aun más la compadezco yo: luego que se fueron pasando días, y que mi amor esperaba del tiempo el remedio de su amar-

gura, fui perdiendo mis esperanzas de hora en hora, pues ella iba cayendo en un abatimiento tal que la aniquilaba visiblemente. Toda su familia, que interesada por su salud quería sacarla de tan triste estado, hizo los mayores esfuerzos, y todo en vano. Se resolvió que viajara.

—¿Y ella consintió?

—Después de mucho trabajo y con dos condiciones: la una me tocaba muy de cerca.

—¿En pro o en contra?

—No podía ser más adversa. Porque usted figúrese que sin rival, ya me encontraba en la casa en brillante posición, y también creo que la familia pensando que mi amor pudiese distraerla, me prodigaba consideraciones de que mi Isabel no hacía caso; pero vamos a las condiciones. Ella pensó que yo quería ir, y dijo que si era así no se movería de su cuarto.

—Pues es claro que le tenía a usted aversión.

—Que creía borrarle el tiempo... La condición fue admitida, de manera que cuando indiqué a las personas de la familia que iban mis deseos de acompañarlas, me confiaron lo que ella había pedido. No me asombró esto después de tantos desprecios que me había hecho, y la familia también procuró darme esperanzas, y aun me ofrecieron que a su regreso la encontraría tierna y amorosa.

—¿Y cuál fue la otra condición?

—Con sólo reflexionar en ella se conoce el estado que guardaba su espíritu. Como su amante era de las más distinguidas casas de Francia, se le hicieron después de su inesperada muerte exequias magníficas, y su cuerpo fue colocado en un sepulcro que se adornó con la mayor elegancia y lujo, que no por eso le quitaba el aspecto fúnebre que deben tener estos monumentos. Pues bien, este sepulcro era el paseo diario de Isabel.

—¡Cuánto amor! mi amigo, no le perdonó a usted una muerte con la que ha dejado un vacío, según voy viendo, imposible de llenar.

—Se iba enlutada, con los ojos arrasados en lágrimas y guardadas en su seno las flores que iba a colocar, con sus respetuosas oraciones, sobre aquel dichoso sepulcro... sí, dichoso lo llamo por-

que lo envidiaba. ¡Cuántas veces oculto por entre unos árboles que extendían sus elevadas ramas sobre el inmenso panteón la vi venir trémula... arrodillarse... elevar sus ojos al cielo, y a la luz del crepúsculo de la tarde brillar en ellos un rayo de origen divino, que hacía tal impresión como su pálido semblante... ¡su decaimiento corporal con el fuego de su corazón...! ¡Oh, mi amigo! ¡Este recuerdo me mata... no tengo palabras... mi lengua queda embargada, y de mis secos párpados no sale ni una lágrima... pero bien sabe Dios que me oprime, que me ahoga...

Sentados como estábamos junto a una mesa vieja y sucia en que apenas alumbraba el mezquino candil, el melancólico inglés puso su mano cerrada sobre una de sus puntas y en ella apoyó su cabeza por algún tiempo.

—Mi amigo, no he referido a nadie hasta hoy la impresión que me causaba esta escena, tanto porque no he tenido una persona que me hubiese inspirado la confianza que usted, como porque ya usted ve el dolor que me ocasiona hacerlo; pero desde que nos hablamos por la primera vez en la diligencia, si yo contesté a usted de una manera que no debía alentarle mucho para continuar conmigo sus relaciones, juro a usted que no era por falta de simpatía: usted la tuvo tan bien y nos llamamos amigos.

—No he fijado mi atención a sus primeras respuestas, pues la confianza y franqueza con que me ha tratado usted luego compensan los aparentes desprecios que me hizo y que se han borrado enteramente de mi imaginación; más claro que no los recibí como tales, porque cuando dos corazones simpatizan, se dispensan mutuamente ciertas palabras que nada tocan al fondo de sus sensaciones.

—Bien; yo he tocado este punto con doble objeto: he querido satisfacerle por una parte, y por otra distraerme un tanto de la onda pena que me causan las amargas memorias que le iba refiriendo; pero es preciso continuar, y ¡oh, Dios mío, no hemos salido de aquel fúnebre teatro...! ¡Del cementerio!

—Es verdad; acompaño a usted en su dolor, y no quiero privarme de él porque es sublime, porque hay amarguras que son para el alma un balsámico rocío.

Cuando yo decía esto mi amigo no me escuchaba al parecer; los ojos fijos y la mano en la mejilla, vagaba distraído sin comprenderme, quizás sin escucharme. De repente, y como quien despierta de un sueño, me miró, tomó una de mis manos que estrechó entre la suya.

—Si usted la hubiera visto, me dijo, sacar una por una de su seno las flores que se quedaba viéndolas por un rato, les componía sus hojas arrugadas, las besaba cariñosamente e iba colocándolas sobre el sepulcro, si usted la hubiera visto levantar las manos al cielo y exclamar: *Dios mío, Dios mío, ¿hasta cuándo Señor, me concedes la muerte...? ya que no lo veo aquí, deseo unir mi cadáver al suyo y volar a estrecharme con su espíritu en la eternidad...* si usted la hubiera visto levantarse, apoyarse en el brazo de una amiga que le servía de compañera, y volver a cada paso la cara para contemplar aquel sepulcro, si usted la hubiera visto al llegar a la puerta del cementerio, fijar en él una tierna mirada de despedida, estoy cierto de que usted se hubiera enternecido... Esta visita diaria de Isabel a aquel sitio era para mí una verdadera agonía, y sin embargo la esperaba con ansia, y así que ella se apartaba, yo iba con respeto, con veneración, aproximándome al sepulcro, tomaba algunas de aquellas preciosas flores y... ¡las besaba también...! El cielo sabe que hubiera querido conservarlas conmigo, guardarlas sobre mi corazón, pero las ofrendas de los muertos son sagradas y... deben convertirse en polvo como ellos... Cuando ya casi cubierto el cielo en la oscuridad de la noche me retiraba a mi casa, ni siquiera un sueño fatídico venía a posar sobre mis amortecidos ojos: mis continuas vigiliass me consumían.

—¡Triste situación, mi querido amigo, en que se ven dos personas desgraciadas, la una por la causa de la otra, y ambas sin culpa!

—¡Qué delito tenía yo en amarla tanto!

—Ninguno, ni ella lo tenía en adorar al hombre que le había inspirado tan vehemente amor y del que usted le había privado.

—Cómo pudo él haberme quitado la vida: él me desafió y él quedó en el sitio, y ¡cuánto lo he sentido! ¡hubiera querido cambiar con él! aún ahora envidio su suerte.

—Ya lo estoy viendo: el amor de usted hacia ella ha sido tan grande, como el de ella hacia el difunto. Así es el mundo; mire usted la desventura que se puso de por medio, esa mano invisible del destino que sólo se apareció para oprimir a ambos.

—Luego que Isabel, aunque se atenuaba más cada día, vio que los tormentos de su corazón crecían, y cuando ya su familia iba a arrastrarla a un viaje con la esperanza de que restableciese, ella impuso aquella condición, la segunda de que le hablé a usted y aún no le he dicho.

—En efecto.

—Era esta condición la de regresarla al mes a París, pues ella juzgó que cuando mucho sería este el tiempo que acertaría a pasar sin visitar el sepulcro: para esto hizo sacar una copia que llevaba consigo.

—Y con esto la volvería usted a ver pronto.

—Si la familia hubiera accedido a su súplica. Para que se pusiese en marcha le ofrecieron que así sería; pero ya que el tiempo llegó, se propusieron irle engañando con la laudable ambición de distraerla y curarle de su amarga melancolía; pero Isabel cada hora estaba peor, nada le hacía asomar a su labio una sonrisa, no quería comer, no dormía... hasta que un día... ¡amaneció loca!

—¡Infeliz!

—Le llamaron a los médicos más sobresalientes de San Peterburgo, donde a la sazón encontrábanse, y fueron inútiles los remedios, aunque quizá hubiera sanado, hubiera vivido algo más, si la hubieran traído a París y llevado al sepulcro de su amante.

—¿Y por qué no lo hizo su familia?

—¿Acaso pensaba ya en eso?

—¿Y por qué no hacerlo cuanto antes?

—Porque no previeron el triste suceso a que dio lugar la demora.

—¿Qué suceso?

—Que a la desventurada Isabel la hallaron una mañana...

—¿Muerta?

—Envenenada...

Gran rato estuvo mi amigo con la cabeza baja, y nada interrumpía nuestro silencio, profundo como el de la noche. Yo no

quise preguntarle ni perturbar su meditación porque su pena era amarga, y le oprimía sin tener ni aquel dulce consuelo de los que padecen: las lágrimas. De repente alzó la cara aún más descolorido y me dijo:

—He aquí los secretos motivos que me tienen viajando por América... ¡un desafío y un veneno!

Eran las dos de la mañana, y el posadero que más temprano de lo ordinario se había levantado, despertaba a los pasajeros que debían ponerse en camino. Poco tardó en prepararse todo, y así fue que antes de media hora ya había emprendido su marcha la diligencia que nos conducía a Puebla.

Mérida, noviembre 25 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 390-405].

Libro de memorias [IV].
Algunos fragmentos de mis viajes
Visita a la penitenciaría de Filadelfia

—Muy mal hizo usted en no haber traído a mano su capa, pues dentro de poco entiendo que la ha de necesitar con urgencia, me decía un amigo que quedaba junto a mí en el último coche que una máquina de vapor conducía de New York a Filadelfia.

—Pues ahora tengo calor —le contesté—, y creo que no me será preciso recurrir a mi capa, a mi compañera más fiel, porque ha de saber usted que mi capa, además de haberme prestado sus importantes servicios de abrigo, hace ya cinco años que anda conmigo por el mundo, y no son pocos los recuerdos con que está asociada.

—Ahora siente usted calor porque nieva, pero desde anoche a las siete hasta ahora, que son las nueve de la mañana no puede tardar mucho en soplar este maldito viento del norte que ha de convertir esta inmensa sábana blanca que cubre el camino en una cubierta inmensa también, pero de transparente cristal, en la que han de reflejarse los rayos de un sol clarísimo, y cuyo calor no sentiremos.

—Ya sé que después de esta temperatura que se siente cuando nieva, después de este cielo encapotado y oscuro vendrán la helada y la atmósfera serena; pero tiempo tendremos de llegar a Filadelfia, y allí desenvolveré mi capa para cobijarme con ella, y si la pobre no bastase, no faltaría una estufa a qué arrimarse.

—Dios quiera que así sea, y nos dé tiempo de llegar; pero desde esta hora hasta las dos y media de la tarde en que debemos estar

allí, faltan cuatro horas largas, y tenga usted presente que nos hallamos en lo más crudo del invierno: hoy somos nueve de enero, y a la verdad que en este año de 1840, va siendo más frío que cuantos yo he visto aquí, y cuidado que no bajan de seis.

Por los cristales del coche se veía caer la nieve como pequeños capullos de algodón; los árboles estaban sin hojas, negros; no sólo parecían troncos secos, sino quemados y convertidos en carbón. El invierno en los países en que realmente se muestra con todo su rigor, presenta dos escenas que contemplar, ambas magníficas y muy distintas una de otra. Cuando está cayendo la nieve tiene el campo un aspecto sombrío, no hay un solo animal, no hay una pequeña planta, no hay una sola flor, no hay ni un ave. El invierno es como el cementerio de las otras estaciones del año. Mas cuando hiela, la nieve se convierte en un cuerpo sólido y brillante: viene el sol, baña aquel mar de plata bruñida, y en los troncos de los árboles, en los tejados de las casas, se forman mil figuras caprichosas y como entretejidas de las piedras más bellas, y con un brillo que excede, sin duda, al de las ricas joyas que estiman tantos los hombres. ¡Admirable contraste en que la naturaleza ha sabido, de en medio de un desierto de nieve, formar una decoración tan espléndida! Aunque tal vez no faltará algún melancólico observador que no vea en esos campos abrigados sino la luz del sol que alumbra las tristes lágrimas con que los bosques, las llanuras, las casas de los hombres, las ramas en que cantan las aves y los lugares en que descansan otros animales expresan su ardiente sentimiento, y su aun más ardiente deseo de saludar la próxima estación.

—Mis temores van siendo ciertos —me dijo mi buen amigo—; mire usted por allí esa pequeña nubecilla que vuela ligera del norte al sur; pronto aparecerá despejando el cielo... ¿no ve usted ese hermoso color azul que empieza a percibirse por el oriente?

—Ya veo; pero no me parece que tan pronto...

—Pues ya algo empiezo a sentirlo.

—A mí también se me van poniendo frías las manos, pero no es cosa que me moleste.

—Vaya usted sacando sus guantes, y dispóngase a esperar de frente ese aire helado que no se ve venir y se introduce hasta los huesos.

Me apresuré en efecto a cubrirme con mis guantes que eran muy a propósito, pues tenían por fuera piel y por dentro lana; hice más; paré el cuello de mi larga levita de paño burdo, y la abotoné hasta la corbata; a ésta la elevé a los labios, y me encajé la cachucha hasta cubrirme las orejas. Cada uno de los pasajeros fue haciendo poco o más menos lo mismo, y quedamos convertidos en ridículas caricaturas que para hacer reír no tenían precio.

Poco a poco se fue despejando el cielo y aumentándose el frío, de tal suerte que a las doce ya no se veía una sola nube, y el frío era tan intenso que apenas podía sufrirse.

—Vaya, que tendremos que pasar más de dos horas de martirio, me dijo mi amigo.

—Ya nos calentaremos en Filadelfia.

Cuando hiela, mi buen humor queda para conversar; así fue que muy pocas palabras más hablamos, hasta que la dilatada hilera de dieciséis coches llegó a la hermosa ciudad a que nos conducía.

Filadelfia, si bien no tiene el movimiento mercantil que New York, es sin duda la más hermosa ciudad de los Estados Unidos, y acaso de América. La rectitud y anchura de sus calles, sus magníficos edificios, su mármol blanco que en todas las escaleras y en las fachadas de muchas casas y en los edificios públicos, se encuentra siempre limpio, la buena policía, las pintorescas orillas del Delaware y del Schuylkill, los árboles que descuellan en sus plazas y calles; todo forma un conjunto que admira por su perfección y elegancia. Filadelfia es además la ciudad en que se hallan más establecimientos de notoria utilidad e importancia. Sociedades filosóficas, bibliotecas públicas, universidades, academias de bellas artes, hospitales, un excelente arsenal, observatorios, jardín botánico, museos; nada falta para la instrucción del hombre y para su alivio en las penalidades de la vida. Ni debe pasarse en silencio la magnífica obra hidráulica que reparte por medio de tubos el agua a toda la población, obra admirable en que se ve uno

de los depósitos más extensos que se han construido en el mundo para retener el agua y trasladarla a todos los lugares que se quiera por medio de caños. “El estanque y máquina para provisión de aguas de la ciudad en las márgenes del delicioso río Schuylkill —dice nuestro célebre compatriota don Lorenzo de Zavala—, son obras de mucha consideración. Están fabricadas en un lado del río en donde la escena es verdaderamente interesante, y la obra, cuya utilidad ha correspondido a la empresa, es sólida y bella al mismo tiempo. El río tiene en aquella parte cerca de novecientos pies de anchura con veinticinco de profundidad. Se ha formado una presa que lo atraviesa, un dique que conduce gran parte de las aguas al reservatorio y otra a los molinos, que hace mover las ruedas destinadas a hacer subir el agua por medio de bombas a un estanque abierto en una roca elevada sobre el nivel de la ciudad doscientos setenta pies, a distancia de una legua. Once millones de galones de agua se elevan diariamente al receptáculo, de donde no sólo se conduce el agua a las fuentes públicas, y sirve para regar y otros usos comunes, sino que pocas casas en Filadelfia no tienen la ventaja de naves de agua en el piso superior. Esta obra tuvo de costo un millón seiscientos mil pesos, y la compañía percibe un interés a lo menos de doce por ciento al año”.

Luego que vi esta grande obra, y después de haber recorrido la mayor parte de los edificios notables de la ciudad, después de haber visitado con respeto profundo el salón en que se firmó, por ilustres americanos, el acta de la declaración de independencia, el 4 de julio de 1776, después de visitar el asilo de ciegos y algunos otros establecimientos no menos útiles, determiné dirigirme a la Penitenciaría, que tantos deseos tenía de examinar. Lo hice, pues, así al cuarto día de haber llegado a Filadelfia: fui solo, con objeto de permanecer allí cuanto tiempo quisiera, emprendiendo mi marcha en un pequeño carruaje a las nueve y media, y llegando antes de una hora a *Cherry Hill*, que así llaman el sitio en que se fabricó el edificio. Su forma exterior pertenece al estilo gótico, lo que tal vez contribuya a darle un aspecto severo y muy propio del objeto a que está destinado. La parte interior está construida en forma de estrella, de tal suerte

que el director puede vigilar desde la rotunda central las siete galerías de que consta. De éstas hay cuatro largas que tienen dos pisos y ciento treinta y seis calabozos: las tres restantes son más cortas y tienen sólo ciento, de manera que todas pueden contener ochocientos cuarenta y cuatro presos. El encarcelado se ocupa dentro de su celda en hilar, tejer, hacer zapatos y otros trabajos mecánicos. Las habitaciones son bastante cómodas, abovedadas, con piso de madera, con luz suficiente y con un tubo de fierro que las calienta en la cruda estación del invierno. El día en que yo estuve, día de frío terrible, los tales tubos estaban en activo servicio. Cada cuarto tiene una cama alta, un banco, una mesa y alguno que otro mueble necesario; en seguida hay en cada celda un patiecillo a donde el preso puede salir a gozar del aire libre y a saludar al sol. Los sirvientes no entran jamás a las habitaciones, pues aun la comida se suministra por un postigo, sacando el preso la mano y tomándola de un carrito que rodea a lo largo de la galería. Luego que hube examinado lo material del edificio, me dirigí al jefe, que estaba sentado en el medio de aquel círculo junto a una mesa, y frente a él un libro abierto. Después de saludarnos recíprocamente, me dijo con un tono dulce, y en el que se traslucía un alma noble:

—No dejará usted de escribir su nombre en estas páginas.

—Aunque usted no me lo hubiera insinuado, yo lo habría hecho siempre; ahora lo hago con tanto más gusto cuanto que tal propuesta ha nacido antes de usted.

—Siempre invito a los viajeros, y no faltan algunos nombres célebres en este que podremos llamar “el álbum de una cárcel”.

—Aunque el mío es muy oscuro lo escribiré: ¡tal vez llegará un día en que lo lea un amigo y me dedique un recuerdo!

—Puede usted poner no sólo su nombre... alguna reflexión... una máxima... unos versos.

—Añadiré a mi nombre la fecha de hoy y nada más.

—Como usted guste.

La buena cara del director, su deseo de complacer a los curiosos viajeros, la manera cortés con que se expresaba, la madurez de su discurso y la facilidad con que lo amenizaba, su edad

como de unos sesenta años; todo contribuía a que el que tenía el gusto de oírlo quedase satisfecho de su conversación. Hablamos con alguna extensión de varios particulares, en que me impuso de muchas cosas curiosas; mas como mi principal objeto era la penitenciaría hice rodar el diálogo sobre ella.

—¿Cuándo se comenzó esta cárcel?

—Su construcción en el año 1822, y no empezó a recibir presos sino hasta el de 1829.

—¿Y en cuánto se calcula su costo total?

—En quinientos sesenta mil pesos.

—¿Y usted hace cuántos años que se halla aquí?

—Seis.

—Conque tiene usted el tiempo necesario para haber ya observado las ventajas de este sistema de prisiones.

—Entiendo que algo puedo decir, aunque de mi corta capacidad no puede esperarse nada bueno.

—Pues si algún voto considero de peso es el de usted.

—Lo estimo, señor; nada más puedo asegurar a usted, sino que mis observaciones son exactas y mis juicios imparciales.

—Así lo creo, y espero que usted no se eximirá de entrar conmigo en una conversación sobre esta clase de establecimientos, cuya existencia es de tan vasta importancia en las sociedades bien constituidas.

—No sólo no he de eximirme de dar a usted cuantas noticias me pida, sino que lo haré con particular satisfacción.

—Bien; yo se lo estimo muy mucho.

—Empezaré por decir a usted que ésta quizá es la única casa en que se observa la disciplina penitenciaría en toda su pureza.

—¿En qué consiste la esencia de esta disciplina?

—En que cada preso durante el tiempo de su condena permanece aislado y sin comunicación alguna.

—Entiendo que esto trae sus desventajas.

—Es verdad que no faltan.

—El primer inconveniente que salta a la vista es el del enorme capital que hay que invertir para dar a los cuartos y patios la extensión necesaria para la comodidad del prisionero.

—Es cierto.

—El segundo, es que entiendo que está probado que no pueden estos establecimientos sostenerse con sólo sus productos.

—Sobre eso hay mucho que hablar, porque en las manufacturas se pierde y se gana, y el equilibrio se sostiene; desde que estoy aquí no he visto inclinar la balanza por el peor lado.

—La tercera dificultad es la de poder mantener esa completa incomunicación.

—En efecto que eso es casi imposible, pero en fin se procura, y se ponen los medios más seguros.

—Hay también el invencible tropiezo de no poder introducir un buen sistema moral y religioso.

—Ésa es la razón que yo tengo por demás fuerza, pues con ese aislamiento perpetuo hay que dejar al delincuente solo con la voz de su conciencia, y ya se sabe que no basta muchas veces ella sola para encaminar al hombre.

—Por otra parte, este encerramiento de meses y años, de día y de noche, puede llegar a ser nocivo así al cuerpo como al alma.

—Las dificultades que usted ha presentado las considero verdaderas pero fáciles de allanar, y quitado se verá limpio, ancho y recto uno de los caminos que conduce indudablemente a la más noble de las mejoras.

—Tan convencido estoy de esto, que aun juzgo que tan pequeños tropiezos se ven hoy allanados. No sé si habrá oído usted hablar de la penitenciaría de Sing Sing en el estado de New York.

—Sí, pero no de los pormenores de su régimen interior.

—Pues a eso voy; allí creo que el sistema produce todos los bienes que de él deben esperarse.

—Desearía que usted me hiciera una breve descripción de esa cárcel.

—Con muchísimo gusto. Se observan en ella las mismas reglas del silencio y el trabajo, con la diferencia, y a la verdad que es grande, de que éste se practica en reunión y no separadamente como aquí.

—No sé entonces, si los presos se juntan, cómo puede guardarse ese silencio tan necesario, tan indispensable para beneficio de ellos mismos.

—En efecto es admirable, pero no hay ya que dudar sobre un hecho suficientemente probado.

—Ya se ve; es mucho lo que pueden en los hombres la disciplina.

—A no otra causa debe atribuirse el orden que en la casa reina. Ésta es un gran edificio también, que contiene mil celdas en cinco pisos, y en cada una hay una ventanilla para la comunicación del aire y de la luz. En una galería central se ven colocadas las estufas, que por medio de tubos comunican su calor a las habitaciones. Las puertas de los cuartos se cierran de un golpe con una barra de fierro que corre sobre los marcos, y con la que se cierran veinticinco a la vez, con sólo dar un movimiento a la palanca del extremo. A toque de campana se forman dentro de un gran patio en secciones diferentes, vigiladas cada una por un solo hombre; así van a sus diversos trabajos, a comer, etcétera. Caminan en hileras estrechamente unidos pecho con espalda. Los prisioneros se miran repartidos en las canteras, en aserrar mármol, en trabajos de carpintería, cerrajería, etcétera.

—¿Y quiénes los cuidan y dirigen?

—Los empleados del establecimiento por lo que toca guardar el orden, y los contratistas que compran sus manufacturas por lo que respecta a la dirección y enseñanza.

—Todo me parece muy bueno, según usted me lo va explicando; más yo no acierto a concebir cómo uniéndose los presos, conserven ese silencio que se previene y es tan preciso.

—Pues indudablemente así sucede; sus deberes están reducidos a estos tres preceptos: *aplicación al trabajo, obediencia a las órdenes, silencio perpetuo*.

—Pero ¿no se ha intentado alguna conspiración contra sus celadores? porque sorprende que cerca de mil hombres los sujeten media docena de guardas, que nada valdrían contra el más pequeño movimiento de tantos enemigos.

—El proyecto de una conspiración en establecimientos semejantes, aunque parece muy fácil, es de imposible ejecución, y lo prueba el no haberse siquiera intentado. No dejará alguno de pensar en ello, y así debe explicarse una u otra fuga que se ha

verificado; pero ¿cómo ha de combinarse un movimiento simultáneo entre personas que se ven y no se hablan, y una no conoce ni el carácter ni las inclinaciones de la otra? Y el trabajo bien distribuido, ¿acaso no es un freno eficaz contra las más depravadas intenciones y mucho más si de él se espera proporcionada recompensa? Pero más que todo, la instrucción que reciben ¿le parece a usted que debe influir poco en su conducta?

—Es verdad; me parecen sólidas esas observaciones.

—Los domingos el capellán da una escuela a los que no saben leer ni escribir, y es en vano recomendar la notoria utilidad de esta medida. La instrucción religiosa consiste en hacerles aprender todos los días un versículo de la Biblia, y el domingo tomar por asunto del sermón los aprendidos en toda la semana. Ya usted sabe cuánto influyen en el espíritu humano las ideas religiosas: sin ellas la moral es una quimera, y la sociedad lejos de ser como debe procurarse un recurso, un apoyo, un asilo de muchos bienes, se convertiría en el oscuro recinto de los más espantosos males.

—No hay duda; yo quedo convencido de que las reformas de que usted me ha hablado son justísimas, son las necesarias para la perfección del sistema.

—A mi juicio, éste no consiste más que en las tres siguientes bases: *silencio inviolable, trabajo en común y aislamiento durante la noche.*

El director y yo comparamos enseguida el resultado de los trabajos en común, como se practican en Sing Sing, por datos que tenía apuntados en mi cartera, con los que aparecían del trabajo aislado, como era el que se veía en la penitenciaría que estaba a su cargo, y notamos una considerable diferencia en pro del primer método; y así debía creerse, pues el que en la soledad tiene que consagrar algunas horas a una ocupación que lo distraerá ciertamente de otras penalidades, pero que no disipará el tedio de su espíritu, no se encuentra en la misma posición del que en medio de sus compañeros, en lugares espaciosos, con directores hábiles, se dedica a trabajos más complicados y minuciosos, pero más variados también, y que cambian enteramente sus impresio-

nes. De día sin poder pensar más que en el ramo de industria a que se haya aplicado; de noche entregado a sus meditaciones solo en una celda. ¡Qué gran número de ideas no asaltarían su mente! En el silencio es en donde más ensancha la voz de la conciencia, y ésta habla con más energía cuando por los principios de moral que se inculcan, y por los actos de virtud que se miran, empieza el hombre a conocer las obligaciones sociales que tiene que llenar, obligaciones no menos importantes para los demás que para él mismo.

—El método de esta casa tiene también razones en qué apoyarse; usted me ha puesto a la vista las ventajas de las de Sing Sing, ventajas que yo mismo confieso; usted ha probado inconvenientes que ésta que yo tengo a mi cargo presenta, y me permitirá usted que diga algo en su defensa.

—Con muchísimo gusto.

—En primer lugar, la soledad impide la corrupción que se adquiere con el trato de los otros hombres, y se puede asegurar que si el prisionero no se reforma, a lo menos no saldrá más vicioso.

—Eso es cierto.

—También lo es, en segundo lugar, que el solitario confinamiento estrecha mejor que cualquiera otro recurso, a la sublime meditación, y obra como un remedio eficaz sin tener nada de esa dureza que agobia y degrada a la miserable humanidad.

—En eso no estamos conformes, pues juzgo que se les degrada menos dejándolos trabajar por compañías, y procurando su vocación moral y religiosa con empeño.

—La mayor ventaja, por último del método adoptado aquí, entiendo que es la de que el preso cuando sale no encuentra quien le eche en cara su conducta anterior y divulga el castigo que por ella ha sufrido.

—Un preso no puede hablar de otro, porque se expondría a una represalia que lo confundiría. Además, cuando salen verdaderamente reformados, que es casi siempre, según los informes que he recogido, no tienen embarazo en contar lo que fueron, que al hombre no le espantan sus vicios cuando ha podido vencerlos con el firme propósito de no reincidir en ellos.

—No hay duda.

—Con que si no tiene usted más qué alegar en defensa del establecimiento que dirige, preciso será que confiese que la fuerza de mis observaciones es sólida y convincente.

—Ya antes lo había dicho; ni he querido más que exponer las causas en que sus defensores se apoyan.

Me pareció que había importunado bastante a un hombre que tenía a su cargo la dirección y principal vigilancia de una cárcel, en que a la sazón se contaban doscientos prisioneros, por cuyo motivo le dije:

—Aunque con mucho sentimiento, voy a dejar a usted para regresarme, y espero que se sirva dispensar lo que le haya molestado sabiendo las graves obligaciones a que tiene que atender; pero ya usted sabe que la curiosidad de los extranjeros se aprovecha, cuando encuentra un hombre de buen carácter que se presta a satisfacerla.

—No me he molestado en nada, y si usted quiere quedarse hoy a comer conmigo...

—Mil gracias.

—Verá usted el modo de distribuir la comida a los aposentos.

—Me aguarda un amigo, y siento no poder quedarme hoy.

—Pero vendrá usted algún otro día.

—Por falta de deseo no dejaré de hacerlo.

Otros muchos cumplimientos, pero francos y sinceros, se ofrecieron entre el buen director y yo. Por fin me despedí muy contento de mi visita, y como resultado de ella he añadido estas pocas páginas a mi libro de memorias.

Al copiarlas para imprimir en este periódico, he creído conveniente hacer algunas observaciones sobre el estado de nuestras cárceles, pues esta materia no es de tan poca importancia, que no merezca llamar muy cuidadosamente la atención de los gobiernos. Dígalo si no el de la culta Francia, que dio comisión de pasar los Estados Unidos al célebre autor de la *Democracia en América*, monsieur Tocqueville, con el exclusivo objeto de observar las penitenciarías, y adoptar, como en efecto adoptó, el método que en ella se establece, y sobre el que escribió ese distin-

guido viajero una obra no menos útil que curiosa. Aun sin ella nadie dejaría de conocer que la civilización, que tan aventajados pasos que está dando por todas direcciones, no permitiría sepultar al miserable preso en el abandono, en las cavernas oscuras y hediondas en que se le enterraba en Europa en el siglo xvi: la civilización tenía que llenar ese vacío, ese deber sagrado, y reparar el delito que se había cometido en insultar y vilipendiar a la humanidad de la manera más cruel. Si el sistema penitenciario ha llenado, como se pensaba, las altas miras que en tan grande negocio debían proponerse, no es ya objeto de duda, pues un plan que trae consigo mejorar la condición moral del hombre, y proporcionarle un medio seguro de vivir, es la única medicina para curar de raíz el mal.

Dije que he creído oportuno hacer algunas observaciones sobre nuestras cárceles; y me parece que refiriéndome a la que existe en esta capital, poco más o menos puede decirse lo mismo de todas las que hay en el departamento. Más antes podría preguntarse si sería posible adoptar entre nosotros el método de penitenciarias, y yo creo que no hay obstáculo para decir que sí. Cuando se imitan las reformas de un pueblo, sus pasos en obsequio de la ilustración, es necesario tener a la vista las circunstancias del país a que quiere trasladarse la mejor reforma. La servil imitación siempre ha sido no sólo infructuosa sino también perjudicial. Ese mismo sistema penitenciario, tan perfecto en su esencia, ha sufrido sus alteraciones en el modo de aplicarlo; y ni en Francia ni en Inglaterra es enteramente igual al de los Estados Unidos. Si queremos levantar un soberbio edificio que cueste medio millón de pesos y pueda recibir mil prisioneros, si queremos tratar a nuestros indios como a los hombres, distintos en ideas y carácter, que en esas grandes casas se encuentran, es claro que haríamos un desatino con que lejos de conseguir los bienes que iríamos a buscar, no se demostraría más que un necio orgullo. Pero si tomamos todo lo aplicable, y procuramos que la condición moral de los presos se mejore, que se les eduque, que se les enseñe un arte u oficio con que puedan subsistir después que salgan de su prisión, y con el que se obtengan mientras

estén en ella alguna ventaja para los fondos del establecimiento, la medida además de ser económica no tiene nada de difícil su ejecución. Al contrario; no parece sino que habría una manera de subvenir a los gastos de las cárceles, si no en su totalidad a lo menos en gran parte; y los fondos de los ayuntamientos ahorrarían mucho de lo que hoy invierten y que podría emplearse en otros objetos de utilidad y de ornato.

Entremos hoy en nuestra cárcel, y encontraremos una casa malísimamente distribuida, en que todos los delincentes están juntos, hablan, rien y no se ocupan en trabajos metódicos, y algunos no hacen nada. ¿Pero que hay que extrañar cuando es una cárcel sin reglamento?, y cuan funesta sea su falta, cuan funesto carecer de un medio bien dirigido, lo prueba el hecho escandaloso de haber salido de ella los que meditaron y llevaron al cabo el asesinato de uno de nuestros más apreciables sacerdotes. De poco tiempo a esta parte se ha comenzado a dedicar a la composición de calles a una porción de los condenados a cierto número de años de presidio, y esta medida laudable, debida a la laboriosidad y empeño de nuestros anteriores y amables concejales, es menos mala que la inacción en que se les veía antes, pero no es todo lo que se necesita, porque el trabajo en las calles proporciona distracciones, y ya el preso no sólo se comunica con sus compañeros sino con cuantos quiera, pues la vigilancia no se hace consistir aquí en otra cosa sino en que no se huya el sentenciado. Cumplirá su condena, saldrá sin haber aprendido nada útil, y aun no sería extraño que hubiese adquirido otras semillas que son más fáciles de abrigar que las de la virtud; y nuestras cárceles, es preciso que lo digamos con dolor, son escuelas de muchos vicios, cuando debían serlo de corrección y de moral. Noventa y nueve hombres hay actualmente entre encausados y sentenciados; el ayuntamiento tiene que gastar doscientos pesos cada mes para mantenerlos, tiene que pagar un alcalde que gana treinta pesos mensuales, tiene que hacerles un vestuario cada año, y no saca de ellos ningún lucro. Porque aún no hay que muchos se ocupan en la construcción del nuevo presidio que se está levantando en la ciudadela de San Benito, todavía

esto no compensa el numerario que se invierte en su manutención. Preciso es, sin embargo decir que el edificio que se está hoy construyendo tiene considerables mejoras respecto del antiguo, y debe asegurarse que si no es enteramente lo más perfecto, es lo que por ahora puede exigirse. La dirección, debida a los sólidos conocimientos del señor don Fulgencio Llorens, nada deja que desear: él ha sabido imitar el aspecto de los grandes palacios de nuestras ruinas, sin dejar de combinar el buen gusto que, como en todas las artes, reina también en la arquitectura; hay la necesaria separación en las piezas que han de ocupar los incomunicados, detenidos y sentenciados; hay la necesaria seguridad para evitar la fuga; hay la comodidad indispensable; y hay en fin los elementos para mantener siempre aseado el local; hay buenos y espaciosos patios; hay un excelente estanque para baños; hay por último todo lo necesario; y aunque hoy no se puede formar idea completa de una obra que aún no está concluida, debe asegurarse que ella llenará su objeto, ni debe creerse otra cosa de los conocimientos del hábil ingeniero que la dirige.

Pero si la cárcel se mejora en lo material, si debe elogiarse el afán con que nuestro actual cuerpo municipal, y el anterior, se han desvelado por cumplir con las graves obligaciones de su encargo ¿podrá esperarse que la condición moral de los presos se atienda y alivie, como lo pide imperiosamente el curso de la moderna civilización? No vacilo en afirmar que se pensará en ello, y aun se darán los pasos oportunos para llegar al fin indicado. Con la mira de manifestar que no es tan difícil su realización voy a trazar algunas cortas ideas, que si se toman en consideración por quien corresponde, mis deseos quedarán plenamente satisfechos.

Uno de los muchos beneficios que ha producido el plan de dar ocupación a los encarcelados, como queda dicho, es no sólo de proporcionarles un recurso para vivir después de su salida, sino el de que el establecimiento, enajenando sus manufacturas, se proporcione una renta que ayuda si no es que no basta para sostenerlos. Un honrado maestro artesano a quien se le dé *gratis* un local para poner sus talleres, con la única condición de que

haga en él su aprendizaje cierto número de presos, no me parece que sería difícil hallarle. Así veríamos en las piezas interiores del antiguo convento, ponerse escuelas de carpintería, zapatería, cerrajería, curtiduría, y aun podría añadirse la albañilería y alguna otra. Que no es difícil hacer esto, y que haciéndolo se obtienen ventajas reales, me parece que son unas verdades tan de bulto, que no necesitan más que indicarse para que ninguno las sujete a dudas. Hay cosas que para ponerlas en planta no se requiere más que buen deseo; con él se vencen las primeras dificultades, y se anda después por la más espaciosa senda. Podría disponerse, por ejemplo, dividir por secciones de cierto número, según un cálculo minucioso que se hiciera de los presos que poco más o menos existen siempre, y dedicar a cada fracción a un oficio, reservar una para el cuidado de las calles, dedicar otra al ramo de cantería, y con esto nuestra Alameda se vería enlozada y quizás después las plazas y calles.

Se podría por fin plantar cuantas reformas se juzgaran convenientes, atendidas las circunstancias del país, el carácter de los presos, consultando a las mayores economías, y caminando con asiduidad al grande objeto que debe tenerse a la vista. Vamos ahora a la mejora moral. Hay en toda cárcel un hombre que es para el establecimiento de la mayor importancia: el capellán. Éste debe tener a su cargo no sólo la obligación de decirles una misa los domingos y días de fiesta, sino también la de predicarles con frecuencia. Pero no sólo en el púlpito debe establecer su escuela moral; la religión cristiana ordena que la instrucción se multiplique, y ninguno, más que sus ministros, tiene más inmediatamente el deber de hacerlo. ¿Por qué el capellán de una cárcel no ha de dar una escuela dominical, en la que se enseñe a leer, a escribir, y que entre estos mismos principios vaya sembrando poco a poco las semillas de la virtud? ¿por qué no ha de ser un sacerdote filósofo, que estudiando el corazón del hombre conozca sus inclinaciones y sepa dirigir las? Pónganse, pues, estos elementos en marcha, y habremos dado un paso seguro.

Las horas de ocupación, el método, la instrucción moral y religiosa de los presos, número y sueldo de los empleados, sistema de

cuenta y razón, vestuarios y demás puntos, economía y disciplina, se fijarian en los reglamentos que son tan urgentes y de que carecen nuestras cárceles, a lo menos la de esta capital.

Al hacer estas indicaciones no ha sido mi ánimo atacar a los cuerpos municipales; yo creo que éstos tienen la obligación de vigilar a los presidios, pero sólo a los gobiernos toca su construcción y sus adelantos. “La mejora de las costumbres —decía a este propósito mi amigo el señor Cumplido—, la corrección de los pervertidos, el inspirar el amor al trabajo, la enseñanza de los que quizá sólo delinquen porque ignoran lo que deben a la sociedad y un arte para procurarse los medios de vivir son ciertamente objetos de la administración general, y tanto o más obligatorios que cualesquiera otros”. Convencido de la evidencia de este juicio, el congreso de la nación expidió con fecha del 27 de enero de 1840 el decreto que hoy debe estar vigente entre nosotros, y está concedido en los términos siguientes:

Art. 1°. Las cárceles se dispondrán de manera que haya los departamentos necesarios para incomunicados, detenidos y sentenciados, y en general *para que todos* se ocupen en algún arte u oficio, que a la vez les produzca lo necesario para subsistir, y que inspirándoles el amor al trabajo, los aleje de la ociosidad y de los vicios. Al efecto, el gobierno hará que se formen desde luego los diseños y presupuestos correspondientes, y los pasará al congreso para su examen y aprobación.

Art. 2°. En los departamentos que carezcan de fondos para disponer sus cárceles conforme al artículo precedente, las juntas departamentales propondrán los arbitrios que estimen bastantes para llenar el objeto.

Quisiera aún extender con más minuciosidad los puntos que apenas he tocado ligeramente, pero ni esto puede hacerse agitado por la violencia con que se escribe un artículo de periódico, ni ha sido mi idea otra que la de remover un asunto que no debe dejarse en olvido. Las personas a quienes está encomendado tratarlo tienen los conocimientos necesarios para juzgar sobre la bondad de un sistema que abrazando mejoras tan positivas,

marcha de acuerdo con la moderna civilización: esas mismas personas, examinando nuestra posición y circunstancias, sabrán lo que convenga para no dejar desatendidas éstas, ni alejarnos mucho de los principios que se apoya la noble institución que ha hermanado con la comodidad del prisionero, el amor al trabajo y su instrucción moral y religiosa.

Mérida, diciembre 23 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 446-460].

POESÍA

A un árbol en invierno

Mirad el árbol, cuya sombra amena
era un abrigo en el ardiente estío,
ya no brilla en sus hojas el rocío,
ni el aura viene a consolar su pena.

Pero ¡cuán bello está! La blanca nieve
baja a cubrir su descarnada vida:
tal la inocencia en el dolor sumida
más preciosa se muestra, más conmueve.

En las mañanas del abril sereno
con orgullo vivífico se alzaba,
cuando el brillante sol le despertaba
bañando con su luz su hojoso seno.

Tú eras entonces la feliz morada
de alegres pajarillos, tú su anhelo.
ora mustio, infeliz, te abrumba el hielo
como angustias al alma desgraciada.

Tus bellas flores de precioso aroma
marchítanse entre cándidas espumas;
baja la nieve sobre ti cual plumas
que en su vuelo esparció blanca paloma.

Cambiará empero la estación,
seguro elevarás la frente vencedora,
¿y al acerbo dolor que me devora,
no vendrá la estación de un placer puro?

[*El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 2. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 369].

A un suspiro

Del alma ¡oh suspiro mío!
sales como nunca triste...
vuelve a decirme si heriste
al ángel de mi albedrío.

Hijo de mi amor profundo,
tierno suspiro, ¡mi pena
a vagar, ay, te condena,
como huérfano en el mundo!

¡Vagar! a la amada mía,
el pecho ardiente te arroja:
hazle sentir mi congoja
aunque te desprecie impía.

Dile que aquí en mi dolor,
levanto la vista al cielo,
implorando por consuelo
la sonrisa de su amor.

Dile que sólo con ella
podré vivir, que mi canto
es el más lúgubre llanto,
es la más triste querella.

Dile, dile que a mi ver
de sus ojos la luz pura,

esperanza es de ventura,
inagotable placer.

Dile, suspiro, a mi bien
que yo te mandé a su lado,
que por mí la has halagado...
mas no te detengas, ven.

Ven a consolarme, si,
dime que a su alma llegaste,
y que también le arrancaste
algún recuerdo de mí.

Marzo de 1841

[*El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 116. Publicado posteriormente en *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 444].

A mi hijo

Es el corazón del niño
un encanto, y su sonrisa
es suave como la brisa,
que mece la tierna flor.

Aprende el grato cariño
en los acentos del padre,
y en los brazos de su madre
las dulzuras del amor.

No sabe de las pasiones
el inextinguible fuego,
ni agita el desasosiego
su candoroso vivir.

¡Niño feliz! Las lecciones
del engaño vil, perjuo,
las recogerás, seguro,
en tu incierto porvenir.

Ignoras, ¡hijo del alma!,
los necios vicios del mundo,
y en su piélago profundo
no debes aún navegar.

Mas cuando pierdas la calma
de esa tu inocencia pura,
entrarás con amargura
en tan tormentoso mar.

Y oirás, cual ronco trueno,
la voz de ese océano,
que con su poder tirano
amenaza sin cesar.

Entonces, de angustia lleno,
sin paz, ni placer, ni vida,
sentirás tu alma afligida,
por la niñez suspirar.

Mérida 2 de enero de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 9].

A la Luna

Luna hermosa, tierna amiga,
que con tu luz suave, pura,
lloras con amargura,
y ríes con el placer:

¡Qué de veces a mi pecho
es a tu luz apacible,
ha tornado bonancible
la nube del padecer!

Tú, mi dulce compañera,
tienes en el mar un templo:
absorto vi allí el ejemplo
de tu amena claridad.

Allí, llenando el océano,
tu bello manto de plata,
en su seno se retrata,
tu apacible inmensidad.

Que es la Luna
para el navegante un dios;
y cuya vista oportuna
aleja la horrible voz
del huracán.

En las olas
ríela pura, clara, bella;
y el marinero, a sus solas,

si la mira brillar, ella,
calma su afán.

También eres, luna amiga,
el ansiado refrigerio
del que, con tu luz, mitiga
las penas del cautiverio,
a que la suerte le obliga.

Que tu vista en la prisión,
alegre la torna luego,
y por calmar su pasión
concede a su tierno ruego
inspiradora canción.

También eres
al amante,
semejante
a su amor.

Y en ti alivian,
cuando ausente,
mutuamente
su dolor.

Tú iluminas
a su pecho,
ya deshecho
de penar;
y te vienes,
con presura,
su amargura
a consolar.

Eres, luna, un ángel bello,
que habla sin cesar al hombre
idioma del mismo nombre,
de su propia situación;

porque tu luz penetrante
la arrebatas en el cielo,
para internarla luego,
en su pobre corazón.

Astro de paz, te saludo;
que tú la virtud alientas,
al oculto vicio afrentas,
y él aborrece tu luz;
 pero firme le persigues,
te mira siempre delante,
y descubres su semblante
envuelto en negro capuz.

Compañera de la noche,
de la ciudad, del desierto,
del mar sin fondo, de puerto,
del bien y de la maldad;
 sin ti ¿qué sería del mundo?
¡miseró él! ¡Iría seguro
a hundirse en el seno oscuro
de la horrible tempestad!

Mas ¡oh luna! Nunca ostenta
más grata melancolía,
más amor, más armonía,
tu luz pura, celestial;
 que cuando brilla tranquila,
tierna, bella, sin testigo,
sobre el verdadero abrigo
de la loza sepulcral.

Mérida, enero 19 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 61-62].

La noche

Cubres con tu sombra, noche,
inspiraciones profundas:
el alma del vate inundas
en el placer o el dolor.

Goza tu silencio grave
poder sumo en este suelo;
y ocultas, bajo tu velo,
la majestad del Señor.

¡Si pudiera a tus encantos
arrebatar venturoso
el acento majestoso
de su elevada expresión!

¡Oh noche! Yo cantarí
tus secretos, tu hermosura,
y la tan dulce ternura
que infundes al corazón.

Noche clara, tú que ostentas
las estrellas a millares,
y sabes de mis pesares
la dura pena endulzar:

tú, cara amiga, recoge
el hondo, tierno suspiro,
que, ¡ay de mí!, cuando te miro
suele mi pecho exhalar.

Tú llevas el grato sueño
a los ojos que lloraron,
y a los hombres que pecaron
el remordimiento atroz.

Bálsamo del afligido,
acíbar para el malvado;
¿hasta dónde no ha llegado
el imperio de tu voz?

Tú velas junto del lecho
de la huérfana afligida,
y le conservas la vida
a su preciosa virtud.

En tu seno reclinada,
medita profundamente,
que antes de manchar su frente
preferirá el ataúd.

Tú, amiga noche, recorres
la vasta extensión del mundo,
y llevas al moribundo
a su inesperado fin.

Tú le aduermes blandamente
para despertarle luego;
o en los tormentos del fuego,
o en delicioso jardín.

Hay un misterio sublime,
preciosa noche, en tu seno:
hay en tu aspecto sereno
la frescura del abril:

hay espíritus que vagan
con tu sordo y manso ruido:
hay un ángel escondido
entre tus bellezas mil.

Ese ángel que reina y vuela,
en tu silencio constante,
es quien muestra su semblante
o de gozo, o de terror:

 él enciende las estrellas,
cuando el cielo está sereno:
él forja el rayo y el trueno,
en esa noche de horror.

Eres tú, ¡noche!, radiante,
bella, misteriosa, pura,
y haces gozar con ternura
la armonía de tu voz:

 eres noble mensajera
de su alto trono de gloria:
eres la grata memoria
de las obras de mi Dios;

que su poderosa mano
en ti se encuentra grabada,
y su espléndida morada
por ti trasluce el mortal;

 pues en la noche serena
lo que vemos no es el cielo:
es el reverso del suelo
de su palacio real.

Mérida, febrero 5 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 115-116].

La plegaria del dolor

Sublime, pura, divina,
hija preciosa del Cielo,
bella antorcha de consuelo,
mina de gloria y amor:

 faro de grata esperanza,
hermosa como la aurora,
es para el alma que llora
la plegaria del dolor.

Como música armoniosa,
como la ligera nube,
como el incienso que sube
hasta el trono del Señor:

 como a la joven adorna
la lágrima en su semblante;
así en todo es semejante
la plegaria del dolor.

Penosa la humana vida,
navega en mar borrascoso,
y en su seno proceloso,
todo infunde negro horror:

 aquí una roca, allí un cayo,
todo es peligro y es muerte,
y sólo alivia esta suerte
la plegaria del dolor.

Mirad al niño inocente,
que dichoso no ha escuchado
el eco disimulado
de este mundo engañador;
 crece: su espíritu luego
presagia males sin cuento,
y desde entonces su acento
es plegaria de dolor.

Gemidos tristes exhalan
el hombre, el bruto y el ave,
y todo cuando aquí cabe
en la mano del Creador;
 pero hay un refugio cierto
para el hombre sin consuelo:
dirigir humilde al Cielo
la plegaria del dolor.

Cuando en la noche se vaga
en el campo, en el desierto:
cuando está solo en el puerto
el hombre contemplador;
 se para... escucha admirado;
la naturaleza gime,
y su gemido sublime
es plegaria de dolor.

Mérida, febrero 22 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 159-160].

¡Castillo y convento!

*Tras esas murallas,
de antiguo castillo,
albergose el brillo
del tren militar.*

*Tras esas murallas,
se oyó majestoso,
al fiel religioso
cántico entonar.*

Época funesta,
bárbara, traidora,
época que llora
lágrimas de horror;
 ésa en que la patria,
antes ignorada,
viose dominada,
por crudo terror.

Pero época bella,
que trajo consigo
el divino abrigo
de un Dios eternal;
 y que al indio idólatra
enseñole luego
a no dar al fuego,
ente racional,
época ominosa
de lucha inhumana,

en que alzose ufana
la voz del ardid.

Hora en que el tirano,
en la patria bella
plantara su huella
con sangrienta lid.

Mas benigno el Cielo
le miró indignado,
y al pobre humillado,
bien les concedió.

Mostrole la senda
de virtud radiante,
y el triste semblante
en él se fijó.

*Tras esas murallas,
de antiguo castillo,
albergose el brillo
del tren militar.*

*Tras esas murallas
se oyó majestoso,
al fiel religioso
cántico entonar.*

Un mundo del otro
por Dios dividido,
un mundo escondido,
libre, sin señor;

hallose en cadena
con la negra guerra,
que asoló la tierra
que segó el honor.

Mas el mundo virgen,
de riquezas lleno,
guardaba en su seno
germen de maldad.

Mostrose sencillo
dócil misionero,
y a su hablar sincero
huyó la impiedad.

Soplaba iracunda
tempestad deshecha,
que encendía la mecha
cerca del cañón.

El caballo altivo
mal les conducía,
y al indio volvía
triste el corazón.

Mas veíase solo,
oliva en la mano,
sacerdote anciano
por los montes ir;
 desgracias buscando
en el yermo suelo,
y a nombre del Cielo,
salud infundir.

*Tras esas murallas,
de antiguo castillo,
albergose el brillo
del tren militar.*

*Tras esas murallas
se oyó majestoso,
al fiel religioso
cántico entonar.*

Sin la paz segura,
un muro sustenta,
quien dominio ostenta
para mandar cruel;
 pero el Cielo quiso
que allá dentro el muro,

se hallase seguro
sacerdote fiel.

¡Rara unión, sin duda!
la paz y la guerra:
religión que encierra
misterios de amor;
y armas y señales
de yugo tirano,
que ostentaba ufano
cruel conquistador.

América bella,
¿cuál era tu suerte?
Correr a la muerte
llorar tu baldón.

Mas antes, ¿cuál era?
vivir engañada,
tenerla ofuscada,
falsa religión.

Contraste admirable
de gozo, de llanto,
de duro quebranto,
de dulce sentir;
conocer del Cielo
las delicias bellas,
y en duras querellas
constante gemir.

*Tras esas murallas,
de antiguo castillo,
albergose el brillo
del tren militar.*

*Tras esas murallas
se oyó majestoso,
al fiel religioso
cántico entonar.*

Fortuna dispuso,
religión y espada
que en una morada
ambas habitad.

Mansedumbre la una,
el rigor la opuesta:
la una al bien dispuesta,
la otra a la maldad.

Así fue... lo ha visto
Mérida patente,
y la edad presente
lo sabe también;
 que en olas del tiempo
el mundo llevado,
nada hay ignorado,
ni del mal, ni el bien.

Recuerdos amargos
conservan los hombres,
se borran los nombres,
los sucesos no.

Tal ha sido, ¡ay triste...!
y el muro valiente,
y el templo ferviente,
¿qué se hizo? —Acabó.

¡Ruina lamentable!
Verse en un momento
castillo y convento
en tal soledad;

 que nocturnas aves,
gózanse en su ruina,
y el musgo domina
su oscura orfandad.

¿Por qué destruyose
del poder su abrigo,

el hogar amigo,
templo del Señor?
¿Será, por ventura,
la lección severa,
que grave en esta era
recuerdos de horror?

¿O será terrible
castigo del Cielo,
que enseña este suelo
su torpe maldad?
¿O será benigna
señal de civismo,
que unió al cristianismo
grata libertad?

*¡Quién sabe...! murallas,
de antiguo castillo,
do albergose el brillo
del tren militar.*

*Do el pueblo sumiso
oyó majestoso,
al fiel religioso
cántico entonar.*

Mérida, marzo 16 de 1845

[*El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 220-223].

En la muerte del señor provisor
don Manuel Jiménez

Ministro del Señor sobre la tierra,
de costumbres purísimas modelo,
tú comprendiste la misión del cielo
que premia la virtud, el vicio aterra.

Tú mostrando la senda en que se yerra
con vacilante paso en este suelo,
alzaste el alma al elevado vuelo
que en la sublime religión se encierra.

Siempre del hombre verdadero amigo,
al saludarle en el umbral del templo,
al ofrecerle su paterno abrigo,

de tu sabia doctrina el fin contemplo,
y con tierno entusiasmo hora bendigo
la hermosa luz de tu admirable ejemplo.

Mérida, julio 25 de 1844

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 156].

En la muerte del señor don José María Loría

Quién recoge laureles de la guerra,
quien la corona del saber merece,
quien entre el oro y el orgullo crece,
podrán llamarse dueños de la tierra.
Júzgalo el mundo así y el mundo yerra,
pues esa gloria rápida perece,
si en las alas del tiempo en que se mece
va la tormenta que el olvido encierra.
Y si el que llega a fecundar la historia
con el saber, con la opresión y el duelo,
no consigue fijar hoy su memoria,
¿a dónde el hombre elevará su vuelo?
¡háblanos tú! ¡oh varón! de esa alta gloria,
de esa virtud que te condujo al cielo.

Cuando una sola voz de un pueblo entero
se alza entre aromas de la alabanza pura,
al derredor de humilde sepultura,
la que es del hombre asilo verdadero;
allí del corazón noble y sincero,
cual fuente que brotó de roca dura,
nace el limpio raudal de la amargura,
que blando halaga su dolor severo.
Porque se fija un pueblo en sólo un punto
si en él la voz de la verdad retumba,

de esa verdad sublime, fiel trasunto
de la eterna mansión a que sucumba...
que los ojos de un pueblo ante un difunto
ven más allá de su abrigada tumba.

Mérida, marzo 19 de 1846

[*El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 231].

A un joven.
En la primera página de una biblia

Tú que pulsas la lira castellana,
con la sublime inspiración del cielo,
no pretendas buscar en este suelo
la necia gloria de ambición mundana.

Rayo de Dios, del orbe soberana,
prenda divina de feliz consuelo,
la noble inteligencia eleva el vuelo
sobre la edad de ayer y de mañana.

Piensa y medita al estudiar la historia
en estas hojas de oro siempre bellas,
lo que vale del hombre la memoria,

el alto fin de sus humanas huellas,
y hallarás el tesoro de la gloria
aun más allá del sol y las estrellas.

[*La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 313].

La vida en la muerte

¡Ved esa cruz! En ella el Soberano,
el Dios del mundo, el de la eterna gloria,
triunfa mártir de amor, y su victoria
es superior a cuanto existe humano.

Nada hay del ateniense y espartano,
y apenas cuenta la severa historia
que pasan como un sueño en la memoria,
la fama griega y el poder romano.

Mas Dios no pasará: su alta doctrina,
sellada con su sangre y su amargura,
a perdurables bienes encamina

por la senda feliz de la ternura;
que es su preciosa abnegación divina
prenda de paz y de esperanza pura.

[*La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 313].

Mi deseo

Trocáronse mis horas de consuelo
en triste soledad, en dura pena,
sujeto como estoy a la cadena
que ata mi vida al tormentoso duelo.

Oprimido en el fúnebre desvelo
a que fiera desgracia me condena,
para cantar la tempestad que truena
alzo mi vista al enojado cielo.

No haya paz para mí, que la amargura
del negro afán cuyo poder admiro,
presta a mi voz armónica ternura.

Y quiero por la senda en que deliro
que cuando llegue a humilde sepultura,
vague sobre ella mi postrer suspiro.

[*La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 511].

A la niña
Felisa García y Quintana,
en su cumpleaños

Con mi profana voz tal vez mancillo
de tu pureza angelical el sello,
de tu candor bellísimo el destello,
de tu edad infantil el noble brillo.

Negros los ojos, de mirar sencillo,
entre color de perlas el cabello
que baja en ondas al hermoso cuello,
las gracias son del genio de Murillo.

Modelo del pincel, hoy es tu gloria
mostrar contenta el alma que inocente
feliz ignora la mundana historia.

Guarda en tu corazón el grato ambiente
que embalsamando siempre tu memoria
de flores de virtud ciña tu frente.

Junio 7 de 1852

[*La Ilustración Mexicana*, t. III (México: Ignacio Cumplido, 1852), 86].

La vuelta a la patria

¡Cuántas veces del mar al fresco ambiente
las espumosas olas he cruzado!
¡Cuántas veces feliz, regocijado,
mi voz alcé con entusiasmo ardiente!

Pasó el tiempo veloz: en su corriente
de una en otra esperanza arrebatado,
los juveniles años han volado
y encanecida está mi adusta frente.

Hoy de nuevo en el mar, bendigo al cielo
que conservando a mi existencia el hilo,
me vuelve presto de mi patria al suelo.

Allí de tierno amor tengo un asilo
que al concederme plácido consuelo,
mantiene siempre el corazón tranquilo.

[*La Ilustración Mexicana*, t. IV (México: Ignacio Cumplido, 1854), 678].

Todo es mentira

Ciega y perdida la familia humana
en esta breve senda de amargura,
con sombras de placer y de ventura
cubre la frente a juventud lozana.

A las flores, al campo, a la mañana,
al sol, al mar, al aura que murmura,
a la apacible luna, a la hermosura,
alza su voz febricitante y vana.

¡Mísera humanidad! Descorre el manto
en que envuelves pueril tanta mentira,
y no pretendas ocultar el llanto.

Rasga la venda de tu engaño, y mira
que este jardín y su falaz encanto
en nuestros labios maldecido espira.

[*Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores producciones*
(Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861), 45].

Ley de Israel

De terror y de muerte el reino herido
tembló en su trono Faraón tirano,
y libre fue de su opresora mano,
el pueblo de los pueblos escogido.

En su paso Israel el estallido
de rayo amenazante oyó cercano,
y ve bajar del cielo al Soberano
de nubes y relámpagos vestido.

Enséñales su ley, la hace patente
a la llama de fuego tan fecundo,
que es bella antorcha entre la humana gente.

Ley que al respeto a su poder profundo
y a la unión fraternal abrió la fuente,
dando la paz y la esperanza al mundo.

[*Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores producciones*
(Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861), 45-46].

Referencias de los textos de Vicente Calero

ARTÍCULOS

1. “*El Museo Yucateco*. Introducción”. *El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 1-2.
2. “Anuncio bibliográfico. Poesías de don Wenceslao Alpuche, con una noticia biográfica y algunas observaciones”. *El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 203-204.
3. “Noticia biográfica. [Sobre la vida y obra de Wenceslao Alpuche]”. *Poesías de don Wenceslao Alpuche, con una noticia biográfica y algunas observaciones* (Mérida: Imprenta de L. Seguí, 1842), III-XXXII.
4. “Introducción a *El Registro Yucateco*”. *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 3-9.
5. “Literatura. Artículo I. Reflexiones sobre la novela”. *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 64-70.
6. “Literatura. Artículo II. Reflexiones sobre el teatro”. *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 134-139.
7. “Literatura. Artículo III. La novela, el teatro y el cristianismo”. *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 241-247.

8. "Washington Irving". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 297-310.
9. "Gerónimo de Aguilar". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 329-347.
10. "Sucesos notables en la época de don Diego de Santillán". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 52-59.
11. "Don Diego de Cárdenas (1621)". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 116-117.
12. "Gonzalo Guerrero". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 117-120.
13. "Aguilar y la Malinche". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 207-213.
14. "Carta dirigida a los redactores de la *Revista Científica y Literaria de México*". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 406-407.
15. "Ensayos poéticos de don José María de Salas y Quiroga". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 409-412.
16. "El amor cantado por Salomón". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 413-415.
17. "La sonrisa". *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 434-437.
18. "Don Lorenzo de Zavala. Breve noticia biográfica". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 16-18. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 1109.
19. "¿Cuál era la literatura de los indios?". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 23-24.
20. "A los lectores". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 72-73.

21. "El carnaval". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 117-120.
22. "Yalajau". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Castillo y Compañía, 1846), 148-149. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 951-952.
23. "La Cuaresma". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 150-153.
24. "Juan Venturate". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 159-160. Publicado posteriormente en Manuel Orozco y Berra, ed. *Apéndice al diccionario universal de Historia y Geografía*, t. III (México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856), 790.
25. "La Biblia y la literatura contemporánea". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 161-165.
26. "Misterios de una almohada (fragmento histórico)". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 276-280.
27. "Ruinas de Chichén. Las Monjas". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 298-300.
28. "Don José Martínez de la Pedrera". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 353-356.
29. "Fray Estanislao Carrillo". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 360-361.
30. "Don Juan de Vargas". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 386-394.
31. "Introducción [a *El duende de Valladolid. Romances*, de Antonio García Gutiérrez]". Antonio García Gutiérrez. *El duende de Valladolid. Romances* (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), VII-XX.

32. "Papeles sueltos del padre Carrillo". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 16.
33. "El gran elemento de la conquista. La religión". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 21-27.
34. "Don Juan de Dios Enríquez". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 36-37.
35. "La ciega". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 79-80.
36. "Visita a lady Ester Stanhope. [Traducción]". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 131-148.
37. "Don Fernando Cortés". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 155-159.
38. "El canto del gallo". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 207-211. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 340-341.
39. "Historia contemporánea. Breve noticia biográfica de Eugenio Sue". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 234-239.
40. "Don Cristóbal Colón". *El Registro Yucateco*, t. IV (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1847), 315-320.
41. "Introducción al Mosaico". *Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1849), 1-9.
42. "Doña Robustiana Armiño". *Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1849), 73-81.
43. "La religión y las sociedades. Discurso leído en sesión extraordinaria de la Academia en 13 de enero del presente año por su autor, socio nato, el señor don Vicente Calero". *Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1850), 145-154.
44. "Estudios literarios". *Mosaico* (Mérida: Imprenta de Joaquín Castillo Peraza, 1850), 189-191.

LEYENDAS

1. “La peruana”. *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1842), 145-152. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 321.
2. “Tuxtulxiu y Cocom”. *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 34-39.
3. “Agravio y venganza”. *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 121-131.
4. “La carta misteriosa”. *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 41-57.

MEMORIAS

1. “Libro de memorias [I]. Los metodistas”. *El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 162-164.
2. “Libro de memorias [II]. Algunos fragmentos de mis viajes”. *El Museo Yucateco*, t. II (Campeche: José María Peralta, 1842), 199-201.
3. “Libro de memorias [III]. Algunos fragmentos de mis viajes”. *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 390-405.
4. “Libro de memorias [IV]. Algunos fragmentos de mis viajes. Visita a la penitenciaría de Filadelfia”. *El Registro Yucateco*, t. II (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 446-460.

POESÍA

1. “A un árbol en invierno”. *El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 2. Publicado posteriormente en *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 369.
2. “A un suspiro”. *El Museo Yucateco*, t. I (Campeche: José María Peralta, 1841), 116. Publicado posteriormente en *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 444.

3. "A mi hijo". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 9.
4. "A la Luna". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 61-62.
5. "La noche". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 115-116.
6. "La plegaria del dolor". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 159-160.
7. "¡Castillo y convento!". *El Registro Yucateco*, t. I (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1845), 220-223.
8. "En la muerte del señor provisor don Manuel Jiménez". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 156.
9. "En la muerte del señor don José María Loria". *El Registro Yucateco*, t. III (Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846), 231.
10. "A un joven. En la primera página de una biblia". *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 313.
11. "La vida en la muerte". *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 313.
12. "Mi deseo". *La Ilustración Mexicana*, t. II (México: Ignacio Cumplido, 1851), 511.
13. "A la niña Felisa García y Quintana, en su cumpleaños". *La Ilustración Mexicana*, t. III (México: Ignacio Cumplido, 1852), 86.
14. "La vuelta a la patria". *La Ilustración Mexicana*, t. IV (México: Ignacio Cumplido, 1854), 678.
15. "Todo es mentira". *Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores producciones* (Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861), 45.
16. "Ley de Israel". *Poetas yucatecos y tabasqueños. Colección de sus mejores producciones* (Mérida: Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861), 45-46.

*Obras
reunidas*

editado por el CENTRO PENINSULAR EN
HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES, siendo el jefe
de Publicaciones SALVADOR TOVAR MENDOZA, se ter-
minó de imprimir el 24 de abril de 2019 en los talleres
de Gráfica Premier S.A. de C.V., 5 de febrero 2309, col.
San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado
de México. El texto estuvo al cuidado de IVÁN SIERRA MAR-
TÍNEZ y de DANIELA MALDONADO CANO. La formación (en
tipos Goudy Old Style, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevó
a cabo SALVADOR TOVAR MENDOZA. El diseño de los forros
lo realizó SAMUEL FLORES OSORIO. Las imágenes inclui-
das en la obra las proporcionó el Fondo Reservado
Rodolfo Ruz Menéndez. El tiraje consta de 250
ejemplares en tapa rústica, impresos en
offset sobre papel cultural de 90
gramos.

